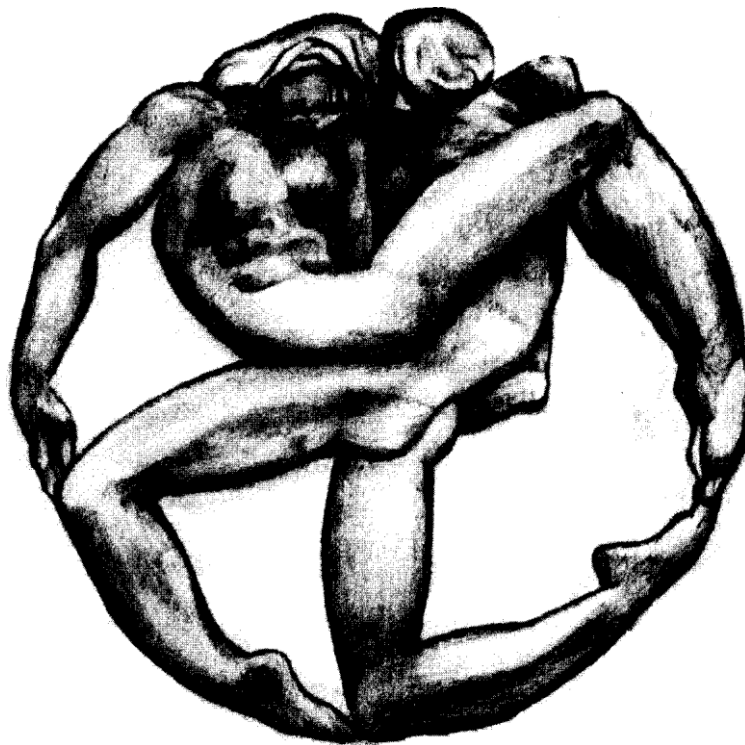


CLAUDIO NARANJO

CARÁCTER Y NEUROSIS

Una Visión Integradora



Tierra, escultura bajo relieve por Totila Albert, 1962

ÍNDICE

PREFACIO	7
PROLOGO	11
CARÁCTER Y NEUROSIS Una Visión Integradora	22
A MODO DE INTRODUCCIÓN: PANORAMA TEÓRICO.....	22
1. UNA VISIÓN DE LA NEUROSIS, EL OSCURECIMIENTO, Y EL CARÁCTER	22
2. LOS CARACTERES	28
3. EL NÚCLEO DINÁMICO DE LA NEUROSIS	36
4. ESTILOS DE DISTORSIÓN COGNITIVA.....	38
CAPÍTULO UNO ENEATIPO I	45
1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	45
2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER... ..	47
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	53
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	56
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	57
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL	59
CAPÍTULO DOS ENEATIPO V	61
1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	61
2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA.....	62
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	71
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	76
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	78
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL	79
CAPÍTULO TRES ENEATIPO IV	80
1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	80
2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER... ..	81
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	89
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	93
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	95
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL	98
CAPÍTULO CUATRO ENEATIPO VIII	99
1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	99
2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA.....	100
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	107
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	110
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	111
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL	112
CAPÍTULO QUINTO ENEATIPO VII	114
1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	114

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA.....	115
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	120
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	124
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	125
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL.....	127
CAPÍTULO SEIS ENEATIPO II.....	129
1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	129
2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER.	131
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	135
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	138
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	139
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL.....	142
CAPÍTULO SIETE ENEATIPO III.....	144
1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	144
2. ANTECEDENTES SOBRE EL CARÁCTER EN LA LITERATURA CIENTÍFICA.	145
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	150
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	153
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	154
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL.....	156
CAPÍTULO OCHO ENEATIPO VI.....	158
1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	158
2. ANTECEDENTES SOBRE EL CARÁCTER EN LA LITERATURA CIENTÍFICA.	159
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	163
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	167
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	168
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL.....	170
CAPÍTULO NUEVE ENEATIPO IX.....	172
1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA	172
2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER.	173
3. ESTRUCTURA DEL RASGO	178
4. MECANISMOS DE DEFENSA.....	180
5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS.....	182
6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL.....	184
CAPÍTULO DIEZ SUGERENCIAS PARA CONTINUAR EL TRABAJO SOBRE UNO MISMO.....	187
APÉNDICE.....	194
NOTAS PARA LA DIFERENCIACIÓN DIAGNÓSTICA DE ALGUNOS TIPOS DE PERSONALIDAD.....	194
NOTAS BIOGRÁFICAS.....	199

A LA MEMORIA DE KAREN HORNEY

"Afectable Rebelde" del Psicoanálisis, que fue la primera en vislumbrar lo que muchos andan descubriendo hoy en día y que, por su intuición en lo relativo al carácter y por su fe en el autoanálisis, sigue viva en este libro. Debido a su influencia indirecta empecé a convertirme en un psicoterapeuta eficaz, y le estoy agradecido por habernos traído a América a Fritz Perls.

AGRADECIMIENTOS

Partes de este libro han sido publicadas previamente en castellano, en edición privada, bajo el título *Estructura de los Eneatipos: Autoanálisis para el Buscador*, traducción a su vez del original americano: *Ennea-type Structures: Self Analysis for the Seeker* 1990.

"Protoanálisis" es una marca registrada, propiedad del Arica Institute, Inc.

Las citas de Karen Horney, tomadas de su libro *"Neurosis ana Human Growth"*, las de Theodore Millón, tomadas de *"Disorders of Personality, DSM III: Axis U"*, y las de Catherine R. Coulter, tomadas de *"Portraits of Homoeopathic Medicines"*, se reproducen con permiso expreso de sus autores y editores, como consta en detalle en la edición original americana de este libro.

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

Aquí va, por fin, la traducción al castellano de un libro redactado ocho años atrás. El que a pesar de la aparición de una veintena de libros en inglés con ecos de lo que expuse hace unos 25 años en California ninguna editorial importante española o latino americana se haya interesado en mi propia exposición del tema ha constituido una sorpresa a través de la cual he venido a enterarme de cuánto ha cambiado el mundo editorial desde que lo conocí en tiempos de «mi primera cosecha» -a fines de la década del 60. En aquel tiempo las casas editoriales patrocinaban buenas causas y promovían la divulgación de obras de valor adelantándose a su reconocimiento popular. Hoy en día, en cambio, la competencia económica es tal que apenas pueden permitirse publicar lo que promete una venta masiva. En vista de esta circunstancia no sólo me complace personalmente la oportunidad que la editorial «La Llave» me proporciona sacar a la luz una obra demasiado docta para ser fácil y no suficientemente doctrinaria como para interesar a las colecciones acerca de psicoanálisis, cognitivismo, psicología de la personalidad académica, etc. También me complace el que surja entre nosotros una editorial «a la antigua» -es decir, una cuyo propósito es más cultural que lucrativo.

No puedo sino desear que «La Llave» abra muchas puertas.

Claudio Naranjo
Vitoria, 27 de junio de 1996

"Estos son los obstáculos: la oscuridad de la ignorancia, la prepotencia, la lujuria, el odio, el apego. La oscuridad de la ignorancia es el campo donde florecen los demás... La carga del esclavizamiento a la tristeza hunde sus raíces en estos obstáculos."

PATANJALI, LIBRO II

"Así suele acontecer a los individuos que tienen algún vicioso estigma natural, ya sea por nacimiento, en lo que no son culpables, pues la Naturaleza les impide escoger su origen, ya a causa del predominio de algún instinto que a menudo echa por tierra los parapetos y valladares de la razón, o bien por un hábito que recarga de levadura el molde de las buenas columbres, que estas personas, digo, llevando el sello de un solo defecto, ya sea debido a la librea de la Naturaleza o ala rueda de la Fortuna, todas sus virtudes, aunque sean tan puras como la gracia de Dios y tan infinitas como pueda caber en el hombre, se verán menoscabadas en el común sentir por aquella falta particular. Un átomo de impureza corrompe la más noble sustancia, rebajándola al nivel de su propia degradación."

SHAKESPEARE, "HAMLET", ACTO I, ESCENA I.¹

"La introspección es el primer paso hacia la transformación, y yo entiendo que, tras conocerse a sí mismo, nadie puede seguir siendo el mismo."

THOMAS MANN, "SOBRE SÍ MISMO"

¹ Traducción de Luis Astrana Marín, en *"William Shakespeare, Obras Completas"*, ed. Aguilar, Madrid 1972.

PREFACIO

por Frank Barran

Claudio Naranjo ha ido siempre asociado en mi mente a la sorpresa y a un toque de misterio. Al principio sólo sabía que allá lejos, en Chile, existía alguien que era el responsable de una serie de visitas que estaba recibiendo en el "*Institute of Personality Assessment and Research*" en Berkeley. Invariablemente los visitantes eran personas ajenas a la Psicología y chilenos, llamaban a la puerta principal del Instituto y solicitaban verme, diciendo que así les había sugerido hacerlo el Dr. Claudio Naranjo. Con igual uniformidad resultaban estar interesados en mis ideas acerca de la simplicidad y la complejidad, la simetría y la asimetría. Algunos eran artistas, algunos arquitectos, ninguno de ellos era psicólogo ni psiquiatra. Llegaban uno a uno, con tal regularidad, que los recepcionistas se limitaban ya a llamarme por el interfono y decirme en un tono habitual: "es otro arquitecto de Chile".

Así pues, yo conocía a Claudio simplemente como la fuente de una serie de contactos entretenidos e inteligentes con personas que sentían curiosidad por el mismo tipo de cosas que a mí me interesaban. Más tarde, un día, cuando enseñaba en Harvard, apareció ante mi puerta, sin anunciarse, el propio Claudio, en el Center for the Study of Personality. Parecía muy tímido, se presentó a sí mismo con torpeza, y casi de inmediato nos hicimos amigos. Inmediatamente le reconocí como único e incategorizable. Varios años más tarde, estando él mismo en Berkeley, le pedí participar como sujeto de un experimento del tipo doble-ciego, que a la sazón estaba haciendo para comparar los efectos del alcohol, las psilocibina y la mescalina sobre diversos comportamientos, que entre otros incluían pintar con los dedos. Claudio fue uno de los afortunados y pronto se vio profundamente enfrascado en sus pinturas, lo cual era nuevo para él. (Bajo la misma benéfica influencia compuso también e interpretó varias piezas para piano.) Algo más tarde me encontraba preparando un artículo sobre éste y otros experimentos para la revista "Scientific American", y le pedí permiso para usar sus pinturas a modo de ilustraciones, tal vez identificando los temas. Se rió y replicó:

"Si, Frank, por supuesto, y puedes también reproducir junto a ellas mi perfil del MMPI, si lo deseas."

A la luz del esfuerzo formidable de integración de diversos enfoques tipológicos acerca de la personalidad llevado a cabo por el Dr. Naranjo, creo que ésta es una anécdota digna de ser contada. El se toma la tipología con toda seriedad, como es debido, pero no otorga mucha fuerza al hecho de pertenecer a uno u otro grupo. Como tipólogo, no piensa en términos de grupos o diagnósticos, aunque también lo haga así si es necesario. Sus tipologías, yo añadiría, son dinámicas, no estáticas; su marco de referencia es adecuadamente simple y simétrico, pero la diferenciación interna es compleja y de algún modo abierta en sus extremos, lo que yo podría llamar asimétrica.

Me siento tentado a seguir contando anécdotas sobre Claudio pero tal vez debería limitarme a narrar sus idas y venidas al servicio de su notable trabajo como psicólogo de la personalidad. En aquella primera visita permaneció en Harvard sólo unos pocos días, y el motivo de estar allí había sido traer a su madre a Bostón para someterse a una especial operación oftalmológica en la clínica Phipps. Mi esposa y yo llegamos a conocerla muy bien en el curso de su hospitalización y convalecencia, y a través de ella conocí algo de la trayectoria educativa de Claudio y de los honores y premios a los que ya se había hecho acreedor:

una beca musical de un año en París ganada con sus primeras composiciones para piano, su trabajo de campo sobre medicina antropológica en Sudamérica, su posición de líder cultural en el Chile democrático, antes de abatirse sobre él las tinieblas del autoritarismo. Por su parte, la Sra. de Naranjo era una dama de altísimo nivel, conocerla fue un verdadero placer.

La próxima vez que Claudio mismo apareció en mi vida fue cuando vino a Berkeley en 1962

con una beca Fulbright. Había comenzado con ella en Harvard, donde había sido alumno de Cordón Allport, y recibido el influjo de David McClelland y de Richard Schultes, el conocido botánico, una autoridad sobre los agentes psicodélicos naturales; luego había ido a la universidad de Illinois a aprender análisis factorial con Raymond B. Cattell durante varios meses, y había hecho allí sus primeros estudios en torno a las dimensiones de la personalidad. Ahora estaba interesado en pasar un cierto tiempo con nosotros en el Instituto, y estuvimos encantados de proporcionarle acomodo. Estaba muy metido en temas de informática y la promesa que esta nueva tecnología podía suponer para el estudio de la personalidad, y, de hecho, había obtenido de la universidad de Illinois la donación de un Iliac II, ahora obsoleto, para la universidad de Chile. Más tarde, en 1965, cuando Claudio volvió con una beca Guggenheim, yo estaba trabajando en mi "Inventory of Personal Philosophy", un cuestionario de 200 ítems construido en parte a partir del elenco factorial de valores de Cattell (en el volumen primitivo sobre descripción y medición de la personalidad). Tenía muestras de unos 400 varones y otras tantas hembras, y Claudio empezó a colaborar conmigo en el sometimiento de estos datos a análisis factorial. Este trabajo no ha llegado a publicarse nunca, por desgracia, en parte porque antes de quedar terminado, Claudio tuvo que marcharse de nuevo. Se iba, tal vez, en busca de un juego de mayores proporciones. Había decidido visitar a los indios de la selva en los Andes de Colombia, interesado en conocer sus prácticas rituales religiosas basadas en el uso de la banisteriopsis caapi (yage).

Con su habitual forma misteriosa, el Dr. Naranjo tomó un avión para Bogotá y partió para la jungla. Una caminata de una semana le adentró hasta las orillas del río Putumayo, y desde allí una canoa de alquiler, excavada en un tronco y con un fuera-borda, y un guía, igualmente alquilado, consiguieron abrirle paso hasta los indios Kofan, llevando consigo pocas cosas a modo de regalo, salvo un frasquito de LSD que yo le había dado (y que a su vez me había regalado a mí Timothy Leary) antes de partir. Sé que se hizo amigo del chamán jefe de entre ellos, y que pudo intercambiar parte de aquel producto de la tecnología química civilizada por un cajón repleto de banisteriopsis caapi. Digo que lo sé porque, entre otras cosas, un día llegó a mi oficina en Berkeley una caja bastante grande de porciones desecadas de esa planta, que rápidamente trasladé al Centro de Análisis Bioquímico de la universidad. Allí los químicos Tony Sargent y Alexander Schulgin llevaron a cabo los análisis químicos adecuados. Más tarde, Sargent, Schulgin y Naranjo publicaron un artículo muy importante en la revista científica británica *Nature* (1969: 221, 537). Posteriormente, *The Lancet* (8 de marzo de 1969) había de saludarlo en su página editorial como un importante paso adelante en la comprensión de la bioquímica de la esquizofrenia.

Luego de su estancia entre los indios colombianos, Claudio, llevando consigo todo un bagaje de experiencias en el cuerpo y en el alma, volvió a casa, a Santiago, donde hizo uso del yage en una serie de notables estudios (ahora publicados en *Alucinógenos y Chamanismo de Harner*) sobre los efectos de aquella sustancia en sujetos blancos europeos. Digo notables, porque con ellos descubría que imágenes arquetípicas de flora y fauna exóticas, tales como plantas tropicales, jaguares y serpientes, bien conocidos por los indios pero totalmente desconocidos para los blancos, hacían también su aparición en las ensoñaciones alucinatorias de los sujetos de sus experiencias. Este procedimiento permanece en gran medida inexplorado desde entonces, pero pienso que ofrece una prometedora vía de investigación sobre el problema de la memoria ancestral y de las relaciones entre las experiencias de esta vida con potenciales latentes, no experimentados, de producción de imágenes arquetípicas (ver Frank Barron, "Towards an Ecology of Consciousness", *Inquiry*, 15,95-113,1972).

En el capítulo siguiente, ya que esto empieza a parecer más una novela que una introducción a un esfuerzo intelectual de la mayor seriedad, obra de un caracterólogo, psicólogo y psiquiatra de vanguardia, el Dr. Naranjo vuelve a Berkeley a continuar su trabajo. Saltaré, no obstante, por encima de algunos sucesos fascinantes para llegar directamente a lo que había de consti-

tuir el inicio del magno esfuerzo contenido en este libro. Un día Claudio se presentó en mi despacho anunciándome que iba a dejar Berkeley un poco antes de lo proyectado, porque había sentido una llamada... algo así como una demanda espiritual... de ir a estudiar con un maestro Sufi que había aparecido en Chile y que estaba reuniendo gente interesada en recibir sus enseñanzas en la ciudad desértica de Arica. Era para él, así me dijo, lo más importante en la vida en ese momento ir allá a aprender con el maestro sufi. Para entonces ya había yo aprendido a no sorprenderme, de modo que simplemente le pregunté si podía servirme de ayuda de algún modo. Sí, me dijo, en Arica no había un alojamiento adecuado, y eran un par de docenas de personas las que iban a ir allí desde Estados Unidos. No recuerdo si fue a él o a mí a quien le vino la idea de pensar en las cúpulas geodésicas de Buckminster Fuller, que podían ser enviadas por barco desmontadas y ser de nuevo fácilmente reinstaladas en el desierto. Conseguí localizar un campamento de cúpulas Fuller en las cercanías, que estaba sirviendo de albergue a estudiantes de una escuela experimental oculta en el bosque en algún lugar entre Berkeley y Santa Cruz, y hacia allí nos pusimos en camino, por un camino que imagino que alguna vez debió de estar tan intrincado como el sendero en Colombia hasta Kofan. Fuimos recibidos cordialmente (Claudio es siempre bien recibido en cualquier puerta), y pronto hubo llegado a un acuerdo sobre la compra y embarque de seis cúpulas con destino a Chile.

Arica había de convertirse en famosa por otras razones que las geográficas, pero eso es otra historia, y ahora es tiempo de decir algo acerca del carácter y la neurosis en relación con el enfoque tipológico integrador que adopta aquí el Dr. Naranjo. En realidad, él mismo justifica perfectamente en el texto la necesidad de semejante enfoque, por lo que no necesito repetir aquí ninguno de sus argumentos. La cuestión es, creo yo, que el cúmulo de correlaciones que han ido poniéndose de manifiesto entre los resultados del análisis factorial, por un lado, y del diagnóstico psiquiátrico, por otro, constituye un hecho que está reclamando comprensión. Y más aún, las teorías clínicas extendidas de terapeutas que rehúsan adscribirse a ninguno de ambos enfoques están pidiendo también ser reconocidas. Sencillamente, hay necesidad de una nueva estructura conceptual. La perspectiva cognitiva, de creciente popularidad, debe fusionarse con los enfoques afectivos y psico-dinámicos. Una adecuada estructura conceptual debe abrir nuevos caminos a la comprensión de las relaciones interpersonales, de modo que el ego cercado de cada cual pueda tener al menos un destello de lo que sucede en la otra persona. En mi propia tesis doctoral en Berkeley ("*La Psicoterapia como un Caso Especial de Interacción Personal*") traté de avanzar en esta dirección comparando resultados en los mismos aspectos tanto del paciente como del terapeuta, y Timothy Leary habría de intentar pronto una síntesis parecida a través de su idea del reflejo interpersonal en diversos niveles de comunicación (*The Interpersonal Diagnosis of Personality*, Ronald Press, 1957). Pero estos intentos no contaban con una caracterología dual establecida, y eso es precisamente lo que se necesita. En este libro el Dr. Naranjo no sólo se propone abordar claramente la dimensión interpersonal, sino que incluso sitúa en primer plano la motivación en la relación personal. Destaca la importancia de una motivación basada en la carencia, como determinante de actitudes neuróticas. Y después de todo, la motivación, por más que pueda quedar excluida de la interpretación factorial ordinaria de la personalidad, es la condición *sine qua non* de una visión comprensiva tanto de la realidad individual como de la social.

Siento que este libro, que es profesional y difícil y no simplemente uno de esos intentos populares que sólo tratan de divulgar las sugestivas intuiciones que contiene el Sistema del Eneagrama, resulta interesante y a la vez supone un reto. El Dr. Naranjo está cualificado, realmente más que ningún otro, para ocuparse de las profundidades de la mente, de sus manifestaciones mensurables, de las necesidades sociales en torno al diagnóstico psiquiátrico, y de toda la diversidad de enfoques que pueden llamarse terapéuticos (o conducentes a la individuación o, a un cambio comportamental, o que tratan de aportar una nueva, más

profunda y más amplia experiencia del propio ser). El ha puesto a contribución toda su habilidad y experiencia para llevar a cabo la difícil tarea, cuya falta todos sentimos, de integrar esos diversos enfoques parciales, y ha descubierto entre ellas nuevas conexiones que convierten a este libro en una aportación excepcionalmente creativa.

Creo que puedo prometer al atento lector de este libro algunas sorpresas, sin más misterios que los necesarios y adecuados. Es una obra en la que toda una vida de valiente y experta exploración y cartografía psicológica se convierte en gozo, transmitido de un modo a la vez simple y complejo, simétrico y asimétrico: simétricamente complejo como un Eneagrama, y totalmente asimétrico como la vida y el tiempo.

PROLOGO

"Aquel que sabe, y sabe que él es, ése es sabio.

Puede ser seguido.

Ante su sola presencia el hombre puede transformarse"

(Relato Sarmouni)

Debo a Frank Barron la idea del subtítulo de este libro, y estoy seguro de que mis lectores lo encontrarán obviamente apropiado, incluso si no ha sido mi intención la de focalizarme en temas objeto de controversia. Me he asomado como explorador de mente abierta a muchas escuelas, y creo que el carácter integrador es lo que más caracteriza a mi específica aportación. La perspectiva que esbozo a lo largo de los capítulos del libro podría ser designada como cognitiva tanto como psicodinámica, y en ella también se contempla la personalidad como un sistema de rasgos. Pienso que sólo artificialmente podemos separar los rasgos de los motivos y de las formas de ver las cosas ², de la misma forma que pienso que es artificial separar una perspectiva de aprendizaje social de esos rasgos de otra perspectiva basada en la relación objetal, que toma en consideración la internalización de las figuras parentales y los sentimientos primeros hacia ellas.

Además de constituir una exploración clínica del mismo campo que es generalmente objeto de investigación por parte de teóricos de la personalidad que abarcan tanto un enfoque matemático como una indagación psicodinámica de los rasgos de carácter y de sus mutuas interconexiones, y aparte de incluir la consideración de las distintas orientaciones caracterológicas como estilos de defensa y de valoración ligados a particulares ilusiones en el modo de entender la plenitud, la concepción que aquí ofrezco puede también ser considerada como una visión transpersonal o espiritual del carácter y la neurosis, o, alternativamente, como una perspectiva existencial, en cuanto que equipara (como veremos) el "oscurecimiento" espiritual con una pérdida de ser.

En vista de lo pretenciosa que puede parecer una síntesis tan abarcativa, tal vez resulte interesante dejar sentado que la visión que ofrecen estas páginas no ha surgido como consecuencia de una intención ambiciosa, sino más bien es el resultado de una integración espontánea de las perspectivas que se me han ido haciendo familiares en el curso de mi propia aventura intelectual en el campo de la investigación de la personalidad, al haberme expuesto a influencias ajenas a la psicología académica. Mirando atrás, puedo darme cuenta de que la temática de la personalidad y la tipología humana han sido un objeto de atracción amorosa para mí en los últimos veinte años de mi vida, y en ello parece haber convergido un factor vocacional junto a otro determinado por el destino. La cosa resulta tanto más sorprendente por el hecho de que, después de haber abandonado este campo, me haya sentido empujado de nuevo hacia él, como por la espalda, por así decir, sin intención deliberada por mi parte, sino más bien como consecuencia de una espontánea maduración de la comprensión dimanada del influjo viviente de un maestro sufi de la tradición llamada "Cuarto Camino".

Desde el comienzo de mis estudios de Psicología, me sentí poderosamente interesado en los tipos humanos. Aunque los intereses que primariamente me movieron a convertirme en un estudiante de Medicina eran puramente científicos y fue el descubrimiento de Jung lo que me mantuvo ahí después de haberme desencantado de buscar la sabiduría en el cultivo de la neurofisiología, mi zambullida real en las esferas de la psicoterapia y la psicología sólo tuvo lugar un año más tarde, tras apuntarme a un curso de psiquiatría con Ignacio Matte-Blanco.

² Aunque a veces pongo el énfasis en lo comportamental o en lo cognitivo o en lo afectivo, hay un punto de vista implícito que atraviesa todo el libro, y es el de que todo rasgo de comportamiento viene asociado a un aspecto cognitivo y a otro motivacional.

Matte-Blanco ³ fundador del Instituto Psicoanalítico de Santiago y director de la Clínica Psiquiátrica, de orientación psicoanalítica, de la Universidad de Chile, fue un hombre de amplios intereses a quien debo agradecimiento no sólo por una sugestiva educación psicoanalítica sino también por haberme puesto en contacto con la psiquiatría existencial y, no menos relevante para este libro, por haberme familiarizado con las ideas y las investigaciones de Sheldon. En éste, como en los demás temas, su interés personal tenía una resonancia en el trabajo desarrollado en la Clínica, donde no solamente Sheldon estaba en boca de todos sino que incluso los pacientes eran somatotipificados.

La idea de Sheldon de que las tres dimensiones del temperamento humano están íntimamente relacionadas con las estructuras corporales que derivan de las tres capas originarias del embrión humano ejerció un profundo impacto en mi comprensión de las cosas en aquél momento. Me había llegado el tiempo de explorar las trinidades y las triplicidades. Este particular interés, que había de acompañarme ya toda mi vida, me vino inspirado por el doble impacto simultáneo de Gurdjieff, por un lado, un iniciado de una escuela esotérica poco conocida, cuyo pensamiento divulgó originariamente un periodista ruso llamado Ouspensky ⁴, y Totila Albert, por otro, un artista y hombre de conocimiento germano-chileno. Mientras Gurdjieff (fundador del Instituto para el Desarrollo Armonioso del Hombre) hablaba de la "ley del Tres" -un principio cósmico según el cual cabe distinguir una fuerza positiva, una negativa y una neutralizadora en todos y cada uno de los fenómenos que constituyen el devenir-, Totila Albert consideraba al Padre, la Madre y el Niño como los "tres componentes" del ser humano y del cosmos, y trataba de advertir a sus contemporáneos de los peligros anejos a la decadente sociedad patriarcal de nuestro tiempo.

El sabor a verdad profunda que destilaban las afirmaciones de Gurdjieff y de Totila Albert me hacía sentirme naturalmente atraído por la visión de Sheldon; si las ideas de los dos primeros -procedentes de la tradición y de una revelación personal, respectivamente- parecían validarse recíprocamente- este mismo telón de fondo visionario parecía validar y ser validado a su vez por los descubrimientos científicos de Sheldon. La coherencia entre éstos y la visión de Totila se apoya además en el hecho de que las afirmaciones de Totila Albert incluyen una concepción de las tres capas embrionarias como expresión biológica de los tres "Componentes" o "Principios" universales.

"Ya el huevo fecundado contiene los tres componentes de una forma latente. En la capa externa, ectodermo, de donde proviene la piel y los órganos sensoriales del sistema nervioso central que sirven de enlace con el macrocosmos, podemos encontrar el principio paterno. En la capa interna, el endodermo, del que se desarrolla más tarde la mayor parte de los órganos internos, que constituyen el nexo de unión con la tierra, encontramos el principio materno. En el estrato intermedio, el mesodermo, que consta de una capa que está en contacto con el ectodermo y de otra que lo hace con el endodermo, y de donde procederá el futuro sistema de sustentación (esqueleto), el de acción (músculos), la fuente de los impulsos y de la circulación (corazón), y la responsabilidad de la preservación de la especie (tejido generativo) encontramos el principio filial." ⁵

Siendo yo, como era, un entusiasta de Sheldon, no pude por menos de sentirme afectado por las voces que saludaron la publicación de su obra "The Varieties of Temperament" ⁶ con críticas por supuestos errores aritméticos y en relación a la metodología. Con respecto a esta

³ Emigrado al inicio de la dictadura chilena, se granjeó el respeto internacional tanto por su enseñanza psicoanalítica como por su labor innovativa en la investigación de la lógica simbólica del pensamiento esquizofrénico.

⁴ Ouspensky, P.D., *"Fragmentos de una Enseñanza Desconocida. En busca de lo milagroso"*, Hachette, Buenos Aires, 1968.

⁵ Las citas de Totila Albert están tomadas de un manuscrito inédito. Para una referencia más extensa, ver "La agonía del Patriarcado", ed. Kairós, Barcelona, 1992.

⁶ Sheldon, W.H., y S.S. Stevens, "The Varieties of Temperament: A Psychology of

última, algunos opinaban que el análisis factorial habría sido un método más adecuado para el manejo de los datos que la técnica anterior de análisis grupal empleada por Sheldon. No resultará difícil de entender el que a renglón seguido me pusiera a estudiar análisis factorial, y a leerme ávidamente toda la exploración llevada a cabo por los dos principales expertos de aquel tiempo en la aplicación del mismo a la investigación de la personalidad: Hans Eysenk en Inglaterra y Raymond Cattell en los Estados Unidos. La amplia divergencia entre las respuestas de uno y otro en cuanto a las dimensiones subyacentes de la personalidad no hizo sino añadir un nuevo estímulo a mi inclinación a seguir investigando el tema. Los resultados de Eysenk parecían ser excesivamente simples, pues, según proclamaba, la personalidad podría ser descrita en términos de solamente tres variables: inteligencia, neuroticismo y extroversión/ introversión. No quedaba aquí lugar para la distinción de Sheldon entre una extroversión activa y otra emocional (o expresiva), que parecía tan acorde con la realidad. Cattell, por su parte, obtenía 16 factores a partir del análisis del material proporcionado por su cuestionario, y uno tenía la impresión de que podrían haber sido igualmente 15 o 18, pues en conjunto carecían de una coherencia intrínseca parangonable con la elegancia matemática. Casualmente, mi interés en enfrascarme más activamente en la investigación sobre la personalidad coincidía con un período de incomodidad en mi propia formación en terapia psicoanalítica (una vez me hube dado cuenta de que lo que podía ofrecer no alcanzaba a satisfacer las necesidades y las altas expectativas de mis clientes), y coincidía también con la posibilidad de disponer de ayudas a la investigación, en forma de estudiantes de psicología interesados en realizar bajo mi dirección proyectos que pudieran servirles para los trabajos o disertaciones que debían presentar de todos modos. Puesto que mi compromiso con el Instituto de Antropología Médica comprendía en aquel momento el encargo de estudiar el proceso de deshumanización que se había evidenciado como un aspecto de la "educación médica", y ello implicaba, a su vez, el desarrollo de instrumentos de comprobación adecuados, todo ello contribuyó a introducir en mi actividad un cambio profesional a tiempo parcial.

La oportunidad de viajar a los Estados Unidos en 1962, debida a la necesidad de acompañar a mi madre a visitar a un oculista en ese país, fue amablemente considerada por la Universidad de Chile como ocasión para ofrecerme una breve comisión, y las visitas consiguientes a la Universidad de Harvard y a la Ohio State University (en relación con determinados hallazgos en el campo del entrenamiento perceptivo) azuzaron mi deseo de realizar un más amplio peregrinaje académico, cosa que a renglón seguido tuve la buena fortuna de poder llevar a cabo.

Una beca Fulbright, en 1963, me permitió pasar más de medio año en la Universidad de Harvard, nuevamente como alumno de Cordón Allport, David McClelland y otros. De un modo especial quiero resaltar mi estancia como "alumno visitante" en el Center for Study of Personality, donde pesaba fuertemente la herencia de Henry Murray, y conocer a Murray en persona supuso ciertamente un incentivo adicional para familiarizarme con sus aportaciones. En los meses siguientes (de acuerdo con lo originalmente planeado), estuve con el Dr. Raymond B. Cattell en la Universidad de Illinois en Urbana. Yo me había mantenido en comunicación con el Dr. Cattell durante algún tiempo (con motivo de consultarle acerca de una refactorización del 16-PF para Sudamérica), y había sido una especie de discípulo suyo a distancia antes incluso de llegar a establecer contacto con él por correspondencia, pues después de leer su libro sobre análisis factorial me metí a fondo en él como un auténtico creyente buscando una comprensión más profunda de la mente a través de la estadística. Durante los meses que pasé en Urbana, estuve muy ocupado estudiando y elaborando con mayor precisión mi propia investigación, y visitando a otros profesores, como los Drs. Osgood y Mowrer. Antes de marcharme, acepté la invitación del Dr. Cattell de convertirme en socio de su propia empresa privada (Institute of Personality and Ability Testing) como representante

para Sudamérica. Me parecía una cobertura adecuada para la tarea' que había estado desempeñando hasta entonces por mi propia cuenta, aunque poco nuevo salió de ahí al quedar enamorado de California poco después. Esto surgió como resultado de una carta de invitación del Dr. Frank Barron, que estaba por entonces en el campo de Berkeley, cuando estaba aproximándose el fin de mi estancia en Harvard.

Había conocido al Dr. Frank Barron tras cruzar por vez primera la puerta del Center for Studies of Personality, en el campus de Harvard, durante mi primer viaje a los Estados Unidos cuando yo acababa de iniciar mi breve tour de visitas académicas y él estaba sustituyendo a Cordón Allport, que estaba por entonces disfrutando un año sabático. Yo estaba familiarizado con el trabajo de Barron sobre creatividad y había incluso usado una adaptación de su test de simplicidad/complejidad (que había aprendido a través de la revista *Scientific American*), de modo que cuando vi su nombre escrito en el tablón de anuncios situado frente a la entrada, pregunté acerca de la posibilidad de una entrevista con él. La corriente que inmediatamente se estableció entre nosotros y el descubrimiento de muchas áreas comunes de afinidad habían de madurar hasta convertirse en una amistad que iba a servir de base tanto a su invitación de pasar algún tiempo en el "Institute for Personality Assessment and Research" en Berkeley antes de volver a Chile, como a mi decisión realmente determinante de aceptarla.

Pero Berkeley no iba a suponer para mí meramente una aventura académica más: me enamoré del lugar y de su atmósfera, y decidí volver allí. Tuve ocasión de hacerlo más o menos un año después como titular de una beca Guggenheim, y una vez más el IPAR me abrió sus puertas, esta vez como ayudante de investigación.

Aunque mi instancia en el IPAR durante el tiempo que fui becario de Guggenheim (1965-1966) era el final de un peregrinaje escolar de dos años, mi búsqueda de la verdad nunca había sido totalmente intelectual, y la sed de una respuesta más vivencial no podía por menos de avivarse si uno visitaba el "Estado Alterado" de California en los primeros años sesenta ⁷. Entre los influjos provenientes del campo de la "revolución de la conciencia" (que el área de la psicología encarnó primeramente el movimiento humanístico) figura en lugar relevante Fritz Perls -fundador de la Terapia Gestalt y discípulo de Karen Horney- que insistía en calificar de holístico y existencial a su peculiar enfoque. Pese a ser fundamentalmente un fenomenólogo clínico con una tendencia más bien antiteórica (en aquel momento), la impronta de su presencia viva aumentó mi comprensión de forma considerable. De modo semejante, podría decir que mi propio pensamiento es existencial en la medida en que mi práctica clínica ha sido implícitamente existencial, al haber sido ésta la vía por donde obtuve en mi vida ayudas más significativas.

Mención especial debo hacer de Karen Horney, ya que su forma de terapia fue la que más influyó en mi curación antes de la Gestalt, y fue también la que más influjo ejerció en mi forma de practicar la psicoterapia (también antes de la Gestalt). Llegó a mí a través de Héctor Fernández, con quien seguí como sujeto experimental un autoanálisis supervisado y sistemático que fue para mí más significativo que mi anterior análisis Kleiniano en el Instituto Psicoanalítico de Chile. Algunos años antes de encontrarnos, Héctor Fernández había sufrido un proceso de profundo cambio, proceso que él denominaba "auto-análisis", pero que podría decirse que en un grado considerable había sido espontáneo e inspirado. Puesto que Horney había servido para él de catalizador, se convirtió en un apóstol de ella y en un lúcido elaborador de sus ideas, que comentaba en una serie de publicaciones que entre un grupo de diez personas habíamos puesto en marcha a finales de los años cincuenta.

Puedo decir de mí mismo algo que nunca he oído decir a nadie más: Karen Horney es mi autor psicológico favorito. Ciertamente, Freud fue un profeta -un agente de cambio social de gran magnitud-; no obstante, él, que durante años destacó en mi cielo intelectual con el brillo

⁷ Torno el término del Dr. Roland Fischer, primer editor de la revista *Journal of Altered States of Consciousness*.

de una figura paterna, es alguien cuyas obras aún hoy no puedo leer sin experimentar un cierto embarazo. Perls escribía: "De Fenichel saqué confusión; de Reich, atrevimiento; de Horney, compromiso humano por encima de terminologías" ⁸.

Creo que el hecho de que lo que caracteriza a Horney sea la simplicidad, dice algo de su sutil grandeza, ciertamente no grandiosa. Me alegra comprobar que, ahora que el psicoanálisis está revisando algunas de sus primeras concepciones, ella está empezando a ser recordada de nuevo en alguna medida, pero pienso que el verdadero valor de su obra está aun por descubrir. Al llamar la atención sobre ella dedicándole este libro, no sólo quiero apuntar hacia ella, en general, sino expresarle mi reconocimiento por el grado en que ha hecho espontánea aparición a lo largo de las páginas de este libro. Pero, continuando mi historia: vino un tiempo finalmente, en 1969, en que el buscador vivencial presente en mí tomó la delantera a mi parte de investigador intelectual. Mientras me preparaba para embarcarme en el peregrinaje de mi vida, me sentí empujado a compartir en forma de diversos libros lo que había aprendido hasta entonces ⁹, pero no sentí necesidad de hacer afirmación alguna respecto de mi trabajo sobre la personalidad o los tipos humanos. Mi búsqueda en este campo parecía en aquel momento haber quedado abortada.

Supongo que mis lectores se quedarán sorprendidos si, llegado este punto, digo que, a pesar del amplio curriculum descrito arriba, el principal influjo en este libro no proviene de ninguna de las fuentes que he mencionado hasta ahora. Vino, por el contrario, de donde menos lo esperaba: de alguien de quien la primera referencia que tuve es que era un maestro sufí, y en cuya guía experiencial me interesé lo suficiente como para dejar atrás mi vida académica, tal vez, parecía, para siempre.

Debo decir aquí, en aras del contexto, que, como muchos otros a quienes afectó profundamente el legado de Gurdjieff, me sentí decepcionado sobre el grado en que la escuela que él creara estuviera manteniéndose a través de una línea de sucesión viva. En mi itinerario de búsqueda me había vuelto hacia el sufismo y había entrado a formar parte de un grupo, bajo la guía de Idriesh Shah, cuando un grupo de compatriotas míos me invitó a conocer a un maestro espiritual que había bebido en las fuentes de aquel "Cristianismo esotérico" que Gurdjieff llamaba "El Cuarto Camino". Me contaban acerca de sus experiencias tras haber conocido a Osear Ichazo y me sugerían conocerle en una de mis visitas intermitentes. Así lo hice, y me sentí cautivado por haber encontrado a alguien que se presentaba a sí mismo, al igual que Gurdjieff, como emisario de aquella misma escuela que había polarizado mi interés en los últimos años, la escuela de la que habla Gurdjieff al final de su libro "Encuentros con Hombres notables" y sobre la que escribe Roy Davidson en su relato sobre su viaje en visita a la comunidad Sarmouni en el Hindú Kush ¹⁰. Guardo para una eventual autobiografía futura la historia de mi aprendizaje privado a partir de entonces, y ahora me limitaré a decir lo que resulta más relevante en relación con el tema de este libro: en el curso de una serie de conferencias abiertas, auspiciadas por la Asociación Psicológica Chilena, cuyo director era entonces mi amigo y anterior supervisor Héctor Fernández, escuché a Ichazo presentar una concepción de la personalidad que parecía estar en congruencia con la Gurdjieff, pero que iba más allá en el detalle.

Durante estas conferencias sobre lo que él llamaba "protoanálisis", Ichazo accedió a la demanda del Dr. Fernández de ofrecernos una demostración práctica del método. Entrevistó a varios pacientes del Dr. Fernández durante algunos minutos, y nos devolvió una referencia

⁸ Perls, F., *"Dentro y Fuera del Tarro de la Basura"*, ed. Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1973.

⁹ Escribí *"La Única Búsqueda"*, *"La Psicología de la Meditación"* y *"The Healing Journey"*, que se publicaron en los años setenta. Recientemente publique *"La vieja y Novísima Gestalt: Actitud y Práctica"* (ed. Cuatro Vientos, Santiago de Chile, 1990) y mi libro *"El Niño Divino y el Héroe"* (ed. Sirio, Málaga, 1994).

¹⁰ Davidson, Roy Weaver, en *"Documents on Contemporary Communities"* (London: Society for Organising Unified Research in Cultural Education, 1966).

sobre ellos tan precisa y detallada que quedamos impresionados, y a la vez, no obstante, incapaces de comprender el salto que separaba el breve interrogatorio de Ichazo de una percepción tan elaborada. Pienso ahora que si mi contacto con Ichazo se hubiera interrumpido en este punto, nunca habría aprendido a hacer lo mismo a través de un afinamiento de mi propia intuición e información caracterológicas. Conseguí esta habilidad casi un año más tarde, en su mayor parte como un subproducto espontáneo, fruto de la experiencia profundamente transformadora que supuso para mí participar en un largo retiro en Arica, bajo la dirección de Ichazo, a mi regreso a Chile¹¹.

Aunque en el tiempo que pasamos en Arica en la segunda mitad del año 1970 no recibimos información teórica nueva, el íntimo conocimiento de los cuarenta y pico compañeros que estábamos allí contribuyó seguramente al hecho de que, como consecuencia del retiro profundamente transformador en soledad intercalado en ese período, pude de pronto empezar a ver la estructura de la personalidad de los demás de un modo semejante a como un buen caricato capta los trazos esenciales de los rasgos físicos de una persona. A este despertar de un "ojo clínico" debo todo cuanto he sido capaz de aprender acerca de los tipos de personalidad y sobre la personalidad en general a partir de entonces, y fue también determinante de la experiencia intelectual de un creciente amalgamamiento de cuanto información iba adquiriendo sobre el tema. Puedo decir que el eneagrama de los Sarmouni¹² actuaba en mi mente como un imán, atrayendo y ordenando entre sí las piezas hasta entonces dispersas de mi acervo psicológico, como factor catalítico organizador capaz de introducir en el caos relativo de mi información un orden más preciso.¹³

Cuando la época de mi peregrinaje por Arica dio paso a un período de intensa inmersión en una combinación de terapia, enseñanza y guía espiritual, que empezó para mí en 1971, resultaba para mí de lo más natural el tratar de integrar mi bagage anterior con los nuevos aprendizajes. Dentro del contexto de lo que podría llamarse un grupo de meditación y psicoterapia, tuve ocasión de descubrir cómo las ideas centrales del protoanálisis, y más específicamente su caracterología eneática, me servían como núcleo primero de espontánea cristalización de anteriores comprensiones y de un perfilamiento progresivo de asociaciones entre mis observaciones en curso (a la luz del protoanálisis) y las observaciones clásicas ordinarias de la literatura psicológica.¹⁴

Más tarde, el trabajar con un grupo, que acabó siendo el inicio del Instituto SAT en California, me ofreció una oportunidad más prolongada de observar caracteres y también para tender puentes entre la óptica del "Cuarto Camino" y la propia de la psicología académica. En vista del secreto con que rodeaba Ichazo la presentación de estas ideas psicológicas una vez comprometido en el trabajo con él, yo mismo convertí ese secreto en un requisito para la admisión en los grupos en que estuve enseñando -bien directamente, bien de forma indirecta a través de personas delegadas- a lo largo de la década de los setenta. Al no estar seguro de que un compromiso verbal fuera lo suficientemente vinculante, llegué hasta el punto de exigir a cada uno de los participantes firmar un contrato, en una de cuyas cláusulas figuraba el compromiso de no revelar algunas de las ideas y prácticas espirituales que se enseñaban en el

¹¹ Esta invitación personal para unirme a Ichazo en Arica a tiempo se extendió, a petición mía, hasta incluir primero a algunos amigos, que más tarde se fueron incrementando hasta formar un grupo de unos cuarenta norteamericanos, grupo que a su vez habría de dar lugar al nacimiento del Instituto Arica.

¹² Para una mayor información sobre la tradición Sarmouni o Sarman, ver J.G. Bennett, *"Masters of Wisdom"*.

¹³ Ichazo no proporcionaba descriptores de los tipos de carácter, sino solamente diagnósticos y conceptos tales como los que recogen Lilly y Hart (en el libro de Tart *"Transpersonal Psychologies"*)

¹⁴ Así, por ejemplo, recordar la *"Orientación Mercantil"* de Fromm y la personalidad etiquetada por Lowen como *"narcisista"*, me permitió ver que ambos autores estaban empleando diferente vocabulario, limitándose a focalizar aspectos diferentes de un mismo carácter. Merece mencionarse también el hecho de que Horney daba, asimismo, a la palabra *"narcisista"* una connotación similar. A pesar de su amistad y afinidad, Fromm y Horney no parecen haberse dado cuenta de que estaban hablando de la misma cosa.

SAT. A finales de los setenta, no obstante, varios de entre aquellos que se habían comprometido a guardar para sí mismos las enseñanzas recibidas y a hacer de ellas solamente un uso implícito en su trabajo, comenzaron a ofrecer "cursos de Eneagrama", primero en la zona de Berkeley y luego en un área más extensa.

Si la aparición en el mercado de cursos de Eneagrama supuso para mí un estímulo para empezar a pensar en publicar mis propias observaciones sobre el tema, la publicación del primer libro acerca de ello concretó mi intención de forma clara. Como en el caso de varias tesis doctorales y notas sobre cursos de Eneagrama que habían llegado a mis manos con anterioridad, el contenido esencial de tales libros concordaban con mis enseñanzas, impartidas en 1972, pero, no obstante, había en ellos muchas cosas con las que no estaba de acuerdo. Más aún, consideraba que era de mal gusto por parte de sus autores el tomar la iniciativa de publicar algo que apenas habría tenido interés para sus lectores y editores de no ser por las aportaciones, no precisamente propias, que incorporaban en su contenido. Desde que escribí este prólogo, han aparecido muchos manuales populares sobre los tipos según el Eneagrama, de los cuales me limito a entresacar los más importantes: el de Palmer, los de Risso y el de Molina. El de Palmer es el que contiene más información, aunque habría esperado una contribución más original por su parte; Risso es más original, pero menos preciso, de modo que contiene muchas afirmaciones con las que no estoy de acuerdo; el sesgo axiológico de Molina constituye, en mi opinión, la contribución más interesante, y ofrece un material de lectura sobre el tema, más aprovechable que el que ofrecen los restantes autores. Estoy en desacuerdo, sin embargo, con su afirmación de que los ego-tipos son plenamente constitucionales y de que los estados relacionados con el instinto son solamente complicaciones patológicas. En general, de igual forma que reprobaba la libertad que algunos de mis ex-alumnos se tomaban de ofrecer cursos sobre Eneagrama fuera del contexto del SAT (por más que ellos pudieran sentirse justificados), también siento que he criticado la libertad que se tomaron los primeros divulgadores del Eneagrama de publicar material que forma parte de un cuerpo de comprensión más amplio y que ni Ichazo ni yo habíamos decidido sacar a la luz pública.

Solamente espero que pueda llegar un tiempo en el que se pueda decir de la ansiedad de éstos por enseñar y publicar, aquello que solía decir Osear: "el diablo no sabe para quién trabaja". Pues es fácil imaginar que al mirar atrás podamos admirar la maestría con la cual la divina providencia ha sabido sacar del entusiasmo de aquellos un movimiento eneagramático de suficiente relevancia como para suscitar el interés de una sociedad tan conservadora como la nuestra, para la que la sabiduría esotérica y cosas tales como el Eneagrama resultan sospechosas, cuando no reprensibles.

Tras la aparición de los eneagramas de la personalidad a la luz pública y una vez que el propio Instituto Arica empezó a anunciar la celebración de cursos sobre protoanálisis para el gran público, yo mismo he reanudado mi propia aventura didáctica, con un mayor afinamiento en la aplicación de las ideas transmitidas por Ichazo -no sólo en el aspecto analítico, sino también en lo relativo a los estadios de modificación de conductas-, esta vez en el mundo latino. A través de estos años de experiencia, he obtenido una confirmación creciente de la visión tradicional, en el sentido de que, efectivamente, las interpretaciones que sugiere este mapa del "Cuarto Camino" resultan ser objetivamente centrales en las personas pertenecientes a los diversos tipos de carácter. Al mismo tiempo, no quiero ignorar la ayuda que supone en todo esto la intuición, que siendo de naturaleza artística, permite que el terapeuta o maestro iluminado por ella obre no desde la ciencia aprendida en los libros, sino desde la directa percepción de la aberración allí donde se da. El proceso intuitivo no consiste, por supuesto, en aceptar una etiqueta, ni siquiera en saber algo en particular sobre el propio psiquismo, sino que es más bien el proceso de llegar a saber algo *realmente*, lo que significa saberlo la mayor parte del tiempo y de una forma coherente con el resto del propio saber. Y la verdad es que

cuando trabajamos con un determinado sujeto, encontramos en el primer plano una específica faceta de personalidad que destaca sobre el resto de una estructura universalmente compartida. La pretensión tradicional de que el reconocimiento de la pasión dominante tiene un gran poder terapéutico se ha visto confirmada en mi experiencia, y ésta me dice que, aunque otras interpretaciones alternativas puedan ser igualmente verdaderas, resulta *particularmente* importante aceptar y prestar atención a las que se orientan en función de la identificación de la pasión y la fijación dominantes.

Mientras Gurdjieff trabajaba haciendo hincapié en la intuición y en su propia confrontación magistral, e Ichazo en base al diagnóstico emanado de su propia autoridad (o tal vez autoritario), yo he ido poniendo crecientemente el énfasis, a lo largo de mi trabajo, en facilitar un proceso de auto-diagnóstico basado en una buena comprensión de la tipología. Al escribir los nueve capítulos que constituyen el cuerpo central de este libro, los he concebido implícitamente, entre otras cosas, como una base para el propio auto-diagnóstico, y doy por supuesto que los atisbos de auto-percepción a que pueda dar lugar el reconocimiento intermitente de aquél puedan tener ya de por sí una trascendencia terapéutica.

El desencadenante inmediato para empezar a escribir me vino de la oferta de mi amiga Marta Huepe de dedicarme todo su tiempo durante sus vacaciones de verano en enero-febrero de 1988. Aparte de ser una espléndida anfitriona en su bello rincón campestre de El Arrayán (Santiago, Chile), su agudo interés en el tema y su empatía participativa hacían de ella un oyente ideal mientras yo iba grabando las cassettes que luego ella transcribía.

Aunque la misma tarea de empaquetar mis papeles con vistas al viaje a Chile en 1988 con la idea de empezar a escribir ya había supuesto un incentivo para delinear un esbozo del libro, este diseño original rápidamente dejó paso a otro que iba emergiendo espontáneamente mientras iba grabando, quedando sólo la estructura general. El libro comienza con una visión general de carácter teórico. Nueve capítulos sucesivos se ocupan de las nueve distintas estructuras de carácter, ninguna de las cuales es nueva en psicología, pero cada una se presenta aquí a una nueva luz: como una "especialización del psiquismo" en una de las nueve direcciones posibles, según se ponga el énfasis en una u otra de las nueve disposiciones motivacionales que están relacionadas entre sí. Un capítulo final contiene sugerencias para un ulterior trabajo con el material.

A pesar de que en un principio pensaba basarme fundamentalmente en mis propios recuerdos para ilustrar los caracteres sobre los que se focalizan los nueve capítulos de este libro, he preferido finalmente apoyarme en descripciones clásicas de retratos de caracteres, pasando revista al mismo tiempo a las principales fuentes psicológicas y médicas sobre el tema. Entre éstas no sólo he incluido descripciones de psiquiatras y psicólogos clínicos, sino también algunas procedentes de homeópatas. Sin querer pronunciarme a favor o en contra de la validez del tratamiento homeopático, en el que no tengo experiencia, deseaba incluir las ricas descripciones de tipos humanos que forman parte de la tradición homeopática y que se aproximan muy cercanamente a los tipos de carácter con los que estoy familiarizado. Me he servido para ello principalmente de la síntesis magistral que realiza sobre el tema Catherine R. Coulter en "Portraits of Homoeopathic Medicines".

Aunque a lo largo de mi temprana experiencia docente describía los caracteres mediante un comentario secuencial de sus rasgos principales, ahora he querido basar mis reflexiones en una ulterior elaboración de estas listas de rasgos¹⁵. Si en aquel artículo buscaba hacer un mapa de esos "rasgos detrás de los rasgos" que reflejase su mutua interrelación en una estructura psicodinámica, aquí también estoy basando mis "reflexiones psicodinámicas" en la

¹⁵ Así lo hice ya con carácter exploratorio en mi artículo "*Sobre el Carácter Puritano*", en el que me propuse hacer una agrupación conceptual de los rasgos observados en un carácter con el fin de formular mejores hipótesis acerca de los rasgos subyacentes fundamentales (ver *American Journal of Psychoanalysis*. Vol. XLII, nº 2, New York, Agathon Press, 1982)

consideración de unos hipotéticos rasgos originarios y su mutua interrelación, más que en la consideración de descriptores aislados. En la parte de cada capítulo dedicado al análisis de rasgos he entrelazado la descripción del carácter en términos de rasgos, con una exposición de los motivos subyacentes y de las conexiones psicodinámicas entre ellos, junto con una revisión de la concepción tradicional, de modo que *en el centro de cada carácter existen -en recíproca relación una y otro- una forma de motivación por deficiencia y un error cognitivo.*¹⁶

El panorama que ofrece la literatura psicológica y psiquiátrica se explica por sí mismo, por lo que tal vez baste decir que me he centrado aquí en material descriptivo (además de especulativo) y que para cada uno de los tipos de personalidad que refleja el mapa del eneagrama he encontrado documentación adecuada, aunque se echa de menos llamativamente uno de ellos en el DSM III, tan ampliamente extendido hoy en día, y otro queda pobremente reflejado dentro de su repertorio de trastornos de la personalidad. Un aspecto que fue tomando cuerpo a medida que iba construyendo este libro fue una explicación sistemática de la correlación que cabe apreciar entre los eneatis y los tipos psicológicos de la tipología junguiana (los ocho tipos originalmente observados por Jung y la descripción de sujetos correspondientes a esos ocho tipos, de acuerdo con sus respuestas a los cuestionarios basados en las ideas de Jung).

En un principio pensaba haber excluido de este volumen toda consideración etiológica, dejándola para una futura publicación, dado que una buena parte del abundante material grabado de que dispongo resultaba ser demasiado difícil de transcribir por razones técnicas, y debido también al hecho de que aún estoy lejos de haber analizado los datos autodescriptivos que en él se contienen. Espero que la escasa referencia de material grabado pueda quedar compensada en alguna medida por el hecho de haber escuchado alrededor de doscientas historias personales anuales durante los últimos diez años. Tal vez debería excusarme por no haber intentado entrar en el vasto conjunto de especulación psicoanalítica relativa al tema. El limitado interés que sentía en hacerlo obedece no sólo a la necesidad de atender a otras tareas, sino también al hecho de sentirme de acuerdo con Peterfreund cuando dice que las ideas psicoanalíticas acerca de la infancia son "aduldomórficas".¹⁷

El manuscrito original completo incluía una revisión de los tipos de personalidad tal como aparecen en la literatura dedicada específicamente a la descripción de caracteres, anterior al despertar de la psicología científica e incluso actual. No obstante, ante la insistencia de la Kósel Verlag (la editora alemana) en que simplificara el libro, he simplificado también la versión inglesa, y he dejado mis diagnósticos y comentarios retrospectivos sobre Teofrasto, La Bruyère y otros, para ulteriores publicaciones.

La insistencia tradicional de que es un error cognitivo lo que, según la tradición oral del Medio Oriente, constituye la línea de fondo de la personalidad, supone una anticipación de la creciente atención que de un modo semejante la psicología contemporánea está prestando al foco cognitivo, a través de obras como las de George Klein y Shapiro, Ellis, y Beck. Debido a mi propio convencimiento acerca de la importancia del dominio cognitivo, he prestado especial atención al tema de los mecanismos de defensa (esto es, los modos selectivos de mantener la inconsciencia), que pueden ser considerados como interdependientes con los diferentes estilos interpersonales, y asimismo al tema de la búsqueda de una formación cognitiva de la estrategia interpersonal en sí misma. Afirmo también que todo carácter entraña una particular "ilusión metafísica": una presuposición errónea con respecto al Ser, o, más precisamente, respecto a la posibilidad o *promesa de Ser*, como veremos.

Además de señalar en cada capítulo las conexiones psicodinámicas entre la "pasión

¹⁶ La idea de que "*los pecados capitales*" pertenecen tanto a la naturaleza de las pasiones como a la de las ideas destructivas se encuentra ya en el primer escritor sobre el tema, Evagrius Ponticus, en el siglo IV.

¹⁷ Peterfreund, E., *International Journal of Psychoanalysis*, 1978, 59, pp. 427-441.

dominante", o estrategia nuclear, y las restantes subestructuras, ofrezco aquí y allá de forma sucesiva perfiles para una interpretación *existencial* del carácter, y, a través de ella, para una teoría de la neurosis entendida como una búsqueda y una pérdida de Ser.

En este libro trato el tema de las *ilusiones* juntamente con el del "oscurecimiento óptico"¹⁸: Cómo la "escasez de Ser" es experimentada en cada uno de los "infiernos psicológicos", cómo el individuo es responsable de su mantenimiento, y cómo la *pérdida de Ser* la mantiene en cada caso una sed desencaminada de *Ser*, que busca su objeto no en el ser sino en la apariencia, o con otras palabras, no donde puede ser encontrado sino donde se cree que está en virtud de una sustitución autoengañosa, esto es, de un espejismo, una ilusión, una trampa o un rizo anudado. Pues:

la personalidad condicionada conduce a una
interferencia organísmica,
la interferencia organísmica lleva a una disminución de
la experiencia de ser,
la disminución de la experiencia de ser conduce a
ilusiones, a las "pasiones", y a perpetuar la
personalidad condicionada; y así sucesivamente.

En este último análisis he seguido a Guntrip¹⁹, que afirmaba que así como la capa psicótica de interpretación Kleiniana subyace a la propiamente psicodinámica (que tiene en la libido su fuente de interpretación), debemos buscar una capa más profunda "Winnicottiana" o existencial, que reconoce a la "pérdida de Ser" o la "debilidad del ego" como un estrato más profundo que el de la libido oral, anal, y genital (esto es, biológica).

Guntrip dice que cuando en 1957 enseñó a Fairbairn el primer borrador de su artículo "*Sobre la debilidad del ego*", Fairbairn le dijo: "Me alegro de que haya escrito eso. Si yo ahora pudiera escribir, ése es el problema sobre el que estaría escribiendo". Sin embargo, la salud le falló antes de haber podido explorar completamente, tal como deseaba, una afirmación de un paciente: "He descendido hasta el último fondo de mí mismo, donde siento que no tengo en absoluto un ego." Al demostrar que toda la psicopatología se apoya sobre el esqueleto de una particular estructura de carácter y que a todo carácter le anima una motivación "pasional" específica, y al afirmar que las nueve pasiones constituyen otras tantas maneras de buscar el Ser (correspondientes a otras tantas ilusiones con respecto al Ser) que perpetúan el oscurecimiento óptico, siento haber completado el sueño de Fairbairn.

Explorando la pérdida del propio ser como núcleo del carácter es como he visto crecer este libro, más allá de formar un tratado compacto sobre los tipos caracterológicos, hasta llegar a convertirse en una convicción de amplio alcance. La afirmación de que toda psicopatología entraña un "vacío existencial", un oscurecimiento de ser sobre el que se apoya y al que a su vez fomenta, lleva consigo un corolario evidente: la inseparabilidad entre el proceso de iluminación y la curación de quienes se sienten interpersonalmente enfermos.

Al poner nombre a este libro cuando estaba aún dictándolo, lo titulé "*Estructura y Dinámica del Carácter (a la luz del Eneagrama de los Sarmouni)*". Pero, después de terminarlo, juzgué adecuado cambiar la primera parte del título y convertirlo en "*Carácter y Neurosis*", ya que todo él está impregnado de la idea de que *el núcleo de la neurosis es caracterológico*, y por consiguiente una teoría comprensiva del carácter implica necesariamente una teoría de la neurosis. De acuerdo con esto, creo que al haber señalado la estructura y la dinámica de los

¹⁸ Es éste un tema semejante, pero tal vez más amplio, que aquél al que alude R.D. Laing con la expresión "inseguridad óptica".

¹⁹ Guntrip, Harry, en *Schizoid Phenomena, Object Relations and the Self* (New York, International Universities Press, Inc., 1969).

componentes básicos del carácter humano, he cubierto (descriptiva, dinámica y existencialmente) toda la escala de estilos neuróticos.

No creo necesario decir que estoy en desacuerdo con quienes siguen concibiendo las patologías de carácter como complicaciones, y que por el contrario respaldo plenamente la afirmación de Wilhelm Reich de que el carácter constituye la forma fundamental de defensa. Considero como una expresión sumamente elocuente de mi propia convicción la siguiente afirmación de Horney:²⁰

"En el concepto psicoanalítico de la neurosis se ha producido un cambio de acento: mientras que originariamente el interés recaía en la dramática descripción de los síntomas, ahora se está viendo cada vez más claro que la fuente real de esos desórdenes psíquicos reside en las perturbaciones de carácter, que los síntomas constituyen la manifestación visible de rasgos de carácter conflictivos, y que sin descubrir y debilitar la estructura neurótica del carácter la neurosis no tiene cura. Cuando analizamos esos rasgos de carácter, en un buen número de casos uno se queda sorprendido al observar que, en marcado contraste con la diversidad de descripciones sintomáticas, las dificultades de carácter se centran invariablemente en los mismos conflictos básicos."

Hace pocas semanas tuve el placer de ver un eco de esta actitud en un libro reciente de David Shapiro, titulado "*Psychotherapy of Neurotic Character*", donde dice:²¹

"Quiero decir con esto que la neurosis no consiste en un conflicto nuclear dentro de la persona -como, por ejemplo, entre los impulsos y las defensas inconscientes-, sino en una deformación de toda la personalidad. La neurosis consiste en determinadas formas restrictivas y generadoras de conflictos con las que actúa la personalidad... ciertas formas con las que, como dije antes, la personalidad reacciona en contra de sí misma. He usado el término estilo neurótico en el mismo sentido. Desde este punto de vista, la vieja distinción entre "neurosis sintomática" y "desorden de carácter" desaparece; toda neurosis es caracterológica.

Al dictar los capítulos de este libro, siento haberme estado dirigiendo a tres tipos de audiencia. En primer lugar, a la audiencia en la que pensaba al principio mientras incubaba el proyecto, cuando concebía el libro como un proceso de auto-intuición guiado por control remoto y como una extensión del tipo de trabajo que realizaba y había realizado con grupos. Para estos lectores he añadido un capítulo adicional con sugerencias acerca del modo de hacer uso ulteriormente de la información contenida en el libro.

En segundo lugar, al dictar el libro me he encontrado dirigiéndome con particular interés a los estudiosos de la personalidad, inclinados a la especulación teórica, y en tercer lugar, a los psicoterapeutas. He intentado conciliar el conflicto que me suponía estar dirigiéndome a profanos y a especialistas al mismo tiempo, como si estuviera hablando a unos y a otros, presentes todos en una misma sala, tratando ante todo de no resultar demasiado "académico", evitando emplear la jerga especializada, y pidiendo a mis lectores profanos (como lo hago ahora) que sean pacientes caso de que las citas y las referencias bibliográficas escapen a su interés. Al situarme frente a la obra ya casi terminada, siento la satisfacción de poder anticipar que los lectores habrán de encontrarlo interesante y a la vez nutritivo, confiando en que a través de ellos pueda contribuir a una comprensión generalizada de la debilidad de la condición humana, en un tiempo en que tan agudamente resulta necesaria.

²⁰ Horney, Karen, *Neurosis and Human Growth* (New York, W.W. Norton & Co., 1990).

²¹ Shapiro, David, *Psychotherapy of Neurotic Character* (New York, Basic Books, 1989).

CARÁCTER Y NEUROSIS

Una Visión Integradora

A MODO DE INTRODUCCIÓN: PANORAMA TEÓRICO

"Como cualquier otro campo objeto de estudio científico, la psicología de la personalidad necesita un modelo descriptivo, una taxonomía, de la materia de la que se ocupa... esa taxonomía permitiría a los investigadores estudiar aspectos determinados de las características de la personalidad... Más aún, una taxonomía generalmente aceptada facilitaría en gran medida la acumulación y comunicación de datos empíricos, al ofrecer un vocabulario y una terminología establecidas... En casi todo investigador anida la esperanza de ser quien consiga concebir la estructura que ha de transformar la presente Babel en una comunidad que habla un mismo y común lenguaje."

Oliver P. John

(Instituto of Personality Assessment and Research, University of California)

1. UNA VISIÓN DE LA NEUROSIS, EL OSCURECIMIENTO, Y EL CARÁCTER

Trataré aquí sobre la personalidad en general y sobre el proceso de lo que podríamos llamar degradación de la conciencia -lo que técnicamente se denomina «teoría de la neurosis»-, que encuentra una resonancia simbólica en las tradiciones espirituales con las historias míticas de la «caída» o «expulsión del Paraíso». No haré distinción entre la «caída» espiritual de la conciencia y el proceso psicológico de desarrollo degradado.

Como inicio de esta exposición, tan sólo señalar que dicha degradación de la conciencia es tal que al final el individuo afectado no reconoce la diferencia; es decir, no sabe que ha existido una pérdida, limitación o fracaso en el desarrollo de su potencial completo. Es tal la caída que la conciencia se ciega en relación a su propia ceguera y queda limitada hasta el punto de creerse libre. A esto se refieren las tradiciones orientales al usar frecuentemente, para indicar la condición ordinaria de la humanidad, la analogía de una persona que duerme, -analogía que nos invita a entender que la diferencia entre nuestra condición potencial y nuestro estado presente es tan grande como la que existe entre la condición ordinaria de la vigilia y la del sueño.

Hablar de degradación de la conciencia implica, claro está, la idea de que el proceso de la «caída» consiste en tornarse menos conscientes o relativamente inconscientes. Pero la «caída» no es sólo una caída de la «conciencia» en sentido estricto: es asimismo una degradación de la vida emocional, una degradación de la calidad de nuestra motivación.

Podríamos decir que nuestra energía psicológica fluye de modo diferente en la condición saludable/iluminada y en la condición que llamamos «normal». Podríamos decir, recordando a Maslow, que el ser humano en pleno funcionamiento está motivado por la abundancia, mientras que en una condición inferior a la óptima las motivaciones tienen la cualidad de la «deficiencia», una cualidad que podría describirse como el deseo de completar una falta, en lugar de una satisfacción básica desbordante.

Podría decirse que la diferencia entre las condiciones «superior» e «inferior» no es sólo la de abundancia de amor frente a deseo deficitario. Una formulación aún más completa es la que encontramos en el budismo, que explica la caída humana en función de los llamados «tres venenos». En el diagrama triangular de abajo podemos ver representados, por un lado, una

interdependencia de la inconsciencia activa (comúnmente llamada ignorancia en la terminología budista) y, por otro lado, un par de opuestos que constituyen formas alternativas de la motivación deficitaria: la aversión y la avidez.

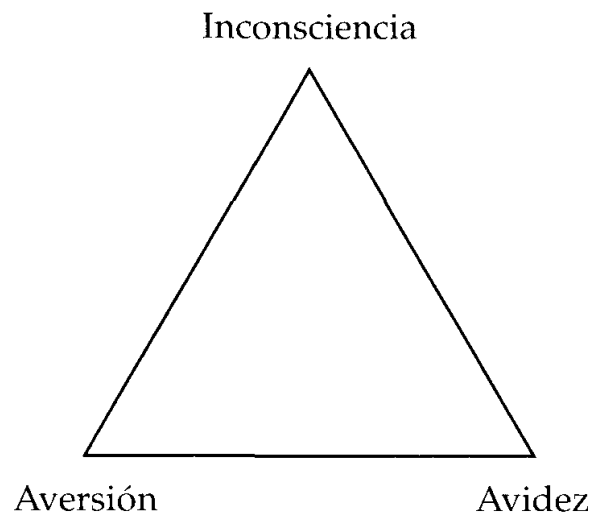


FIGURA 1

Sabemos por la visión freudiana que la neurosis consiste básicamente en una interferencia en la vida instintiva. Freud consideraba que la frustración básica del niño frente a sus padres era una frustración «libidinosa», es decir, una interferencia en las primeras manifestaciones de deseo sexual, principalmente hacia el progenitor de sexo contrario. Hoy día, son pocos los que mantienen esta visión original del psicoanálisis y la llamada teoría de la libido ha sido, como mínimo, puesta en entredicho. Los psicoanalistas modernos, como Fairbairn y Winnicott, concuerdan en que el origen de la neurosis debe buscarse en un maternaje imperfecto y, hablando más generalmente, en problemas de parentalización. En la actualidad, se le da más importancia a la falta de amor que a la idea de frustración del instinto. Al menos, podríamos decir que se le da más importancia a la frustración del contacto y de la necesidad de relación que a manifestaciones sexuales pregenitales o genitales.

Como quiera que sea, Freud tuvo el gran mérito de darse cuenta de que la neurosis era algo prácticamente universal y que es transmitida de generación en generación mediante el proceso de parentalización. Sostener esto en su tiempo requirió una actitud heroica, pero ahora es un tópico decir que el mundo, en conjunto, está loco, de tan obvio que se ha vuelto.

Algunos textos espirituales, como el Evangelio de San Juan, muestran la visión de que la verdad en el mundo está, por así decirlo, vuelta del revés: «La luz estaba en el mundo, pero las tinieblas no la abrazaron» -el mundo fue creado al reconocerla. En la tradición sufi es ampliamente aceptado que el «hombre verdadero» está también como al revés, de modo que a la gente normal le parece un idiota. Pero podemos decir que no sólo en el caso de los seres heroicos se crucifica la verdad: también en el caso de cada uno de nosotros.

No es difícil comprender la idea de que todos hemos sido dañados y, quizá inconscientemente, martirizados por el mundo en el transcurso de nuestra niñez, y que de ese modo nos hemos convertido en eslabón de transmisión de lo que Wilhelm Reich llamaba una «plaga emocional» que tiene infectada a toda la sociedad.

Esta no es sólo una visión psicoanalítica moderna: el hecho de una calamidad que azota a generación tras generación es algo conocido desde la antigüedad, así como la noción de una sociedad enferma es la esencia de las antiguas concepciones india y griega de nuestro tiempo como una «época oscura», una «Kaliyuga», una edad de gran caída de nuestra condición espiritual original.

No digo que el maternaje lo sea todo. El paternaje también es importante, e incluso pudieran haber influido en nuestro desarrollo posterior otros hechos más tardíos como ocurre, evidentemente, con las traumáticas neurosis de guerra. Asimismo, hechos muy tempranos pueden haber producido un efecto debilitador sobre el individuo, como el alcance que haya tenido el trauma del nacimiento. Realmente, el modo en que los niños vienen al mundo en los hospitales supone un *shock* innecesario y podemos aventurar que alguien nacido a media luz y no palmeteado en la espalda para estimular la respiración estaría mejor preparado para resistir posteriores condiciones traumáticas de la vida, y que un niño que haya sido adecuadamente cuidado por la madre en los albores de su vida puede estar mejor preparado para afrontar la traumática situación de un paternaje pobre.

Digamos, usando la metáfora de Horney, que venimos al mundo como la semilla de una planta que lleva en sí ciertas potencialidades e instintivamente espera la presencia de ciertos elementos en su entorno, como buena tierra, agua y sol.

El experimento de Harlow con chimpancés, hace algunas décadas, demostró, por ejemplo, que una cría de mono no sólo necesita leche, sino también algo peludo a lo que agarrarse, y que puede desarrollarse más o menos como un adulto normal si se le da un muñeco recubierto de tela de felpa que haga las veces de madre, pero no una madre artificial de alambre, incluso aunque tenga un biberón en el pecho.

Seguramente, las necesidades humanas para desarrollarse hasta un funcionamiento adulto completo son más complejas y son muchos los factores que podrían fallar. Dicho de otro modo: son muchas las maneras en que la necesidad de un amor de los padres suficientemente bueno puede quedar frustrado o defraudado. En algunos casos, por ejemplo, la dedicación de los padres a sus propios asuntos puede acabar en abandono, mientras que, en otros casos, una necesidad demasiado fuerte de tomar la postura de los adultos puede ocasionar una invalidación de las experiencias del niño; en otros casos, la ternura puede quedar eclipsada por la expresión de la violencia, etc.

Digamos que la manera como hemos llegado a estar en este mundo inferior que habitamos desde la caída del Edén -la personalidad con la que nos identificamos y a la que nos referimos implícitamente cuando decimos «Yo»- es una manera de ser que adoptamos para defender nuestra vida y nuestro bienestar mediante una «adaptación», en un sentido amplio del término, que suele ser más una rebeldía que un seguir la corriente.

Ante la falta de aquello que necesitaba, el niño, en su proceso de crecimiento, necesitó manipular, y podemos decir que el carácter es, desde este punto de vista, un aparato contramanipulativo.

En este estado de cosas, pues, la vida no está guiada por el instinto, sino por la persistencia de una temprana estrategia de adaptación que compite con el instinto e interfiere en la «sabiduría orgánica», en el sentido más amplio de la expresión. La persistencia de dicha estrategia adaptativa puede entenderse si tenemos en cuenta el contexto doloroso en que se produjo y el tipo especial de aprendizaje en que se basa: no un tipo de aprendizaje que tiene lugar gratuitamente en el organismo en crecimiento, sino un tipo de aprendizaje por coacción caracterizado por una especial fijación o rigidización de la conducta, como respuesta de emergencia ante la situación inicial.

Podemos decir que el individuo ya no es libre de aplicar o no los resultados de su nuevo aprendizaje, sino que «ha puesto el automático», acudiendo a una determinada respuesta sin «consultar» la totalidad de su mente o considerando la situación creativamente en el presente. Es esta fijación de respuestas obsoletas y la pérdida de la capacidad de responder creativamente en el presente lo que más caracteriza el funcionamiento psicopatológico.

Si bien al conjunto de dicho pseudoaprendizaje adaptativo que he descrito se le denomina generalmente en las tradiciones espirituales «ego» o «personalidad» (como distinto de la «esencia» o alma de la persona), yo creo que resulta muy apropiado darle también el nombre

de «carácter».

Derivado del griego «*charaxo*», que significa grabar, «carácter» hace referencia a lo que es constante en una persona porque ha sido grabado en uno, es decir, a los condicionamientos cognitivos, emocionales y de comportamiento.

Mientras que, en el psicoanálisis, el modelo básico de neurosis consiste en que la vida instintiva ha sido distorsionada por actuación de un superego internalizado del mundo externo, lo que propongo aquí es que nuestro conflicto básico, nuestra manera fundamental de estar en lucha con nosotros mismos, es la interferencia de nuestro carácter en la autorregulación orgánica. Es *en* nuestro carácter, como una parte de éste, donde se encuentra el superego, con sus valores y exigencias, y también el contrasuperego (un «perro de abajo», como lo llamaba Fritz Perls), objeto de las exigencias y acusaciones que implora su aceptación. En este «perro de abajo» vemos el referente fenomenológico del «ello» freudiano, aunque sería cuestionable interpretar los impulsos que le animan como instintivos, ya que no sólo el instinto es objeto de inhibición en nuestro interior, como resultado del rechazo a nosotros mismos que tenemos inculcado y del deseo de ser algo diferente de lo que somos: también lo son nuestras necesidades neuróticas. Las diversas formas de motivación deficitaria que propondré que llamemos pasiones nos están prohibidas, tanto por lo que respecta a su aspecto de avidez como a su aspecto de odio.

Podemos describir el carácter como un compuesto de rasgos, entendiendo que cada uno de ellos apareció bien como identificación con un rasgo de los padres o bien, por el contrario, por deseo de *no* ser como los padres en ese aspecto en particular (muchos de nuestros rasgos corresponden a una identificación con uno de los padres y, al mismo tiempo, a un acto de rebeldía con respecto al rasgo opuesto del otro). Otros rasgos pueden entenderse como adaptaciones más complejas y contramanipulaciones. Pero el carácter es más que un conjunto caótico de rasgos: es una compleja estructura que podría representarse en forma de árbol, en el que los distintos comportamientos son aspectos de comportamientos más generales e incluso estos diversos rasgos de naturaleza más general pueden comprenderse como expresión de algo más fundamental.

El núcleo fundamental del carácter, tal como expondré aquí, tiene una doble naturaleza: un aspecto motivacional en interacción con un prejuicio cognitivo, una «pasión» asociada a una «fijación». Podemos dibujar la posición de la pasión y del estilo cognitivo dominantes en la personalidad comparándolos con los dos focos de una elipse y podemos ampliar nuestra primera idea de «carácter frente a natura» considerando el proceso con más detalle como *una interferencia de la pasión en el instinto bajo la influencia continua de una percepción cognitiva distorsionadora*. Este proceso puede indicarse mediante el mapa de la psique que se muestra en la página anterior.

Esta es una variante gráfica de la visión de la personalidad ofrecida por Oscar Ichazo y se parece, en diversos aspectos, a la ofrecida por Gurdjieff. Según ambas visiones, la personalidad humana (en el sentido de carácter) está compuesta de cinco «centros», aunque un ser humano plenamente desarrollado habrá despertado en sí mismo el funcionamiento de los dos centros superiores, que reciben el nombre de «centro emocional superior» y «centro intelectual superior».

Mientras que Gurdjieff hablaba de un centro intelectual inferior u ordinario, un centro emocional inferior y un centro motor inferior, Ichazo se refería con frecuencia a este centro motor como «instintivo» y, de acuerdo con la visión que él declaraba transmitir, este centro instintivo se divide, a su vez, en tres.

En nuestros días, la teoría del instinto de Freud ha recibido fuertes críticas en el ámbito de la psicología. En primer lugar, el surgimiento de la etología indujo a distinguir entre el instinto tal como se manifiesta en la conducta animal (con sus mecanismos de liberación y su patrón de expresión tan fijo) y algo que podría llamarse el instinto de la vida humana. Más tarde, las

comprensiones de Adler, Horney, Klein y teóricos posteriores de las relaciones objétales acabaron provocando no sólo que una parte del mundo psicoanalítico rechazara la concepción biológica de Freud, sino que abandonara particularmente la teoría de la libido. También Fritz Perls, que puede ser considerado como un nuevo freudiano en vista de su formación con Reich, Horney y Fenichel, parece seguir el espíritu de su tiempo al cambiar, en su concepto de autorregulación orgánica, del lenguaje del instinto al lenguaje cibernético.

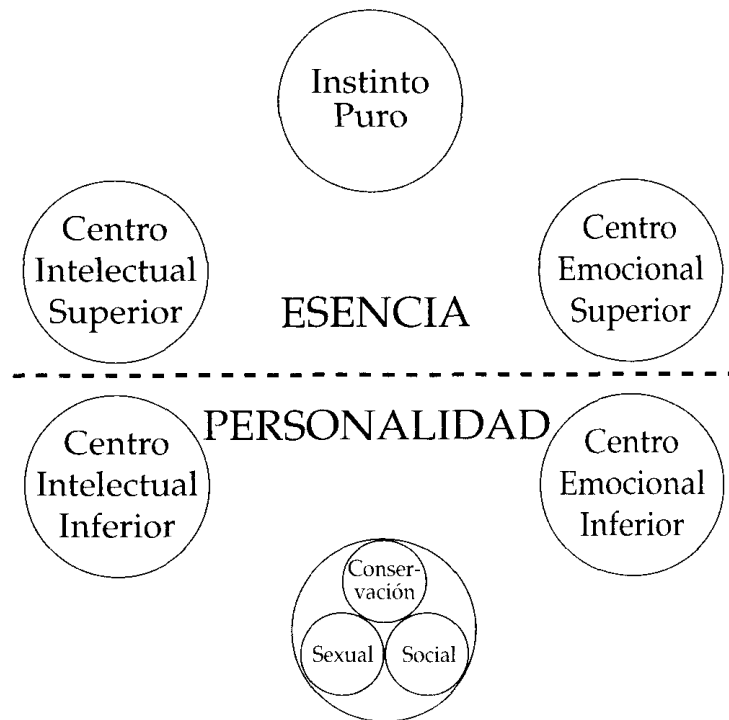


FIGURA 2

En contraste con esta tendencia a omitir la noción de instinto en la interpretación de la conducta humana, la visión que aquí se presenta no sólo implica una teoría del instinto (por lo menos, otorga al instinto una tercera parte del campo psicológico), sino que coincide con la noción psicoanalítica de neurosis como perturbación del instinto e, inversamente, sanación como proceso de liberación instintiva. A diferencia de las dos teorías del instinto de Freud y de la visión de Dollard y Miller sobre el comportamiento como una gran multiplicidad de impulsos, la teoría propuesta aquí reconoce tras la multiplicidad de la motivación humana tres instintos y fines básicos (dejando aparte la motivación puramente espiritual): la supervivencia, el placer y la relación.

Creo que aunque hoy día algunos (como los gestaltistas) preferirían emplear un lenguaje cibernético y decir que la neurosis implica una perturbación de la autorregulación orgánica, pocos cuestionarían la gran importancia de los impulsos de conservación, sexo y relación y su conjunta posición central como objetivos profundos del comportamiento. Aunque la interpretación de Freud de la vida humana puso el énfasis en el primero, Marx resaltó el segundo y los teóricos actuales de las relaciones objétales destacan el tercero, no creo que nadie haya adoptado una visión que integre explícitamente estos tres impulsos fundamentales.

A diferencia de las religiones tradicionales, que implícitamente igualan el terreno instintivo con la esfera de las pasiones, para esta visión, que considera que el estado mental óptimo es el del instinto libre o liberado, el verdadero enemigo -en la «Guerra Santa» que tradicionalmente se prescribe contra el «yo» falso o inferior- *no es* el animal interno, sino el campo de la

motivación deficitaria: el de los impulsos «pasionales» que contaminan, reprimen y sustituyen al instinto (así como los aspectos cognitivos del ego, que, a su vez, mantienen a las pasiones). Como puede verse en el mapa, se han representado los aspectos cognitivo y emocional de la personalidad en dos modalidades alternativas de funcionamiento, según el nivel de conciencia, mientras que el centro instintivo está representado sólo una vez. Se puede considerar que esto es una convención cuestionable, ya que existe el acuerdo de que el instinto también puede manifestarse de dos modos diferentes, sea como instinto encadenado y constreñido a los canales dispuestos por el ego o en estado libre, en que se considera perteneciente a la esencia propiamente dicha.²²

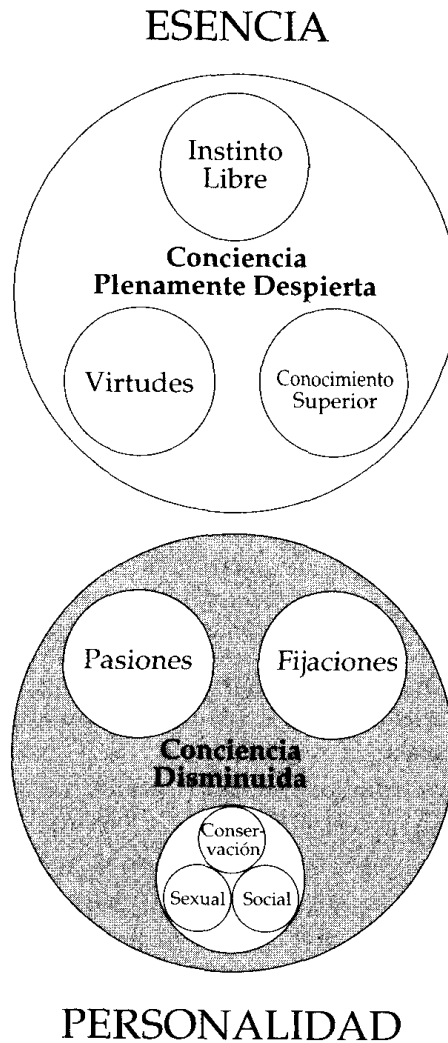


FIGURA 3

Alguien familiarizado con el uso de «esencia» en el sufismo entenderá el referente de esta palabra como aquel aspecto más profundo de la conciencia humana que existe «en Dios» y que se manifiesta al individuo tras una aniquilación («faná»), y podría considerar que dicho significado no se corresponde con esta representación de atributos de la esencia diferenciados

²² Aunque el instinto puro podría representarse como tres puntos en contraste con la representación del instinto encadenado como tres eneagramas, Ichazo afirma que, si bien es así en la absorción meditativa, en el funcionamiento en que la esencia se expresa en la vida puede representarse como un eneagrama en el que están combinados los tres triángulos centrales de los eneagramas del instinto.

como estados pertenecientes a la esfera del intelecto superior, de la emoción superior y del instinto.

La contradicción desaparece si distinguimos entre la conciencia propiamente dicha y el funcionamiento de la mente en el estado consciente (distinto de los estados egoicos). Sin embargo, al usarlo en este sentido, debemos tener en cuenta que estamos «cosificando» la esencia: la distinción principal, en este cuerpo de la Psicología del Cuarto Camino que pretendo perfilar, es entre «esencia» y «personalidad», entre el ser real y el ser condicionado con el que normalmente nos identificamos. Mientras que Gurdjieff hablaba de personalidad, Ichazo hablaba de ego, más en línea con su utilización reciente (viaje del ego, muerte del ego, transcendencia del ego, etc.) y en consonancia con el uso de la palabra en las tradiciones espirituales orientales. La distinción es similar en psicología a la propuesta por Winnicott entre «personalidad real» y «falsa personalidad» y también resulta parecida a la que se establece en Vedanta entre el atman («Yo soy») y el ahamkar («Yo soy esto»), aunque pueda resultar engañoso hablar de esencia, alma, verdadera personalidad o atman, como si el referente fuera algo fijo e identificable. Por tanto, mejor que hablar de la esencia más profunda de uno mismo como de una cosa, deberíamos considerarla como un proceso, como un modo de *funcionamiento* del todo humano integrado sin ego, desoscurecido y libre.

Podemos decir, por tanto, que «el mapa de la psique» mostrado anteriormente sólo será completo si representa también el espacio en el que existen los centros de personalidad y esencia, un espacio que puede tomarse como símbolo apropiado de la conciencia misma.

Dado que la conciencia en cuyo contexto se puede decir que existen «los centros inferiores» está degradada, la he sombreado en el mapa representado abajo, mientras que, en contraste, los tres «centros superiores» están representados con un círculo blanco para sugerir la noción de trinidad en unidad, característica del Cuarto Camino y de la tradición cristiana en general.

2. LOS CARACTERES

Quienes conozcan el trabajo de Gurdjieff sabrán la importancia que tenía en esta visión del «despertar» el aspecto de autoconocimiento consistente en identificar el propio «rasgo principal», es decir, una característica decisiva de la personalidad que puede considerarse su centro (así como el concepto de Cattell y otros de los «rasgos originarios», cada uno de los cuales es concebido como la raíz de un árbol de rasgos). La visión presentada aquí va más allá al sostener que el número de «rasgos principales» no es ilimitado, sino que es el mismo que el número de síndromes básicos de la personalidad.

Por otra parte, hablaremos de *dos* rasgos centrales en cada estructura de carácter, como se dio a entender anteriormente: uno, el rasgo principal propiamente dicho, consistente en un modo particular de distorsión de la realidad, es decir, un «defecto cognitivo»; el otro, de naturaleza motivacional, una «pasión dominante».

Podemos considerar que cabe estructurar el carácter en una serie de modos básicos distintos, según el relativo énfasis que se ponga en uno u otro de los aspectos de nuestra estructura mental común. Podríamos decir que el «esqueleto mental» que todos compartimos es como una estructura que puede romperse como un cristal en un cierto número de maneras que están predeterminadas, de modo que, de entre todo el conjunto de rasgos estructurales principales, cualquier individuo dado (como resultado de la interacción de factores constitucionales y situacionales) acabará tomando uno u otro como primer plano de su personalidad, mientras que el resto de rasgos estarán en un fondo más próximo o más lejano.

Podríamos usar también la analogía de un cuerpo geométrico que descansa sobre una u otra de sus caras; todos compartimos una personalidad con las mismas «caras», lados y vértices, pero (continuando con la analogía) con diferentes orientaciones al espacio.

Según esta visión existen nueve caracteres principales (en contraste con los tres de Sheldon,

los cuatro temperamentos de Hipócrates, los cinco tipos bioenergéticos de Lowen y las cinco dimensiones de algunos factorialistas modernos, por ejemplo). Cada uno de éstos presenta, a su vez, tres variantes, según sea el predominio de intensidad de los impulsos de autoconservación, sexual o social (y la presencia de rasgos específicos producidos por una distorsión «pasional» del instinto correspondiente, que es canalizado y «encadenado» bajo la influencia de la pasión dominante del individuo).²³ Por supuesto, hay nueve pasiones dominantes posibles, cada una de ellas asociada a una distorsión cognitiva característica, así como a una, dos o tres características mentales derivadas de la esfera instintiva, tal como acabo de describir.

Los nueve caracteres, en esta visión, no constituyen simplemente una serie de estilos de personalidad: constituyen un conjunto *organizado de* estructuras de carácter, entre las cuales se observan relaciones específicas de contigüidad, contraste, polaridad, etc. Estas relaciones están representadas de acuerdo con la estructura geométrica tradicional llamada «eneagrama».²⁴ Correspondientemente, llamaré a estos caracteres eneatis, como abreviación de «tipos de personalidad según el eneagrama».

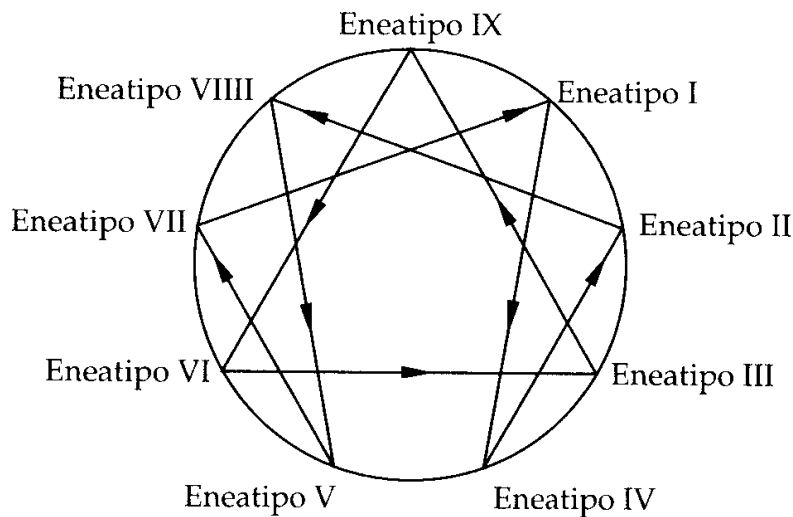


FIGURA 4

Comentaré ante todo cómo la psicología moderna ha aspirado a organizar los síndromes caracterológicos conocidos, en lo que ha llegado a ser un modelo circumplexo²⁵. Creo que el

²³ No entraré en este volumen en la descripción de los veintisiete subtipos, excepto -limitadamente- en el caso de las variantes del carácter desconfiado, ya que las formas del eneatis tipo VI son tan distintas entre sí que hablar de ellas de un modo general no daría una visión clara de las características diferenciales del conjunto, ya de por sí muy marcadas.

²⁴ En su obra *Fragmentos de una enseñanza desconocida*, Ouspenskii cita a Gurdjieff diciendo que la enseñanza que presentó era completamente autónoma, independiente de ningún otro camino (como la Teosofía o el Ocultismo Occidental) y que permaneció oculta hasta hoy día. Continúa diciendo que, al igual que otras enseñanzas, ésta utiliza también un método simbólico, y que uno de sus símbolos principales es el eneagrama. Este símbolo, que consiste en un círculo dividido en nueve partes por puntos conectados entre sí mediante nueve líneas según un patrón determinado, expresa la "ley del siete" y su relación con la "ley del tres". En el mismo libro, Ouspenskii vuelve a citar a Gurdjieff diciendo que, en general, el eneagrama debe ser destilado como un símbolo universal y que a través de él puede interpretarse cada ciencia, y que, para alguien que sabe cómo usarlo, el eneagrama hace innecesarios libros y bibliotecas. Si una persona sola en el desierto dibujara un eneagrama en la arena, podría leer las leyes eternas del universo y siempre aprendería algo nuevo que ignoraba por completo hasta entonces. Dice también que la ciencia de] eneagrama ha sido guardada en secreto durante mucho tiempo y que ahora está mucho más al alcance de todos, aunque sólo de un modo incompleto y teórico que es casi inútil para quien no haya sido instruido en esta ciencia por alguien que la conozca.

²⁵ En los últimos 30 años, aproximadamente, diversos investigadores han intentado demostrar que la estructura de los rasgos de la personalidad, cuando se refiere al comportamiento interpersonal individual, puede ser mejor

anterior esquema representa el modelo circumplexo más convincente realizado hasta ahora. De acuerdo también con la opinión más común en cuanto a la agrupación de los síndromes del DSM-III, esta caracterología contempla tres grupos fundamentales: el grupo esquizoide, con una orientación hacia el pensamiento (que designaré aquí como egotipos V, VI y VII), el grupo histeroide, con una orientación hacia el sentimiento (egotipos II, III y IV) y otros de tipo corporal (al cual Kretschmer podría haber llamado en conjunto epi-leptoide), que en cuanto a constitución son los menos ectomórficos y están orientados predominantemente hacia la acción.

Describiré ahora brevemente los nueve caracteres, siguiendo la numeración comúnmente dada a los puntos situados en el círculo del eneagrama.



FIGURA 5

representada según este modelo circumplexo, en el que el continuo circular indica las relaciones entre los caracteres: los contiguos son los más parecidos, mientras que las oposiciones del círculo corresponden a bipolaridades (en contraste con la tripolaridad que destaca en el eneagrama). Leary propuso un modelo circumplexo para reflejar un sistema interpersonal. Schaefer propuso otro como modo de organizar los datos de su estudio de las interacciones entre padres e hijos. Lorr y MacNair realizaron en 1963 un informe sobre un "círculo de comportamiento interpersonal", resultado de un análisis factorial de valores clínicos sobre diferentes tipos de comportamiento interpersonal, en cuya interpretación se reflejaban nueve agrupaciones de variables. Además de estos modelos circumplexos de procedencia teórica. Conté y Plutchik demostraron que un modelo circumplexo representa los rasgos predominantes de una personalidad interpersonal. Por dos métodos diferentes -uno, el análisis de valores de similitud de términos; el otro, una aplicación de análisis factorial a valores de diferenciación semántica de términos-, produjeron, en base a la carga de los dos primeros factores, una idéntica ordenación empírica de términos en forma circular (ver *Quantitative Assessment of Personality Traits in Psychiatry*).

En un estudio posterior, los mismos autores examinaron la concepción diagnóstica de los trastornos de personalidad del DSM II y encontraron que también podía disponerse en una ordenación circumplexa bastante parecida a la del estudio de 1967.

1. Bear DM, Freeman RL, Grennberg MS: Interictal behavioral alterations in temporal lobe epilepsy. In Blumer D (ed): *Psychiatric Aspects of Temporal Lobe Epilepsy*. Washington, DC, American Psychiatric Association Press, 1983.

2. Slater E, Beard AW: Schizophrenia-like psychoses of epilepsy. *Br J Psychiatry* 109:95-150,1963.

3. Babinski J: Contribución á l'étude des troubles mentaux dans l'hémiplegie organique cerebrale (anosognosie). *Rev Neurol* 22:845-84,1914. Critchley M:

The Parietal Lobes. New York, Henner Publishing, 1966.

4. Heilman KM, Valenstein E (eds): *Clinical Neuropsychology*, New York, Oxford University Press, 1979.

Una estructura circumplexa de los trastornos de personalidad del DSM-III Eje II, basada en una escala directa de similitud y en la similitud del perfil de diferenciación semántica.

El primer tipo de estilo de personalidad (y estilo neurótico, por supuesto) es, en esta visión, tanto resentido como bienintencionado, correcto y formal, con poca espontaneidad y una orientación al deber más que al placer. Son personas exigentes y críticas consigo mismas y con los otros, y, más que clasificarlos con una etiqueta psiquiátrica, los denominaré perfeccionistas, aunque su síndrome corresponde a la personalidad obsesiva del DSM-III. Aunque encontremos que cada uno de los eneatis tipos coincide con un síndrome clínico conocido, también es verdad que podríamos considerar que cada persona presenta una u otra orientación de la personalidad y que para cada una de éstas se pueden apreciar niveles específicos que varían desde la complicación psicótica hasta los más sutiles residuos de condicionamientos infantiles en la vida de los santos.

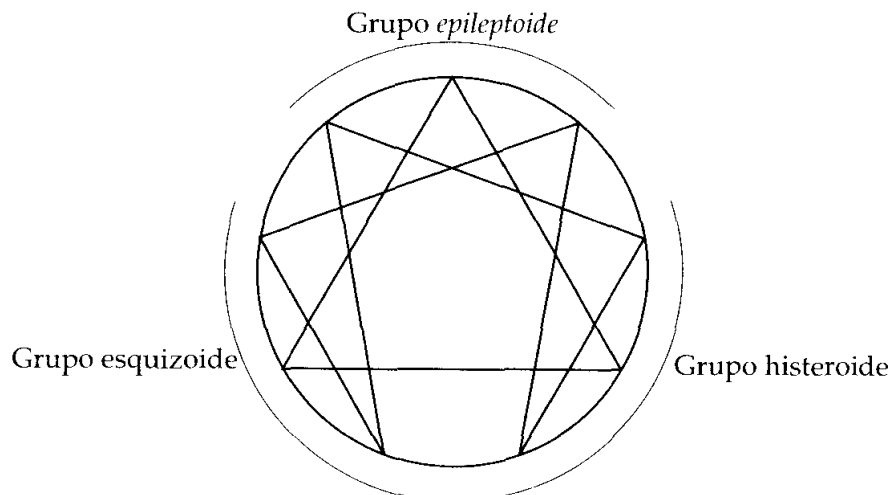


FIGURA 6

En esta caracterología del Cuarto Camino, he tipificado al eneatis tipo II por la paradoja de una generosidad egocéntrica. Corresponde a la personalidad histriónica del DSM-III. Los individuos representativos de este eneatis tipo suelen ser hedonistas, despreocupados y rebeldes ante cualquier rigidez o restricción de su libertad.

En un collage de caricaturas de Steig que se muestra más abajo ²⁶, el eneatis tipo II queda ejemplificado por una figura burlesca que contrasta con el esforzado montañero representante del concienzudo y obsesivo eneatis tipo I.

Es interesante que el eneatis tipo III no se encuentre en el DSM-III, a pesar de ser el más americano de los caracteres (como observa Fromm, en relación con lo que llamó la «orientación al marketing»). Comparto con Kernberg la impresión de que queda incompleto al no haber incluido una forma de personalidad histérica, no idéntica a la histriónica ya que el individuo no es inconsistente o de reacciones emocionales imprevisibles, mostrando mucho más control, lealtad y capacidad para mantener compromisos emocionales.

Si no fuera porque el término «histérico» se utiliza también coloquialmente para designar la personalidad impulsiva y sobredramática del eneatis tipo IV, podría recomendarse la inclusión de los términos «histérico» e «histriónico» en una futura revisión del American Diagnostic and Statistic Manual (DSM) ²⁷. Creo que la mayoría de los ejemplos clínicos que presenta Lowen en su libro «Narcisismo» son individuos del eneatis tipo III, aunque la palabra «narcisista», también empleada por Horney para describir este carácter, parece inadecuada dado su otro uso

²⁶ En los comienzos de mi primer grupo en Berkeley, un estudiante, el Dr. Larry Efron, sintetizó los caracteres en un collage de caricaturas de William Steig, que me regaló en una fiesta de cumpleaños.

²⁷ Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales. *American Psychiatric Association*. Ed. Masson, 1992. corresponde a una complicación de lo mismo.

alternativo.

Es ésta la disposición caracterológica observada por Reissman, que la consideró en términos de «orientación hacia el otro». En el eneagrama de caricaturas, el eneatipo III está representado por un médico, modelo de éxito profesional, respetabilidad y experiencia profesional. Los individuos del eneatipo III buscan el reconocimiento de los demás mediante sus logros, su efectividad y sus dotes sociales; son controladores y controlados, y constituyen uno de los caracteres más alegres del eneagrama.

El tipo IV fue representado en la caricatura de Steig con una imagen que sugiere una sufriente víctima de las circunstancias de la vida y de la gente. Corresponde a la personalidad autoanuladora del DSM-III, incluida en éste tras su revisión. También corresponde a lo que Horney llamaba carácter masoquista, en el cual hay una autoimagen pobre, una predisposición a sufrir más de lo necesario, una gran dependencia del amor de los demás, un sentimiento de rechazo crónico y una tendencia a la insatisfacción.²⁸

La caricatura del aislamiento en el punto V es apropiada para una actitud que podría considerarse como el estilo interpersonal que surge de la retención y a su vez la mantiene. Corresponde a la personalidad esquizoide del DSM-III. Se trata de individuos que no sólo tienen pocas relaciones, sino que, en su soledad, ni siquiera llegan a sentirse solos; individuos que procuran minimizar sus necesidades, tímidos y con mucha dificultad para expresar su rabia.

El guerrero del punto VI de la caricatura sugiere una connotación aparentemente muy distinta a la del miedo: por el contrario, alude a una actitud belicosa surgida del miedo a la autoridad y mantenida por una (contrafóbica) evitación de la experiencia del miedo. Sin embargo, la imagen del guerrero es una caricatura apropiada solamente para algunos individuos del tipo VI, no para los claramente débiles y miedosos. Los subtipos del eneatipo VI están muy diferenciados, de modo que, además de la personalidad evitadora del DSM-III, abarca también al paranoide otra forma de carácter desconfiado de características más obsesivas. De todo ello se hablará en el capítulo correspondiente.

El eneatipo VII corresponde al carácter oral receptivo u oral optimista de Karl Abraham y también, actualmente, al síndrome narcisista del DSM-III. El individuo típico de este eneatipo se muestra imperturbable, con un sentido de derecho propio, una orientación al placer y una actitud en la vida más conscientemente estratégica que el resto de caracteres. La caricatura del punto VII tiene, en lugar de cabeza, una especie de alambres en espiral que sugieren que vive en la fantasía y tiende a olvidar el mundo real, quedando absorto en su planificación y en sus proyectos.

El eneatipo VIII corresponde al carácter fálico-narcisista de Reich y reaparece hoy día en las personalidades antisocial y sádica del DSM-III. Se trata de una persona orientada al poder, la dominación y la violencia. En el punto VIII vemos a alguien subido a una tarima para hablar a la gente o, mejor, para arengarla con fuerte voz y porte imponente.

En el punto IX, la figura humana sentada evoca unas vacaciones en la playa bajo la sombra de una palmera. Aunque esto pueda ser apropiado para retratar la pereza en el sentido convencional, no sugiere la pereza psicológica de quien no quiere mirar hacia sí mismo ni la característica sobreadaptación resignada del tipo IX. En la clasificación del DSM-III, el eneatipo IX corresponde a la personalidad dependiente, aunque este nombre no resulta adecuado, ya que son varias las personalidades que comparten la dependencia y no creo que constituya el núcleo del carácter del eneatipo IX, que también es resignado, autosubordinador, gregario y conformista.²⁹

Más que ilustrar los caracteres con las caricaturas descritas, la esencia de las cuales puede explicarse en palabras, muestro en la figura 7, como información adicional, un dibujo de Mar-

²⁸ Como se verá, creo que la personalidad marginal (en sentido estricto)

²⁹ DSM-III-R.

garita Fernández que ejemplifica algunas de las características constitucionales y gestuales de los eneatis.



FIGURA 7

La representación de los síndromes caracterológicos en círculo implica la existencia de relaciones de vecindad entre ellos. Es algo que puede verse fácilmente, pero que no describe totalmente la situación, puesto que los caracteres contiguos presentan también diferencias en diversos sentidos. Así, por ejemplo, mientras que el eneatis I es rígido, el eneatis II no tolera la rigidez, y mientras que el eneatis II es impulsivo, el eneatis III es controlado; a su vez, el eneatis III es alegre, mientras que el eneatis IV es triste; el eneatis IV es emocional y aferrado, y el eneatis V es intelectual y desapegado, etc. Sin embargo, si consideramos solamente el terreno de las pasiones, es fácil entender cada uno de ellos como un híbrido entre los dos contiguos.

En general, una persona que incorpore cualquiera de los nueve caracteres puede ver fácilmente en sí misma los dos que aparecen como contiguos en el mapa. Así, un individuo del tipo III, cuya vida está dedicada a agrandar y tener éxito, puede entender coherentemente su comportamiento en la vida desde la perspectiva del eneatis II y del IV, respectivamente; del

mismo modo, una persona del eneatipo IV puede comprender su experiencia como la de un eneatipo III frustrado o interpretar sus acciones y sentimientos desde el punto de vista del apego y de un sentido de empobrecimiento, como el individuo esquizoide.

De un modo más general, por supuesto, la vida o la experiencia de cada persona puede interpretarse desde cualquiera de las nueve perspectivas, y es por ello por lo que durante décadas de experiencia se ha considerado de aplicación universal la perspectiva que ve el miedo detrás de todo, tan central en el pensamiento psicoanalítico. Pero, seguramente, algunas interpretaciones encajan con más facilidad con algunos caracteres, mientras que otras serán comparativamente más remotas.

Si la interpretación más acertada es la que pone de manifiesto la pasión dominante y la perspectiva cognitiva típica de cada uno de los puntos del eneagrama, podemos decir que las contiguas estarían en segundo lugar, sobre todo la que esté en uno de los vértices del triángulo central del esquema.

Así, la preocupación por la autoimagen o narcisismo estaría más cerca del fondo interpretativo del tipo IV que la característica esquizoide. Del mismo modo, podemos decir que el eneatipo VII tiene esencialmente una base de miedo y pertenece al grupo esquizoide³⁰. Con todo, está también fuertemente ligado al carácter vengativo por sus características de ser impulsivo, rebelde y hedonista.

El eneatipo VIII, por otro lado, tiene una mente esencialmente perezosa (eneatipo IX), aunque encubre su característica evitación de la interioridad con una típica intensidad con la cual el individuo busca sentirse vivo, escapando del sentido de amortecimiento que conlleva su falta de interioridad.

Los caracteres representados en los vértices seis y nueve del eneagrama se sitúan cada uno de ellos, como ocurre con el punto tres, entre polaridades: la polaridad de tristeza y alegría en el ángulo derecho (IV-II), la de reserva y expresividad en el izquierdo (V-VII) y la de amoralidad e hipermoralidad en el superior (VIII-I).

Las relaciones indicadas por las flechas que conectan los puntos del triángulo interior del eneagrama y las que conectan el resto de puntos de la secuencia 1, 4, 2, 8, 5, 7, 1 corresponden a relaciones psicodinámicas, entendiendo el eneagrama como un mapa de la mente del individuo, como explicaremos al tratar sobre el eneagrama de las pasiones. Si tomamos el mapa como un conjunto de caracteres, podremos reconocer en cada uno de ellos la presencia encubierta del que le precede en el flujo, lo cual no resulta obvio cuando consideramos el eneagrama de las pasiones, que constituyen las disposiciones motivacionales que hay detrás de los caracteres (ver más abajo).

Además de las relaciones de vecindad y de «flujo interno» representadas por las líneas del eneagrama, podemos ver también relaciones de oposición: los tipos I y V, así como los caracteres VIII y IV, están situados en extremos opuestos de una línea recta, al igual que VII y II se ubican en las puntas del eje horizontal.

Llamo al eje I-V el eje «anal» del eneagrama, por cuanto tanto el carácter esquizoide como el compulsivo-obsesivo pueden considerarse «anales», teniendo en cuenta las descripciones de Freud y Jones, que trataré en los capítulos primero y quinto de este libro, respectivamente.

Por otro lado, al eje IV-VIII le llamo oral-agresivo, en recuerdo de Karl Abraham, porque, por más que se haya designado siempre como oral-agresivo al frustrado y quejoso eneatipo IV, las características del eneatipo VIII le hacen merecedor de esta denominación.³¹

Por analogía, llamo al eje II-VII oral-receptivo, porque, por más que sea el eneatipo VII el que corresponda al oral-optimista de Abraham, los histriónicos no son sólo «edípicos», sino

³⁰ Esquizoide en un sentido amplio de la palabra, diferente del uso del término para referirse al eneatipo V específicamente.

³¹ Cabe destacar que el propio Fritz Perls, que ponía tanto énfasis en lo oral-agresivo, era del tipo vengativo fálico-narcisista.

también oral-receptivos.

En contraposición con los caracteres descritos hasta ahora, creo que los eneatis VI y III pueden ser llamados fálicos, aunque todos excepto el carácter VI contrafóbico pueden considerarse fálicos inhibidos, mientras que el eneatis III, con su presunción, es una especie de versión opuesta «excitada» de la disposición fálica.

No he dicho nada sobre lo que representa el eneatis IX, que serían los síndromes pregenitales y las primeras orientaciones genitales. Este carácter muy bien podría llamarse pseudogenital, pues en la mayoría de casos parece menos patológico que los otros, fundamentalmente adaptado, contento, amoroso y esforzado. Es un carácter que mimetiza la salud mental (que es lo que en origen significaba la palabra «genital»). La historia del eneatis IX es la de un individuo que creció demasiado deprisa, que maduró bajo presión, perdiendo su niñez. Junto con su excesiva madurez, sin embargo, subsiste en la experiencia del individuo, justo por debajo del umbral de la conciencia ordinaria, una predisposición regresiva más profunda y más arcaica que la de los estados pregenitales, un profundo deseo por parte de la persona de permanecer en el vientre de la madre y una sensación de no haber salido nunca de allí.

Los tipos I y VIII, a cada lado del punto IX, son también imágenes que se espejan mutuamente en el eneagrama. Los he caracterizado, al hablar de los caracteres contiguos al IX, como antimoral e hipermoral pero queda por decir que, con todo, comparten una disposición activa. Del mismo modo, los eneatis IV y V, en la base del eneagrama, presentan un agudo contraste (intenso y flemático, podríamos llamarles) y, sin embargo, se parecen por su fragilidad, su hipersensibilidad y su reserva. Los eneatis II y VII, que tratamos como dos formas de disposición oral-receptiva, pueden considerarse también como un tercer par -además de I-VIII y IV-V-, por ser sobre todo expresivos (más que activos o introvertidos).

En conjunto, podemos hablar de un lado derecho y un lado izquierdo del eneagrama, en simetría a partir del punto IX. Vemos que el lado derecho es más social y el izquierdo antisocial; o, dicho de otro modo, hay más seducción en el derecho y más rebeldía en el izquierdo. No me cabe duda de que, al menos en el mundo occidental, existe un predominio de hombres a la izquierda y de mujeres a la derecha, aunque algunos caracteres están más diferenciados por lo que respecta a su porcentaje sexual. Si bien I y III son más comunes en mujeres, no tienen, con mucho, tantos componentes femeninos como el II y el IV. Igualmente, en el lado izquierdo, el carácter más decididamente masculino es el VIII.

En los caracteres de los pares VII-IV y V-II puede apreciarse un marcado contraste. En el primer caso, existe contraste entre un carácter feliz y un carácter triste; en el segundo, el contraste se produce entre distanciamiento frío e intimidad cálida.

Finalmente, se observa contraste entre la parte superior y la parte inferior del eneagrama. Mientras que el eneatis IX, en la parte superior, representa el grado máximo de lo que yo llamo extroversión defensiva -es decir, evitación de la interioridad-, que va muy ligada al contentamiento, la parte inferior del eneagrama representa el grado máximo de interioridad y descontento. Podríamos decir de los que están en la parte inferior del eneagrama que nunca se sienten bien o satisfechos, que se ven a sí mismos como un problema y que también el mundo externo los tilda de patológicos, mientras que el eneatis IX tiene una postura en la que difícilmente se hará un problema de sí mismo o parecerá patológico a los demás. Sin embargo, existe un rasgo común que relaciona el eneatis IX con los tipos IV y V: la depresión. Entre IX y IV, el elemento común es la depresión propiamente dicha ³². El eneatis V puede considerarse también deprimido, dada su apatía e infelicidad, pero el punto común más visible de IX y V es la resignación: un desistir de las relaciones en el eneatis V y

³² El fondo más común del eneatis IX es la depresión endógena, en tanto que en el eneatis IV se manifiesta más frecuentemente como depresión neurótica.

una resignación sin pérdida de relaciones externas en el eneatipo IX (una resignación en participación), lo que da a este carácter una disposición abnegada y autosubordinante.

3. EL NÚCLEO DINÁMICO DE LA NEUROSIS

Dando por sentado que la degradación emocional se basa en una deformación cognitiva oculta (fijación), pasaré a examinar ahora este terreno de las pasiones, es decir, la esfera de los principales impulsos por motivación deficitaria que animan la psique. Es lógico comenzar con ellos, ya que, como nos dice la tradición, constituyen la primera manifestación de nuestro proceso de degradación en la más tierna infancia: aunque es posible reconocer el predominio de una u otra de estas actitudes en los niños de entre cinco y siete años, hasta los siete años aproximadamente (una etapa bien conocida para los psicólogos del desarrollo, desde Gesell a Piaget) no cristaliza en la psique la base cognitiva para la tendencia emocional.

La palabra pasión conllevó, durante mucho tiempo, una connotación de enfermedad. En su *Antropología*, Kant afirma:

«Una emoción es como el agua que se filtra a través de un dique; la pasión es como un torrente que va haciendo su lecho más y más profundo. Una emoción es como la embriaguez que te conduce al sueño; la pasión es como una enfermedad debida a una constitución deficiente o a un veneno».

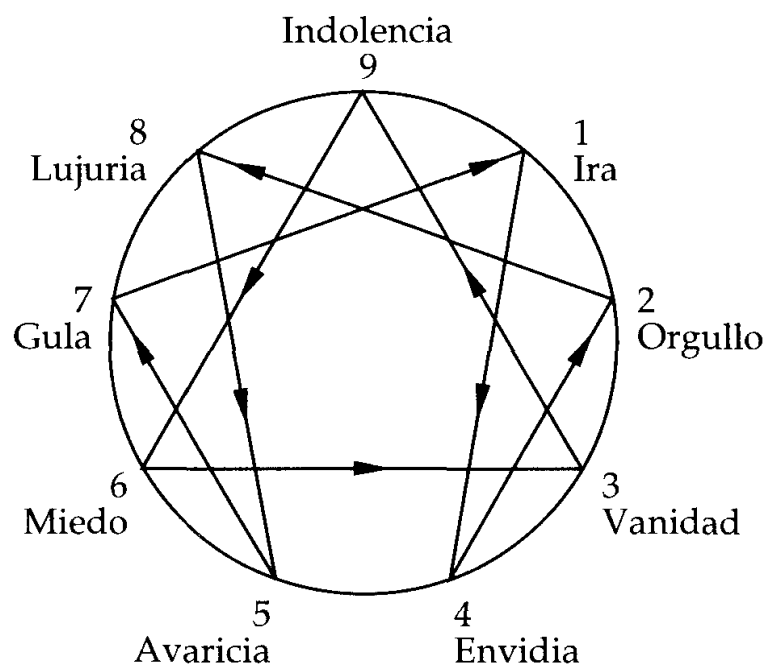


FIGURA 8 - ENEAGRAMA DE LAS PASIONES

Creo que uno de los motivos de que las pasiones fueran consideradas insanas era la observación del dolor y la destrucción que implicaban, que eran a su vez consecuencia de su naturaleza de deseo. Podríamos decir que son facetas de una «motivación deficitaria» básica. Pero el uso del lenguaje de Maslow no debe impedirnos ver lo apropiada que es la noción psicoanalítica de oralidad: se puede considerar que las pasiones son resultado de mantener como adultos demasiadas actitudes que todos tuvimos como bebés lactantes, de quedarse apegado, ante el mundo, a una postura de agarrar y succionar.

La palabra «pasión» es apropiada para referirse a las emociones inferiores no sólo porque existen en interdependencia con el dolor (pathos), sino también por su connotación de pasi-

vidad. Puede decirse que estamos sujetos a ellas como agentes pasivos, más que como agentes libres, como decía Aristóteles al hablar sobre el comportamiento virtuoso y la psicología moderna al referirse a la salud mental. Las tradiciones espirituales suelen estar de acuerdo sobre una potencial desidentificación del dominio de las pasiones, que es posible por intuición de la transcendencia.³³

Si examinamos el eneagrama de las pasiones de la figura 8, veremos que tres de ellas (en los puntos 9, 6 y 3) ocupan una posición más central que el resto. Por otro lado, dado el simbolismo del eneagrama -según el cual, sus diferentes puntos corresponden a grados e intervalos de la escala musical-, la pereza psicoespiritual, en la parte superior, representa la más básica de todas, siendo, como si dijéramos, el «Do» de las pasiones.

El hecho de que estos tres estados mentales estén representados en los vértices del triángulo del eneagrama de las pasiones sugiere la idea de que son las piedras angulares de todo el edificio emocional y de que los estados situados entre éstos pueden ser explicados como interacciones de los mismos en diferentes proporciones.

Se observará que la propuesta de la inercia psicológica como piedra angular de la neurosis evoca la teoría del aprendizaje que propone la neurosis como condicionamiento, mientras que los otros dos puntos del triángulo interior remiten a la visión freudiana de la neurosis como transformación de la ansiedad de la infancia y a la visión existencial, que ve en la inautenticidad del ser y en la «mala fe» las bases de la patología.

Las interconexiones que aparecen entre estos tres puntos (en forma de lados del triángulo) constituyen lo que podríamos llamar conexiones psicodinámicas, de tal forma que puede decirse que cada una sirve de base a la siguiente, en una secuencia representada por flechas entre ellas en sentido contrario a las agujas del reloj. Si leemos esta secuencia psicodinámica comenzando por la parte superior, podemos decir que una carencia del sentimiento de ser (implícita en la inercia psicológica o «robotización» de la apatía) priva al individuo de una base desde la que actuar, lo cual conduce al miedo. Pero como, de todas maneras, debemos actuar en el mundo por más que lo temamos, nos sentimos impulsados a resolver esta contradicción actuando desde una personalidad falsa, en lugar de tener el coraje de ser quienes somos. Creamos entonces una máscara que interponemos entre nosotros y el mundo y con esta máscara nos identificamos. Sin embargo, en la medida en que, actuando así, olvidamos quienes somos verdaderamente, perpetuamos el oscurecimiento óptico que, a su vez, mantiene el miedo, y así sucesivamente, en un círculo vicioso.

Así como los lados del «triángulo interior» indican conexiones psicodinámicas entre los estados mentales representados en los puntos nueve-seis-tres-nueve, en ese orden, queda por decir que las líneas que unen los puntos 1-4-2-8-5-7-1 indican de igual forma relaciones psicodinámicas, de modo que puede considerarse que cada pasión se fundamenta en la anterior.

Tomemos el caso del orgullo: es fácil ver que así como la expresión del orgullo supone un intento por parte del individuo de compensar la inseguridad de su propia valía, la gente orgullo-sa, como grupo, tiene en común una represión y una sobrecompensación del sentido de inferioridad y de carencia que son predominantes en la envidia. En la envidia, a su vez, podemos hablar de una ira que se ha vuelto hacia adentro en un acto de autodes-trucción psicológica. En el caso del carácter iracundo y disciplinado, podemos ver un intento de apartarse de la actitud oral-receptiva, mimada o autoindulgente de la gula. El eneatispo VII, por su parte, con su capacidad expresiva, persuasión y encanto, parece muy opuesto a la

³³ Aunque la finalidad de esta tradición de "trabajo en sí mismo" es producir un cambio en el control del comportamiento desde el centro emocional inferior de las pasiones al centro superior, aún se contempla otro estado más: un cambio desde el "centro intelectual inferior" de la cognición ordinaria, plagado de visiones erróneas de la realidad que se formaron en la niñez (fijaciones), al centro intelectual superior, de comprensión intuitivo-contemplativa.

torpeza lacónica del eneatipo V y, sin embargo, se puede considerar que surgió de ésta, como sobrecompensación de la deficiencia con la falsa abundancia, de modo parecido a como la envidia se transforma en orgullo. Asimismo, el eneatipo V o carácter esquizoide es lo más opuesto posible al carácter con-frontativo, impulsivo, bruto y agresivo del lujurioso y rebelde eneatipo VIII y, sin embargo, cabe comprender el apartamiento de la gente y del mundo como una forma alternativa de expresión de la venganza, como una decisión vengativa de no dar el amor de uno a los demás y un deseo vengativo de borrar a los otros del mundo interno. Por último, si consideramos el tipo VIII rudo, prepotente y supermasculino, de nuevo lo encontraremos totalmente opuesto al eneatipo II histriónico, que es tierno, sensible y superfemenino. Sin embargo, puede considerarse la lujuria como una exaltación y transformación del orgullo, en la que la dependencia no es sólo negada, sino además transmutada en una actitud hacia los demás abusiva, explotadora y arrolladora.

En cuanto a la relación entre pasiones que a lo largo del círculo aparecen como contiguas, es posible ver cada una de éstas como un híbrido entre las de ambos lados. Así, el orgullo puede considerarse un híbrido entre la vanidad (una preocupación excesiva por la autoimagen) y la ira, estando la ira implícita en una asertiva autoelevación ante los demás. La envidia, por otro lado, puede entenderse como un híbrido entre la vanidad y el sentido de empobrecimiento de la avaricia, combinación que produce un sentimiento de no ser capaz de cumplir con las exigencias de la vanidad.

Más que caracterizar las pasiones, cosa que espero hacer en los sucesivos capítulos de este libro al describir las disposiciones caracterológicas en que predominan, diré tan sólo que necesitamos volver al significado original de las palabras tradicionales. «Ira», por ejemplo, será usada aquí más como una oposición interior y básica frente a la realidad que como una irritación explosiva; «lujuria» se referirá a algo más que a una inclinación al sexo o incluso al placer: a una pasión por el exceso o un apasionamiento excesivo en el cual la satisfacción sexual es sólo una posible fuente de gratificación; del mismo modo, «gula» deberá entenderse aquí no en su sentido restringido de pasión por la comida, sino en un sentido amplio de tendencia hedonista e insaciabilidad; y «avaricia» puede incluir o no su sentido literal, y designará una contención cobarde y codiciosa, una retirada como alternativa al apego externo de la lujuria, la gula, la envidia y otras emociones.

Aunque el eneagrama de las pasiones representa gráficamente la idea de que en cada persona existen nueve formas básicas de motivación deficitaria que funcionan como un sistema de componentes interdependientes, la visión del carácter elaborada en este libro implica un postulado complementario: que en cada individuo domina, de entre todas, una de las pasiones (y su correspondiente fijación).

Pero, en contraste con la visión de los teólogos cristianos -que establecían una jerarquía de gravedad en los pecados capitales- y también en contraste con la psicología contemporánea -que interpreta que los caracteres en los que estos diversos estados mentales están más marcados no sólo surgen de diferentes etapas del desarrollo sino que unos revisten más o menos gravedad o nivel patológico que otros-, esta visión del Cuarto Camino afirma que las pasiones son equivalentes, tanto en términos ético-patológicos como de pronóstico.

Esta consideración implica que, aunque la psicología actual y las interpretaciones de la mente logren tratar a algunos caracteres con más éxito, el camino de transformación -de acuerdo con los planteamientos tradicionales de trabajo en uno mismo y meditación- no es fundamentalmente mejor ni peor para las diferentes personalidades.

4. ESTILOS DE DISTORSIÓN COGNITIVA

Aunque no signifique exactamente lo mismo que Freud quería decir, la palabra «fijación» sugiere la idea de que es por la perturbación cognitiva por lo que nos quedamos

«enganchados», siendo cada fijación, como si dijéramos, una racionalización de la pasión correspondiente. Si bien las pasiones son el núcleo primero de la psicopatología del cual emergió el campo de las fijaciones, de acuerdo con esta visión, en el presente son las fijaciones las que estructuralmente sirven de base a las pasiones.

Ichazo definió las fijaciones como defectos cognitivos específicos o facetas del sistema ilusorio del ego, pero los nombres que les dio reflejan a veces la misma noción que la pasión dominante, o bien características asociadas que no aciertan a encajar con su propia definición. En la figura 9 reproduzco el eneagrama de las fijaciones según Ichazo, tal como aparece en *Psicologías Transpersonales*, de Lilly y Tart.

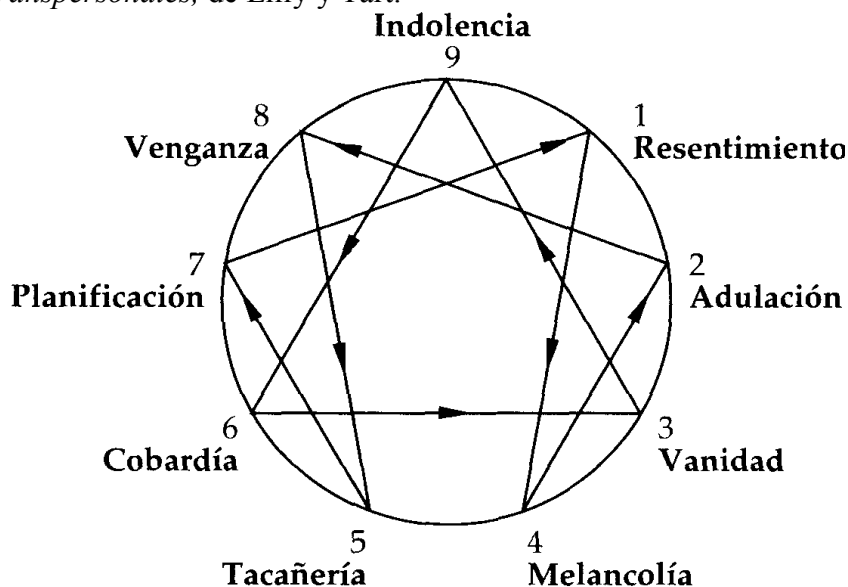


FIGURA 9

Puede observarse aquí que la referencia al resentimiento del punto I es casi redundante con «ira» y que, en el caso del punto II, la adulación se refiere principalmente a «autoadulación», que es inseparable del autoengrandecimiento del orgullo. En el caso del punto III, Ichazo propuso palabras con sentidos significativamente diferentes para los aspectos emocional y cognitivo del carácter, y yo estoy en desacuerdo con el hecho de que atribuyera el desasosiego de la persecución del éxito al campo de la fijación y el engaño al campo emocional de las pasiones³⁴.

En la nomenclatura «mendelejeffiana» propuesta por Ichazo en Arica, de términos que comienzan por «ego» y que contienen las primeras letras de la fijación, la designación «ego-melan» contiene una información diferente de envidia, porque hace referencia al aspecto «masoquista» del carácter en cuestión, a la búsqueda de amor y atención a través de la intensificación del dolor y del desamparo. Pero en el punto V, la palabra que él propone, «tacañería», no va más allá del alcance de la avaricia. Igual ocurre en el punto VI, ya que «cobardía» no proporciona mucha más información que la pasión del miedo. Aunque cobardía conlleva un sentido de «miedo frente al miedo», he preferido considerar la acusación, especialmente la autoacusación, como el problema cognitivo central del eneatipo VI, tal como

³⁴ En el capítulo 3, propongo la conveniencia de considerar la vanidad como perteneciente a la misma esfera del orgullo (una pasión por ser a los ojos del otro, más que una pasión por el autoengrandecimiento) y la de considerar la falsedad y el autoengaño como el aspecto cognitivo del eneatipo III (según el cual, el individuo se identifica con la personalidad falsa).

desarrollo en el capítulo correspondiente.

Cuando por primera vez escuché a Ichazo enseñar Proto-análisis en sus conferencias en el Instituto de Psicología Aplicada, la palabra que usaba para la fijación del punto VII era charlatanería. Posteriormente, al dirigirse a una audiencia de habla inglesa, denominó la personalidad como «ego-plan». La planificación evoca la tendencia del eneatipo VII a vivir de proyectos y fantasías y a sustituir la acción por la imaginación.

Al hablar de «ego-venge», Ichazo indica de nuevo una disposición caracterológica que puede considerarse central en el eneatipo correspondiente, proporcionando, pues, una información complementaria a la de su aspecto «lujurioso»: el eneatipo VIII no es sólo dionisiaco y apasionado, sino también duro y dominante, poseedor de una visión prejuiciosa de la vida como una lucha donde triunfan los poderosos.

En el caso del punto 9, otra vez el término de Ichazo para la indolencia, «ego-in», es redundante con «pereza», la palabra usada para la pasión dominante. Si entendemos pereza como inercia psicoespiritual -una especie de automatización de la vida y una pérdida de sentido interior-, puede considerarse la convicción implícita en la estrategia vital del eneatipo IX como una so-brevaloración de la adaptación excesiva y la abnegación.



FIGURA 10

Se produce un énfasis ligeramente distinto si elegimos los nombres de las fijaciones en función de la identificación que propuso Ichazo entre éstas y la «característica principal» de cada tipo de personalidad. Las palabras que empleo en el Eneagrama de las pasiones se ajustan a ambas definiciones de «fijación»: son apropiadas para designar el rasgo más destacado de la estructura de carácter correspondiente y pueden considerarse inseparables de su funcionamiento cognitivo.

Por lo tanto, el engaño (más apropiado que «falsedad» en este contexto) implica tanto autoengaño como un fingimiento ante los otros, y una confusión cognitiva entre la realidad y lo que se toma como verdadero.

Asimismo, en el caso de la venganza hay una referencia a la llamativa agresión del eneatipo VIII y también una idea implícita, inseparable de ésta, de procurar irracionalmente corregir el pasado devolviendo en el presente el daño o la herida.

En el caso de la falsa generosidad y la satisfacción del eneatipo II, ésta puede considerarse de

nuevo como la característica principal y como un error cognitivo de la persona similar al engaño. Lo mismo se puede decir de la característica de auto-frustración del eneatipo IV, que implica atender a lo que falta más que percibir lo que hay, y del distanciamiento del eneatipo V, inseparable de la idea de que es mejor «arreglárselas uno mismo».

Por más que, efectivamente, las nueve características anteriormente citadas sean centrales dentro de los respectivos caracteres y puedan considerarse desde un ángulo cognitivo, creo que aún hay más que hablar sobre los supuestos, creencias y valores implícitos en cada uno de los caracteres.

Podemos decir que cualquiera de los estilos interpersonales en que pueden cristalizar las pasiones conlleva una dosis de idealización, una idea oculta de que ése es el modo de vivir. En el proceso psicoterapéutico, a veces es posible recuperar el recuerdo de un momento en la vida en que se tomó la decisión de vengarse, de no volver a amar, de arreglárselas solo y nunca confiar, etc.

Cuando esto es posible, todavía podemos hacer explícitas muchas consideraciones que una persona ha estado tomando como verdades desde entonces y que pueden ser cuestionadas, consideraciones de un niño en el dolor y el pánico que es necesario revisar, como propone Ellis en su *Terapia racional-emotiva*.

Podríamos decir que cada estilo cognitivo se ha formado a partir de las características ya descritas en el eneagrama de rasgos principales o fijaciones, pero existe una serie de supuestos en el campo de este estilo cognitivo, cada una de los cuales es, a su vez, algo que damos por sentado y que produce distorsiones perceptivas y falsos juicios a lo largo de la vida ordinaria, como sugirió Beck con el concepto de *pensamientos automáticos*.

He aquí, por ejemplo, una relación incompleta de supuestos típicamente asociados a los eneatis:

El eneatipo I siente que de los impulsos naturales no hay que fiarse sino controlarlos, y que el deber es más importante que el placer. Realmente, tiende a considerar el placer como un valor negativo que interfiere en lo que hay que hacer. También las nociones que el individuo tiene de bondad y corrección son implícitamente autoritarias, ya que son extrínsecas a su experiencia.

El eneatipo II tiene la creencia implícita de que todo es permisible en nombre del amor (como reflejó Ibsen en su famosa obra de teatro *Casa de muñecas*, en la que la heroína no puede entender que firmar un cheque con el nombre de su padre enfermo moleste al banco, cuando lo hizo con la mejor intención).

A la vez, para mantener esta perspectiva la persona ha llegado a creer que la emoción es más importante que el pensamiento, de modo que cuando ambos entran en conflicto no hay que hacer caso al pensamiento. Esto es coherente con su comportamiento, pues el individuo también cree que en esta vida hay que ser seductor, que es legítimo manipular dada la manera de ser de la gente. No sólo se siente orgullosamente especial, sino que siente que, por eso mismo, merece especial atención y privilegios. No es probable que este supuesto sea consciente en la mente del individuo, pero puede tener mucho peso. Podría expresarse más o menos como «sin mí no podrían arreglárselas».

Esto me llamó la atención por los comentarios de un conocido que al volver a la vida ordinaria después de un retiro espiritual explicó cómo le había impactado la comprensión de que el mundo había continuado igual sin él. En otras palabras, él no era imprescindible ni fue catastrófico que privara al mundo de su extraordinaria presencia y no estuviera allí para ayudar con sus luminosas opiniones.

Para el eneatipo III, es común sentir que el mundo es un teatro donde todos fingen. Desde luego, fingir es la única manera de tener éxito. De ello se deriva que los sentimientos verdaderos no deben expresarse. En relación con esto último, está lo que podría resumirse como: «yo no debería tener problemas», que resulta de una combinación entre la creencia de

que con problemas la compañía no sería tan agradable y una sobrevaloración del agrado. Pero creo que aún es más básico el supuesto equivocado de que la medida de valor es el éxito: es lo que el mundo valora como valor objetivo y lo que hay que valorar. Otro componente de la perspectiva del eneatis III es la desesperanza que subyace al optimismo de este carácter. Existe un sentimiento de tener que estar sobre las cosas, porque no irían bien sin esa vigilancia y también porque no habría lugar para uno si no se es útil.

Creo que el supuesto más loco del eneatis IV es la noción implícita de que revisando el pasado y lamentándose de él será posible cambiarlo, de modo que necesita una profunda comprensión de que no tiene sentido llorar los platos rotos y de que a lo hecho, pecho. Existe también el supuesto de que cuanto mayor sea la necesidad, mayor es el derecho a ser amado, con la consecuente idealización del sufrimiento («cuanto más sufro, más noble soy»). El supuesto más manifiesto es el sentimiento de no ser tan bueno como los otros, una perspectiva inseparable de la comparación envidiosa. También puede existir un sentimiento de que la vida le debe una compensación por todo lo que ha sufrido.

Una convicción típica del eneatis V es la que podría enunciarse como: «es mejor arreglárselas solo». Existe un sentimiento de que cuantos menos compromisos se tengan, mayor libertad y felicidad es posible. Hay también una idea de que la gente se mueve por interés propio y de que su amor es sólo aparente.

Asimismo, existe un sentimiento de que conviene ahorrar las energías o recursos de uno para una futura posibilidad que sea mejor y no implicarse ahora, y también el miedo de que si uno es generoso puede quedarse sin nada. Otra convicción del eneatis V es que es mejor necesitar poco y no depender de nada ni de nadie.

Algunos de los supuestos más visibles del eneatis VI se relacionan con un subtipo en particular, como, por ejemplo, el sentimiento evitativo de no ser capaz de arreglárselas con los recursos propios o el sentido contrafóbico de la autoridad como una salida, de la autoridad personal como seguridad. Sin embargo, es básico para todos los subtipos el sentimiento de que hay que desconfiar de la gente y cuestionar las intuiciones y los deseos propios. Sobrevaloran la autoridad, aunque no necesariamente la perciben como buena: suele ser, de modo ambivalente, a la vez buena y mala.

En el eneatis VII existe demasiado sentimiento de estar bien y sentir que los otros también están bien. Su talante optimista es comparable al talante pesimista del eneatis IV. Nada queda totalmente prohibido para el autoindulgente, pues existe un sentimiento de que la autoridad es mala y de que quien es listo hace lo que quiere. Hay también un sentimiento de tener derechos por lo talentoso que es y una profunda convicción de que lo mejor para tener éxito es el encanto personal.

La visión del mundo del eneatis VIII es la de una batalla donde los fuertes ganan y los débiles pierden. Igualmente, no hay que temer el éxito y es preciso arriesgarse. Del mismo modo en que el eneatis VIII exalta la fuerza y desdeña la debilidad, sobrevalora el apañárselas por cuenta propia y desprecia la necesidad.

El eneatis VIII siente que está bien causar sufrimiento cuando uno busca la satisfacción, pues persiste el rencor por el tiempo en que le tocó sufrir para satisfacción de otros. Piensa: «si quieres algo, vas y lo coges, sin importar lo que se interponga en tu camino». Y también: «lo que la gente llama virtud es hipocresía». Para la persona lujuriosa del eneatis VIII, los obstáculos de la autoridad social son el enemigo y uno debería actuar según sus propios impulsos.

El eneatis IX, tan adaptable, no sólo siente sino que también piensa que cuantos menos conflictos haya, mejor, y que conviene no pensar demasiado para evitar sufrir. Una consecuencia de evitar el conflicto es la tendencia a adaptarse y a asumir una ideología conservadora. Sin embargo, en un nivel más profundo -y, por tanto, menos racional- existe en él una idea de que es mejor dejarse morir que arriesgarse a ser asesinado. El tabú de fijarse en

sí mismo no existe sólo en el aspecto emocional, sino también en el intelectual: la persona cree que no está bien ser egoísta y que uno debe dar deferencia a la necesidad de los demás. Un lema del eneatipo IX sería: no balancees la barca.

Por más que cada estilo interpersonal comporte un prejuicio cognitivo -en el sentido de que hay un supuesto implícito de que ése es el mejor modo de ser-, tengo la impresión de que con ello no se agota el análisis del aspecto cognitivo de cada orientación de la personalidad, de modo que, como anuncié en el prólogo, examinaré en este libro, además de las fijaciones y de los mecanismos de defensa, lo que llamo «ilusiones» o «espejismos»: errores metafísicos, falsas concepciones implícitas sobre el Ser.

A la visión que expongo en las secciones tituladas «psicodinámica existencial» le he dado el nombre de «Teoría Nasrudin de la neurosis», en referencia a la famosa historia en la que Nasrudin perdió una llave.

Se dice que el muía estaba a cuatro patas buscando algo en uno de los pasillos del mercado. Un amigo se sumó a él en la búsqueda de lo que -como le había aclarado el mulá- era la llave de su casa. Sólo tras largo rato de esfuerzo infructuoso, se le ocurrió al amigo preguntarle a Nasrudin: «¿Estás seguro de que la perdiste aquí?» A lo que éste respondió: «No, estoy seguro de que la perdí en casa». «Entonces, ¿por qué la buscas aquí?», preguntó el amigo. «¡Es que aquí hay mucha más luz!», explicó el mulá.

La idea central que contiene este libro, pues, es la de que estamos buscando la «llave» en el lugar equivocado. ¿Cuál es la «llave» de nuestra liberación y de nuestra plenitud última? A lo largo de estas páginas lo llamaré *ser*, aunque podría aducirse acertadamente que incluso darle ese nombre es demasiado limitado y limitador.

Podemos decir que *somos*, pero que no tenemos la *experiencia de ser*, que no *sabemos* que somos. Por el contrario, cuanto más de cerca escudriñamos en lo que juzgamos nuestra experiencia, más descubrimos en su núcleo una carencia de sentido, un vacío y una insubstancialidad, una falta de mismidad o de ser. Esta falta de percepción del sentimiento de ser origina, en mi opinión, la «motivación deficitaria», el impulso oral básico que sostiene todo el árbol de la libido.

Porque la libido neurótica *no es* Eros, como proponía Freud. Eros es la abundancia y la deficiencia es la *búsqueda* de la abundancia, la motivación ordinaria. Contemplada bajo la denominación de *libido*, es «pasional»; y las pasiones, que abarcan todo el espectro de motivaciones neuróticas, son «derivados del instinto» sólo hablando a *grosso modo*. Más exactamente, son la expresión de un impulso de recuperar un *sentimiento de ser* que se perdió por interferencia en lo orgánico.³⁵

Podría decirse que hay una psicodinámica *original* del momento de génesis del carácter en la niñez y una psicodinámica *de mantenimiento* en el adulto, y lo que planteo es que no son idénticas. Mientras que la psicodinámica original constituye una respuesta a la cuestión crucial de si se es amado o no -o, más específicamente, una respuesta a la frustración interpersonal-, podemos decir que ya no es una frustración amorosa lo que mantiene la motivación deficitaria en el adulto, sino una experiencia de carencia basada en un vacío óptico autoperpetuado y la autoin-terferencia existencial correspondiente.

Un planteamiento para el análisis sistemático de todas las estructuras de carácter a la luz del oscurecimiento óptico y de la «búsqueda del Ser en el lugar equivocado» fue el que expuso Guntrip en "*Schizoid Phenomena, Object Relations ana the Self*", donde escribe: «La teoría psicoanalítica pareció durante mucho tiempo la exploración de un círculo que no tenía un centro claro, hasta que la psicología del ego halló el camino.

³⁵ En coherencia con la noción de Kohut de que existía una perturbación del yo bajo el trastorno narcisista, pero de modo más general, la visión que exponemos aquí considera esta "perturbación del yo" como el núcleo de cada una de las formas de psicopatología y el resultado inevitable de la fragmentación y de una perturbación general de la autorregulación orgánica que subyace a éstas.

La exploración tuvo que comenzar con fenómenos periféricos: comportamiento, estados de ánimo, síntomas, conflictos, «mecanismos mentales», impulsos eróticos, agresión, miedos, culpa, estados psicóticos y psiconeuróticos, instintos e impulsos, zonas erógenas, etapas de maduración, etc.

Naturalmente, todo ello es importante y debe tener un lugar en la teoría global, pero, de hecho, es secundario con respecto a un factor absolutamente fundamental, que es el 'núcleo' de la 'persona como tal'».

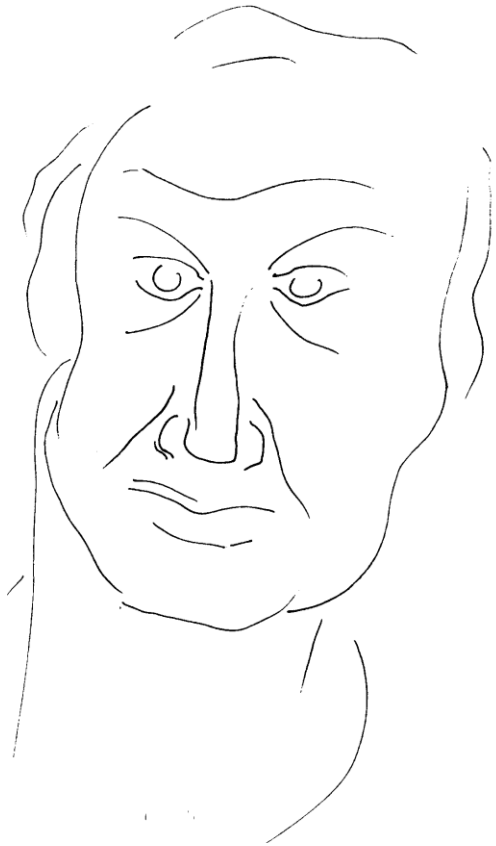
Es el notar la ausencia de ese núcleo lo que sitúo como núcleo de toda psicopatología ³⁶. Ese factor tan fundamental que está en la raíz de todas las pasiones (motivación deficitaria) es una sed de ser que coexiste con una borrosa percepción de pérdida de ser.

En este punto, tan sólo añadiré a esta teoría la idea de que, dondequiera que el «ser» parezca estar, no está, y que el ser sólo puede hallarse de la forma más improbable: mediante la aceptación del no-ser y de un viaje a través del vacío.

³⁶ Guntrip utiliza el término *ego* "para referirse a un estado o condición de desarrollo del conjunto de la psique, de toda la personalidad. Ego significa la autorrealización de la psique, y cada proceso psíquico tiene "cualidad de ego", sea la de un ego fuerte o débil"(pag.194 de la versión inglesa). Sobre la debilidad del ego, Guntrip escribe: "Hay en la estructura de la personalidad de todos los seres humanos un mayor o menor grado de inmadurez que se experimenta como una clara debilidad e inadecuación del ego...". También escribe: "El sentimiento de debilidad surge de la falta de un sentido de realidad propia y de identidad como un ego en el que confiar" (pag.176 de la versión inglesa). Yo he preferido hablar de "ser" o "sentimiento de ser" en lugar de "ego" o "identidad propia" para designar el núcleo de la persona sana, y de "deficiencia óptica" u "oscurecimiento óptico" para el núcleo de la neurosis (y no adoptar las expresiones "inseguridad óptica" de Laing o "debilidad del ego" de Guntrip, porque ambas sugieren un matiz específico -el del eneatispo VI- para una experiencia más universal).

encuentra su forma de expresión más característica. Una excepción la constituye San Juan de la Cruz, quien en su *Noche Oscura del Alma*, al describir el pecado de la ira en los novicios espirituales, escribe con exactitud caracterológica:

"También hay otros de estos (principiantes espirituales) que caen en otra manera de ira espiritual, y es que se airan contra los vicios ajenos con cierto celo desasosegado, notando a otros, y a veces les dan ímpetus de *reprehenderlos* enojosamente, y aun lo hacen algunas veces, haciéndose ellos dueños de la virtud. Todo lo cual es contra la mansedumbre espiritual". Y añade: "Hay otros que cuando se ven imperfectos, con impaciencia no humilde se airan contra sí mismos: acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrían ser santos en un día. De éstos hay muchos que proponen mucho y hacen grandes propósitos, y como no son humildes ni desconfían de sí, cuantos más propósitos hacen, tanto más caen, y tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar a que se lo dé Dios cuando fuere servido".



E.J. Gold, *La vista desde arriba* Pluma y tinta/ 5 3/4" x 11"

En conjunto, éste es un carácter bien intencionado y excesivamente virtuoso que surge como una defensa frente a la ira y la destructividad. Sería erróneo, sin embargo, concebirlo como un carácter violento, pues, por el contrario, presenta un estilo interpersonal supercontrolado y supercivilizado. Resulta llamativo, además, en este estilo su tendencia a estar en desacuerdo, tanto con respecto a los otros como frente a la experiencia general. Si toda forma de carácter puede ser considerada como una interferencia con el instinto, la orientación anti-instintiva de este estilo "puritano" resulta de lo más sorprendente. Un adjetivo apropiado para este carácter (que le es aplicable más allá de la banda explícitamente enferma del espectro de la salud mental) es el de perfeccionista, pues a pesar de que quienes representan otros estilos caracterológicos pueden tacharse adecuadamente a sí mismos de "perfeccionistas", es aquí donde la orientación al perfeccionismo sobresale de modo indudable. Ello implica una obsesión por mejorar las cosas, que se traduce en empeorar la propia vida y las de los demás, y un concepto cerrado de la perfección que se basa en comparar todo suceso o experiencia con

un código preestablecido de valores, modelos, ideas, gustos, normas, etc.

El perfeccionismo no sólo ilustra el hecho de que lo mejor es enemigo de lo bueno (y que la búsqueda de lo óptimo es enemiga de lo mejor), sino que podemos decir que, en el orden cognitivo, implica una tendencia al desequilibrio en las lealtades que se deben al placer y al deber, a la seriedad y a la frivolidad, al trabajo y al juego, a la deliberación madura y a la espontaneidad infantil.

De un modo más coloquial, he caricaturizado a este carácter subtitulándolo como "La Virtud Enojada", etiqueta que ofrece la ventaja de incluir tanto el aspecto emocional (ira o enojo) como el cognitivo (perfeccionismo).

Aunque aprecio personalmente el replanteamiento que hace Erikson de la analidad, considerándola como un tema relacionado con la autonomía, propio de la etapa de aprendizaje del control de los esfínteres y del caminar, creo que corresponde a Abraham y Freud el honor

de haber sido los primeros en llamar

la atención sobre la conexión existente entre la prohibición de ensuciarse y la obsesión por la limpieza.³⁷

El tipo iracundo no está situado ni en la esquina esquizoide ni en la histeroide del eneagrama, sino como uno de los tres caracteres que se agrupan en la esquina superior caracterizada por la "pereza psicológica". En mi experiencia, el hecho de que muchos obsesivos se declaren a sí mismos como extrovertidos apoya justamente lo contrario, ya que tal afirmación no hace sino revelar su carencia de penetración psicológica, pues son más bien extrovertidos senso-motores con un ideal de sí mismos introvertido, lo cual forma parte de su refinamiento y valores intelectuales. La posición que ocupa en el Eneagrama el eneatis I, entre los eneatis IX y II, invita a considerar al carácter perfeccionista no sólo como "anti-intrceptivo"³⁸, sino también como orgulloso. De hecho, la palabra orgullo se usa algunas veces para describir la actitud aristocrática y altiva del perfeccionista, más que para designar la del tipo que aquí se designa como "orgulloso", cuyo orgullo no se apoya tanto en considerarse respetable y admirable cuanto en la conciencia de ser necesitado, amado y alabado como alguien muy especial.

El repaso de muchos miles de incursiones en la literatura, que he realizado desde el año 1960 hasta ahora, me lleva a la conclusión de que el estilo de carácter más comúnmente descrito en ella es el de la personalidad obsesivo-compulsiva. Imagino que ello puede deberse al hecho de ser la que presenta unos contornos más claramente reconocibles, pero pienso también, no obstante, que una cierta confusión se ha deslizado en el uso del término "anancástico", palabra con que se designa frecuentemente en Europa al trastorno obsesivo-compulsivo. Asimismo, con respecto al síndrome que el psicoanálisis designa como "personalidad anal", creo que unas veces este término ha sido aplicado al obsesivo-compulsivo propiamente tal, y otras veces a individuos esquizoides de tipo obsesivo pero más controlados.³⁹ En mi experiencia, es la personalidad esquizoide la que encontramos más frecuentemente como trasfondo de obsesiones y compulsiones ego-distónicas, y no la obsesiva, en la que la preocupación por la limpieza y el orden son ego-sintónicas.⁴⁰

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER

Según Kurt Schneider, en su libro *"Las Personalidades Psicopáticas"*⁴¹, fue J. Donath quien introdujo el concepto de personalidades anancásticas en 1897. En los primeros años veinte, Schneider escribía que la literatura sobre "los estados obsesivos es casi imposible de abarcar", pero no llega a establecer una clara distinción entre lo que hasta hace poco se llamaba neurosis obsesiva⁴² y la personalidad obsesiva. Aunque no cabe duda de que estaba familiarizado con nuestro "perfeccionista" y de que tenía in mente la imagen de este carácter al escribir parte del capítulo que dedica al "inseguro"⁴³, el hecho mismo de que contemplara al carácter anancástico junto con el "sensible" como variedades de la actitud insegura, me

³⁷ Abraham, Karl, Leonard y Virginia Woolf, editores, "Selected Papers on Psychoanalysis" (London, Hogarth Press, 1965).

³⁸ Henry Murray usa este término para designar una motivación dirigida a evitar la introspección.

³⁹ El hecho de que se haya confundido a los eneatis I y V expresa, en mi opinión, la semejanza existente entre ellos más allá de sus características distintivas. También puede hablarse de una cierta semejanza entre los caracteres representados en las otras dos antípodas del Eneagrama: IV-VIII y VII-II.

⁴⁰ Jerga psiquiátrica empleada para designar determinadas características psicológicas que el individuo considera aceptables o no desde el punto de vista de su propia conciencia de sí. Kurt Schneider describe el término "anancástico" como una forma dentro de la categoría más amplia de "inseguro", que corresponde por lo general a lo que en EE.UU. se da el nombre de esquizoide. Ver también más abajo mis propios comentarios sobre la descripción que hacen Kari Abraham y Wilhelm Reich de los caracteres anal y obsesivo.

⁴¹ Ediciones Morata, Madrid, 1961.

⁴² Llamada hoy día "enfermedad obsesiva" en el DSM III.

⁴³ Término usado en alemán.

hace pensar que se quedó prendido en la misma confusión que más tarde se hizo patente en el concepto de personalidad anal: la confusión entre nuestro perfeccionista y el esquizoide, que tienen algunas características en común si bien contrastan marcadamente en otros aspectos.

Al leer lo que Von Gebattel escribe sobre la personalidad anancástica ⁴⁴, tengo la clara impresión de que en lo que está pensando es en una forma esquizoide de obsesividad, lo que me inclina a creer que la confusión sigue manteniéndose hasta el día de hoy. Puesto que el ICD-IX ⁴⁵, que aún no ha sido reemplazado por el DSM-III en algunos países, incluye el sistema de clasificación de Schneider relativo a la personalidad, es oportuno señalar que en esta clasificación no hay lugar para nuestro perfeccionista, excepto tal vez como una variedad del "inseguro". Aunque teóricamente quepa concebir el exceso de formalismo como una reacción frente a una mayor inseguridad de fondo, la terminología induce a una mayor confusión, pues difumina el claro contraste existente entre la asertividad propia de nuestro eneatipo I y el tímido retraimiento del eneatipo V situado en la otra antípoda.

"Sobre la psicología expresiva del anancástico, debemos decir que a menudo resulta chocante en lo exterior su meticulosidad, pedantería, corrección y escrupulosidad exageradas."

Podemos decir que en el campo de la literatura psicológica el tipo de persona de que estamos tratando fue, entre todos los modelos de personalidad, el primero en ser observado, concretamente en el famoso ensayo de Freud sobre el carácter anal. Karl Abraham recogió de aquí, elaborándola ulteriormente, la idea del carácter anal ⁴⁶, a la que se refiere comenzando por hacer un breve resumen de las observaciones de Freud:

"Freud ha afirmado que algunos neuróticos presentan tres rasgos de carácter particularmente agudizados, a saber, un amor por el orden que a menudo acaba en pedantería, una mezquindad que fácilmente se convierte en roñosería, y una obstinación que puede desembocar en irritada rebeldía. Entre sus observaciones originales figura la de que las personas con un pronunciado carácter anal generalmente están convencidos de que pueden hacerlo todo mejor que los demás: ellos mismos deben hacerlo todo."

La siguiente aportación importante en orden a la comprensión del eneatipo I proviene de Reich, quien a este respecto escribe ⁴⁷:

"Aunque no esté presente el sentido neurótico-compulsivo del orden, es típico del carácter compulsivo una pedante estimación del orden." "Tanto en lo grande como en lo pequeño, vive su vida de acuerdo con unas pautas preconcebidas e irrevocables..."

Reich señala además la presencia circunstancial de pensamiento caviloso, indecisión, duda, y desconfianza, ocultos bajo una apariencia de firme reserva y dominio de sí mismo. Se muestra de acuerdo con la observación de Freud respecto a su mezquindad, especialmente en forma de frugalidad, y comparte también su interpretación de este carácter como un derivado del erotismo anal. Más importante me parece, sin embargo, el hecho de que resalte lo que podría considerarse como el lado opuesto del autodomínio: el bloqueo emocional.

"Su predisposición en contra de los afectos viene dada por su extrema inaccesibilidad a ellos. Por lo general, tanto en sus muestras de amor como de odio, se comporta de modo ecuánime y tibio. En algunos casos, esto llega a convertirse en bloqueo afectivo total."

No es sorprendente que Freud y otros hayan destacado más el aspecto de la tacañería que el de la ira en el "carácter anal", pues la cicatería y la austeridad son rasgos comportamentales, mientras que la ira pertenece fundamentalmente a la esfera de la motivación inconsciente de la personalidad a que nos estamos refiriendo. No obstante, aunque la tendencia a economizar

⁴⁴ Von Gebattel, V.E., *"The World of the Compulsive" en Existence: A New Dimension in Psychiatry and Psychology*, editado por Rollo May (New York, Basic Books, 1959)

⁴⁵ *International Classification of Diseases*, 9ª edición (Salt Lake City, UT, Med-index Publications, 1991).

⁴⁶ Abraham, Karl, obra cit. eneatipo V. (Ver, por ejemplo, el análisis de Von Gebattel sobre el tipo anancástico, que se incluye en "Existence" de Rollo May.)

⁴⁷ Reich, Wilhelm, *"Análisis del Carácter"*, ed. Paidós, Buenos Aires, 1965.

y a amasar riqueza puedan estar presentes en el eneatipo I, yo creo que Freud, Abraham y Reich, al tratar del carácter anal, estaban inadvertidamente juntando dos síndromes diferentes: dos síndromes (nuestros dos eneatisos de ira y de avaricia) representados en las antípodas del eneagrama, pero que comparten la cualidad de ser ambos rígidos, controlados e impulsados por el superego.⁴⁸

Mientras que el "carácter anal" es un concepto bastante ambiguo, encontramos en Wilhelm Reich la descripción de una forma de personalidad que se corresponde más estrictamente con la de nuestro perfeccionista: es el caso del "carácter aristocrático", al que se refiere en su "*Análisis del Carácter*" como soporte de algunas de sus ideas generales acerca de la función del carácter. En la descripción de su paciente se refiere a su "semblante reservado" y a su aire serio y arrogante:

"Llamaba la atención su andar noble y mesurado [...] era evidente que evitaba -o escondía- toda muestra de odio o de agitación [...] su discurso era equilibrado y bien construido, suave y elocuente [...] Sentado en el sofá, había pocos cambios, si es que había alguno, en su compostura y refinamiento [...]"

"Tal vez fue sólo una insignificancia [...] el que un día se me ocurriera tildar de *aristocrático* este comportamiento", comenta. "Le dije que estaba interpretando el papel de un lord inglés", prosigue, y acaba elucubrando acerca de este paciente, que nunca se había masturbado en su pubertad, que su actitud aristocrática le servía de defensa frente a la excitación sexual: "un noble no hace ese tipo de cosas."

El síndrome al que nos venimos refiriendo se define hoy en día en el DSM-III⁴⁹ americano como un desorden compulsivo de la personalidad. Este manual ofrece las claves siguientes para el diagnóstico de este tipo de personalidad:

1. Afectividad restringida (por ejemplo, apariencia no relajada, tensa, adusta, falta de alegría; la expresión emocional se mantiene bajo estricto control).
2. Autoimagen de seriedad (v.g., se considera a sí mismo como trabajador, eficiente y digno de confianza; valora la autodisciplina, la prudencia y la lealtad).
3. Respetuosidad interpersonal (por ejemplo, muestra una adhesión poco corriente a los convencionalismos y usos sociales; prefiere las relaciones personales educadas, formales y correctas).
4. Estrechamiento cognitivo (así, concibe el mundo en términos de normas, reglamentaciones, jerarquías; es falto de imaginación, indeciso, y le disgustan las ideas y costumbres novedosas ajenas a lo establecido).
5. Rigidez de comportamiento (así, por ejemplo, mantiene un ritmo de vida bien estructurado, altamente reglamentado y repetitivo; muestra preferencia por el trabajo organizado, metódico y meticuloso).

Sigue ahora la imagen que de los rasgos comportamentales de la personalidad compulsiva nos proporcionan estas palabras de Theodore Millón⁵⁰:

"El talante adusto y apagado de los compulsivos es, con frecuencia, de lo más llamativo. Ello

⁴⁸ En apoyo de esta opinión está el hecho de que algunos de los rasgos atribuidos por Abraham y otros al "carácter anal", como, por ejemplo, el convencimiento de poder hacer todo mejor que nadie, corresponden al eneatiso I, mientras que otros, como el dejarlo todo para mañana, son típicos del eneatiso V. También me parece significativo el hecho de que la expresión "personalidad compulsiva", originalmente equivalente a la de "carácter anal", ha venido a aplicarse al eneatiso I en América, mientras que en Europa, por lo general, se predica del eneatiso V. (Ver, por ejemplo, el análisis de Von Gebattel sobre el tipo anancástico, que se incluye en "*Existence*" de Rollo May.)

⁴⁹ Con la abreviatura DSM-III nos referiremos en este libro al "*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*", 3ª edición revisada (Washington, D.C., American Psychiatric Association, 1987).

⁵⁰ Millón, Theodore, "*Disorders of Personality: DSM-III: Axis II*", (New York, John Wiley & Sons, 1981).

no quiere decir que invariablemente estén abatidos o cabizbajos, pero sí en cuanto que transmiten un aire característico de austeridad y seriedad. Su postura y movimientos reflejan la tirantez subyacente, un tenso control que mantiene bien frenadas las emociones... La conducta social de los compulsivos puede tildarse de educada y formal. Se relacionan con los demás en términos de rango o de status; esto es, tienden a ser autoritarios más que igualitarios en sus manifestaciones."

"Esto queda reflejado en el contraste que ofrece su comportamiento con los «superiores» frente al que adoptan con los «inferiores». Quienes tienen una personalidad compulsiva se muestran deferentes, halagadores e incluso obsequiosos con sus superiores, esforzándose por impresionarles con su eficacia y seriedad. Muchos buscan sentirse reasegurados y aprobados en su posición. Estos comportamientos contrastan marcadamente con las actitudes que adoptan frente a sus subordinados. Aquí el compulsivo se comporta de un modo altamente autocrático y condenatorio, que a menudo comporta aires pomposos y de superioridad. Esta actitud altiva y menospreciadora se resguarda generalmente en la apelación a normas y regulaciones. Típicamente, el compulsivo justificará sus intenciones agresivas recurriendo a normas o superiores que están por encima de ellos mismos."

En el último testimonio elaborado que nos dejó de su experiencia clínica, en "Neurosis y Crecimiento Humano" ⁵¹, Karen Horney agrupa juntos tres tipos de carácter bajo la etiqueta común de "las soluciones expansivas". Son enfoques de la vida fundados en una actitud de dominio, en los que el individuo adopta tempranamente en la vida, como forma de solucionar sus conflictos, una estrategia consistente en "ir contra" los demás (en contraste con las orientaciones de aquellos que seductoramente "se mueven hacia" o de quienes temerosamente "se apartan de" los otros). A una de esas tres formas de "soluciones dominadoras" (o de "ir en contra") llama ella "perfeccionista", y aunque la describe refiriéndose a los tipos descritos anteriormente en la literatura como "anal" y "compulsivo", hace, no obstante, una aportación substancial a la comprensión psicodinámica del síndrome en cuestión. Estas son sus palabras:

"Este tipo se siente superior en base a la elevación de sus criterios morales e intelectuales, y desde esa altura mira a los demás hacia abajo. El arrogante desprecio que siente por los demás permanece oculto a sí mismo bajo el disfraz de una actitud distante pero educadamente amistosa, porque sus mismos criterios le prohíben un sentimiento tan *irregular*. Su forma de tapar el tema de sus «deberías» no cumplidos es doble. Al contrario que el tipo narcisista, él hace tremendos esfuerzos por ponerse a la altura de sus deberías a base de cumplir todo tipo de deberes y obligaciones, de comportarse de forma educada y ordenada, de no decir mentiras evidentes, etc. Cuando hablamos de la gente que es perfeccionista, a menudo pensamos solamente en quienes guardan un orden meticuloso, son en exceso puntillosos y puntuales, tienen que encontrar la palabra justa, o deben llevar la corbata o el sombrero adecuados. Pero éstos son solamente aspectos superficiales de su necesidad de alcanzar el más alto grado de excelencia. Lo que realmente importa no son estos detalles nimios, sino la intachable excelencia de su conducta en todos los órdenes de la vida. Pero, puesto que todo cuanto puede alcanzar es un perfecto comportamiento, necesita de otro engaño. Y éste consiste en considerar equivalentes en su mente los criterios y las actuaciones, el conocimiento de los valores morales y el ser una buena persona... El autoengaño que ello implica permanece tanto más oculto para sí mismo, cuanto que, al referirse a los demás, tiende a exigirles que estén realmente a la altura de sus criterios de perfección, y a despreciarles porque de hecho no lo están. De esta forma externalizan su propia auto-condena."

"Como confirmación de su propia opinión sobre sí mismos requieren de los otros respeto más que ardiente admiración (que tienden a menospreciar). De acuerdo con ello, sus demandas están basadas menos en una «ingenua» creencia en su propia grandeza que en un «pacto»

⁵¹ Horney, Karen, "Neurosis and Human Growth", New York, W.W. Norton & Co., 1990).

firmado por él secretamente con la vida: si él es justo, cabal, cumplidor, tiene derecho a ser tratado con igual justeza por los demás y por la vida en general. Este convencimiento de que la vida está regida por una infalible justicia le proporciona un sentimiento de dominio. Su propia perfección no es, pues, solamente un medio al servicio de su superioridad, sino que es también un modo de controlar la vida. La idea de una suerte no merecida, sea buena o sea mala, le es ajena. Su propio éxito, su prosperidad o buena salud es, por tanto, menos algo de que disfrutar cuanto una prueba de su virtud."

Podemos entrever la personalidad que estamos considerando en la descripción que hace Jung del tipo reflexivo extravertido ⁵²:

"Este tipo -en cuanto que se trate, naturalmente, de un tipo puro- tiende a subordinar su manifestación vital íntegra a conclusiones intelectuales que en último término se orientan siempre sobre la base de lo objetivamente dado, ya sean hechos objetivos o ideas de validez universal. Este tipo humano otorga, no sólo ante sí, sino ante los que le rodean, el poder decisivo a la efectividad objetiva o a su fórmula objetivamente orientada. Esta fórmula constituye la medida de lo bueno y de lo malo, de lo bello y de lo feo. Está bien cuanto responde a esta fórmula y está mal cuanto la contradice, y es contingente cuanto ocurre indiferente al margen de ella. Al presentarse esta fórmula como algo que responde al sentido del mundo, se hace de ella ley del mundo que ha de llevarse siempre a la realidad, tanto en lo particular como en lo universal. El tipo reflexivo extravertido no sólo se subordina a su fórmula, sino que pretende que lo hagan así, por su propio bien, cuantos le rodean. Pues quien no lo hace, obra mal, contradice la ley del mundo; luego no es razonable, ni moral, ni tiene conciencia. Al tipo reflexivo extravertido su moral le prohíbe tolerar excepciones, pues su ideal ha de llegar a ser realidad por encima de todo, ya que, según a él le parece, se trata de la más pura formulación de la realidad objetiva y ha de ser, por lo tanto, verdad universalmente válida, imprescindible para la salvación de la Humanidad. Y todo ello no por amor al prójimo, sino desde su superior punto de vista de justicia y de verdad. Todo cuanto en su naturaleza se evidencie en contradicción con esta fórmula es simplemente imperfección, fallo contingente que en la primera ocasión será eliminado. Si esto no se logra, es porque se trata de algo enfermizo. Si la tolerancia con los enfermos, con los dolientes y anormales ha de constituir parte integrante de la fórmula, se cuidará de la correspondiente organización, por ejemplo: casas de socorro, hospitales, penitenciarias, colonias, etc., o los planes y proyectos respectivos."

"Para la realización verdadera de tales proyectos no suele bastar el motivo de la justicia y de la verdad: se requiere también el verdadero amor al prójimo, cosa más propia del sentimiento que de una fórmula intelectual. El «realmente habría que» o el «sería necesario» representan aquí un gran papel. Si la fórmula es lo suficientemente amplia, este tipo puede, como reformador, como público admonitor y depurador de las conciencias o como propagandista de innovaciones importantes, jugar un papel en extremo útil para la vida social. Pero cuanto más estrecha sea la fórmula más aparecerá este tipo con las características del gruñón, del razonador, del crítico lleno de suficiencia que quisiera encasillarse a sí mismo y a los demás dentro de un esquema. Quedan así señalados los dos extremos entre los que se sitúa la mayoría de estos tipos."

Dentro de la aplicación de la psicología jungiana al campo de los tests, la descripción que mejor se ajusta a este tipo es la que condensa la abreviatura "ESTJ" (*extrovertido*, con predominio de la sensación sobre la intuición, del pensamiento -thin-king- sobre el sentimiento, y del juicio sobre la percepción). David Keirse y Marilyn Bates afirman que el adjetivo que mejor resume estos denominadores es el de "responsable". ⁵³

⁵² Jung, C.G., "*Tipos psicológicos*", ed. Edhasa, Barcelona, 1971, vol. II, pp. 108-109.

⁵³ Keirse, David & Marilyn Bates, "*Please Understand Me*", Delmar, CA., Prometheus/Nemesis Books Company, 1984).

En el campo de la medicina homeopática, la forma de personalidad semejante al eneatispo I viene descrita a propósito de los individuos a quienes ayuda específicamente el uso de *Arsenicum*. Así, en "*Portraits of Homeopathic Medicines*", Catherine R. Coulter describe al tipo *Arsenicum* como "el perfeccionista por excelencia"⁵⁴. Al niño *Arsenicum* le describe como de naturaleza seria y concienzuda.

Consecuencias de ese afán de perfección son las que encontramos en la típica persona adulta que necesita repetir su trabajo una y otra vez, sin darse nunca por satisfecho con los resultados, como ocurre con el profesor que pone por escrito una y mil veces sus conferencias, preso de ansiedad por la sensación de no sentirse preparado. Todo ello hace de la disposición propia del tipo *Arsenicum* la antítesis misma de la relajación. Otra consecuencia es la manía del orden, y otra más, la autocrítica. También añade una fuerte competitividad que va de la mano de la ambición por ser el mejor.

Otro término que introduce Coulter al describir al tipo *Arsenicum* es el de minuciosidad - aplicada al afán compulsivo de orden-, cuando dice: "[...] Es ultraquisquilloso en todo, intolerante frente a todo tipo de chapucería, se irrita con la menor torpeza, propia o ajena, como romper un plato, volcar una copa, o derramar comida." Otro aspecto de la perfección que se menciona a propósito del tipo *Arsenicum* es la meticulosidad -"concienzudo con las nimiedades." Dice Coulter: "su trabajo deja patente ese particular toque de «acabado» -ese pulido final- que revela una meticulosa atención al detalle."

Muy característica del eneatispo I es la ansiedad que se describe en conexión con el *Arsenicum Album*, una ansiedad que tiene que ver con la anticipación de desastres y con una maniática meticulosidad que contribuye a hacer del paciente una persona exigente y regida ella misma por la obligación. Un tema frecuente de preocupación para el *Arsenicum*, según Coulter, es el dinero. "Tanto si lo tiene como si no, habla mucho de él, se lamenta frecuentemente de su pobreza o de lo caro que está todo. Su afición al dinero es más fuerte que en la mayor parte de los demás tipos constitucionales, y puede incluso llegar a ser «avaricioso» (Hering)[...]"

Otras características que atribuye Coulter al tipo *Arsenicum* son la tendencia a la hiperintelectualización, la preocupación por "el significado de cada síntoma", y una necesidad de quedar por encima de los demás "que le hace desconfiar hasta del médico a quien va a pedir ayuda". Dice esta autora que mientras "a muchos tipos constitucionales les disgustan las restricciones en la dieta [...] al *Arsenicum* le encanta que le pongan a dieta, y seguirá religiosamente el régimen más espartano. No sólo adopta con placer la última moda nutricional, sino que considera el seguir una dieta especial como un certificado de garantía de su propia seriedad [...]"

Coulter muestra de un modo aún más explícito la correspondencia existente entre la personalidad *Arsenicum* y nuestro eneatispo I, al mencionar un ejemplo sacado de la literatura - el personaje de Dickens en "David Copperfield" Miss Betsey, "cuyo exterior insolente, chinche, y hasta aterrador, esconde una delicadeza e integridad moral altamente desarrollada." Veo reflejado el eneatispo I no sólo en el *Arsenicum*, sino también en el *Carcinosin* (un remedio "extraído a partir del cáncer de pecho"), en cuanto que, como señala Coulter, viene relacionado con un "paciente que tiene un fuerte historial de control y presión excesiva por parte de sus padres... o un sentido excesivo del deber (Foubister)"⁵⁵. Puesto que el *Carcinosin* constituye el tratamiento adecuado para un individuo hiperresponsable, "preocupado" (Templeton), parece estar particularmente relacionado con el sub-tipo perteneciente al eneatispo I y que se caracteriza precisamente por una *ansiedad* perfeccionista hiperresponsable.

⁵⁴ Citado con permiso de la autora, Catherine R. Coulter; todos los pasajes que se reproducen en esta sección provienen de "*Portraits of Homeopathic Medicines*", vol. I, Berkeley, CA., North Atlantic Books, 1986.

⁵⁵ Catherine Coulter, obra cit., vol. 2, pp. 242-248.

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

A continuación, me propongo mostrar algo de la estructura del carácter perfeccionista atendiendo a los rasgos fundamentales que pueden discernirse mediante un análisis conceptual de unos ciento setenta descriptores.

Ira

Más que un simple rasgo entre otros, la «ira» puede considerarse como el trasfondo emocional generalizado y la raíz original de esta estructura de carácter. La manifestación más específica de la experiencia emocional de la ira es el resentimiento, que, por lo común, se experimenta en conexión con un sentido de injusticia ante las responsabilidades y esfuerzos que el individuo realiza en mayor medida que los otros. Esto es inseparable de una crítica a los otros (o a las personas que son significativas) por mostrar menos celo y algunas veces conlleva la adopción del papel de mártir. La expresión de ira más visible aparece cuando ésta se percibe como justificada, y en tales ocasiones adopta la forma de una vehemente «justa indignación».

Por otro lado, la ira está presente en forma de irritación, reproche y odio, que permanecen generalmente inexpresados, porque la destructividad percibida entra en conflicto con la virtuosa autoimagen característica de este eneatispo.

Sin embargo, más allá de la percepción de la ira en el plano emocional, podemos decir que la pasión de la ira impregna todo el carácter del eneatispo I y es la raíz dinámica de impulsos y actitudes que trataremos en relación con las restantes agrupaciones: crítica, exigencia, dominación y asertividad, perfeccionismo, exceso de control, autocrítica y disciplina.

Crítica

Si bien la ira consciente y manifiesta no es siempre una de las características más sobresalientes de esta personalidad, los rasgos más comunes de este eneatispo pueden entenderse como derivados de la ira, expresiones de ira inconsciente o equivalentes a la ira. Uno de éstos es el crítica, que no sólo se manifiesta en un explícito achacar culpas, sino que a veces crea una atmósfera sutil que produce en los otros un sentimiento de desasosiego o culpa. La crítica puede describirse como una ira intelectual más o menos inconsciente de su motivo. Digo esto porque, aunque es posible que la crítica aparezca en el contexto de la ira sentida, la cualidad más destacada de esta crítica es un sentido de propósito constructivo, un deseo de mejorar a los otros o a sí mismo. Por tanto, mediante la crítica intelectual no sólo se expresa la ira, sino que se la justifica y racionaliza y, con ello, se niega. Los reproches morales son otra forma de desaprobación perfeccionista y no sólo expresiones de ira, sino una forma de manipulación al servicio de una exigencia no reconocida, por la cual el «yo quiero» se transforma en «tú deberías». Así, la acusación conlleva la esperanza de afectar el comportamiento de alguien en la dirección de los deseos propios.

Una forma específica de crítica en el eneatispo I es el que se refiere al etnocentrismo y a otras formas de prejuicio, en cuyo caso se produce denigración, invalidación y el deseo de «reformar» inquisitorialmente a aquellos que constituyen un grupo diferente al de la propia raza, nación, clase, iglesia, etc.

Exigencia

La exigencia también puede ser entendida como una expresión de ira: una sobreasertividad vengativa en relación a los propios deseos, en respuesta a una frustración temprana. Junto a la

exigencia propiamente dicha, podemos agrupar ciertas características que hacen de estos individuos los más displicentes, tanto en el sentido de inhibir en los demás la espontaneidad y la búsqueda del placer como en el de exigir un trabajo duro y un cumplimiento excelente. Tienden a sermonear, predicar y enseñar sin considerar si tal papel es adecuado, aunque esta compulsiva característica suya pueda encontrar su lugar en actividades como la de maestro de escuela y predicador.

Junto a esta orientación correctora está la de ser controlador, no sólo en relación a la gente, sino también al aspecto personal o al entorno: un obseso preferirá probablemente, por ejemplo, un jardín muy arreglado, donde las plantas estén claramente ordenadas y los árboles podados con formas artificiales, a otro que comporte una complejidad orgánica «taoísta».

Dominación

Aunque ya implícita en la crítica intelectual, que no tendría fuerza de no estar en un contexto de autoridad moral o intelectual, e implícita también en la característica controladora-exigente-disciplinaria (si no, ¿cómo habría de ser efectiva sin autoridad?), parece apropiado considerar la dominación como un rasgo relativamente independiente, que comprende descriptores tales como un estilo autocrítico, una asertividad solemne y segura de sí, un concepto aristocrático de uno mismo y un comportamiento superior, altivo, desdenoso y, quizá, condescendiente y protector.

La dominación puede también considerarse como una expresión implícita de la ira o una transformación de ésta, aunque tal orientación hacia una posición de poder implica estrategias subrepticias como las mencionadas, así como un sentido de derecho propio basado en unos altos resultados, en la diligencia, en la proveniencia cultural y familiar, en la inteligencia, etc.

Perfeccionismo

Sin embargo, lo más característico es el hecho de que la búsqueda de supremacía en el tipo iracundo implica el apoyo al sistema moral o jerarquía humana sobre el que se sustenta la autoridad. Se puede decir que el perfeccionista es más obediente a la autoridad abstracta de las normas o funciones que a la autoridad concreta de las personas. También, como señala Millón, «las personas con personalidad obsesiva no sólo se adhieren a las reglas y costumbres sociales, sino que las asumen y defienden vigorosamente».

Este vehemente interés por los principios morales y los ideales no constituye sólo una expresión de sumisión a las exigencias de un fuerte superego, sino que es también, en el plano interpersonal, un instrumento de manipulación y dominio, puesto que estas normas defendidas con tanto ímpetu son impuestas a los otros y, como comentábamos antes, sirven de tapadera para los deseos y exigencias personales. Pero los individuos del eneatis tipo I no están orientados sólo hacia «la Ley y el Orden» y, siendo ellos mismos obedientes a las normas, también se subordinan a la gente cuya posición de autoridad es incuestionable.

La defensa enfática de las normas y de la autoridad reconocida implica normalmente una orientación conservadora o, en palabras de David Riesman, una tendencia a ser «orientados según la tradición» (rasgo compartido con el eneatis tipo IX). Es difícil separar, a no ser conceptualmente, dos aspectos del perfeccionismo: la catexis de los criterios ideales, es decir, la defensa vehemente de las normas; y la «intención perfeccionista», es decir, un esfuerzo por ser mejor. Ambos tipos de «buena intención» mantienen un sentido de bondad personal, amabilidad y desinterés, y distraen al individuo de la percepción preconsciente de la propia personalidad como airada, perversa y egoísta (entre los descriptores reunidos en este grupo, se incluyen «buen chico/a», «gazmoño», «honrado», «justo», «formal», «moral», etc.).

La virtud compulsiva no es sólo un derivado de la ira por funcionamiento de una formación

de reacción. También es la expresión de la ira vuelta hacia adentro, porque equivale a convertirse en severo crítico, policía y disciplinario de uno mismo. Del mismo modo, podemos concebir un grupo de rasgos que abarca desde el metodismo y la limpieza hasta una disposición puritana, como forma de evocar afecto a través del mérito y como respuesta a una frustración emocional temprana.

Para el proceso terapéutico, es particularmente importante la comprensión de cómo el perfeccionismo está al servicio de la ira, al impedir su reconocimiento. Más específicamente, al mantener el sentido de derecho propio, está al servicio de la expresión inconsciente de la ira como dominación, crítica y exigencia.

La imagen del cruzado puede servir como paradigma de esta situación: alguien que tiene derecho a romper cráneos en virtud de la excelencia de su causa y de sus nobles aspiraciones. Cuando la maniobra estratégica es lo bastante visible, hallamos apropiado hablar no sólo de virtud «compulsiva», sino también de virtud «hipócrita», pues aunque, como señala Hor-ney, es característico del perfeccionista un cierto nivel de honestidad, su preocupación obsesiva por lo correcto y lo incorrecto o lo bueno y lo malo implica una deshonestidad inconsciente de su propósito.

A partir del análisis anterior, queda claro que la relación psicodinámica entre la ira y el perfeccionismo es recíproca: así como podemos conjeturar que la estrategia de esforzarse por hacerlo mejor ha sido precedida por la ira en el curso del desarrollo temprano y continúa siendo impulsada por la ira inconsciente, es fácil comprender cómo la misma ira surge continuamente de la propia frustración y de consecuencias interpersonales de la irritante actividad y rigidez del perfeccionista.

Al tiempo que he agrupado bajo la etiqueta única de «perfeccionismo» rasgos que abarcan desde el «amor al orden», el «acatamiento de la ley» y la «orientación a las reglas» hasta el «hacer el bien» y la «educación sumisa», que hacen que estas personas adopten roles paternos o maternos para con los otros, he agrupado separadamente los tres rasgos de «hipercontrol», «autocrítica» y «disciplina». Todos estos rasgos mantienen la misma relación con respecto al perfeccionismo que «crítica», «exigencia» y «dominación» con respecto a la ira perfeccionista dirigida hacia los otros.

Del mismo modo que es difícil separar crítica, exigencia y dominación, el hipercontrol, la autocrítica y la disciplina -tres actitudes hacia uno mismo que constituyen, por así decirlo, la cara oculta del perfeccionismo- están íntimamente relacionados como facetas de una misma disposición subyacente. El perfeccionismo puede ser resaltado, junto con la ira, como un factor dinámico que impregna todo el carácter y como su estrategia de raíz.

Hipercontrol

Lo que la dominación -una transformación de la ira- es a los otros, el autocontrol es al perfeccionismo de uno. El control excesivo de la propia conducta va unido a una rigidez característica, una sensación de desasosiego, una falta de espontaneidad, con la consecuente dificultad para desenvolverse en situaciones no estructuradas y en las que se requiera improvisación. Para los otros, el hipercontrol puede producir aburrimiento. El control excesivo de la propia personalidad se extiende, más allá de la conducta externa, al funcionamiento psicológico en general, de tal modo que el pensamiento se ciñe excesivamente a las reglas, es decir, se vuelve lógico y metódico, con pérdida de la creatividad y lagunas en la intuición. Por otra parte, el control sobre los sentimientos conduce no sólo a un bloqueo de la expresión emocional, sino incluso a la alienación de la experiencia emocional.

Autocrítica

Lo que la crítica de los demás es a la ira, la autocrítica es al perfeccionismo. Aunque puede que el menosprecio de sí mismo no sea aparente para un observador externo y tienda a permanecer oculto tras una imagen virtuosa y digna, la incapacidad de aceptarse a sí mismo y el proceso de autodenigración no constituyen sólo la fuente de una frustración emocional crónica (y una ira inconsciente), sino también un fondo psicodinámico siempre presente de necesidad perfeccionista de poner más ahínco en busca del mérito.

Disciplina

Lo que la exigencia iracunda es a la ira, una autoexigencia implícita, odiosa y explotadora es al perfeccionismo. Más allá del «hacer el bien» propiamente dicho, es decir, una orientación hacia la corrección y las ideas morales, la autoexigencia implica una voluntad de esforzarse a expensas del placer, lo que hace que los individuos del eneatipo I sean trabajadores y disciplinados, a la vez que excesivamente serios. Y al igual que se puede apreciar un elemento vengativo en las exigencias interpersonales, se puede apreciar un elemento masoquista en el aplazamiento del placer y de los impulsos naturales, porque, más allá de una mera subordinación del placer al deber, el individuo desarrolla, en mayor o menor medida, una disposición «puritana» de oponerse al placer y al juego del instinto.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

Existe amplio acuerdo sobre la estrecha relación de los mecanismos de formación reactiva, reparación y compensación con la obsesividad. Los tres constituyen variantes de un único patrón de hacer algo bueno para sobrecompensar el sentimiento de que algo estuvo mal. Me concentraré en el de formación reactiva, puesto que los de reparación y compensación están relacionados más específicamente con los síntomas de la neurosis obsesivo-compulsiva, mientras que el de formación reactiva puede considerarse el más universal de los tres y el más estrechamente ligado a la personalidad obsesiva o carácter perfeccionista.

La noción de formación reactiva fue propuesta por Freud ya en 1905 en su obra *Tres ensayos para una teoría sexual*, donde observó que existen «fuerzas psíquicas opuestas» que surgen a fin de suprimir sensaciones incómodas, mediante el accionamiento de «la repugnancia, la modestia y la moralidad». Como es bien sabido, su interpretación plantea que el impulso de manchar durante la etapa anal sádica del desarrollo del niño es rechazado mediante la repugnancia, lo que induce a una excesiva preocupación por la limpieza. Pienso que la consideración de la personalidad obsesiva sugiere que la formación reactiva no es sólo una cuestión de encubrimiento de una cosa con la contraria, sino una distracción de la conciencia de ciertos impulsos mediante *actividades contrarias*. Aunque no sea exactamente una cuestión de que la *acción moralmente aprobada* sirva para distraer a la persona de la conciencia de sexualidad y rebeldía airada, podemos afirmar que es la *intención -es decir, la disposición a la acción-* lo que cumple la función de reprimir las emociones.

Podemos decir que la formación reactiva subyace y es también el funcionamiento mental por el que la energía psicológica de la ira se transforma en «impulsividad» obsesiva. Por otro lado, la formación reactiva puede considerarse como el proceso que marca la transformación de la gula en ira, pues la autoindulgencia de la gula puede considerarse la actitud más evitada del perfeccionista, cuyo carácter es el menos autoindulgente de todos, el más altamente dotado de una «austeridad virtuosa».

La postura activa y autoconfiada de la ira no es sólo una cuestión de represión de las necesidades orales pasivas, sino una transformación, ya que podemos considerar la ira como un modo alternativo de satisfacer la propia necesidad de amor subyacente, pero no mediante

una regresión hedonista, sino mediante una progresión antihedonista hacia un autocontrol prematuro y un aumento de la tolerancia ante la frustración. En lugar de ser una mera cuestión de renunciar a las expectativas orales, como puede parecer superficialmente, el caso de la ira consiste en que las expectativas son asumidas asertivamente, siendo al mismo tiempo racionalizadas como exigencias legítimas. De acuerdo con este análisis, pues, la formación reactiva tanto genera ira como supone una defensa contra su reconocimiento, además de constituir el mecanismo subyacente al perfeccionismo, la moralidad, la benevolencia consciente, la crítica «bienintencionada», la ética antihedonista del trabajo duro, etc.

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS⁵⁶

En términos generales, tengo observado que los individuos del eneatispo I son pícnicos y, en su mayoría, mesoendomorfos ectopénicos⁵⁷. No obstante, hay excepciones, sobre todo entre los del subtipo social, que tienden a ser atléticos pero esbeltos y nervudos. Cabe pensar que la agresividad propia del eneatispo I se apoya en lo somatotonía de su innato temperamento.

Freud, que fue el primero en observar la disposición de carácter que aquí etiquetamos como eneatispo I, fue también el primero en formular una teoría sobre la etiología de la misma, a saber, la teoría del entrenamiento en el uso del retrete, según la cual la excesiva preocupación por la limpieza y por el orden, así como también la retentividad propia de los individuos que presentan una "personalidad anal", se explican como resultado de una exigencia prematura o exagerada de limpieza durante el período de aprendizaje de los hábitos relativos al uso del retrete, y cabe comprenderlas también como un intento de negar por sobre-compensación el deseo irritado de ensuciar y de saltarse todo control. La observación psicoanalítica posterior reconoció asimismo que el individuo "retentivo" abriga un deseo ("oral agresivo") de ensuciar y de escapar al control, y que se defiende del deseo prohibido con un aire de "buenecito" ultraformal y supercompensatorio.

Esta teoría ha sido revisada después de Freud, sobre todo por Erikson, quien sostiene que el tema del control de los esfínteres no constituye el único foco del hipercontrol parental y la rebelión consiguiente, sino que esto también se aplica a la locomoción, cuyo aprendizaje tiene también lugar en el mismo período. Por debajo de ambos, afirma Erikson, está el tema de la afirmación o sobreafirmación de la propia autonomía. Creo que podríamos incluso ir más allá y afirmar con Fromm que ésta, como cualquier otra orientación de la personalidad, constituye una forma de enfrentarse a la vida, en general, y que surge en respuesta a una situación que va

⁵⁶ Según Oldham y Frosch, comentando lo que escriben Cooper y otros sobre la personalidad compulsiva en "*Psychiatry*", algunos estudios sugieren que "un factor genético pueda predisponer al desarrollo de los rasgos obsesivos". También muchos clínicos, desde Freud hasta la fecha, han afirmado que los factores constitucionales juegan un papel en el desarrollo de este tipo de desorden. Los autores citan a Rado, quien afirma que "los pacientes compulsivos presentaban constitucionalmente cantidades excesivas de rabia que les impulsaban a establecer confrontaciones de poder con otros desde edades tempranas". También podemos citar a Erikson, que sostiene que "de niño, el futuro paciente compulsivo o bien era intrínsecamente autónomo en exceso o bien era objeto de una reprobación o control desmesurados por parte de sus padres." Y concluye que "en la literatura clínica actual, lo que se propone con mayor frecuencia como psicodinámica de este tipo de desorden no son sino variaciones de esta última formulación." Otra cita que incluyen aquellos autores es la de Ingram, cuando dice que "la necesidad de control del paciente compulsivo es un indicio de su identificación con unos padres autoritarios." Millón pensaba que estos pacientes "necesitan mantener a raya sus impulsos, principalmente los hostiles, a causa de haber tenido unos padres hipercontroladores." Y Lidz afirmaba que "uno podría suponer, por ejemplo, que los padres de pacientes obsesivos tienden a ser obsesivos ellos mismos, incapaces de tolerar la expresión de impulsos instintivos o de muestras de autonomía en sí mismos o en sus hijos..." (Cooper, Arnold M., M.D., Alien J. Francés, M.D., y Michael Sacks, M.D., "*Psychiatry*" vol. I, *The Personality Disorder and Neurosis*, New York, Basic Books, 1990).

⁵⁷ Esto es, musculados, pero con rasgos redondeados y no delicados ni frágiles.

más allá de lo relacionado con el control de los esfínteres: una situación generalizada de exigencias y frustraciones excesivas relativas al reconocimiento. He aquí lo que un grupo de personas pertenecientes a este carácter declaran con respecto a su origen en sí mismos:

"La casi totalidad estuvimos de acuerdo en que todos asumimos responsabilidades muy tempranas. No es que nos las dieran, pero nosotros las asumimos. Muy temprano en la infancia, desde los tres años, recordaban algunos, y la mayoría antes de los nueve años, cosa que por supuesto continuó luego a lo largo de la adolescencia y la vida adulta. A menudo se trataba de estar allí, cuidando de los niños, quiero decir ocupando el lugar de quien se ocupa de que los niños coman, o se vistan o vayan a donde tienen que ir. Algo así como asumir un poco, o mucho, el papel de la madre, y luego, en nuestro deseo de ser reconocidos, casi todos sentíamos que por más que nos esforzáramos en hacer las cosas e intentáramos una y otra vez ser mejores, haciéndolas porque queríamos obtener algún tipo de aprobación o reconocimiento por parte de nuestros padres, *nunca* lo obteníamos."

Incluso así, podemos seguir hablando de la situación de aprendizaje del uso del retrete como paradigmática y simbólica de este orden de personalidad, ya que el perfeccionista no sólo se desarrolla al hilo de estrictas exigencias que le inducen a esforzarse duramente por alcanzar los comportamientos que de él se esperan y a ejercer un riguroso control sobre su propio organismo, sino que es también alguien que internamente se rebela con irritación contra todo control externo e internalizado, y que ha aprendido a alienarse de su propia conciencia y a inhibir las manifestaciones de su rabia a través del mecanismo de la formación reactiva.

Resulta fácil rastrear en el perfeccionista la motivación de esforzarse duramente, hasta una temprana experiencia de insatisfacción afectiva, a partir de la cual intentar ser mejor representa una esperanza de alcanzar mayor aprobación o intimidad por parte de alguno de los padres. Más tarde en la vida, sin embargo, ese esforzarse conlleva también una implicación competitiva, como si dijera a su padre o a su madre: "Voy a ser mejor que tú y a elevarme por encima de tu capacidad de evaluarme. ¡Ya lo verás!". Hay venganza en esta devolución, que no sólo pone en el éxito una esperanza sino también un acento de reclamación y de denigración vengativa.

Observo que el eneatispo I es algo más frecuente en las mujeres. Y entre ellas tengo observado que la figura parental por cuyo amor se pelea más la niña y a la que percibe como fría es con mayor frecuencia la del padre. No obstante, aparte la atmósfera de escasez de muestras amorosas, hay también en el esfuerzo perfeccionista un elemento de modelaje, una adopción que el sujeto hace de la personalidad perfeccionista y esforzada de uno u otro de los padres. A menudo, en la familia del perfeccionista, hay un padre o una madre perfeccionistas, y cuando no, hay por lo general un padre super-cumplidor con la obligación, perteneciente al eneatispo VI (subtipo que tiene mucho en común con el perfeccionista exigente).

La situación general es de exigencias excesivas unidas a un escaso reconocimiento, de modo que el niño se vio obligado a esforzarse más y más en una atmósfera de frustración continua.

Mi impresión es que una madre superacomodaticia (eneatispos IX o VI) puede contribuir a hacer más ilimitado el poder de un padre superexigente y distante. Parecería que en estos casos una madre excesivamente simbiótica o tímida estaría traicionando a su hijo a causa de su necesidad comparativamente mayor de acomodarse a su en exceso exigente compañero.

La respuesta del individuo a la situación descrita hasta aquí implica no sólo una actitud de decir "¿Ves qué bueno soy?, ¿vas a quererme ahora?", sino también otra de reclamar reconocimiento o afecto apelando a la justicia moral, esto es, de protesta:

"Mira qué bueno soy, *me debes* respeto y reconocimiento." A fin de ganar ese respeto y reconocimiento que echa en falta (primero por parte de los padres, y luego por parte de la gente en general), el niño aprende a convertirse en un pequeño acusador de sí mismo, así como en un moralista especializado en hacer cumplir las reglas a los demás.

Como resultado de este proceso, la búsqueda de amor que sirvió de detonante del desarrollo

perfeccionista se convierte en búsqueda de lo justo y de la respetabilidad, que es lo que caracteriza a este estilo de personalidad duro y distante, interfiriendo con la satisfacción de su aún latente, aunque reprimida, necesidad de ternura.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Antes de considerar la psicodinámica existencial del ene-atipo I, sería bueno reiterar el postulado que debe vertebrar el examen de los nueve caracteres del libro: que las pasiones surgen de un fondo de oscurecimiento óptico; que la pérdida de una sensación de Yo-soy mantiene un anhelo de ser que se manifiesta en las formas diferenciadas de las nueve emociones básicas del ego.

En el caso del eneatipo I, la proximidad del carácter al de la pereza psicoespiritual (en realidad, el hecho de ser un híbrido entre ésta y el orgullo) hace del elemento de oscurecimiento óptico algo cercano a lo más destacado de su estilo psicológico. Es decir, que en la actitud vital del eneatipo I hay una pérdida del sentido de ser que, como en el caso de los tres caracteres de la parte superior del eneagrama, se manifiesta como una «inconsciencia de la inconsciencia»⁵⁸, lo cual les proporciona una particular autosatisfacción, opuesta al sentimiento de carencia o a la «pobreza de espíritu» de los caracteres de la parte inferior del eneagrama. La insatisfacción inconsciente, sin embargo, se transforma en la más ardorosa de las pasiones y, aunque ignorada por la inconsciencia activa, subyace en la cualidad de las relaciones interpersonales.

Aunque, como se verá, el oscurecimiento óptico implica una especie de embrutecimiento psicológico en el caso de la psicología de los eneatis VIII y IX, en el eneatipo I esta tendencia está encubierta por un excesivo refinamiento. Se podría decir que la formación reactiva también tiene lugar en el nivel óptico: la deficiencia óptica percibida se transforma en estímulo para la compensación a través de actividades que pretenden mantener la falsa abundancia. La principal actividad prometedora de abundancia para la mente del eneatipo I es el decreto de la perfección. Podríamos decir que, precisamente en virtud de este oscurecimiento, la búsqueda del ser puede convertirse en una búsqueda sustitutiva de llevar una buena vida, según lo cual la conducta se ajusta a un criterio de valor extrínseco. Sin embargo, los iracundos necesitan especialmente comprender la siguiente afirmación de Lao-Tse:

*«La virtud (Te) no busca ser virtuosa;
precisamente por eso es virtud.»*

En otras palabras: la virtud, al no ser «virtuosa», es virtud.

No obstante, sería demasiado simple decir que el sustituto del ser en el eneatipo I es la virtud, porque algunas veces la cualidad de la vida no es tanto la moralista, sino la de «corrección», la cualidad de una perfecta correspondencia entre la conducta y un mundo de principios, o una perfecta correspondencia entre la conducta y algún código implícito o explícito.

En conjunto, se puede afirmar que la percepción pre-consciente de la escasez de ser y la imaginación de la destructividad y el mal en el eneatipo I es compensada por un impulso de ser una «persona de carácter»: alguien dotado de una superestabilidad, una cierta fuerza para resistir las tentaciones y permanecer siempre dentro de lo correcto. También, la pérdida de ser y de valor mantiene una actividad destinada a dar la impresión de alguien apreciable, lo cual, como hemos visto, se busca mediante una especie de culto a la bondad y al mérito.

Dentro del conjunto de anécdotas de Nasrudín, puede reconocerse al eneatipo I en el gramático a quien Nasrudín, como barquero, transporta a la otra orilla. Al contestar Nasrudín

⁵⁸ Ver capítulo 9.

con un lenguaje incorrecto a una cuestión del gramático, éste pregunta: «¿No has estudiado gramática?» Ante la respuesta negativa de Nasrudín, el gramático manifiesta con recta y concienzuda satisfacción: «Has perdido la mitad de tu vida». Más tarde, Nasrudín pregunta al gramático: «¿Sabe nadar?», y al responder nuestro recto gramático negativamente, Nasrudín exclama: «Entonces, has perdido *toda su* vida, porque nos estamos hundiendo».

El chiste alude mordazmente a la disociación entre la «mentalidad de gramático» y la vida. Ha tenido lugar un proceso de rigidificación y pérdida del significado a través de una preocupación excesiva por la forma y el detalle. Incluso cuando lo que se persigue es la bondad más que la corrección formal, como la de las cuestiones académicas, más allá de la amabilidad conscientemente cultivada hay una frialdad que implica tanto falta de amor como insustancialidad o pérdida de ser.

Del mismo modo que puede decirse del iracundo que suele ser inconsciente de su ira y que la ira es su principal tabú, podría decirse del avaricioso que su avaricia es generalmente inconsciente, aunque conscientemente pueda percibir todo gesto de apropiación y de establecimiento de límites como algo prohibido.

Puede afirmarse que el avaricioso es internamente perfeccionista, más que crítico con el mundo externo, pero, fundamentalmente, la diferencia entre los eneatis tipos estriba en la extroversión activa del primero y la introversión del segundo (la introversión de un eneatis tipo pensante que evita la acción).

Además, el eneatis tipo I es exigente, mientras que el eneatis tipo V procura minimizar sus propias necesidades y demandas y es propenso a dejarse llevar de acá para allá por una obediencia compulsiva. Aunque ambos eneatis tipos se caracterizan por un fuerte superego, son, respectivamente, como policías y ladrones, porque el primero se identifica más con su ser idealizado congruente con su superego, mientras que el eneatis tipo V se identifica con su subpersonalidad abrumada y culpable, que es objeto de las exigencias superegoicas.⁶⁰

La polaridad entre desapego patológico y el apego de la retención constituye un eco de la polaridad entre ira y virtud compulsiva supercivilizada presente en el eneatis tipo I. En el eneatis tipo V la necesidad está profundamente oculta en su psiquis, oculta tras un velo de indiferencia, resignación y estoica renunciación. Y así como el perfeccionismo nutre a la ira que lo sostiene, también podemos decir aquí que la prohibición de la necesidad (no sólo en cuanto a su satisfacción, sino incluso en cuanto a reconocer su presencia en el propio psiquismo) contribuye al empobrecimiento vital que subyace a la compulsión de retener.

El término de Ichazo para la fijación correspondiente al eneatis tipo V es "tacañería", que pienso que se aproxima demasiado a "avaricia", la pasión o emoción dominante. La palabra "mezquindad", con su connotación de incapacidad inconsciente de dar, estaría más cerca de captar el aspecto predominante en la estrategia del eneatis tipo V frente al mundo: el autodistanciamiento y el abandono de las relaciones. Sin embargo, sería mejor todavía decir que es indiferente, aislado, autista y esquizoide.

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

Así como la imagen que Schneider da del anancástico adolece de una cierta contaminación de la del esquizoide (en cuanto que Schneider destaca lo que el formalismo tiene de expresión de inseguridad), así también el concepto de Schneider sobre el "sensible" -el tipo de personalidad que más se parece a nuestro esquizoide- pone un cierto énfasis en el elemento obsesivo al afirmar que los más esténicos (esto es, asertivos) entre éstos tienen "escrúpulos morales" excesivos. No cabe duda, sin embargo, de que Kurt Schneider tiene en mente a nuestro esquizoide cuando describe a los sensibles como aquellos "sujetos que tienen incrementada su capacidad de recibir impresiones en todo tipo de experiencias, sin la correspondiente capacidad de expresarlas." Habla de una "elaboración retentiva de todas sus experiencias, que se vuelve contra su ser." Y añade que "el sujeto sensible busca en primer lugar echarse la culpa de todo acontecimiento o fallo que encuentra en sí mismo."⁶¹

El síndrome de retentividad distante no sólo ha sido observado sino que ha sido objeto de mucha atención por parte de la psicología contemporánea.

⁶⁰ Como he señalado al ocuparme del eneatis tipo I, pienso que lo que tienen en común ha hecho que a veces se confundan uno y otro, como sucede singularmente con las observaciones de Freud, Abraham y Reich sobre los caracteres anal y compulsivo. Si bien el eneatis tipo I es frugal, su consciente intención de generosidad le hace muy diferente del eneatis tipo V en su comportamiento económico, ya que en éste el motivo principal de su tacañería es el miedo a quedarse sin recursos, así como la evitación del esfuerzo y de la pérdida de libertad o autonomía que implica el compromiso con el trabajo.

⁶¹ obra cit.

La forma esquizoide de retentividad, aparte de que probablemente haya contribuido a la abstracción que Freud hace del carácter anal, corresponde al síndrome descrito por Ernst Kretschmer, pionero de la caracterología sistemática. En su estudio sobre los pacientes esquizofrénicos de su propia clínica, al describir el síndrome para el que reservaba el término de esquizoide, éstos eran los grupos principales de rasgos que había observado en ellos como más frecuentes:

1. Insociable, tranquilo, reservado, serio (sin humor).
2. Tímido, encogido, capaz de sentimientos finos, sensible, nervioso, excitable, amante de la naturaleza y de los libros.
3. Adaptable, amable, honesto, indiferente, silencioso.

Los grupos segundo y tercero guardan una cierta oposición entre sí, formando un contraste semejante al que establece entre depresión y euforia en su descripción del tipo ciclotímico ⁶². "Si queremos dar cuenta brevemente de las bases del temperamento esquizoide", escribe, "debemos decir: el temperamento esquizoide reside entre los extremos de excitabilidad y embotamiento, de igual forma como el temperamento cicloide oscila entre los extremos de alegría y tristeza."

Kretschmer tiene el mérito de haber señalado, tanto entre sus pacientes como entre los portadores de lo que él proponía llamar un temperamento "esquizotímico" (entre sus conocidos "normales"), la existencia de una polaridad de hipersensibilidad-insensibilidad en su personalidad: unas veces es una u otra la principal característica, mientras que otras veces lo que se da es una alternancia o transición de una temprana "hiperestesia" a una apatía tardía. En términos más generales, creo que podemos afirmar que este individuo se caracteriza por una exagerada vulnerabilidad y por un distanciamiento de sus sentimientos, en exceso finos y vulnerables, con lo que busca protegerse a sí mismo. Cito de nuevo a Kretschmer:

"Sólo tiene, sin embargo, la clave del temperamento esquizoide aquél que haya reconocido claramente que la mayoría de los esquizoides no son ni hipersensibles ni fríos, sino que son una y otra cosa al mismo tiempo, y con mezclas relacionales de hecho muy diferentes." "De acuerdo con el material esquizoide de que disponemos, podemos formar una serie continua, comenzando con lo que llamo el «tipo Hölderlin», esas naturalezas extremadamente sensibles, anormalmente tiernas, constantemente heridas, semejantes a mimosas, que son «todo nervios», hasta remontarnos a esas ruinas casi sin vida, frías, adormecidas, con la mente embotada como la de una vaca, restos de los estragos de un ataque severo de demencia precoz, cuya débil luz se desvanece tenuemente en una esquina del asilo."

Esta polaridad, insiste Kretschmer, no se presenta en posiciones centrales de su posible ámbito. El se encuentra con sujetos como Strindberg, que decía de sí mismo:

"Soy duro como el hielo, y, sin embargo, estoy tan lleno de sentimiento que soy casi un sentimental." "Pero incluso en esa mitad de nuestro material, que es primariamente fría y pobre en respuestas emocionales, tan pronto como entramos en íntimo contacto con estos esquizoides, nos encontramos muy frecuentemente, tras ese exterior entumecido y sin afecto, en su santuario más íntimo, un núcleo de personalidad tierno, dotado de una sensibilidad nerviosa de lo más vulnerable, que se ha retraído sobre sí mismo y yace ahí retorcido."

La característica de insociabilidad (o "autismo") de su esquizoide, es para Kretschmer algo que podría entenderse tanto en relación con la hipersensibilidad como con respecto a la insensibilidad hacia los demás. Tal es el caso de esas naturalezas sensibles que "buscan lo más posible evitar y amortiguar todo estímulo del exterior; cierran las contraventanas de sus casas

⁶² Kretschmer, E., *"Körperbau und Charakter"*, Berlin, Springer Verlag, 1925.

para poder llevar una vida onírica, fantástica, pobre en hechos y rica en pensamientos (Hólderlin), en la penumbra blandamente guarnecida de su interior. Buscan la soledad, como bellamente decía Strindberg de sí mismo, para "mecerse en la seda de sus propias almas." La visión de Kretschmer sobre la esquizotimia fue elaborada ulteriormente por Sheldon, que abrazó la triple concepción de aquél sobre la constitución humana, interpretó la morfología corporal "esténica" como "ectomorfa" (originada en el predominio del ectodermo embrional), y consideró a la disposición esquizoide como una variable del temperamento que denominó "cerebrotónico".⁶³

Relacionada con el ectomorfismo, la "cerebrotonía" parece expresar la función de exterocepción, que requiere o implica la inhibición, mediatizada por el cerebro, de las otras dos funciones primarias, somatotonía y viscerotonía. Implica también o conduce a una atencionalidad consciente y, a través de ella, a la sustitución de la ideación simbólica por una abierta respuesta inmediata a la estimulación. Anejas a este último fenómeno vienen las "tragedias cerebrales", la duda, la desorientación, la confusión. Estas parecen ser subproducto de la hiperestimulación, que es sin duda, a su vez, consecuencia de un excesivo decantamiento hacia la "exterocepción". Aunque a Sheldon le interesan más las combinaciones que los tipos puros, es claramente en el eneatipo V donde encontramos la máxima expresión conjunta de constitución ectomorfa y rasgos cerebrotónicos, entre los cuales relaciona Sheldon como más distintivos los veinte siguientes:

1. Circunspección en postura y movimientos, actitud tiesa
2. Sobrerrespuesta fisiológica
3. Reacciones manifiestamente rápidas
4. Amante de la privacidad
5. Sobreintensidad mental, hiperatencionalidad, aprensividad
6. Tendencia a mantener secretos sus sentimientos, contención emocional
7. Movilidad autoconsciente de ojos y cara
8. Sociofobia
9. Contacto social inhibido
10. Resistencia a formar hábitos, rutinización escasa
11. Agorafobia
12. Actitudes impredecibles
13. Contención verbal y de ruidos en general
14. Hipersensibilidad al dolor
15. Dificultades habituales en el dormir, fatiga crónica
16. Aire juvenil en su aspecto y maneras
17. Fisura mental vertical, introversión
18. Resistencia al alcohol y a otras drogas de efecto depresivo
19. Necesidad de soledad cuando se sienten mal
20. Orientación hacia los períodos finales de la vida

Muchos de estos rasgos son expresión de la hipersensibilidad de este temperamento (Sobrerrespuesta fisiológica, hiperatencionalidad, aprensividad, resistencia a formar hábitos y actitudes impredecibles), mientras que otros tienen que ver con inhibición y alejamiento de los demás, tales como la circunspección de movimientos, la tendencia al secreto, la sociofobia, y el contacto social inhibido.

En la introversión, núcleo de esta combinación, parecen converger ambos: un movimiento de alejamiento del exterior y vuelta hacia el interior, y la sensibilidad para las experiencias

⁶³ Sheldon, William, obra cit.

internas.

Si nos movemos del campo de las disposiciones temperamentales al carácter propiamente dicho, observamos que el carácter "compulsivo" o "anancástico" corresponde, en la acepción europea, al eneatipo V, y no al eneatipo I, que es al que cuadra el síndrome que recibe el nombre de "desorden compulsivo de personalidad" en el DSM III. Esto resulta inmediatamente obvio desde las primeras líneas del ensayo pionero de Von Gebsattel dedicado al análisis existencial de la disposición anancástica:⁶⁴

"Lo que siempre nos fascina cuando se nos pone delante una persona compulsiva es la cualidad impenetrada, y tal vez impenetrable, de su forma diferente de ser. Setenta años de trabajo clínico y de investigación científica no han alterado esta reacción. Siempre viva, a causa de la contradicción entre la íntima cercanía de un ser humano y la extraña lejanía de un modo de ser completamente diferente del propio, la emoción psiquiátrica de asombro nunca desaparece."

Refiriéndose a los psicópatas anancásticos de Schneider y otros a través del estudio de un caso, von Gebsattel observa un modo de estar en el mundo al que ya me he referido al comienzo de este capítulo al describir la avaricia: un quedarse atascado, un bloqueo del proceso vital.⁶⁵

Mientras que Sheldon, más aún que Kretschmer, se ocupa de estudiar la disposición temperamental -que es como la tierra donde florece el carácter, pero no el carácter mismo-, Karen Horney, partiendo de su experiencia terapéutica, describiría la cristalización de una particular estrategia interpersonal: la disposición neurótica a alejarse de la gente y de los conflictos, la "solución del desapego". Como Sheldon -que, a pesar de la arbitrariedad que supone graduar de uno a siete la proporción de los componentes temperamentales de cada persona, parece acertar al afirmar que éstos pueden estar presentes en diferentes grados y combinaciones-, Horney parecería a haber llegado a distinguir también distintos grados y formas de expresión de la tendencia a alejarse de la gente. Sin embargo, es claro al mismo tiempo que, lo mismo que sucede con la cerebrotonía, la sociofobia (en el sentido de evitación compulsiva de toda sociabilidad y relación) culmina claramente en la disposición esquizoide, y que cuando trata de la "solución del desapego" la imagen que refleja es la de nuestro eneatipo V.

Cito de su libro *"Neurosis y Crecimiento Humano"*⁶⁶:

"La tercera solución principal del conflicto intrapsíquico consiste esencialmente en la retirada que hace el neurótico del campo interior de batalla, declarándose no interesado en la lucha. Si es capaz de alcanzar y mantener esa actitud de «no me importa», puede sentirse menos turbado por sus conflictos internos y conseguir una apariencia de paz interior. Puesto que sólo puede hacer esto mediante una renuncia a vivir activamente, el término «renuncia» parece adecuado para esta solución".

Y aclara:

"Renunciar puede tener un significado constructivo. Podemos pesar en mucha gente mayor que han reconocido la intrínseca futilidad de la ambición y del éxito, cuyo carácter se ha endulzado a base de esperar y exigir menos, y que a través de renunciar a lo no esencial se han vuelto más sabios. En muchas tradiciones religiosas o filosóficas, se considera la renuncia a lo no esencial como una de las condiciones de un mayor crecimiento y una plena realización espiritual: dejar de expresar deseos personales, renunciar a los deseos sexuales y al ansia de bienes mundanos, en aras de un mayor acercamiento a Dios. Dejar de lado esfuerzos y

⁶⁴ Von Gebsattel, V.E., "The World of the Compulsive", en *"Existence: A New Dimensión in Psychiatry"*, editado por Rollo May, New York, Basic Books, 1959.

⁶⁵ Von Gebsattel, V.E., obra cit.

⁶⁶ Horney, Karen, *"Neurosis and Human Growth"*, New York, W.W. Norton & Co., 1990.

satisfacciones, a fin de alcanzar el poder espiritual que existe potencialmente en los seres humanos. En cambio, en la solución neurótica a que nos referimos aquí, la renuncia implica sellar una paz que no es otra cosa que una ausencia de conflictos... Su renuncia supone, pues, un proceso de encogimiento, de restricción, de reducción de la vida y del crecimiento."

La distinción que introduce aquí es semejante al paralelismo que establecimos arriba entre la virtud auténtica y la falsa virtud del moralismo. Es el caso de una forma de religiosidad introvertida, más que extrovertida, donde la renuncia neurótica ocupa el lugar de la sana capacidad de privarse de gratificaciones. Horney dice que la característica básica de la renuncia neurótica se distingue por un aura de restricción, de algo que se evita, que no se quiere o no se hace. "Hay algún tipo de renuncia en todo neurótico. Lo que describo a continuación es un corte transversal de aquellos que la han convertido en su solución principal."

Comienza su descripción diciendo que:

"la expresión directa de la retirada del campo interno de batalla que lleva a cabo el neurótico es convertirse en espectador de sí mismo y de la vida... Puesto que el desapego es en él una actitud general y sobresaliente, es también un espectador de los demás. Vive como si estuviera sentado en el patio de butacas, observando el drama que se desarrolla en el escenario, un drama que, por cierto, no le resulta demasiado interesante la mayor parte del tiempo. Aunque no es necesariamente un buen observador, puede ser de lo más astuto. Incluso desde la primera consulta, con la ayuda de unas cuantas preguntas pertinentes, es capaz de dar de sí mismo una imagen llena de detalles de franca observación. Pero, por lo general, añadirá que todo este conocimiento no le ha servido para cambiar nada. Por supuesto que no, pues ninguno de sus descubrimientos ha sido una experiencia para él. Ser un observador de sí mismo significa justamente eso:

no participar activamente en la vida y negarse inconscientemente a hacerlo. Durante el análisis, trata de mantener la misma actitud. Puede sentirse inmensamente interesado, pero ese interés puede mantenerse largo tiempo al nivel de un entretenimiento fascinante [...] y no cambiar nada."

La siguiente observación de Horney es que:

"íntimamente unida a la no participación está la ausencia de cualquier lucha seria por alcanzar algo y la aversión por todo tipo de esfuerzo: puede componer una hermosa música, pintar cuadros, escribir libros [...] en su imaginación. Esto constituye un medio alternativo para eliminar a un tiempo aspiración y esfuerzo. De hecho, puede tener ideas buenas y originales sobre algún tema, pero escribir una hoja requeriría iniciativa y el arduo trabajo de elaborar y organizar las ideas. De modo que la hoja queda sin escribir. Puede tener el vago deseo de escribir una novela o una obra de teatro, pero espera a que llegue la inspiración. Entonces la trama estará clara y todo fluirá sin más de su pluma. Es también de lo más ingenioso para encontrar razones para no hacer las cosas. ¿Qué podría tener de bueno un libro que habría de costarle tanto trabajo?. Y además, ¿no hay ya un montón de libros escritos?. ¿Acaso la concentración en ese solo objetivo no le cortaría de otros intereses, estrechando así su horizonte?. El meterse en política o en cualquier otro campo competitivo, ¿no es algo que estropea el carácter?". "Esta aversión al esfuerzo puede extenderse a todo tipo de actividades. Ello lleva entonces a una total inercia, punto sobre el que volveremos más tarde. Puede dejar siempre para mañana cosas tan sencillas como escribir una carta, leer un libro, hacer la compra. O puede ponerse a hacerlas en contra de su propia resistencia interna, lentamente, sin atención, de un modo poco eficaz. La mera perspectiva de otras actividades inevitables de mayor fuste, tales como tener que ocuparse o resolver tareas acumuladas en su trabajo, puede dejarle cansado antes de empezar" [...] "En el análisis sus objetivos aparecen limitados y de nuevo negativos."

"El análisis, piensa él, debería librarle de sus síntomas molestos, tales como la torpeza que siente ante los extraños, su miedo a sonrojarse o a desmayarse en plena calle. O tal vez el análisis debería hacer desaparecer alguno de los aspectos de su inercia, como por ejemplo su dificultad con la lectura. Puede también albergar un objetivo más amplio, al que, en su terminología característicamente vaga, puede denominar como «serenidad». Esta, sin embargo, significa para él simplemente la ausencia de todo tipo de molestias, irritaciones e incomodidades. Y naturalmente, cuanto él espera debería de venirle fácilmente, sin necesidad de ningún dolor o esfuerzo. El analista debería hacer el trabajo. Después de todo, ¿no es él el experto?. El análisis debiera ser como ir al dentista a sacarse una muela, o al médico a ponerse una inyección: está dispuesto a esperar pacientemente a que el analista el presente la clave que ha de resolverlo todo. Sería, ciertamente, mejor si el paciente no tuviera que hablar tanto. El analista debería tener algo así como unos rayos X que le permitieran ver los pensamientos de sus pacientes".

Y continúa:

"Descendamos otro escalón, y llegamos a la misma esencia de la renuncia: la restricción de los deseos." Aunque podamos hablar también de renuncia en el ciclotímico eneatis IX -en el que encontramos una renuncia extravertida, una renuncia en las relaciones que se manifiesta como abnegación-, en la personalidad esquizoide encontramos una renuncia sin participación, una renuncia que llega hasta el extremo de prescindir del contacto.

Dice Horney:

"Se siente particularmente ansioso por no quedarse atado a nada hasta el extremo de realmente necesitarlo. Nada debería ser para él tan importante como para no poder prescindir de ello. Está bien el hecho de que le guste una mujer, un lugar en el campo o ciertas bebidas, pero uno no debería hacerse dependiente de esas cosas. Tan pronto se da cuenta de que un lugar, persona o grupo de gente significa tanto para él que su pérdida podría resultarle dolorosa, tiende a retraer su sentimiento. Ninguna otra persona debería jamás tener la sensación de resultarle necesario o de dar por garantizada la relación con él. Si sospecha la existencia de cualquiera de estas actitudes, tenderá a retirarse."

Cabe reconocer como expresión más extrema de esta patología el síndrome catatónico en la esquizofrenia, pues aunque éste constituye una complicación extremada del modo esquizoide de estar en el mundo, precisamente por ello nos permite ver una caricatura de algunos de sus rasgos: la falta de relación, el laconismo, una aparente huida del mundo con abandono de la esfera personal, y una pasividad en la que el individuo parece entregar su vida y su cuerpo a los demás, como muestra el síntoma característico de *flexibilitas cérea*, por el cual la persona adopta cualquier posición corporal en la que le coloquen los demás, a modo de caricatura de su actitud de obediencia automática.

El grado siguiente en la escala que va de la psicosis a la salud mental es la "Organización Narcisista de la Personalidad" descrita por Kernberg, en la que la imagen negativa de sí coexiste no sólo con una autoimagen idealizada, sino con una orientación a la búsqueda de reconocimiento a través de sobresalir en el plano intelectual o creativo.

Mejor conocida hoy en día que la descripción de Horney de la "solución del desapego", son las observaciones y reflexiones de Fairbairn sobre el carácter esquizoide, todas ellas pertinentes a nuestro eneatis V. Además de ser muy conocidas entre quienes se han ocupado del síndrome esquizoide, Fairbairn es famoso por su afirmación de que el fenómeno esquizoide es la raíz de toda psicopatología. En mi opinión, esta afirmación refleja su comprensión del tema existencial al que me refiero con la expresión "escasez de ser", o, por usar su propio vocabulario, su comprensión de la "debilidad del ego" como la raíz de toda psicopatología, y pienso que habría sido más exacto dejarlo ahí, pues la personalidad esquizoide es solamente

aquella en la que esta cualidad, aneja a la condición humana, resulta más claramente evidente. Así como el resignado eneatipo IX es ciego a su propia ceguera, el eneatipo V es, con respecto a la percepción de su deficiencia óptica, hipersensible, podríamos decir: estructuralmente introvertido y generalmente intuitivo, está sobre todo conectado a su experiencia interna, y su avaricia está en interdependencia con una sensación de empobrecimiento tanto en el nivel espiritual como en el psicológico y en el material.

Uno de los descubrimientos de Fairbairn en su psicoanálisis de personalidades esquizoides fue que, más allá de necesitar analizar la patología del superego, los pacientes esquizoides tenían necesidad de comprender que su proceso de desapego (en la transferencia y en la vida) constituye una defensa "contra la temida activación de una relación transferencial básica caracterizada por una investidura libidinal del analista, al que experimenta como madre preedípica y particularmente oral"⁶⁷. He tomado la afirmación anterior del resumen de Otto Kernberg, como también lo siguiente: "Esta investidura libidinal era vivida por los pacientes como una fuerte amenaza, una amenaza derivada del miedo a que su amor por el objeto resultaría devastadoramente destructivo para el mismo." No obstante, el miedo del esquizoide no es sólo el miedo a destruir el objeto, sino también el de perderse a sí mismo por su excesiva sed de amor, resultando tragado por la intensidad de sus necesidades de dependencia, como ha señalado Laing en *"El Yo dividido"*.

En general, la afirmación de Fairbairn acerca del sentido de expectación negativa con relación al amor materno ha aportado una piedra angular a la comprensión que tenemos de este tipo de personalidad, aparte de haber contribuido a ello con otras diversas observaciones, como la de señalar "la experiencia subjetiva crónica de artificialidad y de desapego emocional de las personalidades esquizoides [...] la actitud de omnipotencia de estos pacientes, su aislamiento y desapego objetivos, y su marcada preocupación por la realidad interna."⁶⁸

Permítaseme terminar señalando que, sin mencionar la palabra avaricia, la comprensión de Fairbairn de la condición del esquizoide implica el reconocimiento de que ésta conlleva la resistencia de la persona a establecer relaciones y a dar, en general.

En el DSM III encontramos a nuestro tipo en el "desorden esquizoide de personalidad".

Cito la descripción correspondiente:

- A. Frialdad y distancia emocionales, y ausencia de sentimientos cálidos y tiernos hacia los demás.
- B. Indiferencia frente a la alabanza y la crítica, y en general frente a los sentimientos de los demás.
- C. Amistad íntima con no más de una o dos personas, incluyendo a los miembros de la familia.
- D. Ausencia de excentricidades en su discurso, conducta o pensamiento, característico del Desorden Esquizotípico de Personalidad.
- E. No debido a desorden psicótico, como la Esquizofrenia y el Desorden Paranoide.
- F. Por debajo de los 18 años, no se ajusta a los criterios sobre el Desorden Esquizoide en la Niñez y Adolescencia.

Hay en el DSM III un tipo de personalidad que se define en base a un único rasgo, y que, a causa de esto, puede constituir un diagnóstico adscribible a más de uno de los caracteres que figuran en este libro: la personalidad pasivo-agresiva. Su resistencia frente a las exigencias del exterior es sobre todo típica del ene-atipo V, pero es un rasgo que puede también hallarse en

⁶⁷ Fairbairn, W.R.D., citado en Otto Kernberg, *"An Object-Relations Theory of the Personality"*, New York, Basic Books, 1952.

⁶⁸ Fairbairn, W.R.D., *"Borderline Cuididos ana Pathological Nardssism"*, New York, Jason Aronson, Inc., 1985.

los eneatisos IV, VI y IX. Theodore Millón, que formaba parte del comité creador del DSM III, ha propuesto, por una parte, cambiar el nombre de pasivo-agresivo, y, por otra, describir el síntoma de modo que tome en cuenta otras características, tales como el ser "frecuentemente irritables y caóticamente malhumorados, tender a sentirse fácilmente frustrados y enfadados, descontentos de su imagen... contrariados y desilusionados con la vida; ambivalencia interpersonal". Esto último evidencia la lucha entre mostrarse independientemente aquiescente o asertivamente independiente, y la adopción de comportamientos malhumorados para provocar incomodidad en los demás.

En general, tengo la impresión de que la característica pasivo-agresiva es otra complicación más, propia del eneatiso V, y corrobora esta impresión la semejanza que según Millón ⁶⁹ se da entre la personalidad pasivo-agresiva y la compulsiva, más allá del evidente contraste entre las mismas (semejanza dentro del contraste, a la que ya me he referido): "en ambas se da una ambivalencia intensa y profundamente enraizada acerca de sí mismos y de los demás. Los compulsivos se las arreglan con esta ambivalencia a base de suprimir enérgicamente los conflictos que originan, y en consecuencia presentan una apariencia bien controlada, como si tuvieran in mente un único propósito; su comportamiento es perfeccionista, escrupuloso, ordenado, y totalmente predecible. Por el contrario, el pasivo-agresivo al que se refiere la teoría de Millón como "activo-ambivalente" no consigue ni disfrazar ni resolver de ningún otro modo esos mismos conflictos; por consiguiente, la ambivalencia del pasivo-agresivo se filtra constantemente en su vida cotidiana, ocasionándole dificultad para decidir, actitudes fluctuantes, conductas y emociones oposicionistas, y una caoticidad e impredecibilidad generales en su comportamiento. No pueden decidir si adherirse a los deseos de los demás, como un medio de obtener algún confort y seguridad, o tratar de alcanzarlo por sí mismos; si hacerse obedientemente dependientes de los demás, o volverse desafiantemente resistentes e independientes de ellos; si tomar la iniciativa de dominar su propio mundo, o sentarse perezosamente esperando en medio de su pasividad a que otros la asuman."

A diferencia de lo que sucede con la mayoría de los caracteres de nuestro eneagrama, veo reflejada la sombra del enea-tipo V en más de una de las descripciones de tipos introvertidos que hace Jung ⁷⁰. Por ejemplo, al hablar del tipo introvertido pensante, que como veremos corresponde sobre todo a nuestro enea-tipo VI ⁷¹, es posible encontrar algunas características esquizoides, tales como "su sorprendente falta de sentido práctico y su horror a aparecer en público" o la observación de que "se deja tratar brutalmente y explotar de la forma más ignominiosa sólo con tal de que se le deje perseguir en paz sus propias ideas." También es de lo más característico del eneatiso V el ser "un mal profesor, porque mientras enseña, su pensamiento se ocupa de la materia en sí misma, pero no de la forma de presentarla." También en la descripción del tipo introvertido sentimental, que citaremos referida a nuestro eneatiso IX, se superponen huellas del eneatiso V, tales como que "la expresión de sentimientos sigue, pues, siendo mezquina, y la otra persona tiene la permanente sensación de estar siendo infravalorada..."

A pesar de encontrarse estas huellas del eneatiso V en los tipos psicológicos de Jung mencionados, es claramente en el tipo introvertido sensorial donde encontramos la mejor correspondencia para este carácter. Leemos, por ejemplo, que:

"Puede resultar notorio por su calma y su pasividad o por su autocontrol racional. Esta peculiaridad, que a menudo puede dar lugar a un juicio superficial, se debe realmente a su falta de relación con los objetos."

O:

⁶⁹ obra cit.

⁷⁰ Jung, C.G., obra cit.

⁷¹ Correspondencia que confirma la referencia ilustrativa a Kant y a Nietzsche.

"Este tipo puede fácilmente hacerse una pregunta: ¿por qué uno existe, en absoluto?, o ¿dónde está, en general, para los objetos, la justificación de su existencia, ya que todo lo esencial sigue sucediendo sin necesidad de ellos?."

Pasando revista a las descripciones que Keirse y Bates ⁷² hacen de los dieciséis perfiles obtenidos por medio de un test derivado del Indicador de Myers-Briggs, encuentro reflejada la psicología del eneatipo V en la del "INTP", esto es, el introvertido con predominancia de la intuición sobre la sensación, del pensamiento sobre el sentimiento, y de la percepción sobre el juicio. Cito algunas de sus afirmaciones:

"El mundo existe ante todo para ser comprendido. La realidad es trivial, es meramente el terreno donde se demuestran las ideas [...]"

"Al INTP no se le debería [...] pedir la realización o aplicación de sus modelos en el mundo real. El INTP es el arquitecto de un sistema y deja a los demás ser su constructor o su aplicador [...]"

"No son buenos en tareas clínicas, y son impacientes con los detalles rutinarios. Prefieren trabajar calladamente, sin interrupciones, y a menudo solos."

"Con toda probabilidad no se sentirán a gusto en una actividad social constante, ni en medio de un ambiente desorganizado en casa [...] Los INTP son, sin embargo, personas bien dispuestas, complacientes, fáciles para la convivencia, aunque un tanto olvidadizos respecto de citas, aniversarios, y rituales de la vida diaria, a menos que se le recuerden. Tienen muchas dificultades para expresar verbalmente sus emociones, y el compañero/a de un INTP puede sentir que su presencia se da un poco por supuesto [...]"

En la tradición homeopática, las características del enea-tipo V puede hallarse en conexión con el tipo de personalidad a la que se asocia la *Sepia* como remedio apropiado. El preparado homeopático se hace a base de tinta fresca de la sepia, una criatura que vive sola, más que en grupos, alojada en las grietas de las rocas, y que suelta tinta a modo de camuflaje cuando necesita escapar o acechar a su presa. La *Sepia* se asocia a las mujeres, ya sea que estén retraídas, insatisfechas o contentas con su carrera. Un ejemplo es el de las mujeres agotadas por los cuidados de la casa y los hijos, y que parece faltarles la energía para ello. Coulter observa: ⁷³

"Todas las manifestaciones del amor -marital, parental, filial, e incluso las amistades íntimas- constituyen para ella un sumidero de sus reservas de energía y un obstáculo frente a su necesidad de un cierto nivel de privacidad e independencia."

Cita a Kent en su observación de que para ellas "el amor no llega a convertirse en afecto." Y más adelante comenta: "el amor no está ausente, pero su manifestación está entumecida y no es capaz de expresarlo." Cita luego a Hering, quien asevera que la gente *Sepia* "siente aversión por la compañía", y concreta:

"no desea salir, en buena parte debido al esfuerzo físico que exige la sociabilidad." El sentimiento general dominante es de indiferencia, junto con el deseo de "arrastrarse hasta su guarida y quedarse sola, sin que nadie la toque, se le acerque o la moleste." Así pues, no hay solamente una escasa responsividad emocional, sino también una tendencia a escapar de lazos y obligaciones emocionales íntimos. El deseo de emanciparse de la "carga amorosa" puede encontrar satisfacción a través del tipo de personalidad asociado a determinadas profesiones.

Coulter señala que este tipo puede estar "llena de bríos y ser creativa y atractiva, pero siempre que tenga que aparecer socialmente seguirá faltándole una cálida simpatía" [...] "puede parecer que le falta receptividad femenina y una mayor finura de matices en su capacidad de

⁷² Obra cit.

⁷³ "Portraits of Homoeopathic Medicines", por Catherine R. Coulter, Berkeley, CA., North Atlantic Books, 1986.

respuesta emocional." El tipo *Sepia* es resultado de una intromisión excesiva de la vida en sus reductos independientes y privados. Es característico su estado de franca negatividad, "ya sea debido a la imposibilidad de ocultar su naturaleza, a la necesidad de sentirse rechazada, a un excesivo candor, o simplemente a una completa falta de interés en producir una buena impresión."

También evoca al eneatispo V la imagen de la personalidad que la medicina homeopática asocia con *Silica*. Cito a Coulter:⁷⁴

"La *inflexibilidad* del sílice se manifiesta en el plano mental en la «obstinación» del *Silica* (Boenninghausen) [...] No es agresivo ni discutidor, sonreirá, se mantendrá en una actitud agradable y parecerá hasta bastante suave, pero no obstante hará lo que le parezca bien [...]"

"El niño *Silica*, normalmente obediente y educado, aguanta por un tiempo pacientemente la resistencia o la presión, pero en un momento dado se vuelve insistente («terco, obstinado, testarudo»: Hering)"

"Un ejemplo de esta pertinacia efectiva es el niño que se siente intensamente a disgusto en el internado, pero que no puede persuadir a sus padres para que se lo lleven de nuevo a casa o lo manden a otro lado. Deliberada o inconscientemente, comienza a aplicar métodos diversos de persuasión pasiva: no responder las cartas de sus padres o no llamarles por teléfono. O si son ellos los que le llaman, hablar sólo de lo deprimido que está."

Describe también a una adolescente o una joven a quien es imposible dar ningún consejo o ni siquiera comprarle algún regalo:

"Nada está del todo bien, ningún vestido es totalmente de su gusto, e incluso cualquier objeto relativamente neutro, como un par de medias o una funda de almohada para su cama, debe ajustarse precisamente a sus deseos, o si no será dejado de lado sin llegarlo a usar." "[...] No se debe ello a una negatividad general sino a una rigidez de puntos de vista. La chica (o el chico) puede ser así de rígido y selectivo a la hora de juzgar a la gente y tener por ello una particular dificultad para hacer amigos y, más tarde, para encontrar una pareja aceptable en la vida. Las personas que se quedan solteras, no por aversión al estado matrimonial, sino por ser demasiado exigentes -ninguno resulta nunca del todo adecuado- presentarán a menudo características propias del *Silica*."

Coulter compara al individuo *Silica* con el "tallo de una espiga de trigo", que es delicado y flexible, pero está, no obstante, recubierto de una firme cutícula exterior.

En la personalidad, esta relativa firmeza se corresponde con una estabilidad intelectual y un poder de concentración, mientras que el individuo adolece de falta de vitalidad y "puede gastar tanta energía en enfrentarse a su entorno físico que le queda poca disponible para disfrutar la vida."

También se ajusta a la imagen del eneatispo V la observación relativa a la tendencia al olvido y la abstracción de las personalidades *Silica*, su pusilanimidad, su falta de coraje, y su rechazo a cargarse con responsabilidades. Coulter cita la comparación que hace Whitmont del individuo *Silica* con "un tímido y delicado ratoncito blanco que, no obstante, mantiene fieramente la integridad de su pequeño territorio propio."

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Retención

Como siempre, es posible encontrar en este carácter un grupo de descriptores que corresponden a la pasión dominante. Además de la avaricia, pertenecen a este grupo

⁷⁴ Reimpreso con el debido permiso, obra cit., vol. 2, pp. 67-106.

características tales como la falta de generosidad en cuestiones de dinero, energía y tiempo, y también la mezquindad, con su implicación de insensibilidad ante las necesidades de los demás.

Entre las características de retención, es importante notar un aferramiento al contenido presente de la mente, como si se quisiera elaborar o extraer hasta la última gota de significado.

Esta característica produce un típico funcionamiento mental a tirones, una forma sutil de rigidez que milita contra la apertura del individuo a la estimulación medioambiental y a lo que está surgiendo, la transición del estado mental presente hacia el siguiente. Esta es la característica que von Gebattel describió en los «anancásticos» como un «quedar bloqueado».⁷⁵

Podríamos decir que la estrategia interpersonal implícita en el aferramiento supone, en relación con los recursos, una preferencia por la autosuficiencia, en lugar de aproximarse a los demás. Ello, a su vez, implica una consideración pesimista tanto de las perspectivas de recibir cuidado y protección como de ser capaz de pedir o tomar lo que se necesita.

No dar

También se puede considerar la evitación del compromiso como una expresión del no dar, puesto que obedece a la evitación de tener que dar en el futuro. En esta evitación del compromiso hay, sin embargo, otro aspecto: la necesidad de los individuos del eneatipo V de permanecer completamente libres, sin límites, sin impedimentos, en posesión de la totalidad de ellos mismos.

Este rasgo representa una mezcla de avaricia y supersensibilidad a ser absorbidos (que se tratará más adelante). Cabe destacar que el acaparamiento no sólo implica avaricia, sino también una proyección de la avaricia hacia el futuro: una protección frente a la posibilidad de quedarse sin nada.

Aquí, de nuevo, el rasgo representa una derivación, no sólo de la avaricia, sino también de la intensa necesidad de autonomía de este carácter (que veremos luego).

Desapego patológico

Dada la reciprocidad de dar y tomar en las relaciones humanas, la compulsión a no dar (seguramente el eco de haber percibido muy pronto en la vida que va contra la supervivencia dar más de lo que se recibe) apenas puede sostenerse, a no ser a expensas de la relación misma, como si el individuo considerara:

«Si la única manera de conservar lo poco que tengo es distanciarme de los demás y de sus necesidades o deseos, eso es lo que voy a hacer».

Un aspecto del desapego patológico es el característico distanciamiento del eneatipo V; otro, la cualidad de ser un «solitario», es decir, alguien acostumbrado a estar en soledad y que, por su renuncia a las relaciones, no se siente particularmente solo. El aislamiento forma parte, por supuesto, del rasgo general de desapego, ya que aislarse requiere una indiferencia emocional y una represión de la necesidad de relacionarse. La dificultad que encuentran los individuos del eneatipo V para hacer amigos puede incluirse también aquí, pues un aspecto importante de esta dificultad es la falta de motivación para relacionarse.

⁷⁵ V.E. von Gebattel, "The World of the Compulsive" (El mundo de lo compulsivo) en *Existence: A New Dimension in Psychiatry and Psychology* (La existencia: una nueva dimensión en psiquiatría y psicología. Edición a cargo de Rollo May. N.York. Basic Books, 1959).

Aunque es fácil ver cómo el desapego puede aparecer como una complicación de la retención, el abandono de las relaciones está en interdependencia con la inhibición de las necesidades, ya que difícilmente sería compatible el abandono de las relaciones con la necesidad de éstas y, por lo tanto, dicho abandono implica ya una renuncia o minimización de las necesidades. Aunque la renuncia a las propias necesidades es prácticamente una consecuencia del apartamiento, la inhibición de la expresión de la ira en este carácter supone no sólo renuncia de las necesidades amorosas, sino también el miedo que está presente en la personalidad esquizoide, en virtud de su posición junto a la esquina izquierda del eneagrama.

Miedo a ser engullido

El miedo y la evitación de ser «tragado por los demás» puede ser una consecuencia de la evitación de las relaciones, pero no sólo es eso, porque constituye también la expresión de la percepción semiconsciente de la propia necesidad suprimida de relacionarse y, como destacó Fairbairn, un miedo a una potencial dependencia. La gran sensibilidad de los individuos del eneatipo V a la intromisión y la interferencia no es sólo expresión de una actitud de desapego, sino también una función de la tendencia de la persona a interferirse a sí misma ante las demandas externas y las necesidades que perciben en los demás. En otras palabras, la gran sensibilidad a la intromisión va ligada a una hiperdocilidad por la cual el individuo, en presencia de los demás, interfiere demasiado fácilmente en su propia espontaneidad, en sus preferencias y en su actuar de modo coherente con sus necesidades.

También a la luz de esta hiperdocilidad (comprensible como un subproducto de una fuerte necesidad de amor reprimida) podemos entender el particular énfasis del eneatipo V en la soledad: en la medida en que la relación conlleva una alienación de las propias preferencias y de la expresión auténtica, aparece una tensión implícita y la necesidad de librarse de ella, es decir, una necesidad de encontrarse a sí mismo de nuevo en soledad.

Autonomía

La gran necesidad de autonomía es un resultado comprensible del abandono de las relaciones. Además de desarrollar el «mecanismo de distanciamiento» (para usar la expresión de H.S. Sullivan), el individuo necesita ser capaz de seguir adelante sin ayudas externas. Alguien que no puede acudir a los demás para satisfacer sus deseos necesita construirse sus recursos y almacenarlos, por así decirlo, dentro de su torre de marfil. Estrechamente ligada a su autonomía -e incluso un rasgo en sí misma- es la idealización de la autonomía, que refuerza la represión de los deseos y sirve de base a una filosofía de la vida muy parecida a la que Hesse puso en boca de Siddharta: «Puedo pensar, puedo esperar, puedo ayunar». ⁷⁶

Insensibilidad emocional

Aunque ya he aludido a la represión de las necesidades y he mencionado la supresión de la ira en el eneatipo V, parece conveniente agrupar estos descriptores junto a otros, en un rasgo más general de insensibilidad emocional. Está relacionada con la pérdida de conciencia de los sentimientos e incluso con una interferencia en la generación del sentimiento, que resulta de la evitación de la expresión y la acción. Esta característica hace a algunos individuos indiferentes, fríos, faltos de empatía y apáticos.

También podría situarse aquí la anhedonia, aunque la mayor o menor incapacidad para disfrutar del placer es un fenómeno más complejo: mientras que el eneatipo I siente aversión

⁷⁶ Hermán Hesse, *Siddharta*. Ed. Plaza y Janes. Barcelona, 1988.

por el placer, el eneatispo V parece simplemente tener disminuida la capacidad de experimentarlo. Sin embargo, en ésto está implícito el hecho de que el placer no goza de alta consideración en la escala de valores de este carácter, ya que se pospone a impulsos más «urgentes», como la compulsión a guardar una distancia de seguridad con los demás y a mantener la autonomía.

Aplazamiento de la acción

Podemos decir que actuar es «invertirse» a uno mismo, poner en uso las propias energías, lo que va en contra del principio de orientación retentiva del eneatispo V. Ahora bien, más generalmente, no puede considerarse la acción separada de la interacción, de modo que cuando el impulso de relacionarse es bajo, el impulso de hacer queda concomitantemente reducido. Por otra parte, la acción requiere un entusiasmo por algo, una presencia de sentimientos, lo cual no es el caso del individuo apático.

Hacer es también algo parecido a mostrar la propia personalidad al mundo, porque las acciones de uno manifiestan sus intenciones. Alguien que desea mantener escondidas sus intenciones (como típicamente hace el avaricioso) también inhibirá su actividad y desarrollará, en lugar de un movimiento y una iniciativa espontáneos, una excesiva reserva. El riesgo característico del aplazamiento puede considerarse como un híbrido entre el negativismo y la evitación de la acción.

Orientación al conocimiento

El eneatispo V no es sólo introvertido (como queda implícito en la huida de las relaciones), sino también típicamente intelectual (como generalmente tienden a ser los introvertidos). Mediante una orientación predominantemente cognitiva, el individuo puede buscar una satisfacción sustitutiva, como ocurre con la sustitución del vivir por el leer. Pero la sustitución simbólica de la vida no es la única forma de expresión de una intensa actividad de pensamiento: otro aspecto es la preparación para la vida, una preparación intensa hasta el punto de que el individuo nunca se siente lo suficientemente preparado.

En la elaboración de las percepciones como preparación para la acción (inhibida), es particularmente notable la actividad de la abstracción. Los individuos del eneatispo V tienden a la actividad de clasificar y organizar, y no sólo muestran una fuerte atracción por el proceso de ordenar la experiencia, sino que tienden a perderse en abstracciones, evitando al mismo tiempo la concreción.

Este evitar la concreción está relacionado a su vez con la ocultación propia de este eneatispo: sólo ofrece al mundo el resultado de sus percepciones de uno, pero no la materia prima.

Relacionado con la abstracción y la organización de la experiencia, existe un interés por la ciencia y una curiosidad por el conocimiento. También la inhibición de los sentimientos y de la acción, junto con el énfasis cognitivo, da lugar a la característica de ser un mero testigo de la vida, un observador desimplicado pero interesado que parece estar procurando con este interés reemplazar la vida por la comprensión de ésta.

Sentimiento de vacío

Naturalmente, la supresión de los sentimientos y la evitación de la vida (en el interés de evitar los sentimientos) constituyen una evitación de la acción, además de un objetivo empobrecimiento de la experiencia. Podemos comprender los sentimientos de esterilidad, sequedad interna y falta de sentido, típicos del eneatispo V como resultado del empobrecimiento objetivo de su vida de relaciones, sentimientos y acciones. El predominio de este sentimiento de vacío

interior en los tiempos modernos (en que otras neurosis sintomáticas han sido relativamente eclipsadas por las «existenciales») refleja la proporción de individuos del eneatispo V que acuden hoy día a las consultas de los psicoterapeutas.

Una consecuencia psicodinámica de este dolor existencial de sentirse con una existencia apagada es el intento de compensar el empobrecimiento del sentimiento y de la vida activa mediante la vida intelectual (para la cual el individuo suele estar constitucionalmente bien dotado), colocándose en situación de curioso y/o crítico «desde fuera».

Con todo, otra consecuencia más fundamental es el hecho de que la «insuficiencia óptica» estimula la propia pasión dominante, como sucede con cada una de las estructuras del carácter.

Culpa

El eneatispo V (junto con el eneatispo IV, en la parte inferior del eneagrama) se caracteriza por una propensión a la culpa, aunque el eneatispo IV siente la culpa más intensamente, pues aquí queda «amortiguada» por un distanciamiento general de los sentimientos.

Sin embargo, la culpa se manifiesta en una vaga sensación de inferioridad, en una vulnerabilidad a la intimidación, en un sentimiento de inadecuación y timidez, y, más típicamente, en la característica ocultación de la persona.

Aunque puede entenderse la culpa a la luz del fuerte superego del eneatispo V, pienso que también es una consecuencia de la implícita decisión temprana de apartarse del amor (como respuesta a la falta de amor del mundo exterior).

Así, puede considerarse el frío desapego del eneatispo V como un equivalente de la ira en el vengativo eneatispo VIII, que pugna por salirse con la suya y lucha por sus necesidades en un mundo hostil. Su separación de la gente es un equivalente a luchar contra ella, como si, en la imposibilidad de expresar ira, aniquilara al otro en su mundo interior.

Al adoptar una actitud de indiferencia amorosa, siente una culpa que es comparable a la del bravucón testarudo, sólo que es más «visible», porque el bravucón la niega defensivamente, mientras que aquí se manifiesta como una kafkiana propensión a la culpa que lo impregna todo.

Fuerte superego

El rasgo de fuerte superego puede considerarse interdependiente con la culpa: la exigencia del superego origina culpa, de la cual es, a su vez, respuesta compensatoria (parecida a la formación reactiva implícita en el fuerte superego del eneatispo I).

Al igual que el individuo del eneatispo I, el eneatispo V se siente impulsado a exigir mucho, tanto a sí mismo como a los demás. Puede decirse que el eneatispo I es más externamente perfeccionista y el eneatispo V lo es más internamente. Por otro lado, el primero se aferra a una relativa identificación con su superego, mientras que el último se identifica con su «perro de abajo» interior.

Negativismo⁷⁷

Un rasgo básico relacionado con el hecho de percibir las necesidades de los demás como ataduras y también una forma de rebeldía contra las propias exigencias (superegoicas) es el que implica, más allá de la evitación de interferencias o influencias, un deseo de contravenir las exigencias percibidas en los demás o en uno mismo. Aquí podemos ver de nuevo un factor

⁷⁷ Negativismo: término inglés adoptado por la psicología en referencia a una continua actitud de negamiento. Podríamos llamarle igualmente "oposicionismo".

que subyace al característico aplazamiento de la acción, porque a veces éste implica un deseo de *no* hacer aquello que se percibe como una obligación, un deseo de no «dar» algo que se pide o espera, incluso cuando la fuente de la demanda es más interna que social. Una manifestación de tal negativismo es que cualquier cosa que el individuo se proponga hacer, sobre la base de un deseo verdadero, se convertirá probablemente, una vez sea un proyecto explícito, en una «obligación» que produzca una pérdida de motivación mediante una rebeldía interna.

Hipersensibilidad

Aunque hemos investigado el aspecto de insensibilidad del eneatispo V, también debemos incluir su característica hiper-sensibilidad, manifiesta en rasgos que abarcan desde una baja tolerancia al dolor hasta el miedo al rechazo.

Mi impresión es que este rasgo es más básico (en el sentido de que es fundamental psicodinámicamente) que el de insensibilidad emocional y que, como ha propuesto Kretschmer⁷⁸, esa insipidez emocional se establece precisamente como una defensa contra la hipersensibilidad característica del eneatispo V. Esta hipersensibilidad implica una sensación de debilidad, de vulnerabilidad y también de sensibilidad en el trato con el mundo de los objetos incluso de las personas.

En la medida en que el individuo no esté autistamente desconectado de la percepción de los otros, será amable, tierno e inofensivo. Esto ocurre incluso al tratar con el mundo inanimado: no quiere alterar el orden de las cosas; a él le gustaría, por así decirlo, caminar sin dañar la hierba que pisa. Aunque esta característica de hipersensibilidad puede ser atribuida, junto con la orientación cognitiva y la separación introvertida de la gente, al transfondo cerebrotónico de este eneatispo, también podemos entenderla como derivada en parte de la experiencia del dolor psicológico semiinconsciente: el dolor de la culpa, el dolor de la soledad no reconocida, el dolor del vacío. Pienso que el individuo que se siente pleno y sustancial puede soportar más dolor que el que se siente vacío.

Por lo tanto, la falta de placer y el sentimiento de insignificancia parecerían influir en el límite de dolor que puede aceptarse y, sin duda, la propia hipersensibilidad constituye un factor en la decisión del individuo de evitar el dolor de las relaciones frustrantes mediante la elección del aislamiento y la autonomía.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

Aunque es posible hablar de formación reactiva en lo que se refiere al aspecto superegoico del tipo V (es decir, las características de niño bueno o niña buena, no glotones ni iracundos), no es la formación reactiva lo que predomina en el carácter del tipo V, sino el aislamiento.

Por supuesto, lo que se quiere decir con aislamiento, en el sentido técnico del término, no es el *comportamiento aislado* del esquizoide en el mundo social; y, sin embargo, parece haber alguna relación entre el aislamiento interpersonal y el mecanismo de defensa llamado aislamiento en el psicoanálisis, es decir, entre la interrupción de la relación con los demás y la interrupción de la relación con uno mismo o con la representación de los otros en el propio mundo interno.

Anna Freud describe el aislamiento como una condición en la que los impulsos instintivos están separados de su contexto, si bien al mismo tiempo permanecen en la conciencia.

Ignacio Matte, hablando de las experiencias traumáticas dolorosas, dice que puede observarse

⁷⁸ Ernst Kretschmer: *Physique and Character: An Investigation of the Nature of Constitution and of the Theory of Temperament* (Físico y carácter: una investigación sobre la naturaleza de la constitución y la teoría del temperamento) (N.York: Cooper Square, 1936).

en tales casos que el contenido intelectual de lo ocurrido es aislado de la intensa emoción experimentada, «que es fríamente recordada por el paciente como si se refiriera a algo sucedido a otra persona y no le importara». En estos casos -añade- «no es sólo el contenido emocional lo que se aísla, sino la conexión que mantiene con el propio contenido intelectual, produciéndose la pérdida del verdadero y profundo significado de la experiencia traumática y de los impulsos instintivos que se activaron en relación con ella. El resultado de esto es, entonces, el mismo que en la represión por amnesia».

El concepto de aislamiento se ha aplicado al proceso de separar una experiencia del horizonte de experiencia contextual mediante la interpolación de un vacío mental inmediatamente después. Podría decirse que el síntoma de bloqueo en la esquizofrenia corresponde a una forma extrema de autointerrupción mediante una especie de paralización de la actividad mental.

Este proceso fue llamado por Freud aislamiento motor e interpretado como un derivado de la concentración normal (en que también se evita la irrupción de pensamientos o estados mentales). Matte añade: «En el proceso normal de dirigir la corriente de pensamientos, puede decirse que el ego se esfuerza mucho en producir aislamiento».

El mecanismo de escisión del yo está estrechamente relacionado con el de aislamiento y destaca igualmente en el tipo V. Si bien la escisión de la psique es una característica general de la neurosis (y está implícita en la separación de superego, ego y ello), la escisión del yo propiamente dicha -en la cual pensamientos, roles o actitudes contradictorias coexisten en la psique consciente sin consciencia de contradicción- es más notoria en el tipo V que en ningún otro, y explica no sólo la simultaneidad de grandiosidad e inferioridad, sino la simultaneidad de percepciones positivas y negativas de los otros.

Podemos decir que el aislamiento es el núcleo del carácter del tipo V por el hecho de que el característico desapego tanto de la gente como del mundo en general (incluyendo el propio cuerpo) ocurre por la inactivación de los sentimientos y corresponde también a una evitación de la situación en que normalmente surgen éstos: una interrupción del curso de la vida al servicio de la evitación del sentimiento.

La incongruencia de esta reserva con la común necesidad humana de contacto es mantenida mediante un embotamiento de la vida emocional; en otras ocasiones, en la variedad de individuos más hipersensible, coexiste con intensos sentimientos, que aparecen más asociados a lo estético y lo abstracto que al mundo interpersonal. También la evitación de la acción en el tipo V puede entenderse a la luz de una evitación de los sentimientos y del mecanismo de aislamiento, y merecería más el nombre de aislamiento motor que la interrupción de pensamientos y el trastorno en la percepción de la Gestalt por bloqueo mental. Allí donde hay alejamiento de los demás y del mundo, la acción es innecesaria e, inversamente, la evitación de la acción mantiene la evitación de la relación.

Así como en otros caracteres, también aquí podríamos preguntarnos si el mecanismo de aislamiento surgió en evitación de un campo de experiencia, de modo que su típico funcionamiento correspondería a la típica represión de un contenido. La respuesta parece venir dada por la propia estructura del Eneagrama, pues una vez más podemos entender la actitud del tipo V como la más opuesta al tipo VIII, y parecería que su hipercontrol, su desvitalización y su disposición a no invertirse en ningún curso de acción o relación en particular conlleva un correspondiente tabú a la intensidad y un miedo a una destructividad potencial.

El tipo V es la negación misma de la sobreabundancia del lujurioso, lo que nos induce a considerar el mecanismo de escisión como una manera que el individuo tiene de protegerse de dar una respuesta primitiva e impulsiva a su medio.

Su habilidad para separarse conceptual y analíticamente, considerando los aspectos de una situación, permite a la persona ver esa situación como algo no relacionado con las necesidades

personales (lo que conduce a la restricción de las necesidades personales que va tan unida a la avaricia de no «gastarse»).

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS⁷⁹

Como grupo, los individuos del eneatispo V son los más ectomórficos del eneagrama, y es razonable pensar que su complejión cerebrotónica contribuya a la "elección" del apartamiento como solución a los problemas de la vida. Ocasionalmente, el individuo presenta recuerdos de miedo asociados a la sensación de fragilidad física.

Lo más llamativo con respecto a la forma de privación amorosa propia del eneatispo V es su temprana aparición, de modo que el niño nunca tuvo oportunidad de establecer un lazo profundo con su madre. A diferencia del eneatispo IV, cuya reacción emocional representa un duelo por una pérdida, el eneatispo V siente un vacío sin saber lo que está echando de menos. El síndrome de hospitalismo descrito por Spitz -según el cual los niños a los que se provee de alimento, pero no de cuidado materno, languidecen hasta morir- resulta emblemático de lo que sucede de un modo más sutil con el adulto de actitud distante que sufre de apatía y depresión, sin tristeza aparente.

La situación de privación materna (literal o psicológica) puede complicarse con la falta de relaciones alternativas cuando se trata de hijos únicos, o bien si el padre es una figura distante o la madre interfiere celosamente en la relación del hijo con él. La falta de relación con los demás en tales casos proviene de la ausencia de una profunda experiencia de relación en el hogar.

Otro elemento que se encuentra a menudo en la infancia del eneatispo V es el de una madre "devoradora", invasiva, o excesivamente manipuladora.⁸⁰ Con una madre semejante, el niño protege su vida interior a base de retraerse y aprende así a ser reservado.

Estas y otras experiencias contribuyen al desarrollo del individuo perteneciente al eneatispo V, en el sentido de que es mejor arreglárselas solo en la vida, de que la gente no es amorosa, y que es un "mal negocio" relacionarse con otros, pues el amor que pueden ofrecerle es manipulativo y conlleva la expectativa de recibir demasiado a cambio. Así, la vida se organiza sobre la base de no necesitar a los demás y de ahorrar los propios recursos.

Como es bien sabido en el seno de la investigación sobre la esquizofrenia, las personas esquizoides tienen a menudo un padre o madre esquizoide. Sé de una mujer en cuyo caso ambos padres eran esquizoides: "Formaban una pareja que era como una cápsula, un mundo aparte." Ella misma decía: "No me faltaba de nada, pero nunca sabía lo que pasaba en casa. Siendo pequeña, cuando llamaba a mi madre, ella tardaba un rato en responderme y al final me decía como en broma: «¿Yo? ¡Yo no soy tu madre!»".

No es menos común, sin embargo el antecedente de un padre o madre del eneatispo VI. Un joven, que tenía un padre de eneatispo VI y una madre de eneatispo IV, cuenta:

"Me sentía un poco enjaulado, lo bueno estaba fuera, mi máximo interés era escapar, estar lejos de mis padres. Lo pasaba muy mal con mis padres, porque ellos me limitaban más de la cuenta, y mi solución era escaparme a mi interior. Incluso cuando era capaz de escaparme afuera, seguía haciéndolo así."

⁷⁹ En el capítulo de Siever y Kendler sobre la personalidad esquizoide en el libro *"Psychiatry"* de Cooper y otros, los autores dicen: "Estudios genéticos apoyan la hipótesis de que en la vida de los esquizofrénicos puede observarse aislamiento genético en su infancia y adultez." Cita un estudio que afirma que existe "un antagonismo y una falta de placer en las relaciones interpersonales determinados constitutivamente." Citan también la evidencia en ellos de "un maternaje inadecuado o inconsistente, que les produce una sensación de aislamiento y el sentimiento de ser inferiores a los demás."

⁸⁰ Lo que solía llamarse una madre esquizofrénica.

"Sobre cómo aprendí a desaparecer o a no estar allí o la idea del abandono, a veces me pregunto si no empezó cuando el médico me abandonó al nacer. Las enfermeras contaron que se marchó a comer dejando a mi madre con las piernas atadas. Otro abandono del que tal vez aprendí también, fue que siendo bebé, mis padres, que trabajaban en un restaurante, me dejaban en la cuna con el teléfono cerca descolgado. Me contaban: «De vez en cuando escuchábamos para ver si estabas llorando o no, y por tanto si teníamos que ir»."

Como en el caso del eneatispo VIII, el eneatispo V parece haber abandonado en la búsqueda del amor. Sin embargo, en la medida en que mantiene bajo control sus necesidades de dependencia, su ansia de amor se expresa a través de su deseo de que le dejen solo, sin exigencias, engaños ni manipulaciones. La vehemencia del ideal milita -como en otros casos- en contra de sus posibilidades de realización terrena.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Aunque es importante ver la disposición esquizoide como una retirada ante una falta de amor asumida y es útil tener en cuenta que el sentimiento de desamor continúa existiendo (no sólo como un «dolor fantasma», sino como resultado de una desconfianza básica que lleva a invalidar los sentimientos positivos de los demás hacia él, considerándolos manipulativos), pienso que se abre una perspectiva terapéutica completamente nueva si tenemos en cuenta las repercusiones de un vacío que el individuo crea de modo inadvertido, precisamente al intentar llenarlo. Así, podemos decir que no es sólo amor materno lo que el eneatispo V adulto necesita ahora, sino una auténtica vitalidad, una sensación de existir, una plenitud que él sabotea momento a momento mediante la evitación compulsiva de la vida y las relaciones.

Por eso, su mayor esperanza no reside en recibir amor (sobre todo porque no puede confiar en los sentimientos de otras personas), sino en su propia capacidad para amar y relacionarse.

Así como la interiorización es alentada por una ansia de enriquecimiento y acaba en un empobrecimiento, una búsqueda equivocada del ser perpetúa el oscurecimiento óptico. El esquizoide autoabsorto se aparta del mundo intromisivo, pero con este apartamiento se aparta también de sí mismo.

El eneatispo V tiene implícitamente asumido que el ser sólo se encuentra más allá del campo del devenir: fuera del cuerpo, fuera de los sentimientos, fuera del pensamiento mismo (y así es, aunque con un «pero»: que esto sólo puede ser percibido por alguien que *no esté evitando* ni el cuerpo, ni los sentimientos ni la mente).

Si bien es fácil entender la avaricia como una complicación de la sed de ser, sería bueno señalar que la avaricia es también, junto con la evitación, el origen de ésta. Este proceso está implícito en el cuento del rey Midas, quien, en su ansia de riquezas, deseaba que se convirtiera en oro todo aquello que tocara. La inesperada y trágica consecuencia de este deseo -su hija se convirtió en oro- simboliza, mejor de lo que el pensamiento conceptual pueda expresar, el proceso por el cual el logro de lo más valioso puede conllevar una deshumanización y el logro de lo extraordinario un empobrecimiento de la capacidad de valorar lo ordinario.

actitud psíquica de abandono de cualquier expectativa con respecto al exterior y, por el contrario, una preocupación por retener la propia energía, dedicación y atención.

La conexión con la vanidad es incluso más importante que con la avaricia, porque el punto 4 constituye un miembro de la triada de la esquina derecha del eneagrama, que, en conjunto, gravita alrededor de una preocupación excesiva por la imagen de sí mismo.

Mientras que una persona del eneatispo III se identifica con la parte de la personalidad que coincide con la imagen idealizada, el individuo del eneatispo IV se identifica con esa parte de la psique que no consigue ajustarse a la imagen idealizada y está siempre procurando lograr lo inalcanzable. Se trata de una persona animada por una vanidad que no llegó a alcanzar su objetivo por la mezcla que contiene de sentimiento de escasez y de carencia de valor (del punto 5).

Aunque los eneatispos representados en las posiciones 4 y 5 (envidia y avaricia) tengan en común el sentimiento de falta de valor, de culpa, de carencia, y ambos puedan describirse como deprimidos, están en marcado contraste en varios aspectos.

Mientras que en la envidia la culpa es una tortura consciente, en la avaricia está parcialmente velada por una aparente indiferencia moral (que comparte con el eneatispo VIII y que constituye una rebelión contra sus propias exigencias y acusaciones excesivas). Mientras que en la envidia la depresión se manifiesta con una evidente aflicción, el avaricioso suele encontrar difícil llorar o conectarse con su dolor, de manera que su depresión se manifiesta más bien como una apatía y una sensación de vacío.

Se puede decir que la del eneatispo V es una depresión "seca", contraria a la depresión "húmeda" del eneatispo IV: si la avaricia es resignada, la envidia es apasionada.

En esto se refleja una característica fuertemente diferenciada: la avaricia seca es apática, la envidia húmeda es más intensa; si la primera es un desierto, la segunda es un pantanal (el uso francés del término *envié* para designar "deseo" revela la observación implícita de que la envidia es la más apasionada de las pasiones). Mientras que el eneatispo V implica una atmósfera interior de quietud, el eneatispo IV supone una atmósfera de remolino y turbulencia.

El aspecto más característico del eneatispo IV, además de la motivación de la envidia, puede verse en la tendencia a la autovictimización y a la frustración.

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER

Aunque el síndrome masoquista y autofrustrador de personalidad no venía reconocido en el DSM III ⁸², ello se debía al hecho de haber incluido la tendencia a la depresión, tan característica de este carácter, entre las perturbaciones del estado de ánimo. El reconocimiento de un estilo de personalidad definido en torno a la depresión es muy antiguo, sin embargo, y Schneider cita a Kraepelin ⁸³, que habla de personalidades en las que presentan "un constante énfasis emocional en las emociones sombrías presentes en todas las experiencias de la vida". Schneider describe un tipo de personas que son "pesimistas y escépticos y que, en el fondo, niegan la vida [...] envolviéndola en una especie de amor no correspondido". "Se trata de una

⁸² Kernberg y otros han criticado con justicia a] DSM III por no haber tomado en consideración el estilo de personalidad depresivo, masoquista y autofrustrador. Me agrada comprobar que en la revisión del DSM III ha sido finalmente incluido, al menos provisionalmente, pues ciertamente constituye una de las fuentes más comunes de problemas interpersonales. Efectivamente, en la versión revisada del DSM III se propone el síndrome denominado "desorden autofrustrador de personalidad" como una de las categorías necesitadas de ulterior estudio. Por otro lado, la queja, el lamento y la tendencia al descontento ya habían sido observadas desde la antigüedad, y la pauta masoquista de comportamiento, que ya había sido descrita por Kurt Schneider, fue redescubierta por Abraham en su observación del carácter oral-agresivo y elaborada por Horney con mayor extensión.

⁸³ Kraepelin, E., "*Die Psychopathische Persönlichkeiten*", Viena, Franz Deuticke, 1950, citado en K. Schneider, "*Las Personalidades Psicopáticas*", Madrid, ed. Morete, 1962.

clase de personas su-perserías, amargadas, y para quienes todo está podrido [...] Todo esto no resulta necesariamente evidente, sin embargo, pues el individuo melancólico se oculta [...] puede manifestar alegría y desplegar una actividad hipomaniaca como un modo de escapar a la tristeza". Schneider cita a este respecto un poema de Hölderlin relativo a los bromistas, en el que dice: "tú estás siempre jugando y bromeando, no podéis evitarlo, amigos, y yo me siento profundamente tocado, porque sólo los desesperados se ven forzados a actuar así." Asimismo observa Schneider en los melancólicos una tendencia a la vanidad:

"El compararse a sí mismos con quienes viven felizmente y el conocer la sencillez característica de estas gentes le llevan a mirar el sufrimiento como algo noble y a considerarse a sí mismos de un modo aristocrático. Otros ven en el sufrimiento un mérito, lo que, unido a su tendencia a reflexionar y a cavilar sobre la amargura de la vida terrena y la profunda necesidad de ser ayudados, les lleva a buscar un refugio de orden filosófico o religioso".

Señala también "una preocupación estética en los melancólicos, que puede manifestarse en su forma de vestir y de vivir, y que puede incluso desembocar en presuntuosidad." Finalmente, establece una distinción entre los individuos que son propiamente melancólicos (como aquellos que Kretschmer incluía entre los ciclotímicos y a los que etiquetaba como dotados de "sangre pesada") y otros que son predominantemente "malhumorados": "son fríos y egoístas, gruñones y odiosos, irritables y críticos, incluso mezquinos y malintencionados. Su pesimismo frente a todo, incluso frente a su propio destino, tiene algo de fanático. Casi se alegran ante un nuevo fracaso, y tampoco desean nada bueno para los demás."

El síndrome del eneatispo IV ha sido reconocido desde antiguo en la historia de la psiquiatría, como podemos observar leyendo el volumen de Schneider sobre las personalidades psicopáticas⁸⁴. Resumiendo publicaciones alemanas anteriores a su tiempo, cita, por ejemplo, la siguiente observación sobre el "psicopático depresivo", en términos casi repetitivos de los citados arriba:

"En el fondo rechaza la vida, e incluso la envuelve en una especie de amor no correspondido. Con frecuencia vemos desarrollarse en él también una tendencia a la vanidad, a compararse con quienes viven contentos y felices, y la conciencia de su sencillez, incluso de la excesiva simplicidad que a menudo caracteriza a éstos, lleva a los sufridores a considerar su sufrimiento como algo noble y a sí mismos como a aristócratas [...] Otros ven en el sufrimiento un mérito, que no es diferente de su tendencia a reflexionar y a cavilar [...] No raramente puede apreciarse en su entorno y modo de vida una preocupación estética, que puede conllevar arrogancia y que disimula su propio abatimiento interno. Otros depresivos están más bien de mal humor, son fríos y egoístas, gruñones y amargados, irritables y críticos, crueles y malintencionados. Son pesimistas frente a todo, e incluso, con respecto a sí mismos, se alegran cuando les sobreviene un nuevo fracaso. Y tampoco desean nada bueno para los demás."

Este carácter ha sido designado por Kraepelin como "predisposición irritable", y por Bleuler como "distimia irritable", denominaciones que se corresponden también con la del eterno descontento y resentido de Aschaffenburg.⁸⁵

En la historia del psicoanálisis fue Karl Abraham quien primero atrajo la atención sobre el síndrome del eneatispo IV en su descripción del "carácter agresivo oral", buscando poner en relación la estructura de carácter con las vicisitudes del desarrollo de la libido de acuerdo con la teoría freudiana. He aquí cómo describe Goldman-Eisler el carácter oral agresivo u oral

⁸⁴ obra cit.

⁸⁵ El síndrome descrito por Bleuler como "Hombre Litigioso" (esto es, con un deseo patológico de castigar a los demás por medio de la justicia) también es conocido en la psiquiatría europea, donde recibe el nombre de "querulante".

pesimista en su clásica investigación "Lactancia y Formación del Carácter" :⁸⁶

"Este tipo se caracteriza por una visión de la vida profundamente pesimista, a veces acompañada por estados de ánimo depresivos y actitudes de retirada, actitud pasivo-receptiva, sentimiento de inseguridad, necesidad de tener garantizada su subsistencia, una ambición que combina un intenso deseo de ascender con un sentimiento de incapacidad de hacerlo, una sensación rencorosa de injusticia, una susceptibilidad competitiva, un disgusto ante la idea de compartir, y una inoportunidad llena de impaciencia."

Edmund Bergier describe un síndrome semejante, al que llama "pesimismo oral". Subraya su aspecto narcisista y lo interpreta como una compulsión a repetir la experiencia de la frustración original supuestamente causada por la pérdida del pecho materno. Tratando de interpretar esta orientación de la personalidad en línea con la idea freudiana de la fijación, piensa que, al estar fijado en la frustración, el pesimista oral extraería placer de anticipar desgracias y desilusiones, y ello debe de proporcionarle una compensación al hecho de ser una víctima.

Es curioso observar que el concepto de "carácter maso-quista", introducido por Reich en un artículo publicado en el *International Journal for Psychoanalysis* (1932-33), no hace referencia al síndrome agresivo-oral o pesimista-oral, lo que indica que Reich creía estar describiendo una estructura de carácter independiente. La marca distintiva del carácter masoquista es para él "un sentimiento subjetivo crónico de sufrimiento, que se manifiesta objetivamente y que se muestra especialmente como una tendencia a quejarse. El rasgo adicional más importante es la «tendencia crónica» a rebajarse y a infligirse dolor."

El alcance principal del artículo de Reich proviene de la controversia que entabla con Freud a propósito de la existencia del instinto de muerte, controversia que motivó la publicación de este artículo junto con otra réplica titulada "La Discusión Comunista del Psicoanálisis". No obstante la precisión de sus términos descriptivos, creo que la mayoría de nosotros estaría hoy en desacuerdo tanto con Freud como con la alternativa de Reich a la teoría freudiana del comportamiento masoquista: "la específica inhibición masoquista de la función orgásmica, manifestada como miedo a morir o a estallar."

Sin embargo, entre los teóricos de la psicología nadie como Melanie Klein ha subrayado tanto el papel de la envidia. Leemos en "*Envidia y Gratitud*":⁸⁷

"Llegué a la conclusión de que la envidia es el factor más potente a la hora de socavar de raíz los sentimientos de amor y de gratitud, ya que afecta a la relación más temprana de todas, a la relación materna. La importancia fundamental de esta relación para el conjunto de la vida emocional del individuo ha sido expuesta en toda una serie de escritos psicoanalíticos, y creo que al haber explorado ulteriormente un factor específico que puede resultar muy perturbador en esta temprana edad, he añadido algo importante a mis descubrimientos anteriores relativos al desarrollo infantil y a la formación de la personalidad."

Muestra esencialmente cómo la envidia contribuye a acrecentar las dificultades del niño para construirse su objeto bueno, pues su frustración le lleva a percibir a su madre como mala. Klein establece una distinción entre envidia y codicia, que podemos traducir como diferenciación entre "envidia" y "ansia":

"El ansia es un deseo impetuoso e insaciable, que excede de lo que el individuo necesita y lo que el objeto puede o está dispuesto a dar. A nivel inconsciente, el ansia pretende primariamente vaciar, agotar y devorar el pecho, es decir su objetivo es la introyección destructiva; mientras que la envidia no sólo pretende esa forma de rapiña, sino que además pone en la madre, y ante todo en su pecho, una suerte de maldad, principalmente los excrementos y la parte mala de sí mismo, a fin de dañarla y destruirla. En el sentido más profundo, esto

⁸⁶ Goldman-Eisler, Frieda, "Breastfeeding and Character Formation" en "*Personality in Nature, Society and Culture*", 1ª ed., Clyde Kluckhohn & Henry A. Murray, editors, New York, A. A. Knopf, 1948.

⁸⁷ Klein, Melanie, "*Envidia y Gratitud*", London, Tavistock, 1957 (en castellano, "Envidia y Gratitud", ed. Paidós, Barcelona, 1988).

significa destruir la creatividad de ella."

Ya estemos dispuestos a creer con los kleinianos que el niño realmente fantasea llenar de excrementos a su madre, o más bien pensemos que ésta es una fantasía que el adulto proyecta retrospectivamente sobre la pantalla de la niñez, podemos considerar las afirmaciones de Melanie Klein de un modo semejante a como interpretaríamos una caricatura surrealista, esto es, de un modo simbólico y fenomenológico.

Algo semejante puede decirse de las clásicas afirmaciones psicoanalíticas relativas a la situación edípica: los símbolos sexuales, tomémoslos o no literalmente, contienen una descripción apropiada de la relación del niño con sus padres. Prosigue esta autora en la misma obra:

"En esta sección hablo de la envidia primaria del pecho materno, que deberíamos diferenciar de otras formas tardías de aquélla (como la que subyace al deseo de la jovencita de ocupar el lugar de la madre, y asimismo en la actitud femenina del muchacho), en las que la envidia no se focaliza ya en el pecho sino en el hecho de que la madre es quien recibe el pene del padre, quien lleva dentro a los bebés, quien los da a luz, y es capaz de alimentarlos."

La envidia del pene es, ciertamente, una realidad, si lo entendemos en sentido metafórico, como envidia de las prerrogativas masculinas, y ocasionalmente también en sentido literal, como parte del deseo de identificarse con el sexo privilegiado incluso físicamente, y también apuntando a una correlativa desidentificación de la madre odiada. No obstante, tengo por cierto que el tema básico es el amor, y sólo secundariamente el sexo. La aportación más original de Klein al subrayar la naturaleza primitiva de la envidia proviene de subrayar su aspecto destructor de "estropear el objeto".

Si la estructura masoquista es hoy ampliamente reconocida entre los profanos de cierta cultura psicológica, no debe ello atribuirse tanto al influjo de Melanie Klein (que no llegó a delinear un tipo de personalidad centrada en la envidia) ni al de Reich (pues en bioenergética la palabra masoquista se ha desviado de su significado original para pasar a designar a nuestro ciclotímico eneatispo IX), sino más bien a la obra de Erich Berne "*Games People Play*"⁸⁸, que ofrece diversos ecos de la misma en los juegos titulados "Ain't it awful", "Blamish", "Kick Me" y "Broken Skin". Según Berne, el juego de "Ain't it awful" encuentra su expresión más dramática en los «adictos a la multicirujía»: "Existen consumidores de médicos, gente que buscan activamente someterse a cualquier tipo de cirugía incluso por encima de una cierta oposición por parte de los médicos." Con respecto a este tipo de personas, hace la misma observación que Schneider constata en sus psicópatas "depresivos": "Públicamente se muestra angustiado, pero ocultamente, para sí, se siente gratificado ante la perspectiva de la satisfacción que va a poder extraer de su desgracia."

El juego de "Kick Me" (Dame una patada), dice Berne, "es el que juegan aquellos cuyo comportamiento social equivale a llevar puesto un cartel que diga desde «Por favor, no me dé una patada» hasta «Mis desgracias son mejores que las tuyas»".

En "*Scripts People Play*" de Steiner se describe una pauta de conducta vital, etiquetada como "Pobrecito yo", que se caracteriza por jugar el papel de una víctima que está buscando un salvador.⁸⁹ Cito algunas de sus observaciones más originales:

"Ella experimenta alguna intimidación desde ponerse en su estado de «Niña» en relación con el estado de «Padre» de los demás, pero raramente ha experimentado intimidación a un nivel de igualdad. Al tener permiso para ser infantil, puede ser espontánea de un modo infantil y

⁸⁸ Berne, Erich, "*Games People Play*", New York, Ballantine Books, 1985. Existe traducción castellana: "*Juegos en que participamos*".

⁸⁹ Steiner, Claude H., "*Scripts People Play*", New York, Bantam Books, 1985.

desvalido y puede inventarse muchas formas de actuar como una «loca». Aprende que consigue las cosas más fácilmente a base de contar sus problemas a los demás, y así se encuentra empujada a no abandonar esa imagen de sí. Gasta un montón de tiempo en quejarse de lo horrible que es todo, tratando de conseguir que alguien haga algo para remediarlo. Ella continúa demostrando que es una víctima, a base de crear situaciones en las que primero manipula a los otros para que hagan para ella algo que ellos realmente no quieren hacer, sintiéndose después perseguida por ellos cuando éstos se sienten resentidos con ella."

Otto Kernberg,⁹⁰ como ya he señalado, llama la atención sobre el hecho de que el DSM III hubiese ignorado a la personalidad masoquista-depresiva. He aquí su descripción:

"La persona se sitúa a sí misma en situaciones que la llevan a fracasar y que le traen consecuencias dolorosas, incluso cuando tiene claramente disponibles otras opciones mejores [...]

Rechaza ofrecimientos razonables de ayuda de otras personas [...] Reacciona a acontecimientos personales positivos con depresión o con sentimientos de culpa [...] Característicamente, la gente que presenta este desorden actúan de tal modo que hacen que los demás se enfaden con ellos o los rechacen [...] Pueden evitar repetidamente oportunidades placenteras [...] Con frecuencia, intenta hacer por los demás cosas que requieren un excesivo sacrificio, lo que les proporciona un sentimiento de orgullo y eleva su autoestima."

Puesto que las personas que presentan un carácter masoquista típicamente se perciben a sí mismas como cargadas de problemas y buscan ayuda, podemos preguntarnos cómo les diagnosticaban hasta ahora los usuarios del DSM III. Imagino que muchos quedarían asignados a la categoría "desorden bor-derline de personalidad", pues a pesar de que Kernberg propone una acepción más general de la expresión "borderline" (como referida a un nivel psicopatológico, más que a un estilo interpersonal específico), en la práctico el diagnóstico de "borderline" se hace en términos de rasgos propios del eneatiipo IV, tales como variabilidad de estado de ánimo, autocondena, impulsividad, rabia, dependencia excesiva y transferencia tempestuosa.⁹¹

El análisis grupal de Grinker, basado en una muestra de población borderline, confirma asimismo la asociación de esta categoría diagnóstica con el eneatiipo IV, pues en los tres grupos resultantes puedo reconocer los tres subtipos del eneatiipo IV del protoanálisis: el airado lleno de odio, el culpable vergonzoso, y el deprimido.⁹²

En su descripción de los borderlines. Millón escribe:⁹³

"No sólo necesitan protección y seguridad para mantener su ecuanimidad, sino que son extremadamente vulnerables a la separación de estas fuentes externas de apoyo. El aislamiento o la soledad pueden aterrorizarles, no sólo porque los borderlines carecen de un sentido intrínseco de su propio ser, sino porque les faltan los medios, la pericia y el equipamiento necesarios para poder emprender acciones maduras, decididas por sí mismos e independientes. Incapaces de valerse por sí mismos adecuadamente, no solamente temen perder eventualmente en algo, sino que con frecuencia anticipan esa pérdida, «ven» cómo va a suceder, cuando de hecho no tiene por qué ser así. Más aún, como la mayoría de los borderlines minusvaloran sus propios méritos, les resulta difícil creer que aquellos de quienes dependen puedan pensar bien de ellos."

⁹⁰ Kernberg, Otto, en *"Severe Personality Disorders": Psychotherapeutic Strategies*, New Haven, Yale University Press, 1984.

⁹¹ Según Perry y Klerman, "el término borderline no connota ni comunica una pauta de comportamiento que conlleve rasgos estilísticos distintivos". Ver en "Trie Borderline Patient" en *"Archives of General Psychiatry"*, 35, pp. 141-150, 1978.

⁹² Grinker, R.R., *"The Borderline Syndrom"*, New York, Basic Books, 1968. Un cuarto grupo pertenece claramente a la categoría esquizoide, y es atribuible a la presencia en él de individuos del eneatiipo V.

⁹³ obra cit.

"Por consiguiente, son excesivamente temerosos de la desvalorización y el rechazo de los demás. Con una base de autoestima tan inestable, y carentes de los medios para llevar una existencia autónoma, los borderlines se mantienen constantemente al borde, a pique de caer en la ansiedad de la separación y prontos a anticipar el inevitable abandono. Los acontecimientos que despiertan estos miedos pueden precipitar esfuerzos extremos por restablecer el equilibrio, ya sea por medio de la idealización o de la propia abnegación, o por actos autodestructivos con los que busca atraer la atención, o bien, por el contrario, mediante actos autoasertivos y el impulso de la rabia."

El aspecto masoquista del eneatispo IV queda claramente retratado en la observación de Millón de que "sacrificándose" a sí mismos, los borderlines:

"no sólo se aseguran el contacto continuado con los otros, sino que ofrecen además a éstos un modelo implícito de cómo recibir a su vez un trato amable y considerado por parte de ellos. La actitud de mártir virtuoso, más aún que la de sacrificio, es una treta de sumisa devoción con la que el borderline refuerza el vínculo que necesita."

Sobre la depresión misma, señala que:

"[...] la angustia, desesperación y resignación suplicantes que expresan los borderlines les sirven para relajar tensiones y para exteriorizar la tortura que sienten en su interior. Algunos, no obstante, expresan su rabia principalmente a través de una actitud de letargo depresivo y comportamiento malhumorado. La depresión les sirve como instrumento para frustrar y tomar represalias contra quienes les han «fallado» o les «exigen demasiado». Enfadados por la «desconsideración» de los demás, estos borderlines emplean su tristeza sombría y melancólica como medio de «vengarse» de ellos o de «darles una lección». Más aún, a través de exagerar lo difícil de su situación y mostrarse impotentemente deprimidos, consiguen eficazmente evitar responsabilidades y echar cargas añadidas sobre los hombros de los demás, dando lugar a que sus familias no sólo se hagan cargo de ellos, sino que además sufran y se sientan culpables mientras lo hacen."

Creo que la discusión más completa e intuitiva del carácter masoquista hasta la fecha en la literatura es la de Karen Horney, quien, sin embargo, a veces habla de este síndrome generalizando en exceso el aspecto de "autonegación". He aquí lo que Haroíd Kelman, discípulo de Horney, dice del masoquismo en la *"International Encyclopedia of Psychology"*.⁹⁴

"Según Horney, el masoquismo no es ni un amar el sufrimiento en cuanto tal, ni tampoco un proceso de autonegación biológicamente predeterminado. Es una forma de relacionarse y su esencia es el debilitamiento o la extinción del yo individual y la fusión con una persona o poder que se piensa es más grande que uno mismo."

Esta observación corresponde al aspecto autolimitador de la envidia y al intenso deseo de absorber en sí mismo los valores percibidos en los demás, y también a su disposición a sufrir por este "amor", o, dicho más exactamente, por esta necesidad de amor. El artículo continúa:

"El masoquismo es una forma de hacer frente a la vida a través de la dependencia y el autoempqueñecimiento. Aunque ello resulta más obvio en el área sexual, abarca todo el espectro de las relaciones humanas. Como parte del desarrollo de un carácter neurótico, el masoquismo tiene sus propios objetivos específicos y un sistema de valores. El sufrimiento neurótico puede servir a los propósitos de evitar recriminaciones, competitividades y responsabilidades. Es una forma de expresar acusaciones y venganza de un modo disfrazado. Atrayendo y exagerando su sufrimiento, justifica sus exigencias de afecto, control y

⁹⁴ Mitchell, Arnold, and Harold Kelman, "Masochism: Horney's View" en *International Encyclopedia of Psychiatry, Psychology, Psychoanalysis, and Neurology*, Vol. 7, pp. 34-35, editado por Benjamín B. Wolman, New York, Van Nostrand/Reinhold, 1977.

reparación. En el sistema distorsionado de valores del masoquismo, el sufrimiento es elevado al rango de virtud y sirve de base para reclamar amor, aceptación y recompensa. Puesto que el masoquista se enorgullece de y se identifica con su yo autonegador, sufriente y desvitalizado, la conciencia de impulsos contrarios, de orden expansivo o autoexaltante, lo mismo que el sano esfuerzo por crecer, resultarían destructivos para su autoimagen. Abandonándose a un odio intransigente a la parte intolerable de sí mismo, el masoquista intenta eliminar el conflicto que le suponen sus impulsos contradictorios, y así el masoquista se sumerge en el odio a sí mismo y en el sufrimiento."

En "*Neurosis and Human Growth*" ("Neurosis y Crecimiento Humano"), Karen Horney dedica un capítulo a la "Dependencia Enfermiza", en donde comienza por comentar el hecho de que entre las tres posibles "soluciones" al conflicto básico entre acercarse a los demás, afirmarse a sí mismo en contra de ellos, y retirarse, la que supone "borrarse a sí mismo" entraña mayores sentimientos subjetivos de infelicidad que las otras:

"El sufrimiento genuino del tipo autonegador puede no ser superior al propio de otras formas de neurosis, pero subjetivamente aquel se siente desgraciado con mayor frecuencia e intensidad que los demás a causa de las muchas funciones que el sufrimiento ha llegado a desempeñar para él. Además, sus necesidades y expectativas respecto de los demás le provocan una dependencia excesiva de ellos y si toda dependencia forzada es dolorosa, ésta resulta particularmente desgraciada, puesto que su relación con la gente no puede sino ser dividida. No obstante, el amor (aun en sentido amplio) es la única cosa que proporciona un contenido positivo a su vida."

"El amor erótico atrae a este tipo como suprema plenitud. El amor se le aparece, y no puede ser de otra forma, como el pasaporte al paraíso, donde toda pena termina: no más soledad, no más sentirse perdido, culpable o inmerecedor; no más responsabilidad por sí mismo; no más lucha con un mundo áspero frente al que se siente irremediabilmente desguarnecido. En vez de esto, el amor se le presenta como una promesa de protección, apoyo, afecto, ánimo, simpatía, comprensión. El amor ha de darle un sentido de merecimiento y un significado a su vida, será para él salvación y redención. No es extraño, pues, que para él la gente a menudo se divida entre quienes tienen y quienes no tienen, no en términos de dinero y status social, sino de estar (o no estar) casados o tener una relación equivalente."

Además de subrayar esta "envidia de amor", esta autora continúa explicando el significado que para este tipo reviste el amor, en términos de todo lo que espera del hecho de ser amado, y señala también cómo los psiquiatras, al describir la cualidad del amor de las personas dependientes, insisten unívocamente en este aspecto, tachándolo de parasitario, absorbente, u "erótico oral":

"Y este aspecto debe, de hecho, ponerse en primer plano. Pero a la persona auto-negadora típica (es decir, aquella en la que predominan las tendencias autonegadoras) le atrae tanto amar como ser amada. Para ella, amar significa perderse, sumergirse en sentimientos más o menos extáticos, fundirse con otro ser, hacerse con él un solo corazón y una sola carne, y encontrar en esa fusión la unidad que no puede encontrar en sí mismo."

Si el hecho de no encontrar en el DSM III (antes de su revisión) una descripción del eneatispo IV constituía una sorpresa, no menos sorprendente resulta el que tampoco encontremos un eco claro del mismo entre los tipos psicológicos de Jung. Yo habría esperado encontrar sus características bajo la etiqueta del "tipo sentimental introvertido", pues ciertamente es uno de los tipos en que predomina el sentimiento y es, además, el más introvertido de todos ellos, como indica su proximidad al eneatispo V en el eneagrama. Sin embargo, lo que dice Jung del tipo sentimental introvertido se le ajusta solamente de un modo muy fragmentario. Sí le resulta aplicable su afirmación de que "principalmente es entre las mujeres donde he

encontrado que predomina el sentimiento introvertido", ya que de hecho el tipo masoquista depresivo predomina sobre todo entre las mujeres. También le cuadra la importante afirmación de Jung de que "su temperamento se inclina hacia la melancolía". No obstante, la mayor parte de cuanto Jung afirma a este respecto resulta más apropiado para los eneatis V y IX que para el eneatis IV.⁹⁵

Volviendo a los retratos que hacen Keirse y Bates⁹⁶ de individuos ajustados a los resultados de los tests correspondientes, encuentro incluidas características del eneatis IV en los dos subtipos intuitivos del sentimental introvertido, el INFJ y el INFP. Los INFJ (en los cuales predomina el juicio sobre la percepción) se describen como dotados de fuertes habilidades empáticas, especialmente en relación con enfermedades o desgracias de los demás; también, como vulnerables e inclinados a la introyección, imaginativos y capaces de crear obras de arte; son "los más poéticos de entre todos los tipos". A los INFP (en los que predomina la percepción sobre el juicio) se les describe como gente que tiene "capacidad de cuidar de otros", lo que no siempre se encuentra en los otros tipos, y también como idealistas que viven una paradoja: "buscadores de la pureza y la unidad, pero mirando por encima del hombro a los deshonrados y a los deformes."

La personalidad que corresponde al eneatis IV en la tradición homeopática es la que se considera afín al *Natrum muriaticum*, esto es, a la sal común. Cito a Catherine R. Coulter:⁹⁷

"Incluso de adulto puede seguir insistiendo en los errores u ofensas cometidas por sus padres [...] No obstante, forma parte de la complejidad y perversidad de su naturaleza el sufrir extremadamente por la carencia de afecto de sus padres incluso cuando lo rechazan. De esta forma, crea tanto para sus padres como para sí mismo una situación en la que es imposible «ganar» [...] A veces, la patología del *Natrum Muriaticum* procede de una temprana rivalidad con algún hermano [...]"

"Más tarde, al proyectar sus experiencias infantiles sobre el mundo en general, le resultará fácil detectar las represiones, rechazos, anhelos frustrados y victimizaciones de los demás [...] Probablemente, el remedio está indicado siempre que el médico se sienta tentado a aconsejar a un paciente de los que «nunca olvidan» y se pasan la vida rumiando pasadas ofensas y desaires, «olvídense de su pena» [...] [...]"

El facultativo puede sospechar que el *Natrum Muriaticum* "busque herirse, incluso inconscientemente, o busque al menos colocarse en una situación donde puede resultar herido [...]"

"Por otra parte, el *Natrum Muriaticum* puede ser su peor enemigo al permitir que alguna herida emocional o la nube de depresión que se cierne constantemente sobre él se convierta en la lente a través de la cual mira la realidad. Un adjetivo apropiado para esta lente es el de «sombria», pues comporta no sólo aislamiento, esterilidad y desolación, sino también tristeza y desánimo («triste y abatido»: Hahnemann) [...]"

La persona *Natrum Muriaticum* es capaz de apreciar la belleza artística por las asociaciones melancólicas que le despiertan:

"en ocasiones se pondrá a escuchar alguna música emotiva para complacerse en su pena agrídulce o para reforzar voluptuosamente alguna antigua (o reciente) herida [...]"

"(«Evita la compañía, porque intuye que puede fácilmente aburrir a los demás»: Hahnemann). Ello se debe en parte a su inseguridad, y en parte también a su egotismo, que no le permite resignarse a seguir siendo un miembro insignificante del grupo. Así, el reverso de esa sincera preferencia por permanecer inadvertido en un segundo plano es la exigencia subliminal de

⁹⁵ El que "sus verdaderas motivaciones permanecen ocultas" se aplica al esquizoide, así como el hecho de que pueda achacárseles indiferencia o frialdad. "La impresión de responder en tono agradable o simpático" es más propio del eneatis IX.

⁹⁶ Obra cit.

⁹⁷ Coulter, Catherine R., obra cit., vol. 1, extractos de las pp. 349-361 reproducidos con permiso de la autora.

atención especial y el sentirse agraviado cuando los demás no responden a ella [...] En términos más abstractos, la *felicidad* es para el *Natrum Muriaticum* solamente un sentimiento efímero, «transitorio» (Alien). Cómo puede nadie sentir una felicidad duradera, cuando la pérdida está siempre esperando a la vuelta de la esquina [...]"

"Pero por encima y sobre todas las cosas, está *¡el amor romántico!*. Con su enorme potencial para el dolor, el desencanto y la pena, esa forma de amor está destinada a agarrar al *Natrum Muriaticum* por su costado más vulnerable [...] Aun siendo su amor correspondido, puede colocarse ante dificultades insolubles, fomentando relaciones que inevitablemente habrán de producirle dolor."

Aunque la enérgica personalidad *Lachesis* puede evocar a la del eneatiipo VI contrafóbico, pienso que su correspondencia perfecta es la del eneatiipo IV sexual:

"Es altamente emocional, mucho más que el *Sulphur*, en quien predomina claramente el intelecto. De hecho, la intensidad del sentimiento, que el *Phosphorus* trata de mantener, está ya presente en el *Lachesis*, tanto que con frecuencia es incapaz de soltarlo (el sentimiento le posee a *él*, más de lo que él posee a su sentimiento). Por último, este tipo propende fuertemente a la gratificación sensual [...] Si falta el efecto calmante de una vida sexual normal, puede instalarse en él una profunda depresión. El paciente puede presentar un comportamiento maniaco en su pasión sexual."

Puesto que no es difícil reconocer en Voltaire a un eneatiipo IV, encuentro especialmente interesante lo siguiente:

"Voltaire, educado por los jesuitas, el más resonante ejemplo de la Ilustración del siglo XVIII (cuya naturaleza *Lachesis* podemos deducir a partir de su voluminosa correspondencia epistolar y de los comentarios de sus contemporáneos acerca de la deliberada exhibición pública que gustaba hacer de su vida), que pasó gran parte de su vida atacando a la Iglesia con su lengua afilada y su malévola pluma, y lanzando fulminantes invectivas en contra de la existencia de la moral o de una deidad benevolente, dejó entrever a través de esa obsesión que le acompañó toda su vida la fascinación por el tema propia de un *Lachesis*."

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Envidia

Si entendemos la esencia de la envidia como un deseo excesivamente intenso de incorporación de la "buena madre", el concepto coincide con la noción psicoanalítica de "impulso caníbal", que puede manifestarse no sólo como hambre de amor, sino como una voracidad o avidez más generalizada.

Aunque una codicia culposa y controlada forma parte de la psicología del tipo IV, no es mayor que la codicia explotadora y desinhibida del tipo VIII, y no es tan peculiar de los caracteres envidiosos como lo es la envidia en la concepción de Melanie Klein.⁹⁸

Estemos o no de acuerdo con Melanie Klein sobre las fantasías envidiosas que ella atribuye al bebé lactante, creo que es razonable tomarlas como expresión simbólica de experiencias del adulto y, más particularmente, del característico proceso de autofrustración que parece inseparable de la envidia, como base constante de su característico superdeseo. Cualquiera que sea la verdad sobre los inicios de la envidia durante la lactancia, en la experiencia de muchos la envidia no se experimenta conscientemente en relación a la madre, sino hacia un hermano favorito, de tal modo que el individuo ha procurado ser aquél, más que él mismo, en busca del amor de los padres.

⁹⁸ Obra cit.

Hay a menudo un elemento de envidia sexual que Freud observó en las mujeres y que, desde el punto de vista de su interpretación sexual y biológica, denominó como «envidia del pene». Como la envidia de las mujeres también es experimentada por algunos hombres en distintos términos eróticos, también podríamos hablar de «envidia vaginal», aunque soy de la opinión de que las fantasías sexuales están derivadas de un fenómeno más básico de «envidia de género», que supone un sentimiento de superioridad del otro sexo. Dado el carácter patriarcal de nuestra civilización, no es de extrañar que la envidia hacia el varón sea más común (de hecho, las mujeres del eneatispo IV destacan en el movimiento de liberación), pero ambas formas de envidia sexual son notables en el caso de la identificación contrasexual que subyace en la homosexualidad y el lesbianismo (ambos más frecuentes en el eneatispo IV que en ningún otro carácter).

Otro campo de expresión de la envidia es el social, donde se puede manifestar como una idealización de las clases superiores y un fuerte impulso de ascenso social -como retrató Proust en *Recuerdo de las cosas pasadas*- o, por el contrario, como una odiosa competitividad con el privilegiado, como retrató Stendhal en *Rojo y Negro*). Aún más sutilmente, la envidia puede manifestarse como una búsqueda constante de lo extraordinario y lo intenso, con la correspondiente insatisfacción con lo ordinario y lo no dramático. Una manifestación patológica primitiva de la misma disposición es el síntoma de la bulimia, que he observado que se produce en el contexto del eneatispo IV. Mucha gente experimenta un sutil eco de esa condición: una sensación ocasional de vacío doloroso en la boca del estómago.

Mientras que la avaricia y, más característicamente, la ira son rasgos ocultos en los síndromes de personalidad de que forman parte (ya que han sido compensados por un desapego patológico y por rasgos reactivos de benignidad y de dignidad, respectivamente), en el caso de la envidia la pasión misma es evidente y la persona sufre así por la contradicción entre una necesidad extrema y el prejuicio en contra de ésta. De igual modo, a la luz de este choque entre la percepción de una intensa envidia y el correspondiente sentimiento de vergüenza y vileza por ser envidioso, podemos comprender el rasgo de «mala imagen» que tratamos a continuación.

Autoimagen pobre

El rasgo más notable desde el punto de vista de número de descriptores que incluye es el que implica un concepto pobre de sí mismo. Entre sus características específicas figuran, además de la «mala autoimagen» en sí, otras como «sentimiento de inadecuación», «inclinación a la vergüenza», «sentido del ridículo», «sentimiento de poco inteligente», «feo», «repulsivo», «podrido», «venenoso», etc.

Aunque he preferido tratar la «autoimagen pobre» por separado (reflejando así la aparición de un grupo conceptual de descriptores independiente), es imposible disociar el fenómeno de la envidia del de esta mala imagen de sí mismos, que los teóricos de las relaciones objétales interpretan como la consecuencia de la introyección de un «mal objeto». Tal autodenigración es la que origina el «agujero» del que surge la voracidad de la envidia propiamente dicha en sus manifestaciones de aferramiento, exigencia, mordacidad, dependencia y apego excesivo.

Concentración en el sufrimiento

Todavía no he comentado el grupo de rasgos designado habitualmente con la etiqueta de «masoquista». Para comprenderlos, deberíamos evocar, más allá del sufrimiento que surge de una pobre autoimagen y la frustración de una necesidad exagerada, el uso del dolor como venganza y una esperanza inconsciente de obtener el amor mediante el sufrimiento.

Los individuos del eneatispo IV, como resultado de estos factores dinámicos y también de una

disposición emocional básica, no sólo son sensibles, intensos, apasionados y románticos, sino que también tienden a sufrir de soledad y pueden albergar un sentimiento trágico de su vida o de la vida en general.

Poseídos por un profundo anhelo, dominados por la nostalgia, íntimamente melancólicos y a veces visiblemente lánguidos y llorosos, son en general pesimistas, con frecuencia amargos y algunas veces cínicos. Rasgos asociados son lamentación, queja, desánimo y autocompasión. De particular importancia en el penoso panorama de la psicología del eneatispo IV es lo relacionado con el sentimiento de pérdida, generalmente eco de experiencias reales de pérdida y privación, a veces presente como miedo a una pérdida futura y marcadamente manifiesto como una inclinación a sufrir intensamente por las separaciones y las frustraciones de la vida. Es particularmente notable la propensión del eneatispo IV a la adhesión al luto, no sólo por las personas, sino también por los animales domésticos. Es en este grupo, creo, donde estamos más cerca del núcleo del carácter de este eneatispo, sobre todo en la maniobra de centrarse en el sufrimiento y expresarlo para obtener amor.

Igual que en el niño un aspecto funcional del llanto es atraer los cuidados protectores de la madre, creo que la experiencia de llorar contiene el aspecto de procurar atención. Así como los niños del eneatispo III aprenden a brillar para obtener atención (y los que desarrollarán el eneatispo V o el eneatispo VIII, sin esperanzas de conseguirlo, preferirán la vía de la retirada o la vía del poder), aquí el individuo aprende a conseguir una atención «negativa» mediante la intensificación de la necesidad, que opera no sólo de manera histriónica (por amplificación imaginativa del sufrimiento y de la expresión del sufrimiento), sino también encaminándose a situaciones dolorosas, es decir, mediante un penoso curso de la vida. De hecho, para un individuo del eneatispo IV, el llanto puede significar no sólo dolor, sino también satisfacción.

Queda por decir que, como sugiere la palabra «masoquista», puede existir en el sufrimiento una dulzura triste. Aunque se siente como real, por otro lado no lo es, pues el principal autoengaño del eneatispo IV consiste en exagerar una postura de victimización, que va mano a mano con una actitud exigente, «reclamante»⁹⁹.

Necesidad de conmoover

Más que los de cualquier otro carácter, los individuos del eneatispo IV pueden ser llamados «adictos al amor» y su ansia de amor es a su vez mantenida por una necesidad de reconocimiento que son incapaces de darse a sí mismos. La «dependencia» que de ello se deriva puede manifestarse no sólo como un aferrarse a las relaciones frustrantes, sino como una adherencia, un sutil abuso de contacto que parece provenir no sólo de la necesidad de contacto, sino también una anticipada prevención o aplazamiento de la separación.

También está relacionado con el ansia de cariño el «desamparo» que comúnmente se observa en los individuos del ene-atipo IV, que, como en el eneatispo V, se manifiesta como una incapacidad motivacional para cuidar apropiadamente de sí mismos y puede interpretarse como una maniobra inconsciente para atraer protección. La necesidad de protección económica, específicamente, puede estar basada en el deseo de sentirse cuidado.

Prodigalidad

Las personas del eneatispo IV se consideran generalmente atentas, comprensivas, muy dispuestas a pedir perdón, tiernas, amables, cordiales, sacrificadas, humildes y, en ocasiones,

⁹⁹ Silvano Arietti, *"Affective Disorders"* (Trastornos afectivos, en *American Handbook of Psychiatry*, volumen III, Silvano Arietti, Director de edición. Nueva York: Basic Books, 1974). Arietti propuso precisamente esta expresión, "reclamante", para el fondo de depresión neurótica más común de esta personalidad (en contraste con la depresión psicótica, que trataremos al referirnos al eneatispo IX).

agasajadoras. Su cualidad cuidadora no sólo parece constituir una forma de «dar para recibir», es decir, dependiente sólo de la necesidad de amor, sino también de una identificación empática con las necesidades de los demás, que algunas veces les hacen ser padres preocupados, asistentes sociales comprensivos, atentos psi-coterapeutas y defensores de los desvalidos.

La dinámica de esta característica actitud cuidadora del eneatispo IV puede entenderse como una forma de seducción al servicio de la intensa necesidad del otro y de su dolorosa frustración. El cuidado de los demás puede ser exagerado masoquista-mente hasta el punto de autoesclavizarse, contribuyendo entonces a la autofrustración y al dolor, que a su vez activa los aspectos exigentes y disputadores del carácter.

Emocionalidad

La palabra «emocional», aunque implícita en un alto nivel de sufrimiento, merece un lugar aparte por sí misma, en vista de la determinante contribución del dominio de los sentimientos a la estructura de carácter del eneatispo IV.

Estamos en presencia de un «eneatispo emocional», como en el caso del eneatispo II, sólo que aquí con una mayor dosis de intereses intelectuales e introversión (de hecho, éstos son los dos tipos de carácter más apropiadamente considerados emocionales, porque la palabra se les ajusta con más exactitud que en el caso de la alegre y solícita seducción del glotón o la calidez defensiva del cobarde, más abiertamente miedoso y dependiente).

La cualidad de emocionalidad intensa se refiere no sólo a los sentimientos románticos, a la dramatización del sufrimiento y a las características de adicción al amor y dedicación a los demás, sino también a la expresión de ira. Las personas envidiosas sienten el odio intensamente y sus gritos son de lo más impresionante.

También presente en los eneatispos II y III, en la esquina derecha del eneagrama, está esa cualidad que la psiquiatría ha llamado «plasticidad», en referencia a la capacidad de interpretar papeles (relacionada con la capacidad para modular la expresión de los sentimientos).

Arrogancia competitiva

Relacionada con la emocionalidad del odio, a veces existe una actitud de superioridad junto a -y en compensación de-una mala autoimagen. Aunque el individuo pueda estar hirviendo de autodesprecio y odio hacia sí mismo, su actitud hacia el mundo externo es la de una «prima-donna» o, al menos, la de una persona muy especial. Cuando esta demanda de ser especial es frustrada, puede verse complicada por un papel victimista de «genio incomprendido».

En esta línea, los individuos también desarrollan rasgos de ingenio, conversación amena, etc., con una disposición natural para la capacidad imaginativa, el análisis o la profundidad emocional (por ejemplo), que están secundariamente puestos al servicio de la necesidad de contacto y el deseo de despertar admiración.

Refinamiento

Hay una inclinación hacia el refinamiento (y su correspondiente aversión a la grosería) manifiesta en descriptores tales como «con estilo», «delicado», «elegante», «con gusto», «artístico», «sensible» y, algunas veces, «dárselas de artista», «afectado», «amanerado» y «presuntuoso». Pueden entenderse como esfuerzos por parte de la persona para compensar una pobre autoimagen (de tal manera que puede considerarse que la autoimagen fea y el autoideal refinado se mantienen recíprocamente).

Estos esfuerzos suponen un intento de la persona por ser algo diferente de lo que es, quizá relacionado con la envidia de clase. La falta de originalidad que conlleva esa actitud imitativa perpetúa a su vez una envidia de la originalidad, del mismo modo que el intento de imitar a los individuos originales y el deseo de emular la espontaneidad están destinados a fracasar.

Intereses artísticos

La característica inclinación del eneatispo IV hacia el arte está sobredeterminada: al menos una de sus raíces reside en el rasgo de refinamiento del carácter envidioso. También se basa en la disposición de este eneatispo, centrado en el sentimiento. Otros componentes son la posibilidad de idealizar el dolor mediante el arte e, incluso, de transmutarlo hasta el punto de que se convierte en un elemento en la configuración de la belleza.

Fuerte superego

El refinamiento es quizá la forma más característica en el eneatispo IV de buscar ser mejor de lo que es y, con ello, ejercita la disciplina. Más generalmente, hay un superego típicamente fuerte que el carácter del eneatispo IV comparte con el eneatispo I, pero, en conjunto, el eneatispo IV tiene más conciencia de sus patrones y su ego ideal es más estético que ético. Junto con la disciplina (que puede alcanzar un grado masoquista), el superego característico del eneatispo IV incluye descriptores de tenacidad y de orientación hacia las normas.

El gusto por los formalismos sociales refleja tanto la característica de estético-refinado como la de orientado hacia las normas. Hay, por supuesto, un fuerte superego implícito en la propensión a la culpa del eneatispo IV, en su vergüenza, autoodio y autodenigración.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

Según mi experiencia, el mecanismo de defensa marcadamente dominante en el tipo IV es la introyección, cuyo funcionamiento resulta evidente al considerar la propia estructura del carácter. Podemos decir que la mala autoimagen que tiene el tipo IV es la expresión directa de haber introyectado un padre o madre que se rechazaba a sí mismo, y que del odio a sí mismo que implica dicho introyecto resulta una necesidad envidiosa de aprobación externa y de amor, como necesidad de compensar la incapacidad de amarse a sí mismo.

El concepto de introyección fue introducido por Ferenczi en *Transferencia e introyección*¹⁰⁰. El concepto fue tomado por Freud en su análisis de los procesos de duelo (en *Duelo y melancolía*), donde observa que el individuo reacciona ante la pérdida de amor volviéndose como el amado (como si dijera al amado muerto: «no te necesito, ahora te llevo dentro de mí»)

Mientras que Ferenczi y Freud inciden en la idea de introducir en sí mismo un «buen objeto», Melanie Klein resaltó la importancia de los malos introyectos. En estos casos, es como si la persona, impulsada por una ansia de amor excesiva, quisiera llevar una figura parental dentro de sí a toda costa (es decir, «masoquistamente»).

Sería útil destacar, en relación con el tema de la introyección, que Freud usaba con frecuencia los términos introyección e incorporación, sin diferenciar sus significados. En el uso actual «incorporación» tiene el significado de una fantasía de llevar una persona dentro del *propio cuerpo*, mientras que la noción de «introyección» es más abstracta, de modo que al hablar de «introyecto del ego», por ejemplo, no hay una referencia particular a los límites del cuerpo. Igualmente la palabra «internalización» se usa a veces con el mismo sentido de introyección,

¹⁰⁰ En donde escribe: "si bien el paranoico expulsa de su ego los impulsos que se han vuelto desagradables, el neurótico se provee tomando en su ego la mayor parte posible del mundo externo..."

aunque sería más apropiado restringirla para designar la transposición de una *relación* del mundo externo al mundo interno.

De todas maneras, incluso en ese caso el funcionamiento va asociado con una introyección. Como observan Laplanche y Pontalis ¹⁰¹, «podemos decir que [...] al declinar el complejo de Edipo, el sujeto *introyecta* la imagen parental, al tiempo que *internaliza* el conflicto de autoridad con el padre». Del mismo modo, y más específicamente en relación con lo que estamos tratando, podríamos decir que el tipo IV internaliza el rechazo parental o introyecta un padre o madre no amoroso, de modo que introduce en su psique una constelación de rasgos que varían desde un mal concepto de sí mismo a la búsqueda de una distinción especial, contrayendo un sufrimiento crónico y una dependencia (compensatoria) del reconocimiento externo.

Aunque Melanie Klein da mucha importancia a la proyección en el mecanismo de la envidia (como en la paradigmática fantasía de depositar excrementos en el regazo de la madre), creo que el proceso por el cual en el tipo IV «la familiaridad engendra desprecio» (y por el cual lo disponible nunca es tan deseable como lo no disponible) es más como un «contagio» en que la au-todenigración se extiende a aquellos que, por intimidad, han llegado a participar de algún modo de la «calidad de uno mismo». A diferencia de la situación de proyección, en la que algo se «expulsa» de la psique para no reconocer su presencia, en esta situación no se produce negación de las características personales, sino la manifestación del hecho de que en las personalidades más dependientes el sentimiento de «yo» (que nunca es fijo sino que es, como propuso Perls, una «función identificativa») parece extenderse al mundo de las relaciones íntimas.

Destaca también en la psicología del tipo IV (particularmente al ponerse de manifiesto en el proceso terapéutico) el mecanismo que el psicoanálisis llama «volverse contra uno mismo» (más o menos el mismo mecanismo que Perls llama «retroflexión»). Si el odio o rechazo a sí mismo está implícito en la noción de haber introyectado un «mal objeto», la idea de retroflexión sugiere que la ira generada como consecuencia de la frustración es dirigida no sólo a la fuente externa de frustración (y al frustrador original de la propia vida), sino, a causa de la introyección, a uno mismo.

Queda por considerar, aparte del mecanismo de defensa principal, la existencia en el tipo IV de un fuerte contenido de represión, para el cual la introyección sería, específicamente, el mecanismo más adecuado. Creo que podría decirse que la actitud más evitada del tipo IV es la de superioridad exigente, tan natural en el tipo I. A la luz de esto, podemos afirmar que la introyección es un mecanismo que hace posible que la persona transforme la superioridad en inferioridad, al adoptar la estrategia masoquista en las relaciones interpersonales. Es como si el introyecto fuera una piedra atada al pie de la persona para asegurar que se hunde, al tiempo que mantiene una posición de necesidad y evitación de una superioridad que pudo haber sido disfuncional en el proceso de adaptación de la primera niñez. La exigencia sobrevivirá a la transición del tipo I al tipo IV, pero el sentido de justicia al exigir se transformará en ese tránsito asociando la reclamación con la culpa, lo que perpetuará la posición de inferioridad. Como en otros casos, la dinámica representada en la estructura del Enea-grama significa no sólo la represión de una emoción (la ira), sino su *transformación* en la siguiente (la envidia). Porque en la envidia, por intensificación de las ansias orales, el individuo busca satisfacer las mismas necesidades que en la perspectiva del tipo I se satisfacen mediante la exigencia asertiva.

¹⁰¹ Diccionario de Psicoanálisis. Ed. Labor.

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS

Constitucionalmente, el eneatispo IV presenta en la gran mayoría de los casos una estructura corporal ectomesomórfica -ni con un ectomorfismo tan elevado como el tipo V, ni tan mesomórfico como el tipo III-, aunque en ocasiones pueden tener contornos corporales más redondeados, sobre todo según van teniendo más edad y también entre los hombres. La hipersensibilidad y el nivel de retraimiento característicos del eneatispo IV resultan así acordes con la cerebrotonía que constituye la contrapartida del ectomorfismo. La plasticidad o capacidad dramática del tipo IV (que comparte con los otros caracteres que ocupan el rincón histeroide del eneagrama) puede también deberse a su específica dotación constitucional. Aunque la presencia de defectos congénitos puede apoyar en ocasiones un sentimiento de inferioridad (en el sentido en que se dice, por ejemplo, que los cojos son envidiosos), más comúnmente la estatura o la falta de belleza física tienen parte en ello. Por supuesto, sin embargo, algunas mujeres del tipo IV son extraordinariamente bellas, y la fuente de su envidia debe de encontrarse en fuentes de deprivación o heridas a su autoestima provenientes de su entorno.

Considero pertinente citar aquí el famoso estudio de Frieda Goldman-Eisler ¹⁰², que muestra una correlación entre las tendencias orales-agresivas y la problemática del amamantamiento. Esta correlación se ha entendido por lo general como una confirmación de la idea de que un amamantamiento insuficiente persiste en forma de dolor adulto; no obstante, cabe pensar que puede también reflejar el hecho de que un niño dotado constitucionalmente de una mayor agresividad oral (esto es, con tendencia a morder el pezón) desagrada a su madre, y ello puede contribuir a interrumpir el amamantamiento. Además de lo que literalmente demuestra, puede considerarse paradigmático de la relación que en términos más generales existe entre la frustración infantil y el descontento adulto. Efectivamente, el psicoanálisis posterior ha subrayado la importancia de la frustración respecto del afecto materno en una etapa más tardía, después de la de "rapprochement" en que se establece con ella un vínculo temprano. Esto explica la cualidad de "paraíso perdido" que ofrece la experiencia de los individuos del tipo IV. A diferencia del apático individuo del tipo V, que no sabe lo que se ha perdido, la persona del tipo IV lo recuerda muy bien al nivel emocional, aunque no necesariamente en forma de recuerdos.

En ocasiones, la intensa experiencia de abandono no vino apoyada en un hecho externo evidente, pero fue lo suficientemente sutil como para no ser percibida por los demás y pudo haber quedado olvidada hasta ser recuperada luego en el curso de una psicoterapia. Más que abandono, lo que vemos en estos casos son acontecimientos con los que el niño quedó desilusionado con respecto a uno de sus padres, momentos en que descubrió que su padre o su madre no habían estado nunca realmente ahí para él o para ella. Tal sucede, por ejemplo, en el siguiente pasaje entresacado de una entrevista:

"Yo quería ser bailarina de claqué, tenía siete u ocho años, y estaba entusiasmada con la idea. Puedo recordar que teníamos muy poco dinero. Acabábamos de llegar a Nueva York, y

¹⁰² Stuart S. Asch, hablando de la personalidad masoquista en *"Psychiatry, vol. I, The Personality Disorder and Neurosis"* de Cooper, 1 de 3 de 4oks, 1990, comienza por afirmar que "a pesar de las múltiples explicaciones que se han sugerido, la etiología de las personalidades masoquistas es básicamente desconocida." Entre los datos sugerentes que cita, resulta interesante llamar la atención sobre cierto trabajo realizado con el <imprinting> en pollitos, que mostraba que "la presentación de estímulos dolorosos durante el período crítico de las primeras 18 horas de su vida establece una más firmemente arraigada vinculación al objeto parental de lo que ocurre con los grupos de control." Cita asimismo la afirmación de Berliner de que "el masoquista insiste en ser amada por la persona que le castiga, porque puede que sea la única forma de intimidad que ha conocido." No obstante, añade que "resulta poco común encontrar una historia de padres severamente castigadores en la infancia del masoquista moral."

habíamos perdido todo con la depresión, y mi madre había ahorrado y ahorrado y ahorrado. Y de alguna forma yo iba a tener en aquel preciso día mis zapatos de baile, los zapatos de bailar claqué y los leotardos, y mi padre iba a ir a la zona baja de Nueva York, al lado este, para comprar unos baratos, y puedo recordar que todo aquel día yo estuve, ¡oh!, sintiéndome transportada a lo más alto, a la cima del mundo, y esa tarde, mientras subía la escalera, recuerdo a mi madre ir a abrir la puerta y yo me fui junto a ella, y la puerta se abrió y él no traía nada consigo. No traía nada. No traía ningún paquete. Y entonces mamá, quiero decir yo no hablaba de otra cosa desde hacía años, y mamá se le acercó y le dijo «bien, ¿dónde está?, ya sabes, ¿dónde están los zapatos de Mónica?». Y él la miró, y en ese momento no podía recordar. No sé si no se acordaba o qué, pero dijo: «oh, me quedé dormido y lo dejé olvidado en el metro». Y fue horrible. Creo que eso era como, ¿sabes?, como «no mereces la pena»." La historia típica del tipo IV es dolorosa, y a menudo resulta patente que las causas que originaron el dolor fueron inusualmente llamativas, de modo que los recuerdos dolorosos no son sólo consecuencia de su actitud reclamona o de su tendencia a dramatizar su dolor. Aparte de los casos de rechazo, he encontrado algunos ejemplos en los que hubo una pérdida de alguno de los padres u otros miembros de la familia. También he advertido cuan frecuentemente han sufrido la experiencia de sentirse ridiculizados o menospreciados por los padres o por algún hermano. A veces la pobreza contribuía a hacer más dolorosa la situación para todos, y otras veces la sensación generalizada de vergüenza venía apoyada en una diferencia de cultura o nacionalidad entre la familia de origen y el entorno.

En el ejemplo siguiente convergen varias fuentes de dolor:

"Crecí en una calle en donde prevalecía un grupo étnico. Mamá y papá eran eslovacos, y todo el mundo en la calle hablaba eslovaco, y teníamos una pequeña tienda donde se vendía de todo, y los chicos jugábamos juntos. De modo que a mí me resultaba muy extraño ir al colegio, a un colegio inglés, y luego volver a casa y encontrarme en un entorno completamente distinto, en una cultura diferente. Y mi cuñada, que estaba casada con mi hermano, es inglesa, y dice que a ella le decían que no fuera nunca a la Water Street, a mi calle, porque ahí es donde estaban todos "esos chicos", ya sabes, con los que no se debe ir, y siempre como que tuve la sensación, cuando iba creciendo, de que yo era muy diferente. Lo que me gustaría comentar también es el abandono de parte de mamá, y eso ocurrió en un par de ocasiones o tres. Cuando papá se enfurecía, mamá se echaba atrás. Cuando había que hacer algún cambio, como cuando necesitamos mudarnos de casa, o encontrarle a él un trabajo, ella era quien mandaba, pero cuando él se volvía violento y grosero -y él era violento-, entonces ella se quedaba achantada y como en un segundo plano, y podía decir «no lo hagas», o ni siquiera eso [...] Una vez que hubo cantidad de violencia, ni siquiera recuerdo que se ocupara de mí después. No me sentí abandonada por mi madre físicamente. Ella estaba allí y yo me sentí usada algo así como para llenar sus necesidades. Mi padre se fue a la guerra, y ella me vestía y me ponía guapa, y me llevaba con ella a todas partes, y fui la primogénita, la primera hija, y la primera nieta por parte de mi padre, y mi abuela cuidó mucho de mí más tarde cuando mi madre estaba muy ocupada con la tienda después que nos mudamos de casa de mi abuela, pero mi madre me llevó a casa de mi abuela cuando yo tenía dos meses, ya viajábamos entonces en el tren de ida y de vuelta. Y yo he tenido que viajar mucho toda mi vida, mucho movimiento de ir y volver. Tal vez yo [...], o eso tiene conexión con mi mundo interno, siempre estoy yendo de un lado para otro, no sé. Otra cosa que quería [...] bueno, lo de ser usada, usada de todas las formas posibles -víctima y chivo expiatorio-, y por casi todos los miembros de la familia, y luego el sentirme usada en mis relaciones después de un tiempo cada vez que me he dejado entrar a sentir bien el placer y a sentirme llena y completa, llegar un punto en que de repente me he sentido usada. Y entonces, como dejarlo todo, y parar todo, y en todo eso con muchísimo miedo. No sé por qué el sentirme usada y el miedo tienen que

venir juntos ahí."

Aparte del trasfondo racial, el sentimiento de no tener una familia normal puede venir inspirado por la presencia del alcoholismo u otras vergüenzas familiares, y convertirse así en una fuente de envidia. Una hija de padres pobres dice, por ejemplo: "sentía envidia de una niña que iba al colegio de uniforme."

La presencia de hermanos es, por supuesto, un factor corriente en la génesis de la envidia. Así, por ejemplo, dice un joven: "yo era el quinto de siete, y no iba ni con los mayores ni con los pequeños. Me sentía solo, no había sitio para mí."

Otro hombre dice: "Yo era un chico entre cuatro chicas. Mi madre no me tocaba mucho, como para evitar hacerme «blando», no fuera a ser como las niñas, pero al mismo tiempo me llegaba el mensaje de «no seas como tu padre». Yo sentía muy fuerte la falta de calor y sentía vergüenza."

Otro más dice: "He sido el mayor de mis hermanos, y todo fue bien hasta que los otros empezaron a aparecer, y entonces entré en una dinámica de incesante competitividad y mucha queja."

Y otro: "Yo lloraba mucho, sentía la competencia de mi hermano, que estudia mucho y que era un atleta. Yo buscaba refugio en los libros y me identificaba con lo que leía."

Particularmente llamativo resulta en la historia temprana de las mujeres del eneatis IV la presencia frecuente de una relación más o menos incestuosa con el padre, o de abuso sexual por parte de algún otro pariente masculino.¹⁰³ Para algunas, esta experiencia no ha sido problemática ("Echo de menos el contacto físico que solía tener con mi padre"). Para otras, fue fuente de dificultades con el progenitor del mismo sexo. Y otras lo recuerdan con disgusto o con sentimiento de culpa. La siguiente situación con toda seguridad no es única: "Yo amaba a mi padre, él me hizo sentirme una mujer feliz, pero él me ridiculizó y más tarde me rechazó."

La mayoría de los individuos del eneatis IV responde «sí» a la pregunta de si recibieron mayor atención y cuidado a través del sufrimiento y la necesidad. "El placer estaba prohibido", dice uno, "el mejor incentivo era una causa razonable". Otra observa: "No prestaban la menor atención a si la paliza que me daban estaba justificada". Y otra señalaba que siempre se había hecho la víctima para llamar la atención, pero que por lo general no lo conseguía y sí, en cambio, ser rechazada.

Es claro que, en ocasiones, el niño o niña tipo IV no era consciente de su sufrimiento hasta la pubertad, o bien sufría en secreto. Y así uno respondía a la anterior pregunta "sí y no, «no» porque era un sufrimiento callado y poca gente lo veía, y «sí» porque mi cara y mi cuerpo lo expresaban y eso atraía la atención." Por supuesto, no es raro que los padres reaccionen de modo diferente ante las necesidades del hijo: "Mi madre tenía compasión y acogía bien mi sufrimiento, aunque no siempre me prestaba atención cuando lloraba." Ocasionalmente es posible descubrir un elemento de seducción en el hecho de ponerse enfermo, como cuando a la madre le gusta hacer de enfermera: "A mi madre le gustaba cuidarme cuando me ponía mala, y de esa forma me dominaba."

Es muy común entre las mujeres "auto-negadoras" el haber tenido una madre del mismo carácter junto con un padre débil. He notado también la mayor presencia de padres sádicos (eneatis VIII) en las historias de individuos del tipo IV que en ninguna otra, salvo en el mismo tipo VIII. En tales casos, por supuesto, la relación sado-masoquista con el progenitor del sexo opuesto contribuyó a la cristalización del estilo general de personalidad.

En conjunto, podemos decir que el individuo sufridor cultiva internamente su sufrimiento, como esos mendigos en países del Oriente que cultivan sus propias heridas. Mientras que el tipo I busca ser bueno y reclama lo que le es debido en nombre de la justicia, el tipo IV

¹⁰³ Me hice consciente de este hecho reflexionando sobre la personalidad de mujeres violadas por sus padres, que había tratado a lo largo de mi pasada experiencia terapéutica.

reclama solamente en nombre de su dolor y de su necesidad insatisfecha. Si la búsqueda del amor es en el eneatispo I una búsqueda de respeto, en el tipo que se auto-rechaza aquella se convierte en alguna medida en una búsqueda, implícitamente dependiente, de cuidado y empatía.¹⁰⁴

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Si bien tenemos buenas razones para creer que el modelo de la envidia se origina en la frustración de las necesidades tempranas del niño y podemos entender el dolor crónico de este carácter como un residuo del dolor del pasado, es útil considerar que, para los individuos del eneatispo IV, el estancarse en sus lamentos sobre el pasado también puede ser una trampa. De igual modo, aunque es muy cierto que era amor lo que el niño necesitaba y buscaba con urgencia, la búsqueda exagerada y compulsiva de amor *en el presente* puede considerarse como una disfunción y sólo como un espejismo o interpretación aproximada de lo que el adulto necesita urgentemente, que, más que apoyo exterior, reconocimiento y cariño, es la capacidad de reconocerse, apoyarse y amarse a sí mismo, así como el desarrollo del sentido de uno mismo como centro, que podría contrarrestar la «exocéntrica» expectativa de bondad desde el exterior.

Podemos considerar la psicología del eneatispo IV precisamente desde el punto de vista de un empobrecimiento del ser o de la individualidad que la envidia trata de «completar» y que es, a su vez, perpetuado mediante la autodenigración, mediante la búsqueda del ser a través del amor y de la emulación de los demás («Soy como Einstein, luego existo»). La psique del eneatispo IV funciona como si a temprana edad hubiera llegado a la conclusión: «no soy amado, luego no tengo valor», y ahora persiguiera la valía mediante el amor que una vez faltó («ámame tanto que sepa que está bien como soy») y mediante un proceso de distorsión por autorrefinamiento, a través de la búsqueda de algo diferente y presumiblemente mejor y más noble de lo que se es.

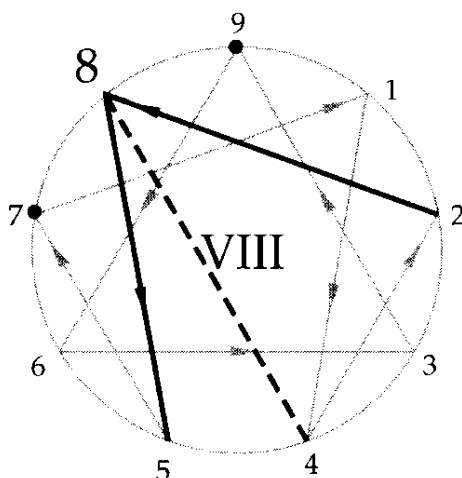
Estos procesos son autofrustrantes, porque es probable que el amor, una vez conseguido, sea invalidado («si me ama, es que él no puede valer nada») o, habiendo estimulado exigencias neuróticas, conduce a la frustración y también a la invalidación en ese aspecto; pero, más básicamente, la búsqueda del ser mediante la emulación de la personalidad ideal se fundamenta en el rechazo de sí mismo y en la ceguera ante el valor del verdadero yo (al igual que la persecución de lo extraordinario supone el desprecio por lo ordinario). Por ello, el eneatispo IV necesita, además de reconocer estas trampas, y más que cualquier otro carácter, desarrollar el autoapoyo: un autoapoyo que deriva, en última instancia, de una conciencia apreciativa y de un sentimiento de dignidad del yo y de la vida en todas sus formas.

Existe una patología de valores implícita en la envidia, que puede explicarse a la luz de la metáfora (que he encontrado en el *Libro de buen amor* del Arcipreste de Hita¹⁰⁵) del perro que llevaba un hueso y que, creyendo que su reflejo en un charco era otro perro con un hueso más deseable, abrió la boca para intentar cogerlo, por lo que perdió el hueso que tenía. Podemos decir: el reflejo de un hueso no tiene «ser», al igual que no hay ser en las autoimágenes tanto idealizadas como depreciadas.

¹⁰⁴ El subtipo sexual del carácter del eneatispo IV introduce en el debate una complejidad, pues desarrolla una llamativa necesidad de ser especial, que a su vez puede hacer manifiesta a través de un cierto grado de arrogante vengatividad.

¹⁰⁵ *Libro de buen amor*, edición a cargo de María Brey Marino. Ed.Castalia, Madrid, 1982.

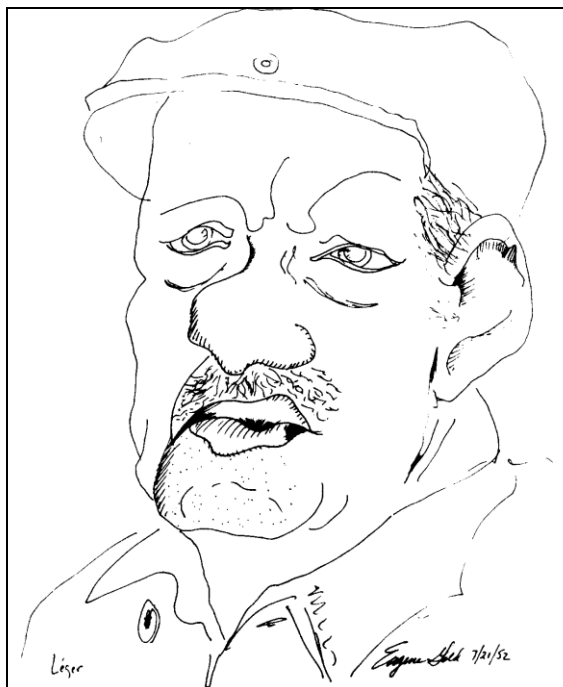
CAPÍTULO CUATRO ENEATIPO VIII



EL CARÁCTER SÁDICO Y LA LUJURIA

1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA

El Diccionario de la Real Academia Española de la Lengua -donde he dictado este capítulo- dice en referencia a la lujuria que es un "vicio consistente en el uso ilícito o en el apetito desordenado de los deleites carnales", y da el significado adicional de "exceso en algunas cosas".



E.J. Gold, F. Leger, *el héroe de los trabajadores* Pluma y tinta, 11" x 15", 1952

Esta última definición es la que coincide con el significado dado al término por Ichazo en su exposición del Protoanálisis, y podemos considerar la primera, es decir, el sentido más común del término, como su derivado o consecuencia. Por lo tanto, usaré la palabra "lujuria" para denotar una pasión por el exceso, una pasión que busca la intensidad, no sólo a través del sexo, sino en todo tipo de estímulos: la actividad, la ansiedad, las especias, la alta velocidad, el gusto por la música fuerte, etc.

La lujuria está ubicada en el eneagrama junto al vértice superior del triángulo interior, lo que indica su afinidad con la indolencia, con una disposición sensomotora y el predominio de un oscurecimiento cognitivo o "ignorancia" sobre la "aversión" y el "ansia" (en los ángulos izquierdo y derecho, respectivamente).

Puede entenderse el aspecto indolente del lujurioso no sólo como un sentimiento de "no estar lo bastante vivo excepto por sobreestimulación", sino también como una

concomitante evitación de la interioridad. Podemos decir que el ansia por estar siempre más vivo, característica de la personalidad lujuriosa, no es sino un intento de compensar una oculta falta de viveza.

Opuesta a la envidia en el eneagrama, se puede decir que la lujuria constituye el polo superior

de un eje sadomaso-quista. Las dos personalidades, VIII y IV, son en cierto modo opuestas (como sugieren estos términos), aunque también son similares en algunos aspectos, como la sed de intensidad. De igual modo, así como un carácter masoquista es sádico en algunos aspectos, hay también un aspecto masoquista en el carácter de la lujuria; y mientras que el carácter sádico es activo, la actitud masoquista es emocional: el primero se lanza sin culpa hacia la satisfacción de su necesidad; el último anhela por su necesidad y se siente culpable por ella.

Del mismo modo que el carácter centrado en la envidia es el más sensible del eneagrama, el eneatipo VIII es el más insensible. Podemos observar la pasión por la intensidad del eneatipo VIII como un intento de buscar a través de la acción la intensidad que el eneatipo IV alcanza mediante la sensibilidad emocional, que aquí no está sólo oculta por la indolencia básica que este eneatipo comparte con la triada superior del eneagrama, sino también por una insensibilización al servicio de una autosuficiencia contradependiente.

El síndrome caracterológico de la lujuria se relaciona con el de la gula en cuanto que ambos se caracterizan por la impulsividad y el hedonismo. En el caso de la gula, sin embargo, la impulsividad y el hedonismo existen en un contexto caracterológico débil, suave y de mentalidad tierna, mientras que en la lujuria el contexto es el de un carácter fuerte y de mentalidad dura.¹⁰⁶

Como es usual, este carácter está en oposición polar con todos los que están conectados con él en virtud del flujo interno del eneagrama: mientras que el eneatipo II es hiperfemenino y sensible, el eneatipo VIII es supermasculino e insensible; y mientras que el eneatipo V es intra-punitivo y tímido, el eneatipo VIII es extra-punitivo y osado. En cada caso, la transición de uno a otro puede entenderse a la vez como una defensa y como una transformación de la energía psíquica.

El desorden de personalidad antisocial descrito en el DSM III puede considerarse como un extremo patológico y un ejemplo especial del eneatipo VIII. El síndrome más amplio puede ser mejor evocado mediante la etiqueta de Reich de carácter "fálico-narcisista"¹⁰⁷ o mediante la descripción de la personalidad vengativa de Horney. La palabra "sádico" parece particularmente apropiada, vista su posición opuesta al carácter masoquista del eneatipo IV.

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

Si dejamos la literatura para asomarnos a la perspectiva psiquiátrica y psicológica en su observación de este carácter, encontramos que la personalidad que estamos considerando corresponde a la que Kurt Schneider¹⁰⁸ designa como "explosiva" (usando este término con preferencia al de "excitable", empleado con anterioridad por Kraepelin). Respecto de estos "psicópatas explosivos", nos dice que son desobedientes y desafiantes, y que son muy bien conocidos en la vida y en la experiencia clínica como aquellos que "a la menor provocación se ponen rabiosos e incluso violentos sin guardar la menor consideración; una reacción que adecuadamente ha sido denominada como de corto-circuito."

En una línea semejante, Scholtz¹⁰⁹ describe la "anestesia moral" de aquellos "que conocen perfectamente bien las leyes morales, pero no las sienten, y a causa de ello no subordinan a ellas su comportamiento."

¹⁰⁶ La conexión entre la gula y la lujuria ha sido observada, según parece, desde hace tiempo, pues en "El Cuento del Cura" de Chaucer (obra cit.) podemos leer: "Después de la gula viene la lascivia; porque estos dos pecados van tan unidos que a menudo no se pueden separar".

¹⁰⁷ Citado por Erich Fromm en su "*Ética y Psicoanálisis*", F.C.E., México, 1957.

¹⁰⁸ obra cit.

¹⁰⁹ Scholtz, F., "*Die Moralische Anästhesie*", Leipzig, 1904.

Al trazar la historia de la "pauta agresiva" de personalidad, Millón ¹¹⁰ señala que "hacia finales del siglo XIX los psiquiatras alemanes desviaron su atención de las teorías cargadas de valores de los alienistas ingleses, para orientarla hacia lo que ellos consideraban como investigación basada en la observación". En esta época, Koch proponía sustituir la etiqueta de "insania moral" por la de "inferioridad psicopática". Esta etiqueta reflejaba todavía la creencia en una base física del síndrome. Kraepelin ya había expresado en la segunda edición de su obra principal ¹¹¹ su opinión de que "los «moralmente insanos» sufren de defectos congénitos en su capacidad de refrenar la gratificación de sus deseos inmediatos." En su quinta edición cambió el nombre, hablando de "estados psicopáticos", y en la octava describía a los psicópatas como deficientes en la volición o en el afecto. Como peculiaridades de este tipo de personalidad, ofrecía una lista de subtipos: el excitable, el inestable, el impulsivo, el excéntrico, los mentirosos y estafadores, los antisociales y los pendercianos.

Refiere también Millón que fue Birnbaum quien (en 1914), escribiendo en Alemania en la época de la última edición de Kraepelin, fue el primero en sugerir el término "psicopático" como expresión más adaptada a la mayoría de estos casos. Una de las descripciones más intuitivas de los "psicópatas" o "sociopatas" es la de Cleckley ¹¹², que incluye entre los rasgos principales de este síndrome la ausencia de sentido de culpa, incapacidad para el amor objetal, impulsividad, escasa profundidad emocional, encanto social superficial, e incapacidad para sacar provecho de la experiencia.

Como señala Millón, la aportación de Cleckley fue significativa en el sentido de llamar la atención sobre el hecho de que las personalidades antisociales se encuentran no solamente en las cárceles, sino también en el seno de la sociedad corriente, "en la que el «realismo» duro y obstinado es admirado como cualidad necesaria para la supervivencia." No obstante esta observación, no veo que nadie haya señalado la identidad del síndrome en cuestión con la personalidad "fálico-narcisista" de Reich, de la que paso a ocuparme.

Reich presentó primeramente la descripción de este tipo de personalidad ante la asociación psicoanalítica de Viena en 1926, incluyéndola más tarde en su *"Análisis del Carácter"*. Observa que en el aspecto físico este carácter es predominantemente atlético, "casi nunca de constitución esténica", y su comportamiento nunca es encogido, sino por lo general arrogante, ya sea fríamente reservado o despreciativamente agresivo. El "elemento narcisista se pone de relieve en la actitud hacia el objeto, incluido el amor objetal, y está siempre impregnado de características sádicas más o menos ocultas."

"En la vida cotidiana, el carácter fálico-narcisista generalmente se anticipará a cualquier ataque inminente con un ataque por su parte. En este carácter, la agresión se expresa menos a través de lo que hace o dice que a través de cómo actúa. En particular, le sienten totalmente agresivo y provocativo aquellos que no controlan su propia agresión. Los tipos más acusados tienden a alcanzar posiciones dominantes en la vida, y son poco adecuados para ocupar posiciones jerárquicas subordinadas [...] Su narcisismo, por oposición al de los restantes tipos de carácter, se expresa no de un modo infantil sino en forma de una descarada autoconfianza, acompañada de un despliegue flagrante de superioridad y de dignidad, a pesar del hecho de que la base de su naturaleza no es menos infantil que la de los demás tipos."

Observa también que sus "relaciones con las mujeres vienen perturbadas por su típica actitud menospreciadora con respecto al sexo femenino."

En la caracterología de Fromm ¹¹³, vemos reflejado a nuestro eneatipo VIII bajo la etiqueta de la "orientación explotadora", con respecto a la cual hace la observación de que aquí la persona "no espera recibir cosas de los demás como regalo, sino que se apropia de ellas por la fuerza o

¹¹⁰ obra cit.

¹¹¹ Kraepelin, E., *"Psychiatrie: Ein Lehrbuch"*, 2ª ed., Leipzig, Barth, 1887.

¹¹² Cleckley, H., *"The Mask of Sanity"*, St. Louis, Mosby, 1941.

¹¹³ Fromm, E., obra cit.

con astucia", que "su actitud viene coloreada por una mezcla de hostilidad y manipulación", y que "uno encuentra aquí recelo y cinismo, envidia y celos." En el DSM III, el extremo más delincente del eneatispo VIII viene reflejado bajo la etiqueta de personalidad antisocial, sobre la cual se ofrecen los siguientes criterios diagnósticos:

1. Incapacidad para mantener un comportamiento laboral consistente
2. Falta de capacidad para funcionar como un padre responsable
3. Fallo en la aceptación de normas sociales relativas a un comportamiento según las leyes
4. Incapacidad para mantener vínculos duraderos con la pareja sexual, promiscuidad
5. Irritabilidad y agresividad
6. Despreocupación del cumplimiento de obligaciones financieras
7. Falta de planificación de futuro
8. Descuido de la verdad, capaz de "falsedad" en provecho propio
9. Temeridad

Al ocuparse de la personalidad antisocial. Millón recomienda "ir más allá del juicio moral y social como base de los conceptos clínicos", y en esta línea cita en *"Disorders of Personality"* las siguientes descripciones de los criterios que propone en su formulación de la "Personalidad Activa Independiente", que sirvió de borrador inicial para lo que últimamente ha sido denominado como "personalidad antisocial" por el equipo de tareas del DSM III:

1. Afectividad hostil (p.ej., belicoso, su temperamento irascible estalla fácilmente, pronto a meterse en discusiones o ataques; exhibe con frecuencia comportamientos verbalmente abusivos y físicamente crueles)
2. Autoimagen asertiva (p.ej., se considera orgullosa-mente a sí mismo independiente, dotado de una vigorosa energía y testarudo)
3. Vengatividad interpersonal (p.ej., muestra satisfacción en humillar y menospreciar a los demás; desprecia el sentimentalismo, la compasión social y los valores humanísticos)
4. Ausencia hipertímica de miedo (p.ej., alto nivel de activación, evidente en su modo impulsivo, acelerado y forzado de responder; impertérritos ante el peligro y el castigo, se siente atraído por ellos)
5. Proyección malévola (p.ej., afirma que la mayoría de las personas son taimadas, controladoras y castigadoras; justifica sus propias actitudes esconfiadas, hostiles y vengativas adscribiéndoselas a los demás)

En un artículo leído ante la Asociación para el Avance del Psicoanálisis y que apareció en el *American Journal of Psychoanalysis* en 1948, Karen Horney proponía cambiar el término "sádico" aplicado a este carácter y establecer una interpretación psi-codinámica de la "vengatividad abiertamente agresiva" ¹¹⁴, en contraste con la vengatividad auto-negadora (eneatispo IV) y la "vengatividad desapegada" (eneatispo V), al margen de la teoría sexual de Freud. Encontramos de nuevo descripciones de este carácter en *"Our Inner Conflicts"* y en *"Neurosis ana Human Growth"*, en donde se considera al carácter vengativo como expresión de una categoría más general: la "solución del dominio" o solución expansiva (a la que ya me he referido en conexión con el eneatispo I). Este es un modo de ser en el que el individuo se identifica más con lo que su propio ser tiene de glorioso que con lo que tiene de despreciable. También:

"el atractivo de la vida consiste en dominarla. Ello conlleva la determinación, consciente o

¹¹⁴ Nuestro eneatispo VIII.

inconsciente, de superar cualquier obstáculo -dentro o fuera de sí mismo- y la creencia de que debería ser capaz, y que de hecho lo es, de hacerlo así. Debería poder dominar las adversidades del destino, las dificultades de una situación, las complejidades de la problemática intelectual, las resistencias de los demás, y los conflictos en sí mismo. El otro lado de su necesidad de dominio es su miedo a todo lo que pueda tener una connotación de desvalimiento; éste es el miedo más agudo que tiene."¹¹⁵

Bajo la etiqueta específica de la "solución expansiva", que nos concierne, Horney describe la principal fuerza motivadora en la vida:

"la necesidad de triunfar como venganza es un ingrediente ordinario en toda búsqueda de gloria. Nuestro interés se centra, pues, no tanto en la existencia de esta necesidad, cuanto en su abrumadora intensidad. ¿Cómo puede la idea de triunfar apoderarse de un individuo hasta el punto de gastar toda su vida en tratar de alcanzarlo?. Seguramente debe venir alimentada por múltiples y poderosas fuentes. Pero el conocimiento de estas fuentes por sí solo no basta para elucidar su formidable poder. Para llegar a una comprensión más plena, debemos aún enfocar el problema desde otra perspectiva. Aunque en otros pueda también ser agudo el impacto de la necesidad de venganza y de triunfo, se mantiene generalmente dentro de sus límites debido a tres factores: amor, miedo y auto-conservación. Sólo si estos tres frenos están funcionando mal temporal o permanentemente, puede la vengatividad implicar a la personalidad entera -convirtiéndose así en una fuerza integradora, como en Medea- y arrastrarla totalmente en una dirección única: la de la venganza y el triunfo [...] la combinación de estos dos procesos -impulso poderoso y frenos insuficientes- es la que da cumplida cuenta de la magnitud de la vengatividad."

Como vemos en esta descripción, Horney no puede omitir en su interpretación el aspecto psicopático de este carácter: la insuficiencia de sus frenos. Es como si la persona pensara que, así como en el pasado le tocó a ella sufrir humillaciones y limitaciones de manos de unos padres tiránicos o descuidados, así ahora le corresponde volver las cosas del revés y darse a sí misma placer, aun a costa del sufrimiento de los demás.

Parece que Horney, por lealtad al concepto de vengatividad, generaliza aquí en exceso a fin de incluir al eneatipo IV, como lo hace con su referencia a Medea (un prototipo de envidia) a título de ejemplo. Mientras que la persona envidiosa puede cometer un crimen pasional, el lujurioso puede ser criminal no tanto por imprudencia temeraria cuanto en virtud de su hostilidad generalizada, su insensibilidad, y su orientación antisocial. Fuera de esto, sin embargo, el retrato sigue ajustándose al del tipo lujurioso:

"Vive convencido de que en el fondo todo el mundo es malo y retorcido, que los gestos amistosos son hipócritas, que no es sino indicio de sabiduría mirar a todos los demás con recelo, a menos que el otro demuestre lo contrario. Pero incluso esa prueba dará paso enseguida a la sospecha a la menor provocación."

"En su comportamiento con los demás es abiertamente arrogante, y a menudo grosero y ofensivo, aunque alguna vez esto puede venir cubierto bajo una fina capa de educada cortesía. De forma sutil o burda, dándose o no cuenta de ello, humilla a los demás y los explota. Puede usar a las mujeres para la satisfacción de sus necesidades sexuales con total desconsideración a sus sentimientos. Con un egocentrismo aparentemente ingenuo tiende a usar a las personas como medio para sus propios fines. Con frecuencia entabla y mantiene contactos con las personas exclusivamente en base a la utilidad que puedan presentar para servir sus necesidades de triunfo: puede usar a la gente como escalones para su carrera, puede conquistar a mujeres influyentes, y someter a otros y convertirlos en seguidores que le sigan ciegamente, aumentando así su poder. Es un consumado maestro en el arte de frustrar a los demás, frustrar sus pequeñas y grandes esperanzas, sus necesidades de atención, de seguridad,

¹¹⁵ Horney, Karen, *"Our Inner Conflicts: A Constructive Theory of Neurosis"*, New York, W.W. Norton & Co., 1992.

de tiempo, de compañía, de disfrute. Cuando los demás se quejan de ese trato, es su sensibilidad neurótica la que les hace reaccionar así."

Otra expresión de su vengatividad, según Horney, es que:

"se siente con derecho a que se le respeten implícitamente sus necesidades neuróticas, y a que se le tolere su absoluto desprecio por las necesidades o deseos de los demás. Se siente, por ejemplo, con derecho a expresar sin ambages ni trabas todas sus observaciones y críticas desfavorables, y al mismo tiempo siente que nadie tiene derecho a criticarle a él."

Continúa comentando la autora que "sea cual sea lo que justifica la interna necesidad de tales pretensiones, ellos ciertamente manifiestan una desconsideración despreciativa hacia los demás." Cuando sus pretensiones no se cumplen, asumen una actitud de vengatividad castigadora "que recorre toda la gama desde la irritabilidad al enfurruñamiento, a culpabilizar a los demás, a accesos abiertos de rabia [...] la expresión inatenuada de sus sentimientos le sirve también como medio de afianzar sus pretensiones, intimidando a los demás hasta que entren en una actitud de sumiso apaciguamiento." La persona, que Horney describe como arrogantemente vengativa, se pone furioso consigo mismo y se reprende por "ponerse blando". Su necesidad de negar sus sentimientos positivos está íntimamente relacionada con su necesidad de triunfo, pues "el endurecimiento del sentimiento, originariamente necesario para la supervivencia, permite un crecimiento sin trabas de su impulso a imponer su dominio triunfante sobre la vida." Y no deja de subrayar la característica independencia de esta personalidad: "Para alguien tan aislado y tan hostil como él, es por supuesto importante no necesitar a los demás. De aquí que desarrolle un acusado orgullo de su propia y cuasi-divina autosuficiencia."

Sigue la autora comentando en torno al orgullo de la persona vengativa respecto de su honestidad, sinceridad y sentido de la justicia:

"No es preciso decir que ni es honesto, ni sincero, ni justo, ni posiblemente pueda serlo. Por el contrario, si alguien está decidido -inconscientemente- a abrirse camino en la vida sin tener en cuenta la verdad, ése es él... Pero si consideramos cuáles son sus premisas, podemos entender que él crea que posee estos atributos en alto grado. Devolver el golpe o -mejor- ser el primero en golpear, a él le parece (¡lógicamente!) que es un arma indispensable en medio del mundo hostil y retorcido que le rodea. No es sino perseguir inteligente y legítimamente el propio interés. Asimismo, el que no se cuestione la validez de sus pretensiones, su ira, y la expresión de ésta, a él le parece algo enteramente ga-rantizable y «franco»."

"Hay aún otro factor que contribuye en gran medida a su convencimiento de que él es una persona particularmente honesta, y que es importante mencionar. El ve en torno suyo mucha gente complaciente que se las dan de más amorosos, más simpáticos y más generosos de lo que de hecho son. Y en este aspecto, él es realmente más honesto. El no trata de pasar por ser una persona amistosa; de hecho, desprecia esa conducta."

Por último, reproduzco aquí las observaciones de Horney acerca de la escasa simpatía que este tipo de personas sienten por los demás:

"Esta carencia de simpatía tiene múltiples causas, que provienen de su hostilidad frente a los demás y de la falta de simpatía por sí mismo. Pero lo que tal vez contribuye más a su insensibilidad frente a los demás es la envidia que les tiene. Es una envidia amarga, no de este o aquel particular atractivo del otro, sino global, nacida del hecho de sentirse en general excluido de la vida. Y es verdad que con tantos enredos y manejos se excluye de hecho de todo lo que hace que la vida merezca ser vivida: del gozo, la felicidad, el amor, la creatividad, el crecimiento. Si cayéramos en la tentación de pensar en términos simplistas, podríamos decir aquí: ¿no es verdad que él mismo le ha vuelto la espalda a la vida?, ¿no se siente orgulloso de su capacidad ascética de no querer y no necesitar nada de nada?, ¿acaso no se protege continuamente de todo tipo de sentimientos positivos?. Entonces, ¿por qué habría de envidiar a los demás?. Pero el hecho es que lo hace. Naturalmente, si no lo analiza, su

arrogancia no le permitiría aceptar este hecho lisa y llanamente. Pero si se adentra en el análisis, puede decir algo en el sentido de que por supuesto a todos los demás les va mejor que a él."

Todo lo cual nos remite a un comentario que ya hicimos arriba: que así como puede considerarse que el núcleo de la envidia es la lujuria reprimida, también puede verse la lujuria como envidia reprimida.

Aunque intente ser más una descripción del temperamento que del carácter, no deberíamos dejar fuera de este comentario la somatotonía de Sheldon ¹¹⁶, pues así como la cerebrotonía encuentra su máxima expresión en el eneatispo V, así la somatotonía tiene su punto máximo en el eneatispo VIII. "Constitucionalmente relacionada con el desarrollo mesomórfico (esqueleto, músculos y tejido conjuntivo), la somatotonía expresa la función del movimiento y la depredación", dice Sheldon.

Relaciono a continuación los veinte rasgos somatotónicos usados por Sheldon en su investigación:

1. Postura y movimientos asertivos
2. Gusto por la aventura física
3. Energetividad característica
4. Necesidad y disfrute del ejercicio
5. Gusto por el dominio y el poder
6. Amor por el riesgo y el azar
7. Formas atrevidamente directas
8. Valor físico en el combate
9. Agresividad competitiva
10. Insensibilidad psicológica
11. Claustrofobia
12. Ausencia de compasión
13. Carencia de remilgos
14. Ruidosidad general
15. Supermadurez en apariencia
16. División mental horizontal
17. Extraversión somatotónica
18. Asertividad agresiva bajo los efectos del alcohol
19. Necesidad de acción cuando tiene problemas
20. Orientación hacia objetivos y fines juveniles

La conexión entre la somatotonía y el tipo lujurioso reafirma la idea original de que tras la personalidad psicopática subyace un factor constitucional -aunque no tenga por qué tratarse necesariamente de un "defecto" constitucional. Es fácil conjeturar que la estrategia de autoafirmación vengativa, es decir, el carácter sádico, sería la preferida por alguien que viene a la vida con una orientación constitucionalmente predispuesta a la acción y presta a combatir. En Jung podemos reconocer a nuestro eneatispo VIII bajo la etiqueta del Tipo Sensorial Extravertido ¹¹⁷, aunque sólo en su aspecto de realismo y en su tendencia lujuriosa, pero no en la dominante, pues Jung curiosamente dice que (al menos "en los niveles inferiores") este tipo, que "es amante de la realidad tangible, y poco inclinado a la reflexión", "no tiene deseos de dominio". Pese a esta discrepancia, la referencia que hace Jung a la descripción del "*Genussmensch*" (gozador) de Wulfen, su comentario en el sentido de que este tipo "no es en absoluto incapaz de ser amado", que por el contrario "su despierta capacidad de disfrute le

¹¹⁶ Sheldon, W.H., "*The Varieties of Temperament*", New York, Harper & Brothers, 1942.

¹¹⁷ Jung, C.G., obra cit.

convierte en una muy buena compañía", más su observación acerca del poco interés que muestra por toda conjetura que sobrepase lo concreto, y que lo que busca con más ahínco es intensificar sus sensaciones, dejan pocas dudas sobre la identidad de este carácter, cosa que confirma su observación acerca de su característica tendencia a explotar a los demás:

"Aunque el objeto se convierte para él en algo totalmente indispensable, no obstante, en cuanto algo que existe por derecho propio, queda para él desvalorizado. Lo explota y lo exprime sin piedad, puesto que ahora su única utilidad es la de estimular sus sensaciones."

La inclinación antisocial del tipo sensorial extravertido viene también insinuada por Jung, cuando señala que su actitud permisiva acepta indiscriminadamente todo cuanto ocurre, y que "aunque esto no implica en modo alguno una falta absoluta de respeto a la ley ni una ausencia de frenos en su conducta, sí le priva, no obstante, del poder esencial restrictivo que supone el juicio."

En el campo de la medicina homeopática, el remedio que le viene mejor al eneatispo VIII es *Nux Vómica*, que se prepara a partir de la semilla de *Strichnos nux vómica*, la fuente natural de la estricnina. Como típicamente es recetada para estados físicos de excitación e hiperestimulación, se la ha llamado la "medicina del estado de ánimo" (Tyler).¹¹⁸ Hahnemann escribía: "*Nux* tiene éxito principalmente con personas de carácter ardiente, de temperamento irritable e impaciente, predisuesto a la ira, al desprecio y al engaño."

Catherine Coulter describe la personalidad para la que *Nux Vómica* constituye el remedio más adecuado, como irritable, deseosa de poder y proclive a las adicciones. "Dado a beber en épocas de depresión, este tipo puede llegar a ser abusivo e incluso violento; es el alcohólico prototípico que puede pegar a su mujer o abusar de los niños." Afirma, citando a Hahnemann, que es "fiero e inflamable", "un barril de pólvora al que la menor chispa puede hacer explotar." Puede también ser "rígido, irritable e inquieto en su comportamiento." Observa esta autora que "éstos son los signos exteriores de su inestabilidad psíquica y su incapacidad para dejar que las cosas se muevan a su propio ritmo natural. Si las cosas van demasiado suaves en casa o en el trabajo, él se ocupa de removerlas. Constantemente suscita temas conflictivos o expresa opiniones contradictorias."

Especialmente confirmatoria de la actitud del eneatispo VIII es la observación de Coulter acerca de la negativa de este tipo "a intentar siquiera refrenar su temperamento [...] Incluso un hombre de negocios de éxito, sagaz por lo demás, puede olvidarse completamente de sí mismo y perderse en un acceso temperamental por una nimiedad, en manifiesto desafío a todas las reglas civilizadas de comportamiento, actuando con total descuido e inconsciencia de la impresión que pueda estar causando en los demás."

Igualmente adecuada resulta la observación de que "el tipo *Nux Vómica* puede recurrir a «proferir invectivas mezcladas con expresiones faltas de delicadeza» (Hahnemann), o «irreverencias» (Boenninghausen)."

Asimismo encontramos un eco de la actitud no intelectual del eneatispo VIII (que comparte con eneatispo IX) en la descripción de la dificultad para concentrarse, la impaciencia y la escasa disposición para el trabajo intelectual que presenta la personalidad *Nux*.

Con respecto a la autoridad y el poder, comenta Coulter la "naturaleza autoritaria" de este tipo, tanto en la casa como en el lugar de trabajo, y añade:

"Pero cuando el tipo *Nux* persigue con toda ambición sus intereses, tratando de alcanzar la cima, no sólo «usa» a los demás para elevarse él mismo, sino que, para conseguir su propósito está dispuesto en ocasiones a pisotear a quienes no piensan como él o simplemente se cruzan en su camino."

Este comentario acerca de *Nux Vómica* no quedaría completo, sin embargo, sin resaltar que la descripción de la personalidad asociada con ella incluye también rasgos que resultan con-

¹¹⁸ Coulter, Catherine R., obra cit., vol. 2. Todas las citas relativas a la *Nux Vómica* se reproducen de las pp. 3-46 con permiso de la autora.

tradictorios con los propios del eneatipo VIII. Mientras Coulter afirma que los rasgos arriba descritos pueden coexistir con los de hipersensibilidad y perfeccionismo, yo pienso que no son los mismos individuos quienes muestran esos rasgos, sino que en la descripción de la "personalidad *Nux*" estos rasgos responden a la observación no solamente de individuos pertenecientes al eneatipo VIII, sino también de algunos otros de entre los más irritables pertenecientes a los eneatispos I y IV. Decididamente no resulta aplicable al eneatipo VIII decir que "el umbral doloroso de este tipo es extremadamente bajo" (rasgo del eneatipo IV), o que "por su naturaleza quisquillosa y precisa nunca se siente contento ni satisfecho, y «constantemente» se siente perturbado por lo que le rodea." ¹¹⁹

Particularmente característico del eneatipo I es lo siguiente:

"El tipo *Nux Vómica* tiende a criticar desde la virtud (él es todo aquello que los demás, según él, no son: organizado, eficaz, lúcido), y tiende a «reprochar» (Hahnemann) los fallos o defectos distintos de los propios, mientras que se muestra razonablemente tolerante con los que resultan semejantes a los suyos."

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Lujuria

Así como la ira puede considerarse como la más escondida de las pasiones, la lujuria es probablemente la más visible, en lo que parece una excepción a la regla general de que, donde hay una pasión, existe también un tabú o prejuicio en la psique contra ella. Digo «parece» porque aunque el eneatipo lujurioso está apasionadamente a favor de su lujuria y de la lujuria en general como forma de vida, el propio apasionamiento con el que adopta esta postura denuncia una actitud defensiva, como si necesitara demostrarse a sí mismo y al mundo que lo que todos llaman malo, en realidad no lo es.

Algunos de los rasgos específicos que implican lujuria -tales como «intensidad», «fruición», «contacto», «gusto por la comida», etc- están íntimamente ligados al estrato constitucional de esta personalidad. La disposición sensomotora (el transfondo so-matotónico de la lujuria) puede considerarse como la base natural en la que se apoya la lujuria propiamente dicha. Otros rasgos, como el hedonismo, la tendencia al aburrimiento cuando no hay estímulo suficiente, el ansia de excitación, la impaciencia y la impulsividad, pertenecen al ámbito de la lujuria propiamente dicha.

Debemos tener en cuenta que lujuria es más que hedonismo. En la lujuria no sólo hay placer, sino también placer en reafirmar la satisfacción de los impulsos, placer por lo prohibido y, particularmente, placer de *luchar por el placer*. Además del placer en sí mismo, hay aquí una dosis de cierto dolor que se ha transformado en placer: o el dolor de aquéllos que han sido «víctimas» de la satisfacción de uno, o el dolor implícito en el esfuerzo de superar los obstáculos del camino hacia la satisfacción.

Es esto lo que hace de la lujuria una pasión por la intensidad y no sólo por el placer. La intensidad extra, la excitación extra, la «especia», no viene sólo de la satisfacción de los instintos, sino también de una lucha y un implícito *triunfo*.

Actitud castigadora

Otro grupo de rasgos íntimamente ligado a la lujuria es el que podría ser clasificado como castigador, sádico, explotador, hostil. Entre tales rasgos encontramos la «brusquedad», el «sarcasmo», la «ironía» y los de ser intimidador, humillante y frustrante. De todos los

¹¹⁹ obra cit., pp. 12-13.

caracteres, éste es el más airado y el menos intimidado por la ira.

Es a esta característica iracunda y castigadora del eneatipo VIII a la que Ichazo se refiere al llamar a la fijación del lujurioso «venganza». Esta palabra, sin embargo, tiene el inconveniente de estar asociada al carácter más abiertamente vengativo, el eneatipo IV, cuyo odio se manifiesta a veces en explícitas *vendettas*. En este sentido, el eneatipo VIII no es marcadamente vengativo; por el contrario, el individuo responde airadamente en el momento y supera rápidamente su irritación.

La venganza que está más presente en el eneatipo VIII es (aparte de ese «quedar empatados» con la respuesta inmediata) una venganza a largo plazo, en la que el individuo se toma la justicia por su mano en respuesta al dolor, la humillación y la impotencia que sintió en su primera infancia. Es como si quisiera cambiar los papeles en el mundo y, después de haber sufrido frustración o humillación para placer de otros, hubiera determinado que ahora es su turno de obtener placer, aunque eso conlleve dolor para otros. O *especialmente* entonces, porque también en esto puede consistir la venganza.

El fenómeno sádico de disfrutar con la frustración o humillación de los demás puede considerarse como una transformación de tener que vivir con la de uno mismo (como un subproducto del triunfo vengativo), igual que la *excitación* de la ansiedad, los gustos fuertes y las experiencias recias representan una transformación del dolor en el proceso de endurecerse uno mismo ante la vida.

La característica antisocial del eneatipo VIII, como la propia rebeldía (en la que se apoya), puede considerarse como una reacción de enfado ante el mundo y, por lo tanto, como una manifestación de castigo vengativo. Lo mismo se puede decir de la dominación, la insensibilidad y el cinismo, junto con sus derivados. La intención castigadora puede tomarse como la fijación del carácter sádico o explotador y podemos considerar que Horney y Fromm se adelantaron a su época al poner de relieve estas últimas características que he mencionado.

Rebeldía

Aunque la propia lujuria implica un elemento de rebeldía en su asertiva oposición a la inhibición del placer, la rebeldía sobresale como un rasgo por sí mismo, más prominente en el eneatipo VIII que en cualquier otro carácter. Aunque el eneatipo VII es anticonvencional, el énfasis de esta rebeldía es intelectual. Es una persona de «ideas avanzadas», quizá de ideas revolucionarias, mientras que el eneatipo VIII es el prototipo del activista revolucionario.

Sin embargo, más allá de las ideologías específicas, se da en este carácter no sólo una fuerte oposición a la autoridad, sino un menosprecio de los valores impuestos por la educación tradicional. En virtud de esa frontal invalidación de la autoridad, ser "malo" se convierte automáticamente en la forma adecuada de ser.

Normalmente, puede buscarse el origen de la rebeldía generalizada contra la autoridad en una rebeldía frente al padre, que es el portador de la autoridad en la familia. Con frecuencia, los individuos de carácter vengativo han aprendido a no esperar nada bueno de sus padres e, implícitamente, han llegado a considerar el poder paterno como ilegítimo.

Dominación

Estrechamente relacionada con la hostilidad característica de este eneatipo, está la dominación. Puede decirse que la hostilidad está al servicio de la dominación y puede considerarse la dominación, a su vez, como una expresión de la hostilidad. No obstante, la dominación también realiza la función de proteger al individuo de una posición de vulnerabilidad y dependencia.

Relacionados con la dominación hay rasgos tales como la «arrogancia», «búsqueda de poder»,

«necesidad de triunfo», «colocar a los demás por debajo», «competitividad», «actuar como alguien superior», etc. También en relación con estos rasgos de superioridad y dominación están los correspondientes rasgos de desdén o desprecio por los demás.

Es fácil apreciar cómo la dominación y la agresividad están al servicio de la lujuria: particularmente en un mundo que espera la contención del individuo, sólo el poder y la capacidad de luchar por los propios deseos puede permitir al individuo dar rienda suelta a su pasión de expresar el impulso.

La dominación y la hostilidad están al servicio de la venganza, como si el individuo hubiera decidido en los primeros años de su vida que no vale la pena ser débil, adaptable o seductor, y se ha orientado hacia el poder en un intento de tomarse la justicia por su mano.

Insensibilidad

También muy relacionados con la característica hostil del eneatipo VIII, existen rasgos de rudeza, manifiesta en descriptores tales como «confrontación», «intimidación», «implacabilidad» y «encallecimiento». Estas características son una clara consecuencia de un estilo de vida agresivo, no compatible con el miedo o la debilidad, el sentimentalismo o la pena.

En conexión con esta cualidad de ser no sentimental, realista, directo, brusco y categórico, existe un correspondiente desprecio por las cualidades opuestas de debilidad, sensibilidad y, particularmente, miedo. Podemos decir que un ejemplo específico del embrutecimiento de la psique es la característica de correr riesgos exagerados, mediante la cual el individuo niega sus propios miedos y da rienda suelta al sentimiento de poder generado por su conquista interna.

Este correr riesgos, a su vez, alimenta la lujuria, porque el individuo del eneatipo VIII ha aprendido a desarrollar ansiedad como fuente de excitación y, más que *sufrir*, ha aprendido - por un fenómeno masoquista implícito- a sumirse en la absoluta intensidad de ésta. Así como su paladar ha aprendido a interpretar las sensaciones dolorosas de las especias picantes como placer, la ansiedad -y/o el proceso de endurecimiento contra ella— se ha convertido, más que en un placer, en una adicción psicológica, algo sin lo cual la vida parece sosa y aburrida.

Embaucamiento y cinismo

Los siguientes dos rasgos pueden considerarse íntimamente ligados. La actitud cínica hacia la vida de la personalidad explotadora fue puesta de manifiesto por Fromm en los rasgos de escepticismo, tendencia a considerar siempre la virtud como hipócrita, desconfianza de los motivos de los demás, etc. En estos rasgos, como en la dureza, vemos la expresión de un modo de ser y de una visión de la vida como una lucha "a uñas y dientes".¹²⁰

En relación al embaucamiento y a la astucia, hay que destacar que el eneatipo VIII es más descaradamente engañador que el eneatipo VII y es fácil verlo como un estafador, el típico «vendedor de coches usados» que sabe regatear asertivamente.

Exhibicionismo (narcisismo)

Las personas del eneatipo VIII son entretenidas, ingeniosas y a menudo encantadoras, pero no vanidosas en el sentido de preocuparse por lo que aparentan. Su seducción, fanfarronería y demandas arrogantes son conscientemente manipuladoras, constituyen un engranaje dispuesto para ganar influencia y altura en la jerarquía de poder y dominio.

¹²⁰ Fromm, E., *Ética y psicoanálisis*

También constituyen una compensación de la explotación y la insensibilidad, una manera de ganarse a los demás o de hacerse aceptables a pesar de sus rasgos de irresponsabilidad, violencia, invasión, etc.

Autonomía

Como señaló Horney, no podríamos esperar otra cosa que autoconfianza de alguien que se toma a los demás como competidores en potencia o como objetos de explotación. Junto con la característica autonomía del eneatispo VIII, está la *idealización de* la autonomía, un correspondiente rechazo de la dependencia y de los esfuerzos pasivo-orales.

El rechazo de estos rasgos pasivos es tan notable que Reich afirmó que el carácter fálico-narcisista constituye precisamente una defensa contra ellos.¹²¹

Predominio sensomotor

Más allá de los conceptos de lujuria y hedonismo, rebeldía, castigo, dominación y búsqueda de poder, embrutecimiento, aficción al riesgo, narcisismo y astucia, existe en el eneatispo VIII el predominio de la acción sobre el intelecto y el sentimiento, porque éste es el más sensomotor de los caracteres.

La típica orientación del eneatispo VIII hacia un «aquí y ahora» tangible y concreto -la esfera de los sentidos y de las sensaciones corporales en particular- es un aferramiento lujurioso al presente y una impaciencia excitada ante el recuerdo, las abstracciones o las anticipaciones, así como una insensibilidad ante la sutileza de la experiencia estética y espiritual. La concentración en el presente no es simplemente una manifestación de salud mental, como podría ser en otras disposiciones de carácter, sino también la consecuencia de no tener por real nada que no sea tangible y estímulo inmediato para los sentidos.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

Cuando consideramos qué mecanismos podrían ser los más característicos del carácter lujurioso-vengativo, nos choca ver como esta disposición de la personalidad gravita en dirección opuesta a la represión de la vida instintiva, que Freud destacó en la neurosis en general. Realmente, si la inhibición de la sexualidad es manifiesta en la mayoría de los caracteres (excepto en los eneatispos II y, hasta cierto punto, VII) y la inhibición de la agresión es aún más generalizada, lo que caracteriza a la impulsividad del lujurioso es la no inhibición de ambas, aunque Reich, en su interpretación del carácter fálico-narcisista, expresaba el punto de vista de que toda esta orientación hacia la vida puede entenderse como una defensa antinatural: una defensa contra la dependencia y la pasividad. Nosotros diremos que el sobremasculino tipo VIII se esfuerza en mantener una asertividad y una agresividad excesivas para evitar una posición de indefensión «femenina», una indefensión que implicaría sumisión a las constricciones sociales y una renuncia a los propios impulsos.

También, para compensar los sentimientos de culpa, vergüenza y falta de valor que evoca su desconsideración hacia los otros, el individuo ha puesto en marcha un proceso de negación de la culpa y de represión (en un sentido amplio de la palabra) del superego, más que del ello. Esta rebeldía contra las inhibiciones, en una actitud de solidaridad con el perro de abajo intrapsíquico, no parece haber recibido ningún nombre específico en el psicoanálisis, aunque puede ser considerada similar a la negación, hasta el punto de que hay un rechazo de la autoridad internalizada y de sus valores. Dado que Freud usó la expresión «negación»

¹²¹ Reich, W., *Análisis del carácter*. Ed. Paidós. Barcelona, 1986

(*verleugnung*) para referirse sobre todo al rechazo de la realidad externa, prefiero no usarla en estas líneas, excepto de un modo metafórico, y simplemente destacar la necesidad de un término más específico para denotar la represión de un lado conflictivo que no es el instintivo, sino el *contrainstintivo*. Una expresión como *contrarrepresión* o *contraidentificación* podría servir para este propósito, particularmente la última, visto que los rasgos de rebeldía pueden entenderse como identificaciones inversas con los comportamientos y actitudes que esperan la sociedad y los padres. La oposición del tipo VIII al tipo IV en el Eneagrama sugiere, sin embargo, que «*contraitroyección*» podría ser incluso más específico, ya que, a diferencia del tipo IV, que continuamente trae a su psique malos objetos como cuerpos extraños, el tipo VIII es todo lo contrario de alguien que quiera tragar: está más dispuesto a vomitar lo que no esté de acuerdo con sus deseos. Igualmente característico de la manera de represión del tipo VIII es la capacidad especialmente desarrollada de mantener el *dolor* fuera de la conciencia, una condición en que la persona puede no enterarse de una fiebre alta o de una infección en el oído medio, por ejemplo. A un nivel psicológico, la insensibilidad al malestar psicológico de los individuos sádicos y de mente tosca supone una relativa insensibilidad a la vergüenza y explica una aparente falta de culpa. Esta insensibilidad está detrás de la típica atracción de los lujuriosos por la ansiedad y el riesgo, que no es evitada sino «sádicamente» transformada en un estímulo, en una fuente de excitación (un acto de sadismo contra sí mismo). A esta característica elevación del umbral de dolor, que puede ser entendida como la base tanto de un encañecimiento como de un desistir de las expectativas de amor de los demás y un volverse contra los valores de la sociedad, podemos llamarla *desensibilización*.

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS ¹²²

Constitucionalmente, los individuos pertenecientes al eneatipo VIII tienden a ser mesoendomórficos, y, de todos, este tipo de ego es el más mesomórfico, ¹²³ lo que sugiere que la "elección" que de un estilo interpersonal asertivo y pugnaz hace el individuo, ha venido fuertemente apoyada por su propia constitución. Es también uno de los más ectopénicos ¹²⁴, y la correspondiente falta de cerebrotonía puede considerarse como el trasfondo de su actitud altamente extravertida.

Es posible imaginar que el influjo de un temperamento somatotónico, genéticamente determinado, sobre la formación del carácter no es simple, sino indirecto, al igual que un niño ruidoso o alguien excesivamente vehemente en sus deseos puede fácilmente provocar rechazo o castigos, que a su vez estimularán su propia autoasertividad y rebeldía. La siguiente historieta ilustra ese efecto indirecto con respecto a lo que parece ser un innato sentido de aventura:

"Me recuerdo, cuando tenía cuatro años, corriendo por la playa en dirección al infinito. Salieron a buscarme en un bote de motor, y me encontraron fuera del alcance de la vista. «¿Qué estás haciendo aquí?». «Estoy mirando las estrellas». Entonces mi padre me pegó." Puede decirse en términos generales que el individuo perteneciente al eneatipo VIII ha

¹²² En el capítulo que Cooper y otros dedican a la personalidad antisocial en su "*Psychiatry*", William H. Reid encuentra cierta evidencia de correlación orgánica con este síndrome. "Los datos más fiables subrayan características autonómicas que indican niveles rebajados de ansiedad de fondo, reacción autónoma disminuida frente a ciertas formas de stress, y cambios en la velocidad de recuperación autónoma de dicho stress." Según él, "ninguna experiencia, o conjunto de experiencias, relativas al desarrollo temprano resulta predictiva en alto grado de una posterior sociopatía", aunque añade que "el tema más importante con respecto a los padres parece ser el de si eran o no <sociopáticos>." Pues, "a nivel estadístico, aparece asociada de forma consistente la conducta antisocial o criminal con el hecho de haber tenido padres antisociales."

¹²³ esto es, alguien cuya constitución es primariamente "atlética" y secundariamente "visceral".

¹²⁴ Esto es, bajo en ectomorfismo, es decir, con una constitución de aspecto esbelto.

decidido implícitamente buscar fuera del hogar una vida mejor, y no es infrecuente encontrar que se marchó de casa muy pronto. Un factor puede ser la falta de cuidados, o incluso la ausencia de hecho de un entorno hogareño (como sucede con los niños delincuentes en zonas muy pobres), y mi impresión es también que la violencia en el hogar es más frecuente en sus biografías que en las de los restantes caracteres, y en tales casos es fácil entender que se hayan desarrollado actitudes de insensibilidad, endurecimiento y cinismo.

No obstante, en otros casos no son tan evidentes los factores conducentes a una desilusión del amor de los padres, como notablemente sucede en el caso en que uno de entre otros varios hijos manifiesta estas características, y los demás no. Podemos pensar que en tales casos hubo experiencia de castigos comunes a todos, pero que fueron diferentemente interpretados, de modo que un hermano pudo hacerse sumiso, a fin de lograr el afecto de sus padres, y otro, más humillado e iracundo, se vuelve aventurero a la búsqueda de un entorno mejor. En ocasiones, otro factor que favorece el desarrollo de este carácter es la identificación con otro miembro de la familia, como ocurre en la cita siguiente en donde coincide el dolor con la imitación del carácter:

"Desde que era pequeño, me sentía invadido. Era como la invasión de los bárbaros. Asaltado violentamente, el jefe era mi abuela. Mi abuela era claramente «un ocho», y yo era su ojito derecho; yo era el primero, y el heredero de toda su historia."

En otros casos, el estímulo de la rebeldía fue un padre tirano perteneciente al eneatispo VI, que constituye un trasfondo comprensible para alguien que no es sólo rebelde, sino que ha aprendido a sobrevivir por medio de la intimidación.

Aunque pueda decirse, en términos generales, que el eneatispo VIII, como el V, ha abandonado pesimistamente la búsqueda de amor, hasta el punto de dudar cínicamente que haya buenas motivaciones y tender a percibir la expresión de sentimientos positivos como sentimentalismo, podemos también hablar, como en otros caracteres, de una sustitución de un deseo originario de amor. Como sucede en el eneatispo I, la búsqueda de amor se convierte en búsqueda de respeto, y en este respeto es donde encuentra la "prueba del amor". El eneatispo VIII siente que la "prueba del amor" está implícita en la disposición del otro a dejarse poseer, dominar, usar, y -en casos extremos- dejarse pegar. Consiguientemente, todos estos comportamientos y actitudes se convierten, con el paso del tiempo, en substitutos del *amor*.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

El sobredesarrollo de la acción al servicio de la lucha en un mundo peligroso en el que no se puede confiar es quizá la manera fundamental en la que el carácter del eneatispo VIII no llega a constituirse como plenamente humano. Para esclarecer más profundamente su interpretación existencial, necesitamos comprender el círculo vicioso en el que no sólo el oscurecimiento óptico sustenta a la lujuria, sino que la lujuria, en su impetuoso aferramiento a lo tangible, implica un empobrecimiento de las cualidades de ternura y sutilidad, lo cual resulta en una pérdida de la totalidad y, por lo tanto, en una pérdida de ser. Es como si el carácter lujurioso, en su impaciencia por la satisfacción, desplazara su objetivo hacia una noción excesivamente concreta de placer, riqueza, triunfo, etc., sólo para descubrir que este logro, sustituto del ser, le deja para siempre insatisfecho, anhelante de intensidad.

La situación puede explicarse mediante el paradigma del violador una extrapolación de la visión lujuriosa que el depredador tiene de la vida. Ha abandonado la expectativa de ser querido, por no mencionar el amor. Da por hecho que sólo conseguirá lo que él tome. Como tomador, no podría triunfar si tuviera que preocuparse por el capricho de los sentimientos de los demás. La forma de ser un ganador es clara: poner el ganar por encima de todo lo demás; igualmente, la manera de satisfacer las propias necesidades es olvidar a los demás. Sin embargo, el mundo sin otros del antisocial eneatispo VIII no está más lleno de verdadera

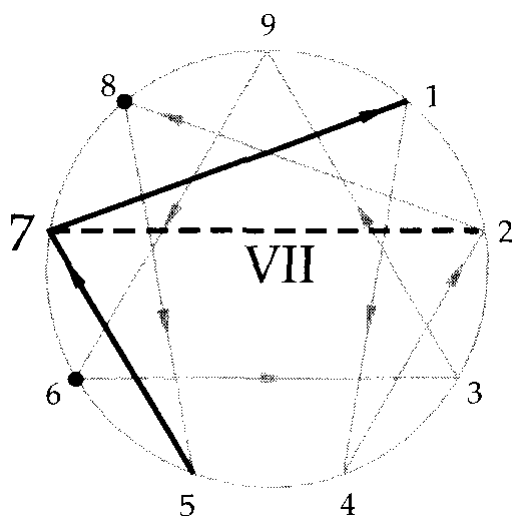
vivencia que el del esquizoide eneatispo V. Así como el esquizoide pierde la experiencia del valor y del ser mediante la pérdida de la relación, lo mismo ocurre con el psicópata, a pesar de parecer dado al contacto, comprometido y rebosante de intensa emoción.

El paradigma del violador también puede servir como fondo para tratar más adelante la apariencia del ser, que el eneatispo sádico no sabe que persigue. La concreción de un deseo que es excesivamente sensorial (aquí un interés por el placer sexual no acompañado de un interés en la relación) es una imagen con la que podemos mostrar cómo la concreción del saludable impulso de relacionarse, lejos de orientarse hacia la realidad de la situación (como piden los «fálico-narcisistas realistas»), supone una evidente falta de realidad psicológica. La situación implica una sexualización de la personalidad centrada en la lujuria, como resultado de la represión, negación y transformación de la necesidad de amor.

Aunque pueda estar oculta tras la expansión entusiasta, la alegría y el encanto seductor del lujurioso, es la pérdida de la relación, la supresión de la ternura y la negación de la necesidad de amor lo que origina la pérdida de totalidad y de sentimiento de ser.

Así pues, el eneatispo VIII persigue el ser en el placer y en el poder para encontrar este placer, pero por la insistencia en el exceso de poder se hace incapaz de recibir, siendo así que el ser sólo se puede conocer con una actitud receptiva. Al pedir obstinadamente satisfacción dondequiera que pueda imaginar un atisbo de satisfacción, como Nasrudín al buscar su llave en el mercado, perpetúa una deficiencia óptica que sólo alimenta su lujuriosa búsqueda de triunfo y otros sustitutos del ser.

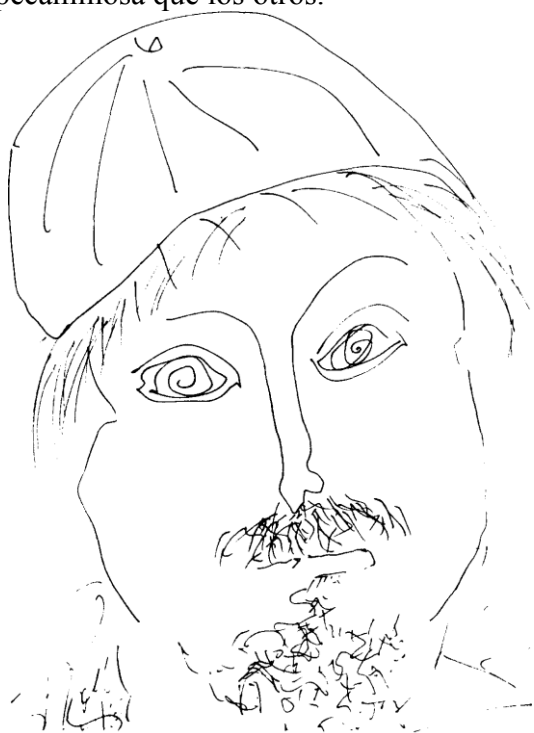
CAPÍTULO QUINTO ENEATIPO VII



GULA, FRAUDULENCIA Y "PERSONALIDAD NARCISISTA"

1. NÚCLEO TEÓRICO. NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA

En el mundo cristiano se incluye la gula entre los siete "pecados capitales", aunque su interpretación usual como gula por la comida la hace parecer, de alguna manera, menos pecaminosa que los otros.



E.J. Gold, *Músico de jazz* Pluma y tinta, 11" x 15", 1968

Sin embargo, no estaría incluida entre las actitudes pecaminosas básicas si el significado original del término -como ocurre con la avaricia y la lujuria- no fuera más allá de su sentido literal. Si entendemos la gula más ampliamente, en el sentido de una pasión por el placer, podemos decir que ésta es, definitivamente, un pecado capital, en la medida en que implica una desviación del potencial del individuo para la autoactualización.

El hedonismo es una atadura para la psique y supone (mediante la confusión) un obstáculo en la búsqueda del *summum bonum* y una trampa. Podemos decir que la debilidad por el placer trae consigo una susceptibilidad general a la tentación, y así podemos entender la afirmación de Chaucer en su "Cuento del Cura" de que "aquél que es adicto al pecado de la gula no puede resistir la tentación de ningún otro pecado."

Cuando oí por primera vez las ideas de Protoanálisis de Ichazo fue en español. El usaba la palabra "charlatán" para el individuo del eneatiipo VII (y "charlatanismo" para la fijación). También es necesario entender esta palabra no sólo de modo literal: el glotón es alguien que se acerca al mundo mediante la estrategia de las palabras y las "buenas razones", alguien que manipula mediante el intelecto. La palabra que más tarde usaría Ichazo para esta personalidad,

"ego-plan", hace referencia al hecho de que el "charlatán" es también un soñador. En realidad, su charlatanismo puede interpretarse como tomar (u ofrecer) los sueños como realidades.

Pero yo pienso que "charlatanismo" es más evocador, porque la planificación también es un rasgo prominente de los eneatis I y III, mientras que "charlatanismo" conlleva significados adicionales, como habilidad expresiva y el papel de persuasor y manipulador de palabras, sobrepasando sinuosamente los límites de su conocimiento. Más que un mero planificador, el eneatis VII es un "intrigante", con ese carácter estratégico que La Fontaine (que tenía esa disposición de carácter) simbolizó en el zorro.

Ichazo caracterizó la gula como un "querer más"; yo dejo que mis lectores glotones decidan cuál puede ser la interpretación más profunda. Mi impresión es que, aunque esta descripción es caracterológicamente adecuada, apunta hacia una insaciabilidad que los glotones comparten con el lujurioso.

De igual modo, aunque es cierto que a veces los glotones imaginan que más de lo mismo les reportaría un mayor placer, también es cierto que, más característicamente, *no* son buscadores de más de lo mismo, sino (románticamente) buscadores de lo remoto y lo curioso, buscadores de la variedad, la aventura y la sorpresa.

En el lenguaje del DSM III, el síndrome del eneatis VII recibe el nombre de "narcisista", aunque debemos tener en cuenta que es una palabra que también han usado diferentes autores para otras personalidades.¹²⁵

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

La imagen que me resulta más aproximada a nuestro eneatis VII es la que da Schneider de aquellos a los que denomina "lábil".¹²⁶ Creo que en la clasificación de Schneider un individuo del eneatis VII podría ser diagnosticado, ya como esa variante del "hipertímico" a la que se etiqueta de "hipomaniaco", ya como lábil. A esta última clase de persona la describe como "sensible, altamente influenciado por el mundo exterior, inclinada al autoanálisis. Sin llegar a ser depresiva, está sujeta a excesos ocasionales de tristeza o irritación." En un nivel más ordinario de salud mental, destaca el rasgo de "saciarse y aburrirse fácilmente con las cosas [...] una especie de inquietud parece invadir a este sujeto, especialmente en primavera; un deseo compulsivo de variedad y novedad... Una manifestación especial de esta personalidad es la del vagabundeo." Cita también a Stier, autor de un estudio específico sobre la deserción: "En todas estas investigaciones uno encuentra cosas muy diferentes; en parte el miedo al castigo o la nostalgia, en parte el vagabundeo puramente social del solitario, en parte una afición romántica a la aventura o el deseo de novedad."

Puesto que la traducción aproximada de la gula a la terminología moderna es la "oralidad receptiva", resulta apropiado, a la hora de volvernos de las fuentes literarias hacia las psicológicas, empezar por considerar el tipo oralmente gratificado de Karl Abraham,¹²⁷ que se caracteriza "por un exceso de optimismo que no decrece ante la experiencia de la realidad; por su generosidad, su comportamiento social brillante y sociable, su accesibilidad a las nuevas ideas y ambiciones, acompañada de expectativas confiadas."

La siguiente afirmación de Abraham se refiere a la característica habilidad verbal del eneatis VII:

"Su anhelo de experimentar gratificación por medio de la succión se ha transformado en una necesidad de dar por medio de la boca, de modo que encontramos en ellos, junto al vehemente deseo de conseguirlo todo, la constante necesidad de comunicarse oralmente con otra gente;

¹²⁵ Por ejemplo, la mayoría de las ilustraciones clínicas en el libro de Lowen sobre el narcisismo corresponden a nuestro eneatis III.

¹²⁶ Schneider, Kurt, obra cit.

¹²⁷ Abraham, Karl, obra cit.

todo ello confluye en una necesidad urgente y pertinaz de hablar, conectada en la mayoría de los casos con una sensación de desbordamiento. Las personas de esta especie tienen la impresión de que su reserva de ideas es inagotable, y otorgan a lo que dicen un poder especial por su naturaleza un tanto inhabitual."

Estemos o no de acuerdo con la perspectiva de Freud y de Abraham con respecto a las fases del desarrollo de la libido y al papel de la sexualidad en la formación del carácter, la verdad es que el síndrome que recibe en psicoanálisis el nombre de "oral-receptivo" no es solamente un hecho observable, que corresponde a la psicología del eneatispo VII (así como el síndrome pasivo-agresivo se corresponde con el eneatispo IV), sino que su asociación con un amamantamiento feliz ha sido verificada estadísticamente.¹²⁸

Puede resultar de interés señalar que cuando Freud usaba la palabra "narcisista" en conexión con un tipo determinado de individuo, su imagen se correspondía con los rasgos del eneatispo VII y con la personalidad narcisista del DSM III, más que con los del desorden narcisista de personalidad que describe Kernberg.

En su obra "*Tipos Libidinales*", dice Freud:

"El interés principal se focaliza en la autoconservación. El tipo es independiente y no resulta fácilmente intimidable. La gente perteneciente a este tipo impresiona a los demás por su personalidad, quienes tienden por eso a apoyarse en ellos. Asumen fácilmente el papel de líder, y aportan un estímulo fresco al desarrollo cultural y frente al estado de descomposición de las condiciones existentes."¹²⁹

A pesar del uso extendido que se hace de la palabra "narcisismo" en relación con la actitud caracterológica correspondiente a una variedad de nuestro eneatispo V, es al eneatispo VII al que atribuye el DSM III la etiqueta de "narcisista", o, al menos, puede decirse que se da en él una yuxtaposición que es preciso subrayar. Examinaremos el tema en base a una revisión de la descripción que hace Millón de la personalidad narcisista:¹³⁰ "El narcisismo conlleva en su comportamiento social una cualidad de calma y seguridad en sí mismo", comienza por decir. De esta forma, el retrato corresponde decididamente a una persona del eneatispo VII, más que al típicamente torpe, dubitativo y tenso eneatispo V.

"Su aire aparentemente tranquilo y satisfecho de sí mismo es considerado por algunos como una señal de confiada ecuanimidad. Otros lo miran de un modo mucho menos favorable. Para ellos, esas conductas reflejan inmodestia, presuntuosidad, pretenciosidad, y una forma altiva, snob, engreída y arrogante de relacionarse con la gente."

Si en el caso de los individuos pertenecientes al eneatispo V podemos hablar de arrogancia encubierta, no se debe ello tanto a su forma de comportarse cuanto al contenido de su discurso. Típica de nuestro "charlatán" es una forma de comportarse, que implica una desenfadada sensación de encontrarse perfectamente, en contraste con la sensación de incómoda timidez propia del eneatispo V. Continúo con Millón:

"Los narcisistas parecen estar faltos de humildad y de generosidad y están en exceso centrados en sí mismos [...] De forma característica, aunque por lo general inconsciente, explotan a los demás, dando por sentado que pueden contar con ellos, y esperan que los demás les sirvan sin tener que darles gran cosa a cambio. Su presunción es percibida por la mayoría como falta de fundamento. Sus ínfulas y aire de superioridad traslucen una falta de substancia que las justifique."

Aunque esa expectativa de recibir que no va emparejada a la generosidad es algo que puede predicarse también de la avaricia, el estilo es diferente en la gula, como lo es también el nivel de explotación. Mientras que en el eneatispo V los sentimientos de superioridad coexisten codo a codo junto a sentimientos aún mayores de inferioridad, en el narcisista la proporción se

¹²⁸ Ver "*Breast Feeding And Character Formation*" de Frieda Goldman-Eisler, obra cit.

¹²⁹ Freud, S., "*Libidinal Types*", traducción inglesa en *Collected Papers*, vol. 5, p. 249, London, Hogarth, 1950.

¹³⁰ obra cit.

invierte: los sentimientos de superioridad son más visibles y están más presentes en la conciencia del individuo, mientras que los sentimientos de inferioridad están ocultos, negados y reprimidos. Sólo de los glotones puede decirse lo que Millón dice de los narcisistas: que "su comportamiento puede ser objetable, incluso irracional. Y la imagen que tienen de sí mismos es la de ser personas superiores, individuos superespeciales, que son acreedores a derechos y privilegios fuera de lo común. Esta visión de su propia valía está tan firmemente asentada en su mente, que rara vez se cuestionan su validez. Más aún, miran con desdén y desprecio a cualquiera que les falte al respeto que según ellos se les debe."

El siguiente párrafo de Millón evoca el aspecto planificador del eneatipo VII, así como el optimismo propio del oral receptivo:

"Los narcisistas son cognitivamente expansivos, ponen pocos límites a sus fantasías y racionalizaciones, y dejan correr a su imaginación, libre de las restricciones provenientes de la realidad o de las opiniones de los demás. Tienen inclinación a exagerar sus capacidades, a transformar libremente en éxitos sus propios fracasos, y a construir largas e intrincadas racionalizaciones que inflan su autoestima o justifican lo que consideran que se les debe, desvalorizando rápidamente a quienes rehusan aceptar o enaltecer su propia imagen."

Sumamente característica es la observación de que "enardecidos por los fáciles manejos de su propia imaginación, los narcisistas experimentan una sensación generalizada de bienestar en su vida cotidiana, un estado elevado de ánimo y una apariencia optimista. Su emocionalidad, aunque basada en su semigrandiosa distorsión de la realidad, es por lo general relajada, cuando no alegre y despreocupada. No obstante, caso de pincharse el globo, caen rápidamente, bien en un enfado e irritabilidad a flor de piel con los demás, bien en repetidos ataques de abatimiento, caracterizados por un sentimiento de humillación y vacío."

Los eneatis V y VII no sólo ofrecen el contraste de torpeza frente a seguridad en sí mismo, sino que difieren también con respecto a la atmósfera mental propia de cada uno de ellos: predominantemente dolorosa en el primero y placentera en el último:

"Los narcisistas sufren pocos conflictos. Su pasado les ha provisto, tal vez demasiado bien, de elevados ánimos y expectativas. En consecuencia, tienden a fiarse de los demás y a sentirse confiados en que las cosas habrán de ir bien para ellos."

No obstante, "a veces, la realidad les aplasta duramente. Los narcisistas pueden, incluso, considerar a las exigencias de la vida cotidiana como interferencias molestas. Tales responsabilidades las experimenta como degradantes, por cuanto importunan la ilusión que el narcisista acaricia de su propio ser como cuasi-divino, por lo que fácilmente encuentra una lista de pretextos para evadir cualquier tarea «pedestre», ya que los narcisistas están convencidos de que lo que creen tiene que ser verdad y lo que desean es necesariamente lo correcto. No sólo muestran un talento considerable a la hora de racionalizar su falta de consideración social, sino que asimismo utilizan con igual facilidad otros diversos mecanismos intrapsíquicos. No obstante, al reflexionar muy poco sobre lo que los otros piensan, sus maniobras defensivas resultan transparentes, un camuflaje pobre para un ojo avezado. Esta incapacidad de disimular más enteramente lo que les molesta contribuye también a que se les vea como engreídos y arrogantes."

Considero relevante incluir aquí algunas reflexiones de David Shapiro ¹³¹ acerca de los estilos impulsivos en general, ya que éstos se aplican, como él mismo advierte, tanto a "la mayoría de aquellas personas que habitualmente son diagnosticados como caracteres impulsivos o psicopáticos" (VIII), como a "algunos de aquellos a quienes se tipifica como caracteres neuróticos pasivos o como caracteres narcisistas" (VII).

Mientras puede decirse que uno es un impulsivo duro y el otro un impulsivo suave, podemos decir que ambos tienen empañados "sus sentimientos normales, su capacidad de deliberación

¹³¹ obra cit.

y su intención." Incluye aquí Shapiro las actitudes que se describen como pasivas, porque "las cualidades formales de ambas actitudes, la que se caracteriza por la impulsividad y la que proviene de una pasividad extrema, muestran estar muy íntimamente relacionadas. De hecho, pienso que resultaría acorde con la semejanza formal de ambos conjuntos de actitudes hablar de un estilo general pasivo impulsivo en la experiencia del impulso... Es la experiencia de haber ejecutado una acción significativa, no trivial, sin una sensación clara y completa de decisión, motivación o tenencia de un deseo. Es la experiencia, con otras palabras, de una acción que no se percibe como totalmente deliberada o como plenamente intencionada."

"Estas no son experiencias de compulsión externa o de sumisión a principios morales", explica, "sino experiencias desi-derivadas". Eso sí, "experiencias de un deseo excesivamente brusco, transitorio y parcial, de un deseo tan atenuado que difícilmente resulta comparable con la experiencia normal de querer o decidir alguna cosa, tan difuminado que hace posible e incluso plausible la súplica de ser considerado «culpable, pero sin premeditación»." Así, la típica afirmación "no quiero hacerlo, pero no puedo controlar mi impulso" -que Shapiro comenta puede traducirse por "no siento que tuviera que hacerlo, y deliberadamente me abstendría de hacerlo, pero si rápidamente, y mientras no estoy mirando, mis pies, mis manos o mi impulso lo hacen sin más, difícilmente se me puede reprochar por ello"- toma con frecuencia en los caracteres pasivos la forma de "yo no quería hacerlo, pero él me presionó y de algún modo yo me limité a dejarme ir."

Así como los freudianos se han percatado de este síndrome del eneatispo VII a la luz de sus presupuestos teóricos, así también Jung y sus sucesores se han familiarizado con él a la luz de su propio marco de referencia. Este tipo eminentemente orientado al futuro se caracteriza por la intuición: "La capacidad para intuir lo que aún no es visible, las potencialidades o posibilidades futuras que están en el fondo de una situación." Tomo la siguiente cita de "*Tipos Psicológicos*"¹³² de Jung:

"El intuitivo no se encuentra nunca en el mundo de los valores aceptados de la realidad, sino que tiene un olfato agudizado para todo lo que es nuevo o está surgiendo. Como está siempre buscando nuevas posibilidades y las condiciones establecidas le ahogan, se apodera de los nuevos objetos o situaciones con gran intensidad, a veces con extraordinario entusiasmo, sólo para abandonarlos con igual sangre fría [...] es como si toda su vida se desvaneciera en la nueva situación. Uno tiene la impresión, que él mismo comparte, de que siempre acaba de encontrar un último giro decisivo [...] Ninguna razón o sentimiento puede refrenarle o asustarle lo suficiente como para hacerle perder una nueva posibilidad, incluso si va en contra de todas sus convicciones anteriores [...] él tiene su propia moralidad característica, que consiste en guardar lealtad a su propia visión y someterse voluntariamente a su propia autoridad [...] Naturalmente, esta actitud encierra grandes peligros, pues con toda facilidad el intuitivo puede dilapidar su vida en cosas y en personas, derramando en torno suyo una abundancia vital que otros, y no él, son los que la viven."

La caracterización del eneatispo VII que hace Jung como intuición introvertida sólo parcialmente resulta confirmada al comprobarla mediante tests, ya que reconocemos esta pauta de personalidad en el retrato del INTJ (introvertido con más intuición que sensación, más pensamiento que sentimiento, y predominio del juicio sobre la percepción) que hacen Keirsey y Bates.¹³³ Observan éstos que los INTJ son los más confiados en sí mismos de todos los tipos, que miran al futuro más que al pasado, y que son tanto constructores de nuevos sistemas como aplicadores de modelos teóricos.

"Para los INTJ, la autoridad basada en posición, rango, título o publicación carece absolutamente de fuerza. No es un tipo susceptible de sucumbir a la magia de los slogans, consignas y santo y señas. Como sucede con el INTP, tampoco al INTJ le impresiona la

¹³² obra cit.

¹³³ obra cit.

autoridad [...]"

"Ninguna idea es tan exagerada como para no ser tomada en consideración. Los INTJ son naturalmente dados a los torbellinos de ideas, siempre abiertos y, de hecho, buscadores agresivos de lo nuevo."

"El INTJ manipula el mundo de la teoría como si de un gigantesco tablero de ajedrez se tratara, siempre a la búsqueda de estrategias y tácticas de alto rendimiento [...] el INTJ descarta rápidamente las teorías que no funcionan [...]"

"Los INTJ tienden, ordinariamente, a verbalizar lo positivo y a evitar comentarios de naturaleza negativa."

Para mí, el eneatispo VII se ajusta a la clase de personalidad que en homeopatía se asocia al *Sulphur*. Según las "*Concordancias Homeopáticas*" de D. Demarque (publicadas por el Centre d'Étude de Documentation Homeopathique) "las manifestaciones de carácter que se encuentran en sujetos que son sensibles al *Sulphur* no son patógenas. Existen al margen de todo episodio importante de enfermedad. La alegría, el optimismo, el disfrute de la vida no son, por supuesto, síntomas patológicos, ni indicadores de egoísmo o de una inclinación a la especulación filosófica."

¿No podría decir lo mismo del oral-optimista eneatispo VII una persona carente de toda sofisticación psicoterapéutica?. Es un hecho que los eneatispos IV y V parecen más enfermos que los caracteres felices -eneatispos VII, III, II y IX-. No obstante, sea o no patológica, la pauta del eneatispo VII ha sido reconocida por la práctica homeopática al describir la figura del disfruten egoísta, amante de las explicaciones y las generalizaciones.

Buscando en otra fuente ("*Matière Médicale Homeopathique*", de Michel Guermonprez, Pinkas, Tork), encuentro la descripción: "comportamiento cíclico, euforia, imaginación, inacción, irritabilidad, egoísmo." A continuación explica el "comportamiento cíclico" como una alternancia de fases de euforia ("sociable, optimista, charlatán") y de depresión. Ambas se describen como sigue:

"Ilusiones de belleza, éxito y grandeza. *Megalomanía*" "Ilusión de tener una inteligencia superior: sistemas, técnicas, síntesis, inventos, imaginación exuberante pero teóricamente errónea."

"Especulación metafísica y filosófica" "*Mitomanía*: fraudes bellamente ilustrados" "Fases depresivas: inacción, astenia, tristeza, aislamiento." Más adelante explica que la inacción, la astenia y la pereza se hacen más visibles por la mañana o después de algún ligero esfuerzo, y que aumentan tras beber alcohol. También, que hay en ellos una indiferencia egoísta respecto de los demás, que no cumplen sus promesas ni asumen seriamente sus compromisos, que presentan irritabilidad y una ira que se apacigua rápidamente. Particularmente interesante, de cara a nuestra concepción del eneatispo VII como un charlatán, es la observación de que: "como estudiante cree saberlo todo y hacerlo todo bien, cuando de hecho es perezoso, confuso y negligente."

También son relevantes para el eneatispo VII los extractos de *Cannabis*, en especial la *Cannabis Indica*, respecto de la cual se dice en "*Matière Médicale Homeopathique*": "Hiperideación, euforia con locuacidad, alteración del sentido del tiempo y del espacio, delirio frenético."

A pesar de reconocer que las características de la gente *Sulphur* son las que mejor corresponden en la práctica homeopática al tipo VII del eneagrama, no puedo dejar de señalar una diferencia de énfasis, lo que originariamente me inclinó a conectar el *Sulphur* con el eneatispo V. Tal fue el caso después de leer la descripción que hace Coulter del carácter *Sulphur* en la que el hedonismo no es preponderante. Aunque la característica del *Sulphur* de ser hablador no encajaba, no investigué el tema más allá hasta que el Dr. Iain Marrs,¹³⁴ en su

¹³⁴ "*Character and Neurosis/An Integrative View*", Claudio Naranjo, M.D., reseña por Iain Marrs, en "*Simillimum*", otoño 1995, vol. VIII, nº 3.

excelente reseña de la primera edición de este libro, expresó la opinión de que mi atribución del *Lycopodium* al eneatispo VII estaba equivocada. Puesto que los homeópatas, conocedores también de los eneatispos, a quienes he consultado, han confirmado la correspondencia del *Lycopodium* con el eneatispo VI, he revisado el tema, y, considerando al *Sulphur* de Coulter como el más próximo al eneatispo VII entre los *Polycrest*, he seguido investigando y he reconsiderado la posibilidad de que el locuaz *Sulphur* ("filósofo harapiento") podría corresponder al eneatispo VII, y me ha complacido comprobar que se asocia el *Sulphur* a la euforia, lo que ha confirmado esta hipótesis alternativa. Existe aún una diferencia entre mi concepción del eneatispo VII, ahora ampliamente confirmada, y la descripción homeopática, como decía, y ésta consiste en el énfasis que la última pone en el egoísmo. Mientras que yo he hablado del eneatispo VII como de un zorro que esconde su egoísmo tras una piel de oveja, la literatura homeopática que yo he consultado no parece prestar la menor atención al disfraz de zorro. O más bien, sólo informa de que hay excepciones al interés por sí mismo propio de los individuos *Sulphur*. Dice Coulter¹³⁵

"Algunos *Sulphur*, además, muestran una total falta de interés por las cosas materiales o los asuntos financieros. Pueden ser casi simples a este respecto. No son lentos, pero su cabeza está tan entre las nubes, enfrascados en el pensamiento, que la «vida real» en torno a ellos les pasa inadvertida."

Para clarificar esto, es necesario señalar que sólo el subtipo de conservación del eneatispo VII es visiblemente un oportunista con un fino olfato para sacar ventaja, mientras que en el subtipo social el interés propio se oculta más tras un aire de amistosa hermandad, y el subtipo sexual no es sino un soñador cuyos intereses no pertenecen a este mundo.

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Gula

Los individuos del eneatispo VII son más que simplemente exploradores de mente abierta: su búsqueda de experiencia les lleva, característicamente, de un aquí insuficiente a un allí prometedor. La insaciabilidad del glotón, sin embargo, está velada por una aparente satisfacción; o, para decirlo con más precisión, la frustración se esconde tras el entusiasmo, un entusiasmo que parece compensar la insatisfacción y, al mismo tiempo, mantener la experiencia de frustración fuera de la conciencia del individuo.

Tanto en cuestión de comida como en otras áreas, lo característico de la gula del glotón es que no está por lo común, sino que, por el contrario, se dirige a lo más destacable, a lo extraordinario. En esta línea está el típico interés por lo mágico o esotérico, manifestación de un interés más amplio por lo remoto, ya sea geográfico, cultural o de los límites del conocimiento.

También, la atracción por lo que hay más allá de los límites de la cultura propia refleja el mismo desplazamiento de valores de aquí para allí; y lo mismo puede decirse de las típicas tendencias anticonvencionales del eneatispo VII. En este caso, el ideal puede ser un enfoque utópico, futurista o progresista, más que de modelos culturales existentes.

Permisividad hedonista

Un par de rasgos inseparables de la tendencia al placer de los glotones es la evitación del sufrimiento y, concomitante-mente, la orientación hedonista, característica de la personalidad del eneatispo VII.

¹³⁵ "Portraits of Homoeopathic Medicines", de Catherine R. Coulter, North Atlantic Books, Berkeley, 1989.

Intrínsecamente relacionados con estos rasgos están la permisividad y la autoindulgencia. Respecto a la permisividad, puede decirse que ésta no sólo describe un rasgo del individuo en relación consigo mismo, sino también una característica actitud hacia los demás de *laissez faire*. Esta permisividad se convierte, a veces, incluso en complicidad, cuando los glotones congenian seductoramente con los vicios de los demás.

Muy relacionado con la autoindulgencia está el rasgo de ser un «consentido», normalmente usado en referencia a una actitud de tener derecho a la gratificación.

También puede situarse aquí la orientación «play-boy» hacia la vida e, indirectamente, el exagerado sentido de que todo está bien, que el individuo desarrolla como una protección del hedonismo contra el dolor y la frustración: una «actitud optimista» que no sólo hace que él y los demás estén bien, sino que hace del mundo un buen lugar para vivir.

En algunos casos, podemos hablar de un «estar bien cósmico», en el que el contento del individuo se mantiene por una visión del mundo en la que no existen el bien y el mal, no hay culpa, ni obligaciones, ni deberes ni necesidad de hacer ningún esfuerzo, porque basta con disfrutar.

Rebeldía

Por supuesto, sin la rebeldía no sería posible la autoindulgencia en el mundo inhibitorio de la civilización actual. Lo más importante que cabe decir de la rebeldía del eneatipo VII es que ésta se manifiesta más visiblemente en una crítica aguda de los prejuicios convencionales y que suele encontrar una vía de salida humorística.

Por otro lado, la rebeldía se presenta normalmente con una orientación anticonvencional, en tanto que esta rebelión intelectual va acompañada de una buena dosis de comportamiento conformista. Esta característica hace de las personas del eneatipo VII los ideólogos de las revoluciones, más que sus activistas.

Es típico del eneatipo VII el *no* estar orientado hacia las autoridades. Podría decirse que el glotón ha «aprendido» pronto en la vida que no hay ninguna autoridad buena, pero adopta hacia la autoridad una actitud más diplomática que de oposición.

Un aspecto de rebeldía implícita es el hecho de que el individuo del eneatipo VII suele vivir en un ambiente psicológico no jerárquico: así como el eneatipo VI se percibe exageradamente según su relación con sus superiores e inferiores, el eneatipo VII es «igualitario» en su enfoque de la gente. Ni se toma la autoridad demasiado en serio (pues esto iría en contra de su autoindulgencia, permisividad, falta de culpa y superioridad) ni se presenta ante los demás como una autoridad, a no ser de una forma velada, que busca impresionar mientras, al mismo tiempo, asume el disfraz de la modestia.

Falta de disciplina

Otro rasgo lo suficientemente independiente para ser considerado como tal, pero dinámicamente dependiente de la gula y de la rebeldía, se manifiesta en la falta de disciplina, la inestabilidad, la falta de compromiso y las características diletantes del eneatipo VII.

La palabra «play-boy» refleja tanto el hedonismo como la actitud de no compromiso de un gozador. La falta de disciplina de este carácter es una consecuencia de su interés en no posponer el placer -y, a un nivel más profundo, se basa en la percepción del aplazamiento del placer como una ausencia de amor.

Satisfacción imaginaria del deseo

La catexis ¹³⁶ de la fantasía y la orientación hacia la planificación y la utopía son parte de la tendencia del glotón, que, como un bebé ante el pezón, se agarra a un mundo completamente dulce y no frustrante. En estrecha relación con lo anterior y como un escape de las duras realidades de la vida, se encuentra la atracción por lo futuro y lo potencial: los glotones suelen tener una orientación futurista, porque, a través de una identificación con los planes e ideales, el individuo parece vivir imaginariamente en ellos, más que en la realidad de aquí abajo en la Tierra.

Complacencia seductora

Hay dos facetas en la personalidad del eneatispo VII, «feliz» y «afable», cada una de las cuales ha dado lugar al reconocimiento popular del carácter y que, juntas, contribuyen a la característica cualidad complaciente del eneatispo VII. Igual que siente gula por lo placentero y ha llegado a sentirse amado mediante la experiencia del placer, parece inclinado a satisfacer la gula de placer de aquellos a los que quiere seducir.

Como el eneatispo II, en la parte opuesta del eneagrama, el eneatispo VII es eminentemente seductor y tiene una tendencia a complacer, tanto siendo solícito como por una alegría feliz y libre de problemas. Aluden al aspecto afable de este carácter descriptores como «cálido», «solícito», «amistoso», «servicial», «dispuesto a servir desinteresadamente» y «generoso».

Los glotones son muy buenos anfitriones y pueden ser grandes gastadores. En la medida en que la generosidad forma parte de la seducción y constituye una manera de comprar amor más que una verdadera entrega, ésta se compensa en la psique del glotón con su correspondiente opuesto: una explotación escondida, pero efectiva, que se puede manifestar como una «tendencia parasitaria» y quizá en sentimientos de tener derecho a afecto y cuidados.

El estado de bienestar satisfecho del eneatispo VII descansa, en parte, en las prioridades de un gozador y, en parte, en la facilidad del glotón para la satisfacción imaginaria. Pero el «sentirse bien» también obedece a los fines de la seducción y, a veces, la motivación seductora puede volver al eneatispo VII alguien especialmente alegre, con buen humor y entretenido. El buen humor del eneatispo VII hace que los demás se sientan iluminados en su presencia, lo cual contribuye efectivamente al placer que causan y al atractivo de estar cerca de ellos, hasta el punto de que la felicidad es, al menos en parte, seductora y definitivamente compulsiva. La propensión feliz del eneatispo VII (como en el caso del eneatispo III) se mantiene a expensas de la represión y evitación del dolor, y origina un empobrecimiento de la experiencia. El eneatispo VII «frío», en particular, implica la represión de una ansiedad tal, que alimenta crónicamente la actitud de buscar refugio en el placer.

Narcisismo

Otro grupo de rasgos que cabe distinguir como expresión de la seducción puede denominarse narcisista. Comprende descriptores tales como «exhibicionista», «sabelotodo», «bien informado» e «intelectualmente superior». A veces se manifiesta como una compulsión a explicar cosas, como Fellini pretende retratar en las películas en que un narrador traduce constantemente en palabras todo lo que está ocurriendo.

Podemos hablar de una «seducción mediante la superioridad», que normalmente suele adoptar la forma de superioridad intelectual, aunque (como en el Tartufo de Moliere) la superioridad puede venir apoyada en una imagen religiosa, buena y angelical.

La aparente falta de grandiosidad de tal imagen santificada es a veces manifiesta, incluso en el caso de aquellos que buscan activamente demostrar su superioridad, sabiduría y amabilidad.

¹³⁶ Catexis: concentración de energía emocional en un objeto o idea (N. del T.)

Esto está en línea con el hecho de que los glotones tienden a formar relaciones fraternales e igualitarias, más que relaciones de autoridad.

Por ello, su pretendida superioridad es implícita, más que explícita, enmascarada por un estilo no arrogante, apreciativo e igualitario. Como en el caso de la tendencia a complacer, la superioridad del eneatispo VII expresa sólo la mitad de la experiencia del glotón; la otra mitad es la percepción simultánea de sí mismo como inferior, con los correspondientes sentimientos de inseguridad. Como en el eneatispo V, la escisión permite la simultaneidad de ambas subpersonalidades, pero si en el eneatispo V es la personalidad desaprobada la que aparece como fondo, en el carácter narcisista se destaca la personalidad grandiosa.

Una característica psicológica que es importante mencionar en relación con el narcisismo gratificado del «oral-receptivo» es el encanto, una cualidad en la que convergen las cualidades admirables del eneatispo VII (talento, perceptividad, ingenio, mundología, etc.) y sus características de complaciente, no agresivo, suave como la vaselina, frío y contento. Mediante el encanto, el glotón puede satisfacer su gula tan efectivamente como un pescador con su cebo, lo que implica que el encanto y la complacencia no son sólo seductores, sino también manipuladores.

Mediante su gran encanto, el glotón puede hechizar a los demás e incluso a sí mismo. Entre sus habilidades está la de la fascinación -incluso hipnótica- y el encanto es su magia.

Además de la faceta narcisista, es necesario mencionar la gran intuición y los frecuentes talentos del eneatispo VII, lo que sugiere que tales disposiciones pueden haber favorecido el desarrollo de su estrategia dominante (así como la adopción de la estrategia ha estimulado su desarrollo).

Persuasión

Podemos considerar el eneatispo VII como una persona en la que la búsqueda de amor ha derivado en búsqueda de placer y que, en la necesaria dosis de rebeldía que esto implica, se propone satisfacer sus deseos convirtiéndose en un habilidoso explicador y racionalizador. Por supuesto, un charlatán es alguien que es capaz de persuadir a los demás de la utilidad de lo que vende.

Sin embargo, más allá de la actividad intelectual de la explicación -que puede llegar a ser un vicio narcisista en el eneatispo VII-, la persuasión descansa en la creencia de su propia sabiduría, superioridad, respetabilidad y bondad de intenciones. Por lo tanto, sólo de modo artificial podemos separar los rasgos que existen estrechamente entretreídos: ser admirable está al servicio de la persuasión, como también lo está la complacencia.

Las cualidades de ser un persuasor y una fuente de conocimiento suelen encontrar expresión en el eneatispo VII en el hecho de convertirse a veces en consejeros en un ámbito profesional. A los charlatanes les gusta influir sobre los demás mediante el consejo.

En el charlatanismo podemos ver no sólo una satisfacción narcisista y la expresión de ayuda, sino también un interés en manipular a través de las palabras: «poner trampas» a la gente y hacer que ésta lleve a cabo los proyectos del persuasor. Junto con la motivación manipuladora de influir sobre los demás, podemos considerar la elevada inteligencia, la elevada habilidad verbal, la capacidad de sugestión, etc., que usualmente caracterizan a los individuos del eneatispo VII.

Fraudulencia

Hemos tratado la polaridad de sentirse bien (y mejor que bien) y estar, al tiempo, impulsado por una pasión oral de chupar lo mejor de la vida. Hemos hablado de una rebeldía, similar a la que describía Fritz Perls en su observación de que «detrás de cada buen chico puede hallarse

un gamberro malicioso». Encontramos en el eneatipo VII una confusión entre la imaginación y la realidad, entre los proyectos y las realizaciones, entre potencialidades y hechos.

Además, hemos encontrado una complacencia, una máscara que esconde la ansiedad, una suavidad que esconde la agresión, una generosidad que esconde la explotación. La palabra «charlatán» del eneatipo VII, en su connotación de falso conocimiento y confusión entre el mapa verbal y el territorio, es así apropiada para el carácter, más allá de la mera persuasión. Tomada ampliamente, implica una fraudulencia más general (a la que se suma todo lo anterior).

En realidad, la etiqueta conceptual «fraudulencia» puede ser más apropiada para la fijación del eneatipo que el simbólico o metafórico «charlatanismo».

4. MECANISMOS DE DEFENSA

Al carácter hedonista-narcisista parece serle pertinente más de un mecanismo de defensa. Decir que el individuo del tipo VII aprende en edad temprana a crear lugar para la indulgencia de sus deseos mediante las «buenas razones» implica que el mecanismo de racionalización adquiere una función estratégica importante en su vida.

La racionalización fue descrita por Ernest Jones, quien la definió como la invención de una razón para una actitud o acción cuyo motivo no es reconocido. Aunque no siempre se considera un mecanismo de defensa, hay causas suficientes para afirmar que lo es, pues si bien no supone la inhibición del impulso (sino, más bien, lo contrario), implica una distracción de la atención de los «motivos reales» para las actitudes y acciones de la persona, y, haciendo que esas acciones parezcan buenas y nobles, satisface las exigencias del superego. Como escribe Matte-Blanco¹³⁷, «disipar la desconfianza sobre el significado de una acción facilita el mantenimiento pacífico de la represión, de modo que puede considerarse como una manifestación de ésta».

La racionalización es el mecanismo más destacado, por cuanto funciona y se constituye como un modo de vida en el que el «explicador» utiliza la persuasión para sortear los obstáculos para su placer. La racionalización puede considerarse, sin embargo, como un mecanismo de defensa más bien elemental que mantiene un mecanismo más complejo de idealización.

Al igual que la racionalización, la idealización -notoria en la psicología del tipo VII- tampoco ha sido siempre vista como un mecanismo de defensa.

Ante todo, está la autoidealización, que en la mente de la persona del tipo VII está ligada a la negación de la culpa y también a una actitud narcisista y a sus demandas. Puede vérselo como autopropagandístico, aunque el individuo autocomplacido cree en su versión idealizada de sí mismo.

El funcionamiento de la idealización es también importante en relación a la gente, particularmente en relación a la madre y a los sustitutos de la madre. Así como los hombres del tipo VI tienden a querer a sus padres o a idealizarlos, los individuos tiernos del tipo VII son característicamente devotos a sus madres y rebeldes ante el padre, que detenta la autoridad. En relación a la figura de autoridad, en general en el tipo VII parece haber adoptado una actitud desidealizadora, implícita en su orientación no jerárquica.

Es posible decir que la característica actitud optimista del tipo VII y el humor alegre que es habitual en él no serían posibles si no se diera una idealización tanto del mundo en general como de las personas más significativas que hay en él. En la relación con los demás y consigo mismo, el optimismo conlleva la suspensión de la crítica y de la acusación, y la presuposición de ser tanto amoroso como digno de amor. Hay una fuerte inclinación al sentimiento que podría expresarse con el lema «yo estoy bien, tú estás bien». Más allá de esto, hay una

¹³⁷ obra cit.

tendencia a mantener un «optimismo cósmico», un sentimiento de que todo está bien en el mundo y de que no hay necesidad de luchar.

Además de la racionalización y de la idealización, podemos también mencionar la revelación del mecanismo de defensa de sublimación en la psicología del tipo VII, en cuanto que la sublimación se define como una reorientación de la energía instintiva hacia objetivos socialmente deseados, y el glotón es alguien cuyo interés propio característicamente se reetiqueta como motivación altruista. El funcionamiento de la sublimación nos ayuda a comprender la orientación de los glotones hacia la fantasía, lo cual implica una sustitución del propósito real de sus impulsos por imágenes, planes y la catexis de su propio ingenio (en virtud de lo cual, además, tienden a acumular herramientas para hacer, en lugar de simplemente hacer).

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS¹³⁸

En términos de la tipología de Sheldon, los individuos del eneatispo VII tienden a ser predominantemente ectomórficos, con un componente secundario endomórfico, pero en conjunto parecen ofrecer la distribución más equilibrada de los tres componentes. Ello concuerda con una personalidad en la que los intereses intelectuales y espirituales coexisten con una tendencia social extrovertida y una actitud activa o incluso agitada. Tal vez la predisposición constitucional, que se traduce en ese equilibrio entre las orientaciones intelectual, emotiva y activa, es lo que explica la intuitividad del eneatispo VII (tal como resalta Jung al describir este tipo). No obstante, considero probable que el tipo VII, al que caracteriza su elevada capacidad estratégica, surge más comúnmente de un factor de fondo del que forma parte una buena dotación intelectual junto a una capacidad verbal genéticamente determinada. Así como en un luchador innato, como es el caso del eneatispo VIII, resulta natural la posición de "ir en contra" de la gente, así también en alguien que es listo y hábil con las palabras es lógico y natural que para abrirse camino en la vida se valga de su capacidad de encontrar una explicación para todo.

Resulta adecuado, a la hora de considerar el aspecto ambiental presente en la ecuación naturaleza-educación, comenzar por tratar el tema del amamantamiento, ya que existe una evidente correlación entre un amamantamiento prolongado y feliz y una personalidad confiada y optimista.¹³⁹ Como en el caso de la relación existente entre amamantamiento insatisfactorio y personalidad oral-agresiva, que muestra este mismo estudio, creo que podemos considerar este descubrimiento como paradigmático de la existencia de una relación más general entre felicidad en la primera infancia y una actitud de alegre optimismo más tardíamente en la vida. Es común en la gente perteneciente al eneatispo VII hablar de haber

¹³⁸ La sección que dedica Kernberg a la etiología en su capítulo sobre los desórdenes narcisistas de personalidad en Cooper y otros es más largo que la mayoría, pero su contenido está más basado en conjeturas. Comienza por afirmar que "las teorías propuestas por Rosenfeld, Kohut y yo mismo coinciden en apuntar a la etiología esencialmente psicodinámica de estos desórdenes y en focalizar sobre la patología de la regulación de la autoestima como clave de este tema patogénico." Resume la visión de Kohut, afirmando que la psicopatología narcisista "deriva del fracaso traumático de la función empática de la madre y de la perturbación del desarrollo de los procesos de idealización." Lo cual "trae consigo un parón en el desarrollo, una fijación en el nivel del yo grandioso infantil arcaico, y una búsqueda incesante en pos del objeto propio idealizado que necesita para completar la formación de su estructura..." En opinión del propio Kernberg, "en algún momento entre las edades de 3 a 5 años, la personalidad narcisista, en vez de integrar la representaciones de sí mismo y de los objetos en el camino que conduce a la constancia objetal, junta todas las representaciones positivas con las idealizadas, tanto de sí mismo como de los objetos. Esto conduce a una idea de sí mismo extremadamente irreal e idealizada y a un yo grandioso patológico. Padres fríos, rechazantes, y a la vez proclives a la admiración, fomentan el desarrollo de un yo grandioso patológico."

¹³⁹ Coldman-Eisler, Ruth, obra cit.

gozado de una prolongada satisfacción en la infancia.

No obstante, cuando nos asomamos a la historia vital de un individuo alegre y confiado, nos encontramos con que frecuentemente hubo una expulsión del paraíso aún más clara que en el eneatipo IV, y que la regresión a la actitud pasiva y confiada del niño de pecho es algo que tuvo lugar en respuesta a frustraciones experimentadas más tarde en la vida. Del mismo modo que el eneatipo VII no quiere ver el lado duro de la vida, parece que de niño no hubiese querido desidealizar a su madre o, en ocasiones, a su padre. La memoria en este caso viene en apoyo de la fantasía para negar el sufrimiento.

En mi libro "*The Healing Journey*"¹⁶¹⁴⁰ he descrito un caso de esa transición de una niñez temprana feliz a una situación menos dichosa en la vida de un individuo del eneatipo VII. En el curso de la psicoterapia, pude asistir como testigo al recuerdo que mi paciente podía evocar de la relación idílica que había mantenido con su niñera antes de crecer lo suficiente como para sentarse a la mesa con sus padres y ser exilado del ambiente cálido de la cocina junto a su niñera para participar de la fría atmósfera del comedor familiar, donde por vez primera quedó expuesto a un contacto prolongado con su no tan deseada madre.

Otros ejemplos, como el siguiente, son menos dramáticos:

"En casa el período de crianza infantil terminó a los dos años, y luego quedamos al cuidado de nuestra tía, y nuestros padres pasaron a ser como fantasmas... Hasta que tuve dos años mi madre me daba de mamar sin ninguna limitación de horarios. Mi madre acompañaba a mi padre en sus viajes y hasta que tuve tres años me llevaban con ellos. Luego me dejaron en casa de una tía cuando empecé a ir al colegio."

O también este otro:

"Mi madre era muy superprotectora, y yo empecé a hablar muy pronto y era dulce y gracioso. El colegio fue un shock para mí. Estaba totalmente desprotegido frente a la agresión. Me convertí en víctima de la clase. Yo buscaba refugio en mi mundo de fantasía."

Y otro más:

"La familia era algo estupendo para mí, la vida transcurría muy bien y yo no tenía preocupaciones. Pienso que fue en el colegio donde empecé a llenarme de problemas."

Un elemento que he escuchado con frecuencia en la historia de las vidas de gente perteneciente al eneatipo VII es el de un padre o madre extremadamente autoritario, frente al cual lo más apropiado parecía ser adoptar una forma suave de rebelión. Ocurre esto más comúnmente con padres del tipo I cuyo trato excesivamente dominante y severo fue experimentado como falta de amor, lo cual no sólo contribuyó a juzgar implícitamente como mala a toda autoridad, sino también a concluir que no se puede ir de frente contra una autoridad fuerte y, consiguientemente, a concebir el amor en forma distorsionada como indulgencia (esto es, como libertad de toda disciplina). Con frecuencia la madre es experimentada como superprotectora y permisiva (por lo general, del tipo IX).

"Lo que más nervioso ponía a mi padre de mí era que no le hacía frente, pero que, a pesar de sus normas, hacía lo que me parecía. Mi padre era físicamente impositivo, yo no me enfrentaba a él, pero él no encontraba la manera de controlarme."

En respuesta a la pregunta "¿Qué circunstancia te llevó a desarrollar una actitud estratégica frente a tus padres y frente a la vida en general?", un sujeto explicaba que sus padres siempre tenían la razón, y que esto le habría abrumado de no haberles engañado.

La seducción del eneatipo VII se hace patente, por lo general, con respecto al progenitor del sexo opuesto, y en los hombres del tipo VII lo más común es la orientación hacia la madre (así como los hombres del tipo VI se orientan mayoritariamente hacia el padre). Puede haber un sentido de competitividad con el padre en proteger a la madre, o cuidar de ella para compensar el daño que el padre le ha causado. "Mi madre era muy seductora, y siempre

¹⁴⁰ Naranjo, C., "*The Healing journey*", New York, Pantheon Books, 1974.

presentaba a mi padre como un ogro, como un ser amenazador."

Por supuesto, también es cierto que en el desarrollo del eneatipo VII pueda haber jugado como factor la presencia de un carácter semejante en la familia:

"En casa es como si imperaran los valores «VII», pues las cosas que oía allí eran tan fantásticas y maravillosas que me parecía estar en otro mundo. Ahora puedo verlo mejor. Mi padre es un VII enloquecido, para él no existe algo así como un kilo de carne, sino solamente vacas. Tenemos un refrigerador industrial. Los dormitorios, poco a poco, se convertían en despensas. Aparte de esto, él tiene de todo; aunque sea en un lugar imaginario. Es como que tiene una bolsa mágica, y todo se convierte en realidad. A mí me alababan por ser gracioso. Mi madre solía decir que yo no era guapo, pero que podía conquistar el mundo con mi encanto. En casa todo el mundo se ríe, y hay libertad para mostrar la propia locura. A mi madre le gusta mucho cuando la gente se expresa con soltura, y valora la cultura."

Otra cosa que he notado en la historia de los "optimistas orales" en conjunto es que, con mucha frecuencia, el padre es miedoso. En un pequeño esbozo de investigación, encontré que en siete de ocho casos el padre era un VI, un VII o un V. Y en otra ocasión, cuatro de cinco respondieron afirmativamente a la pregunta "¿Llegaste a adoptar una posición suave y débil por no tener delante un ejemplo de sana agresión, por haberte faltado la imagen de un padre fuerte?".

El tipo VII tiende a convertirse en un buscador de placer, hasta el punto de identificar el amor con la permisividad de sus deseos. Asimismo, la búsqueda de amor se convierte en un esfuerzo narcisista, hasta el punto de que los medios de suscitar amor -ser ingenioso, gracioso y listo, por ejemplo- se convierten en motivos autónomos, y la prosecución de una superioridad encantadora y amigable, en un fin en sí mismo. De esta forma, como sucede en otras orientaciones de la personalidad, una particular faceta del amor se convierte en un sustitutivo del amor y en un obstáculo para alcanzar una vida amorosa satisfactoria.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Al igual que en otros eneatis tipos del carácter, la pasión dominante es mantenida, día tras día, no sólo mediante recuerdos de gratificación y frustración pasadas, sino también mediante la interferencia que supone ese carácter para el funcionamiento sano y la propia autorrealización. Como en el caso de las otras pasiones, podemos entender la gula como un intento de llenar un vacío. La gula, al igual que la envidia oral-agresiva, busca en el exterior lo que percibe vagamente como una carencia interior, sólo que, a diferencia de la envidia (en la que hay una acentuada conciencia de insuficiencia óptica) la gula oculta fraudulentamente la insuficiencia con falsa abundancia, comparable a la del orgullo (de manera que la pasión es exteriorizada sin una completa autoconciencia).

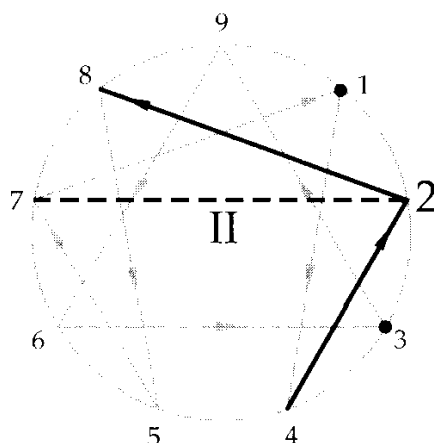
La deficiencia óptica, sin embargo, no es sólo la fuente del hedonismo (y de la evitación del dolor), sino que también es su consecuencia, porque la confusión entre el amor y el placer impide que surja una significación más profunda que la de lo que está inmediatamente disponible.

Por supuesto, la sensación de escasez interior está también sustentada por la alienación del individuo de su profundidad experiencia, lo que ocurre como consecuencia de la necesidad hedonista de experimentar sólo lo placentero.

Está también alimentada por el miedo implícito que transpira este eneatis tipo en su suave acomodación, un miedo no compatible con la vivencia de la propia vida auténtica. Asimismo, la tendencia a manipular (por mucho que se disfrace de amistosidad) supone una pérdida de autenticidad en la relación, un divorcio entre uno mismo y el sentido de comunidad, y la fraudulenta apariiencia comunitaria, que forma parte de su encanto, no consigue enmascarar del todo aquel vacío.

Finalmente, la orientación de la gula hacia lo espiritual, lo esotérico y lo paranormal, aunque intente constituir la respuesta exacta para la deficiencia óptica que subyace en su núcleo, sólo sirve para perpetuarla, puesto que, al buscar el ser en el futuro, en lo remoto, en lo imaginado y en el más allá, el individuo sólo asegura la frustración de su deseo de encontrar valor en lo presente y lo actual.

CAPÍTULO SEIS ENEATIPO II



EL ORGULLO Y LA PERSONALIDAD HISTRIÓNICA

1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA

En el Cristianismo, se considera el orgullo no sólo como uno de los pecados capitales, sino como el primero y más grave, más fundamental que los otros.



E.J. Gold, *Yo, yo mismo y mi propio yo*.
Pluma, 11" x 15" 1987

En ese gran monumento de la visión cristiana que es la *Divina Comedia* de Dante, encontramos a Lucifer -cuyo orgullo le impulsó a pronunciar «yo» en presencia del Único- en el centro del infierno, representado en forma de cono que desciende hasta el centro de la Tierra. Según el mito de Dante, esta enorme cavidad se produjo por el peso del orgulloso ángel en su caída desde el Cielo. De acuerdo con la ortodoxia religiosa, Dante asigna al orgullo la sima más profunda del infierno y, correlativamente (en una escala de pecados inversa en el infierno a la del purgatorio), el primer círculo de cornisas en el monte de la purificación. En el Monte Purgatorio, donde los peregrinos escalan sucesivas terrazas en la tradicional secuencia de los pecados, la cornisa del orgullo es la más baja, la más cercana a la base de la montaña.

Chaucer, casi contemporáneo de Dante, en sus *Cuentos de Canterbury*¹⁴¹, nos ofrece una buena pero incompleta alusión carac-terológica

a la gente orgullosa en «El cuento del cura», que es esencialmente un sermón sobre los pecados. Entre las «ramas del mal que brotan del orgullo» menciona: la desobediencia, la jactancia, la hipocresía, el desprecio, la arrogancia, el descaro, el inflamamiento de corazón, la insolencia, la exaltación, la impaciencia, la contumacia, la presunción, la irreverencia, la obstinación y la vanagloria. La imagen a la que contribuyen estos rasgos caracteriza a un

¹⁴¹ *Cuentos de Canterbury*, Ed. Cátedra. Madrid, 1987.

individuo que no sólo afirma su propio valor, sino que lo hace con una agresiva elevación de sí mismo frente a los demás y una desconsideración hacia las autoridades y valores establecidos.

Aun siendo el retrato de Chaucer fiel a la realidad, no llega a abarcar toda la gama de manifestaciones del carácter centrado en el orgullo. En éste, es fundamental la estrategia de *dar*, al servicio tanto de la seducción como de la autoelevación. La «psicología oficial» del eneatis II no ha descrito correctamente la característica falsa generosidad de este carácter, ya que las descripciones del carácter histérico han puesto el acento en el egocentrismo impulsivo, cuando sería más exacto hablar de una complementariedad de egocentrismo y generosidad aparente. Al explicar el carácter histérico, se tiende también a interpretar el erotismo de la personalidad histérica como un fenómeno de origen sexual, cuando sería más real considerar el erotismo como un medio de seducción inspirado por un deseo de amor.

La visión del orgullo como más pecaminoso que otras inclinaciones puede ser una buena estrategia pedagógica para contrarrestar la ligereza de la gente orgullosa con respecto a su forma de ser, pero ésta no es la visión del cuerpo de conocimiento psicológico que presento en estas páginas. Según el Protoanálisis, todas las pasiones tienen una importancia equivalente y, aunque una de ellas se considera como más fundamental -la acidia o amortecimiento psicológico-, no es que haya que entender esta afirmación en términos de una escala de pecaminosidad o previsible pronóstico. La posición del punto 9 en la parte superior del eneagrama sugiere más bien el hecho de que la pereza puede considerarse como un punto medio neutral del espectro de las pasiones y que la inconsciencia activa, aunque presente en toda mente caída, está en primer plano en la fenomenología del eneatis IX.

Podemos contemplar el orgullo como una pasión por el autoensalzamiento o, en otras palabras, como una pasión por el engrandecimiento de la propia imagen.

La correspondiente fijación o idea fija preconcebida implícita en el orgullo fue llamada sucesivamente por Ichazo «adulación» (flattery), y «ego-flat», no sólo en referencia a la adulación a los demás, sino también a la autoadulación implícita en el autoengrandecimiento. Esta palabra tiene la desventaja de evocar una persona de comportamiento sobre todo adulador, cuando en realidad se trata de una personalidad dada tanto al halago como, en igual medida, al desprecio. La persona adula a aquellos que, por proximidad, satisfacen su orgullo y desdeña a la mayoría de los demás con superioridad activa. Más que nadie, los orgullosos practican algo que Idries Shah ha llamado «funcionamiento de agrado mutuo».¹⁴²

Por su posición en el eneagrama, vemos que el orgullo se sitúa en la esquina «histeroide», en línea con la preocupación por la autoimagen, que es la esencia de la vanidad. En los tres tipos de carácter representados en esta esquina -el II, el III y el IV- podemos decir que opera un sentido equivocado del «ser» en función de lo que los otros ven y valoran, de manera que, más que en torno a la verdadera personalidad, la psique gravita en torno a la autoimagen, de la cual surge la acción y sobre la cual se sustenta el sentido de valor de la persona.

Los puntos 2 y 4 están en posiciones contrapuestas con respecto al punto 3 y suponen actitudes internas de expansión y contracción de la autoimagen, respectivamente. Mientras que la envidia tiende a la tristeza, el orgullo es sustentado característicamente por una atmósfera interior feliz. El eneatis IV es «trágico»; el eneatis II, «cómico».

Al igual que ocurre con otros grupos de caracteres diametralmente opuestos en el eneagrama, hay una afinidad entre los puntos 7 y 2. Tanto el glotón como el orgulloso son personas amables, dulces y cálidas. Se puede decir que ambos son seductores y los dos son narcisistas en el sentido general de deleitarse consigo mismos. Igualmente, los dos son impulsivos. Más aún, usan la seducción al servicio de su impulsividad, aunque lo hacen de modo diferente: el orgulloso seduce emocionalmente y el glotón intelectualmente.

¹⁴² M.C.O., «Mutual Comfort Operation». Idries Shah, Reflexiones: fábulas sobre la tradición sufi. Ed. Paidós. Barcelona, 1986.

El principal contraste entre los dos caracteres es que, mientras el glotón es afable y diplomático, el orgulloso puede ser tanto dulce como agresivo (así que, como he señalado alguna vez, su lema podría ser «*haz el amor y la guerra*»). Su narcisismo también difiere. Podemos decir que el primero se mantiene mediante un aparato intelectual: la actividad de la charlatanería en el sentido amplio de la palabra. En el eneatipo II se apoya en un autoenamoramamiento más ingenuo, un proceso emocional de enamorarse de sí mismo a través de la identificación con la autoimagen glorificada y de la represión de la imagen desaprobada. De igual modo, el narcisismo del glotón tiene una orientación más interna, en el sentido de que se convierte en arbitro de sus propios valores, como señaló Samuel Butler al describir a uno de sus personajes como «un mensajero de su iglesia para sí mismo»¹⁴³. El eneatipo II tiene una orientación más externa, de manera que en la autoimagen glorificada hay una mayor dosis de valores tomados prestados de otros. Existe también una polaridad entre los eneatisos II y VIII, el orgullo y la lujuria, porque ambos son impulsivos y arrogantes, aunque el eneatipo II adopta más a menudo una actitud de ser tan bueno que no necesita competir, mientras que el lujurioso es intensamente competitivo y visiblemente arrogante. La constelación caracterológica del eneatipo II es conocida en la psicología convencional con las etiquetas de personalidad «histérica» o «histriónica», aunque todavía no he tenido noticia de ninguna alusión al orgullo como un aspecto fundamental de su dinámica.

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER

En su descripción de los "necesitados de estima", Schneider cita a Koch al referirse a ciertos psicópatas con "un ego erróneamente colocado como centro de las cosas" e individuos con "un fatuo y orgulloso intento de hacerse visibles".¹⁴⁴

Según Kraepelin, estas personas presentan un "alto grado de emotividad, falta de perseverancia, atracción por la novedad, exaltación, curiosidad, cotilleo, fantasía, tendencia a mentir, gran excitabilidad, repentinos altibajos de entusiasmo, sensibilidad, fuerte inconstancia, egoísmo, presunción, orgullo, deseo de ser el centro, absurda abnegación, susceptibilidad a las influencias, representaciones hipocondríacas, insuficiente voluntad de sanar a pesar de sus lamentos, tendencia a hacer escenas y al romanticismo y comportamiento impulsivo que puede llegar al suicidio".¹⁴⁵

Continuando con su descripción de este carácter, Schneider cita a Jaspers, quien considera que el rasgo central de estos individuos es "aparentar más de lo que son": "Cuanto más se desarrolla esa teatralidad, más faltan en estas personalidades emociones verdaderas: son falsos, incapaces de mantener relaciones duraderas o afectos profundos. Existe sólo un escenario de experiencias teatrales e imitativas. Este es el extremo de la personalidad histérica".

Como ocurre con muchos de los síndromes psicopatológicos, encontramos en la descripción de Kraepelin una versión exagerada del tipo II, bajo el título de "Psicópatas necesitados de afecto". En su libro sobre personalidades psicopáticas¹⁴⁶, Kurt Schneider, al comentar la descripción de Koch sobre los mismos, añade: "Es fácil reconocer que no hay diferencia con el carácter histérico".

Leyendo "La personalidad histérica", de Easser y Lesser¹⁴⁷, me encuentro con la observación de que "Freud y Abraham describieron originariamente los rasgos básicos del carácter obsesivo, pero no ha habido casi ningún intento de sistematizar el concepto de personalidad histérica". Aunque es cierto que la orientación erótica del eneatipo II es coherente con el

¹⁴³ Samuel Butler, *The Characters* (Cleveland: Case Western University, 1970).

¹⁴⁴ Schneider, Kurt: *Las personalidades psicopáticas*. Ediciones Morata. Madrid, 1961.

¹⁴⁵ obra cit.

¹⁴⁶ Schneider, K., obra cit.

¹⁴⁷ "Hysterical Personality; a revaluation" en *Psychoanalytic Quarterly*, 1965, 34, pp.390-402.

concepto de Freud de personalidad erótica (cuando en su última exposición del tema diferencia a los caracteres impulsados por el ego y el superego del carácter con predominio del ello), el eneatispo II no es el único carácter en que predomina el ello, pues este mismo término podría igualmente aplicarse a los eneatispos VII y VIII.

Por un estudio de Lazare sobre la historia de "El carácter histérico en la teoría psicoanalítica"¹⁴⁸ a través del tiempo, me entero de que "aunque los libros de texto sobre psiquiatría general en el cambio de siglo describían el carácter histérico, no fue hasta 1930 cuando se discutió la primera descripción psicoanalítica del carácter histérico, presentada por Franz Witteis". Realmente, me sorprendió que "a pesar de que la vocación de Freud se despertó por la consideración de la histeria, parece que la histeria con la que él trataba no hubiera existido en el contexto del carácter histérico, tal como lo entendemos hoy (es más, Freud apenas comenta nada sobre el carácter en sus primeros casos, en los que se concentra casi exclusivamente en los síntomas y la historia pasada)".

Wilhelm Reich¹⁴⁹ describe el carácter histérico con los rasgos siguientes:

- Comportamiento sexual obvio
- Forma específica de agilidad corporal
- Coquetería sin recato
- Aprehensión cuando el comportamiento sexual parece cercano a lograr su objetivo
- Fácil excitabilidad
- Fuerte sugestionabilidad
- Imaginación vivida y tendencia patológica a la mentira.

Lazare, reuniendo información de lo que él considera los tres estudios más importantes aparecidos entre 1953 y 1968 (los de Lesser, Kernberg y Setzel), llega a la siguiente lista de rasgos de la personalidad:

- Autoensimismamiento
- Exhibicionismo agresivo con inadecuada exigencia
- "Frialdad" que refleja una necesidad narcisista primitiva
- Provocación sexual
- Impulsividad
- Inestabilidad emocional

Tratando de distinguir entre las manifestaciones más enfermas y más saludables del carácter histérico, apreció que "la persona histérica más saludable tiende a ser ambiciosa, competitiva, boyante y enérgica. Es más propensa a tener un superego estricto y castigador, así como otros rasgos de personalidad obsesiva probablemente adaptativos. La persona histérica enferma, por el contrario, experimenta poca culpa". Mi opinión es que su tipo "saludable" corresponde a nuestro eneatispo III, y sólo el tipo "enfermo" (es decir, más impulsivo, inconstante y provocativo) a nuestro eneatispo II.

En el estudio antes citado, Easser intenta destacar el carácter histérico como distinto de la histeria y, tras explicar seis casos, concluye que los problemas presentados giran principalmente en torno al comportamiento sexual y al objeto sexual real o fantaseado. Todas se quejaban de desilusión e insatisfacción con sus amantes. Esto hacía añicos sus fantasías

¹⁴⁸ Lazare, A., G.L. Klerman y D. Armor, "Oral, Obsessive and Hysterical Personality Patterns: Replication of Factor Analysis in an Independent Sample" (Los modelos de personalidad oral, obsesiva e histérica: reproducción del análisis factorial en una muestra aislada), *Journal of Psychiatric Research*, 1970, 7, pp.275-290.

¹⁴⁹ Reich, Wilhelm, *Análisis del carácter*. Ed. Paidós. Barcelona, 1995.

románticas. Todas expresaban preocupación por su apasionada sexualidad y su miedo a las consecuencias de tal pasión.

"Inconscientemente, las motivaba el competir con otras mujeres, seducir y conquistar hombres y lograr seguridad y poder de forma vicaria a través de la implicación pasional del hombre con ellas.[...] Las fantasías solían incluir la de poseer de un cuerpo irresistible, magnético, que debía exhibirse para conquistar al macho y excluir a todas las demás mujeres. Para expresar esta imagen utilizaban las de reina de comedia, mujer fatal o diva. La otra queja principal que presentaban era el sentimiento de timidez social y aprehensión, en contraste con una presencia social activa.[...] Esta continua aprehensión se asociaba con una profunda humillación y vergüenza en caso de que se produjera el rechazo. Disfrutaban entreteniéndose a los demás y ejercían con gracia el papel de anfitrionas, siempre y cuando constituyeran el centro de la escena, por lo general gracias a su seducción y capacidad de congeniar, pero, si era necesario, con arrebatos de mal genio".

En conclusión, el autor encuentra que los siguientes rasgos están íntimamente asociados a la personalidad histérica:

emocionalidad voluble, implicación directa y activa con el mundo humano, baja respuesta a la frustración y sobreexcitabilidad.

En el DSM III, hallamos el eneatispo II bajo la etiqueta de "Trastorno histriónico de la personalidad", al cual se le atribuyen los siguientes criterios de diagnóstico:

A. La conducta es abiertamente teatral, reactiva y expresada con mucha intensidad, tal como se indica en, por lo menos, tres de los siguientes síntomas:

- 1) autodramatización; por ejemplo, una expresión exagerada de las emociones;
- 2) llamada incesante de atención;
- 3) ansia de actividad y excitación
- 4) hiperreacción ante los menores acontecimientos;
- 5) explosiones de ira o rabieta irracionales.

B. Alteraciones características de las relaciones interpersonales indicadas por, al menos, dos de los siguientes síntomas:

- 1) el sujeto es percibido por los demás como hipócrita y carente de autenticidad, aunque superficialmente sea cálido y encantador;
- 2) egocéntrico, autoindulgente y desconsiderado con los demás;
- 3) vanidoso y exigente;
- 4) dependiente, desamparado y en constante búsqueda de apoyo;
- 5) con tendencia a amenazas, gestos o intentos de suicidio manipulativos.

En *Disorders of Personality*, Millón ¹⁵⁰ menciona una característica importante: "normalmente, estos individuos demuestran poco interés por la superación intelectual y el pensamiento analítico detenido, aunque suelen ser creativos e imaginativos. [...] Por más que sus convicciones sean prontas y resueltas, su razonamiento no está firmemente enraizado y muchas veces se guían por corazonadas".

En este libro, considera la personalidad histriónica inmediatamente después de la personalidad dependiente (eneatispo IV), y creo interesante citar la descripción que hace de la primera, en contraste con esta última:

"Los histriónicos no son menos dependientes de la atención y el cariño de los demás, pero, al contrario que los dependientes, toman la iniciativa de asegurarse estos refuerzos. En lugar de dejar su destino en manos de los demás y, por tanto, tener su seguridad en riesgo constante,

¹⁵⁰ obra cit.

las personalidades histriónicas reclaman activamente el interés de los otros mediante una serie de estratagemas seductoras que con toda probabilidad les asegurarán la recepción de la admiración y la estima que necesitan. Con este fin, los histriónicos desarrollan una exquisita sensibilidad hacia los estados de ánimo y los pensamientos de aquellos a quienes desean agradar. Esta hipervigilancia los hace hábiles en discernir con rapidez con qué maniobras alcanzarán los objetivos que se proponen. Esta extrema "orientación hacia los otros", concebida para lograr la aprobación, desemboca, sin embargo, en un estilo de vida caracterizado por un modelo de comportamientos y emociones cambiante e inconstante. A diferencia de las personalidades dependientes, que normalmente se anclan en un sólo objeto de apego, el histriónico tiende a ser poco fiel o leal. La insatisfacción que siente con los afectos únicos, combinada con la necesidad constante de estímulo y atención, produce un modelo de relaciones personales seductor, dramático y caprichoso".

Aunque las descripciones de Jung de los tipos psicológicos no son tan ricas en observaciones sobre estilos interpersonales como otras, es indudable que, al describir el tipo sentimental extravertido ¹⁵¹, tenía en mente casos del tipo II:

"Los ejemplos que me vienen a la mente al pensar en este tipo son, casi sin excepción, mujeres. La mujer de este tipo sigue su sentir como una guía a lo largo de la vida.[...] Su personalidad aparenta estar amoldada a las condiciones externas. Sus sentimientos se armonizan con las situaciones objetivas y los valores generales. Donde más claramente se ve esto es en la elección de su amor: ama al hombre "conveniente", a nadie más; es conveniente no porque complazca a su naturaleza subjetiva oculta [...], sino porque cumple con todas las expectativas razonables de edad, posición, ingresos, rango, familia respetable, etc.[...]

Pero sólo se puede sentir "correctamente" cuando el sentimiento no es alterado por nada más. Nada altera tanto el sentimiento como el pensamiento. Por tanto, es fácil comprender que, en este tipo, se suspenderá el pensamiento tanto como sea posible.[...] Cualquier conclusión, por lógica que sea, que pueda suponer una interferencia en el sentimiento será rechazada desde el principio.[...]

Pero como quiera que la vida es una sucesión constante de situaciones que evocan sentimientos diversos e incluso contradictorios, la personalidad queda escindida en muchos estados emocionales diferentes. [...] Todo ello se exterioriza, ante todo, con un extravagante despliegue de sentimientos, una palabrería efusiva, fuertes protestas, etc, que suenan a hueco.[...] Como resultado de estas experiencias, al observador le es imposible tomar en serio nada de lo dicho y empieza a reservarse sus opiniones. Pero dado que para este tipo es extremadamente importante establecer con el exterior una relación de intensos sentimientos, se hace necesario redoblar los esfuerzos para superar esta reserva.

La histeria, con la típica sexualidad infantil de su inconsciente mundo de ideas, es la forma principal de neurosis de este tipo".

Creo que el cuadro de la personalidad *Pulsatilla* descrito por la homeopatía está a la altura de cualquier explicación de la bibliografía psicológica sobre el eneatiipo II ¹⁵²:

"Este tipo constitucional, que se encuentra predominantemente entre mujeres y niños, es por lo general delicado y bonito [...] con un físico que puede fluctuar con facilidad entre ganancias y pérdidas de peso, y en el que la grasa tiende a producir contornos rellenitos más que las carnosidades nacidas o informes propias de la *Calcárea Carbónica*.

Como la flor se cimbreo al viento, los síntomas de *Pulsatilla* son típicamente variables.[...] Examinaremos en detalle cinco características mentales seminales: la dulzura, la dependencia, la sociabilidad, la flexibilidad y una emocionalidad tierna".

Todos estos descriptores corresponden a las características de los individuos del eneatiipo II.

¹⁵¹ Jung, C.G., obra dt.

¹⁵² Coulter, Catherine r.. Obra cit., Vol. 1. Citas extraídas de las págs. 199-225 de la versión inglesa, reproducidas con permiso de la autora.

Coulter continúa:

"Tradicionalmente considerada como un remedio femenino [...] y tratada en estas páginas en femenino, puede igualmente administrarse, sin duda, como remedio constitucional para muchachos y hombres que manifiesten un típico modo de ser dulce y tierno.[...]

La dulzura de *Pulsatilla* y su deseo de agradar no excluyen una subyacente capacidad de mirar por sus propios intereses; se trata justamente de que en sus primeros años de vida se dio cuenta de que el azúcar atrapa más moscas que el vinagre. Le gusta que estén por ella y se alegra de pasar a los demás hasta la mínima responsabilidad. Para asegurarse, agradece con donaire a quienes le ayudan, ofreciendo a cambio, como bien de curso legal, su afecto!...]"

La dependencia del individuo *Pulsatilla* se manifiesta en el niño como aferramiento y, a veces, en adultos inmaduros, como desvalimiento e infantilismo:

"A medida que el niño crece y entra en la adolescencia, la dependencia comienza a proyectarse fuera de la familia y hacia el sexo contrario. La *Pulsatilla* resulta atractiva a los hombres, al ser una jovencita tan femenina cuya forma de ser adula el ego.[...] En su dependencia, puede, sin embargo, arrojar fuertes exigencias sobre el tiempo, la dedicación y las reservas emocionales de sus amigos, parientes y conocidos. En las relaciones de familia, amorosas o incluso amistosas, busca aún más apoyo, hasta que, al fin, los otros se sienten prisioneros!...]"

Coulter presenta la sociabilidad de *Pulsatilla* como una cualidad positiva, aunque la flexibilidad puede ser constructiva o, más negativamente, puede manifestarse como indecisión, por ejemplo, al quedarse pensando para escoger los productos en un colmado o al vacilar ante la carta de un restaurante por no saber qué pedir. La descripción que hace Coulter de la emocionalidad de *Pulsatilla* corresponde en gran medida con el eneatispo II:

"La quinta característica de *Pulsatilla*, la *emocionalidad*, tiene el signo de la fluctuación, la pena de sí misma y el sentimentalismo!...] A *Pulsatilla* la han llamado justamente "la veleta de entre los remedios" (Boericke), debido a su carácter fluctuante y oscilante con facilidad, y a sus estados de ánimo cambiantes, a veces "antojadizos" (Hahnemann) o "caprichosos" (Hering).[...]

Guiada por su sensibilidad, *Pulsatilla* es esencialmente no intelectual. Por supuesto, como en cualquier otro tipo constitucional, hay individuos más o menos inteligentes, pero, en general, funciona de un modo fuertemente personal y no intelectual!...] A *Pulsatilla* no le interesan los hechos, las estadísticas, las ideas eruditas o las teorías. Su mente se encuentra más a gusto tratando con las particularidades de la vida cotidiana y las relaciones humanas!...] Influida por sus emociones, interpreta sistemáticamente las abstracciones y las generalidades de modo personal, según su propia manera de pensar, sus sentimientos o preferencias".

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Orgullo

Si bien algunos descriptores podrían agruparse como manifestaciones directas del orgullo -la exaltación imaginaria de la propia valía y atractivo, «interpretar el papel de la princesa», el exigir privilegios, la jactancia, la necesidad de ser el centro de atención, etc-, hay otros que pueden ser entendidos como "corolarios" psicológicos del orgullo. En éstos me centraré ahora.

Necesidad de amor

La intensa necesidad de amor de los individuos del eneatispo II puede verse a veces oscurecida por su característica independencia, particularmente en momentos de frustración y de hu-

millación del orgullo. La persona orgullosa raramente se realiza en la vida sin un gran amor. La orientación excesivamente romántica del eneatipo II hacia la vida puede entenderse como el resultado de una frustración amorosa temprana asociada a una pérdida del apoyo en la experiencia propia del valor personal. Así como la necesidad de confirmar el inflado sentido de valor propio deriva en una motivación erótica, el orgullo deriva en la necesidad de amor (expresada a su vez mediante la intimidad física y emocional), porque la necesidad de considerarse a sí mismo como especial se satisface mediante el amor de otro. La necesidad de intimidad del eneatipo II le convierte en un tipo de persona de «sensibilidad delicada» y, en un plano más sutil, conduce a una intolerancia de límites y, en consecuencia, a la invasión. Igualmente, la fuerte necesidad de amor de los orgullosos les hace «supercomprometidos» en las relaciones y posesivos. La suya es una posesividad sustentada en una seducción tal que ha inspirado la expresión «mujer fatal» (que sugiere que la seducción sirve a un impulso de fuerza destructiva).

Hedonismo

El hedonismo puede entenderse también como un rasgo relacionado con la necesidad de amor, ya que el deseo de placer puede considerarse normalmente como un sustituto del amor. En efecto, es típico en estas personas necesitar ser amadas eróticamente o mediante una expresión delicada de ternura, en la medida en que ellos igualan el ser amados al ser complacidos, como la princesa del cuento de Grimm «La princesa y el guisante», cuya nobleza de sangre se descubre por el hecho de que le molestará un guisante colocado bajo el colchón. El individuo tierno y afectuoso del eneatipo II puede transformarse en una furia cuando no se le complace y se le hace sentirse amado con mimos, como es propio de un niño consentido.

La búsqueda compulsiva de placer de la persona del eneatipo II sustenta de forma natural el papel alegre que adopta la gente histriónica, con su fingida satisfacción y animación. También se refleja en una propensión a sentirse frustrados y, cuando no están especialmente complacidos (mediante la atención, la novedad, el estímulo), en una baja tolerancia a la rutina, a la disciplina y a otros obstáculos para una vida divertida e irresponsable.

Seducción

Es comprensible que el individuo histriónico, inclinado a la búsqueda de amor y placer, esté también vivamente interesado en ser atractivo. Tales personas *se esfuerzan* por ello, podríamos decir, y son, por encima de todo, seductoras. Hay rasgos que podemos entender, a su vez, como herramientas de seducción, ya sea erótica o social. Por tanto, la persona histriónica es afectuosa. Los que están necesitados de afecto por estar secretamente inseguros de él son, a su vez, cálidos, solícitos, sensibles, enfáticos... aunque su manifestación del amor pueda haber inspirado epítetos tales como «superficial», «inconstante», «inestable», etc. El apoyo ofrecido seductoramente por el individuo es típicamente lo que podría llamarse apoyo «emocional» o quizá «moral», en el sentido de que es un amigo incondicional, aunque tal vez la persona no sea de tanta ayuda como pudiera sugerir su expresión de sentimientos (el eneatipo III y otros pueden resultar de más ayuda cuando se trata de hacer algo práctico). Por eso, su seducción supone no sólo una manifestación histriónica del amor, sino también una incapacidad de entrega y, en términos de motivación, una generosidad del tipo «dar para recibir».

También se puede valorar la adulación como un medio de seducción mostrado por los individuos del eneatipo II. Hay que resaltar que el eneatipo II sólo halaga a quienes considera suficientemente dignos de ser seducidos.

Así, el erotismo es uno de los vehículos de la seducción. Si contemplamos la inclinación erótica del individuo histriónico como algo que sirve al propósito más amplio de demostrar su propia importancia personal (más que interpretarla en los términos biológicos de Freud), creo que podremos entender mejor tanto el erotismo como el orgullo.

Asertividad

Junto a una intensa necesidad de amor y sus derivados, podemos decir que la dominación es también una característica del eneatispo II y constituye un derivado del orgullo. Más que la exigencia tiránica y áspera del eneatispo VIII o la dominación moralista del eneatispo I, que exige como una autoridad lo que le corresponde, el eneatispo II manifiesta sus deseos con una asertividad atrevida, con *jeta*. Es la asertividad de quien está al mismo tiempo basado en un buen concepto de sí mismo e impulsado por un ímpetu fuerte y desinhibido que contribuye al aura de vitalidad de este carácter aventurado (como ya he señalado, el carácter orgulloso implica una rara combinación de ternura y belicosidad).

Otro descriptor perteneciente a esta categoría de la asertividad es el de la obstinación, un rasgo de «salirse con la suya», incluso a costa de una «escena» emocional o de platos rotos.

Tendencia a cuidar y falsa abundancia

Para la estructura del carácter orgulloso es muy significativa la represión de la necesidad que el orgullo implica. Por más que estemos tratando con un individuo entusiasta, que parece buscar compulsivamente la excitación emocional y el gran drama, la persona es típicamente inconsciente de la necesidad que subyace a su compulsión por complacer y por ser extraordinaria.

El orgulloso está supuestamente bien y mucho mejor que bien, y para mantener ésto debe de hecho perseguir el placer de una manera compensatoria. Pero nada estaría más lejos de estar bien que estar necesitado de amor, porque el orgullo, en el curso del desarrollo de la personalidad, se ha ido aficionando particularmente a una imagen de sí mismo como dador, más que como receptor, alguien lleno de satisfacción hasta el punto de desbordar de generosidad.

La represión de la necesidad no está sólo sustentada por el hedonismo, sino también por una sustitutiva identificación con la necesidad de los demás, de aquellos hacia quienes el individuo ofrece simpatía, empatía y cuidados seductores. Por eso se entiende la frecuente atracción del eneatispo II por los niños: éstos representan no sólo un estado de natural de irrestricción, sino que son también pequeños seres con necesidad de protección. Sustentan el orgullo en el sentido de tener mucho amor que ofrecer, satisfaciendo asimismo de una forma encubierta su necesidad de amor.

Histrionismo

Como encabezamiento de este grupo de rasgos, podría haber escrito «puesta en práctica histriónica de la autoimagen idealizada», en referencia a lo que podría ser un resumen de la estrategia esencial del eneatispo II, en que el falso amor y la falsa satisfacción son una fuerte forma de expresión. Sin embargo, la característica de ser afectuoso puede considerarse como sólo una de las facetas de la típica imagen ideal que el orgulloso representa y con la que se identifica.

Esta imagen también contiene la característica de ser *feliz*, que hemos tratado ya en el análisis de la seducción, una independencia que implica la negación de las necesidades de dependencia, así como otra característica para la que la palabra «libre» podría ser un término

aproximado, si la entendemos no como la libertad verdadera de la liberación de las estructuras caracterológicas, sino como la libertad de la obstinación, la impulsividad y el desenfreno. Esta libertad es un ideal de gratificación del impulso que está no sólo al servicio del hedonismo, sino también como evitación de la humillación de tener que doblegarse ante el poder de otro, las reglas sociales y cualquier tipo de limitación. El eneatispo II no sólo es demasiado orgulloso para plegarse a tales reglas, sino que es rebelde a la autoridad en general, a menudo de una manera pícaro y humorística.

También la «intensidad», que puede considerarse, junto al ingenio, como un medio de atraer la atención (y que alimenta la búsqueda del placer), puede considerarse como ingrediente de una autoimagen mayor que la vida. No es sólo una adicción, sino también una forma de presunción y de mantener la ilusión de ser positivo. La presunción histriónica del eneatispo II contrasta con los esfuerzos del eneatispo III por cumplir con una personalidad idealizada mediante el logro y la realización, igual que su manipulación histriónica (mediante la expresión escandalosa de la emoción) contrasta con la explosión del eneatispo III, que sobreviene como consecuencia del fracaso del exceso de control.

Emocionalidad impresionable

Aunque los eneatispos IV y II son marcadamente los más emocionales del eneagrama, el eneatispo II puede considerarse más específicamente emocional, porque en el eneatispo IV la emocionalidad coexiste frecuentemente con el interés intelectual, mientras que el eneatispo II no sólo es un tipo sensible, sino que es también, con frecuencia, antiintelectual.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

La asociación entre personalidad histérica y simple represión no es sólo la primera relación observada de confluencia entre un mecanismo de defensa y una actitud neurótica, sino que es también hoy la más ampliamente documentada y aceptada. Cuando se utiliza la palabra represión para designar específicamente un mecanismo de defensa más que como un síntoma de tal defensa, se refiere a aquel mecanismo defensivo por el que se impide que la representación ideacional de los impulsos se vuelva consciente. Esta eliminación selectiva, que aparta de la conciencia el aspecto cognitivo de la experiencia del deseo implica una situación en que la persona responde en función de sus impulsos, pero sin reconocimiento de los mismos, lo que contribuye a una actitud de irresponsabilidad y a dar una impresión de falsedad.

Aquí, el límite entre no saber lo que uno hace y pretender no saberlo es tan difícil de establecer como difícil resulta distinguir la condición histérica de fingirse enfermo. Así como podría decirse que la histeria clínica es una simulación inconsciente, podríamos decir que la represión es un «no querer saber» inconsciente -falseamiento que se ha hecho aceptable mediante la decisión de engañar no sólo al mundo, sino también a sí mismo. Por supuesto, esto sólo puede conseguirse con un cierto embotamiento del intelecto, una especie de vaguedad, una pérdida de precisión o claridad que va acompañada de (o, mejor dicho, es mantenida por) una desvalorización de la esfera cognitiva.

Esto explica la característica emocional de este eneatispo, apoyada por una disposición constitucional.

Para cada mecanismo de defensa, la inconsciencia parece requerir un fenómeno compensatorio. Así como en el eneatispo I la inconsciencia de las tendencias destructivas o pasivas se mantiene mediante una búsqueda consciente de la bondad y de un talante antihedonista, podemos preguntarnos si existe también en el eneatispo II una compensación por la pérdida de conciencia de sus necesidades. La respuesta está, creo yo, en una

intensificación de los estados emocionales asociados al impulso.

Igual que existe un mecanismo de intelectualización que sirve para distanciarse de los propios sentimientos, podemos decir que existe una «emocionalización» o «emocionalismo» que facilita el proceso de distraer la atención de la conciencia de necesidad o, más exactamente, de «la representación intelectual del instinto».

Pero en este eneatispo no hay sólo una amplificación emocional. Hay también una impulsividad característica, un "empujar" en las relaciones interpersonales, una impaciente necesidad de satisfacción y una incapacidad infantil de aplazar la gratificación. Es como si la experiencia de satisfacción *inconsciente* no lograra producir una *verdadera* satisfacción, como si la satisfacción sin la conciencia de necesidad imposibilitara al individuo el sentimiento de que la necesidad ha sido satisfecha y resultara de ello una insaciable sed de intensidad.

Es fácil ver cómo la inconsciencia de la necesidad -y, particularmente, la inconsciencia de necesitar amor- fundamenta el orgullo, pues si el orgullo se basa en la propia valía, ¿qué medida de valor se le presenta a la mente del niño con más naturalidad que el ser merecedor del amor de sus padres? Esto llega hasta el punto de que la orgullosa dice implícitamente: «soy merecedora de amor y me siento amada. Mi deseo de amor está saciado, no estoy frustrada en mi sed de amor». Sin embargo, esta imagen de sí mismos como no deseadores choca necesariamente con el progresivo reconocimiento del deseo, y son los «histrióni-cos» los que hacen patente ese conflicto.

La relación entre la represión y el aspecto de «dador universal» o «madre judía» del eneatispo II es parecida a la anterior:

no es coherente simultanear en la mente la conciencia de necesidad emocional y una dadivosidad desbordante. Para un especialista en manipulación y seducción de los demás a través del dar, podría ser también «peligroso» reconocer los propios deseos, puesto que entonces la «dadivosidad» resultaría sospechosa de ser lo que verdaderamente es su exceso característico: un dar para obtener o un dar motivado por la necesidad personal de identificarse con la posición y el papel de dador.

Para acabar, me gustaría señalar que hablar de represión de la necesidad es prácticamente equivalente a hablar de represión de la atmósfera psicológica de la envidia, y así como en el caso del eneatispo I entendimos la ira como una formación reactiva a la gula, podemos en este caso entender el orgullo como una transformación de la envidia mediante la acción conjunta de la represión y de la emocionalidad histriónica. Al igual que para el perfeccionista lo más evitado es la autoindulgencia, en el carácter orgulloso e histriónico no hay nada tan evitado como la sed de amor y el sentimiento de no ser digno de merecerlo, tan característicos de la envidia. Así, podemos decir que mediante una combinación de represión y de emocionalidad histriónica la envidia se transforma en orgullo y (hablando en términos de Murray) la *menesterosidad*¹⁵³ *en dedicación a los demás*.¹⁵⁴

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS¹⁵⁵

¹⁵³ Requerir simpatía, afecto o apoyo emocional de los demás.

¹⁵⁴ Conducta que proporciona a los demás beneficios morales o emocionales.

¹⁵⁵ Aunque coincido con Kernberg en que deberíamos distinguir entre la personalidad histriónica y la personalidad histérica propiamente dicha, creo que su condensada explicación de la dinámica familiar de los pacientes histéricos (en *Psychiatry*, de Cooper y otros autores) corresponde más al caso de los histriónicos que al de los histéricos *sensu strictu*. Afirma que la bibliografía psicoanalítica "transmite una idea, cada vez más extendida, de que las mujeres con un trastorno de personalidad histérica provienen de familias más bien estables, con las siguientes características: sus padres son descritos como seductores y con frecuencia combinan un comportamiento hacia sus hijas sexualmente seductor y sobreestimulante con actitudes bruscas, autoritarias y, a veces, puritanas en lo referente al sexo; es típico que la seducción de la niñez se transforme, en la adolescencia, en prohibición de las relaciones sexuales y románticas. Las madres de estas pacientes son descritas como

La figura corporal del eneatispo II es más típicamente redondeada que la del eneatispo I y también más suave que la del eneatispo III, por lo que cabe pensar que una constitución endomórfica genéticamente determinada sirve de soporte a la necesidad viscerotónica de afecto. Dado que la belleza física es más común en el tipo II que en ningún otro carácter, también sería posible la hipótesis de que esto, quizá junto con una disposición constitucional alegre, resulte "seductor", más allá de ningún intento por parte del niño de ser seductor, sobre todo como estímulo para un padre o madre seductores.

Como ocurre con el eneatispo IV, el eneatispo II es mucho más frecuente en mujeres que en hombres y, aunque sea cierto que la nena favorita de papá tenga un atractivo que a él le haga querer acariciarla y hablarle con ternura (y en la reacción de la pequeña haya un componente erótico consciente o inconsciente), creo que el guión de la seducción que observó Freud al principio de su carrera representa una manifestación típica, más que el núcleo del asunto (así como, en el caso del carácter anal, la interpretación biológica, aunque resulte evocadora, no acierta con la cuestión principal de la estrategia interpersonal). Estoy convencido de que la favorita o el favorito de los padres es ante todo un(a) seductor(a) y, sólo secundariamente, alguien que aplica el eros a la seducción. Pienso, por tanto, que es correcto el moderno giro del psicoanálisis al inclinarse por una visión preedípica de la personalidad histriónica, puesto que, así como en el deseo del adulto de ser acariciado subsiste un deseo infantil de ser sostenido por una madre cariñosa, también en la niña de cinco años "mimada, adorable y exigente" subsiste una frustración oral que encuentra con ello una compensación.

He aquí la manera en que una estudiante de protoanálisis describe su situación en la época de crecimiento:

"Yo era la novia de mi padre. Él me hizo creer que yo era la mujer de su vida, lo cual era una mentira. Me quería tanto... Pero no se casó conmigo: estaba casado con mamá. Era feliz con mi padre. La lástima es que se acabó".

Vemos aquí otro extracto que refleja el vínculo especial entre padre e hija:

"Mi padre me llamaba su «marca». Decía que yo tenía una señal en mi cuello que sólo él podía ver, y a causa de ello yo era magnífica y única. Yo lo creía".

No todas las personas del eneatispo II recuerdan una niñez de princesa feliz, amada y consentida o de hijo adorado y favorito. En algunos casos, escuchamos historias de privación que, a veces, afloran a la superficie tras alguna exploración terapéutica. Se puede llevar a la persona a ver que el tiempo en que estuvo convertida en princesita había sido precedido por otro de dolor emocional. En estos casos, es como si el niño o la niña quisiera cerciorarse mucho del amor de la madre o del padre por haber sido especialmente cuidado, alabado y tolerado a pesar de sus antojos y llantinas. Es como si el niño estuviera diciendo:

"¡*Pruébame* que realmente me quieres!", y como si la demanda de una expresión amorosa *especial* fuera, en esencia, una reacción a haberse sentido rechazado.

Así, por ejemplo, una paciente dice:

"Para mi madre, yo era fea, sucia, ordinaria... y yo no podía permitir que ninguna de sus opiniones entrara en mí, porque me habría espantado hasta hundirme en su imagen de fealdad. Es así como me defendí con orgullo, sintiéndome el centro del universo".

Este caso permite ver que la reconstrucción imaginaria del yo puede preceder y ser más fundamental que la búsqueda de una alianza externa para confirmar la autoimagen orgullosa.

mujeres dominantes y controladoras de la vida de sus hijas, con maneras sutiles e invasoras, que a menudo daban la impresión de intentar cumplir sus aspiraciones frustradas a través de sus hijas. Al mismo tiempo, estas mujeres eran eficientes y responsables tanto en casa como en sus funciones en la comunidad". Creo también que las observaciones de Marmor corresponden esencialmente al tipo II al "darse cuenta de que había pacientes con conflictos predominantemente orales de dependencia y pasividad patológicas, y, sobre todo, con evidentes perturbaciones graves de las relaciones preedípicas entre madre e hija".

También sugiere que la compensación por las frustraciones orales de la infancia no consiste sólo en la negación de la frustración, sino también en una asertividad compensatoria. Así como esta persona se afirmó constituyéndose en el centro del universo, otra hubo de adoptar una postura de "no me piséis" ante dos hermanos muy duros, y otra tercera dice:

"Tenía una hermana gemela que era la niña perfecta, y yo era todo lo contrario. Me rebelé. Reaccioné al rechazo de mi madre con una rebeldía orgullosa".

La transición de la frustración a la postura o autoimagen autosatisfecha y autosatisfactora puede verse, en el caso de las mujeres, como el paso de la experiencia de rechazo relativo de la madre al desarrollo de la seducción con vistas a convertirse en la favorita del padre.¹⁵⁶

"Mi madre era seca y esquelética. Mi padre era inmenso, feliz, con una cara redonda y una piel preciosa. No tenía más remedio que ponerme gorda. Al que no le gustara, que se fuera con los secos y esqueléticos".

El ejemplo siguiente supone una variante:

"No recibía atención, me sentía abandonada por mi madre¹⁵⁷. Tuve dos padres. Mi fantasía era más la de Cenicienta que la de una princesa. Tenía que esperar a mi príncipe, mi padre, que me había abandonado. Esto ha sido siempre una fantasía clara. Fue con mi segundo padre con quien fui la favorita, a pesar de no ser su hija. Tengo mucho del perfeccionismo de mi madre, pero yo también era muy seductora. Con mi madre, no tenía más remedio que quedarme en la sombra".

Escuchando historias del eneatis II, he apreciado algo parecido a un freno a la voluntad de la persona, que se procura compensar con la obstinación. La frustración se transforma en una búsqueda compulsiva de libertad, que caracteriza la intolerancia de este carácter ante las normas y los límites. Como dijo una mujer: "Los caprichos eran la prueba del amor". Un ejemplo de ello es el de una conocida que recuerda que, cuando de niña se la llevaban de casa de su madre a casa de su abuela, le prometían muchas cosas bonitas para convencerla y vencer su resistencia. Después, sintiéndose traicionada, exigía aún más cosas bonitas, como compensación vengativa.

He aquí otra cita que muestra el egocentrismo como compensación a la sed de amor:

"Había dificultades económicas y empecé a trabajar a los trece años, y creo que los caprichos eran exigencias mediante las cuales me cobraba lo que yo sentía que se me debía".

No es sorprendente que en las historias de mujeres del eneatis II aparezcan con frecuencia padres del tipo VII; es lógico, dada su típica seducción, alegría, orientación al placer e inclinación por la familia. Así como en el eneatis I el deseo de amor se convierte en una búsqueda del respeto, en el eneatis II dicho deseo de amor se transforma en una búsqueda de intimidad y en expresar sentimientos tiernos con palabras y caricias. Tanto en un caso como en el otro, la búsqueda secundaria interfiere en la satisfacción primaria. Y no sólo, en el caso del tipo II, porque el desarrollo del "mecanismo seductor" haga a la persona menos completa y, por tanto, menos digna de amor, sino también porque, para sentirse querida, una persona ha de estar en contacto con su deseo de amor, cosa que se reprime con el orgullo, del mismo modo que se reprime la autoimagen denigrada.

Una característica biográfica temprana que he observado en el eneatis II y que es coherente con su posición de superioridad y generosidad es la de convertirse en ayudantes de la madre en el cuidado de los hermanos. Nos lo ilustra este fragmento de un informe de un grupo de mujeres II:

"Todas nosotras cargamos con un montón de responsabilidades de adultos, como niños muy pequeños; nos convertimos en la pequeña mamá o en la madre de la casa muy pronto. Y

¹⁵⁶ Quizá esté relacionado con la experiencia de frustración temprana mi reciente descubrimiento de que, en un grupo de mujeres del tipo II, la mayoría de ellas sentía que, entre su padre y su madre, al menos uno de los dos estaba decepcionado de que no fueran del sexo opuesto.

¹⁵⁷ Aparentemente, del eneatis I.

teníamos o intentábamos tener a nuestros padres contentos, para que nuestras necesidades fueran satisfechas. Si nuestros padres estaban contentos, entonces teníamos cariño, atención y aprobación, pero si no, entonces éramos nosotras las que recibíamos la reprimenda o lo que fuera. Resultaba un medio más seguro si teníamos a los padres contentos. La mayoría de nosotras se expresaba de un modo que indicaba que estábamos aportando al padre o a la madre lo que el otro, de alguna manera, no daba, y, en muchas actividades, nos convertimos en la compañera del padre cuando la madre no estaba allí, o viceversa".

El siguiente informe individual sugiere que una persona del eneatiipo II puede intentar ser una "buena chica":

"Cuando habías llegado a un cierto nivel, éste ya se daba por sentado, y después tenías que hacer un poco más para que estuvieran contentos, pero al cabo de poco tiempo eso se volvía lo esperado, así que para contentarles había que esforzarse aún más".

De manera que tenían que mantener un nivel extraordinario. Aunque puede decirse que una joven del tipo II es tan "buena chica" como una del tipo I, la diferencia es que, en su caso, el cumplimiento tiene lugar en una atmósfera de satisfacción del deseo, en lugar de frustración.

Otro factor biográfico temprano que me ha llamado la atención es, en mayor o menor medida, la sobreprotección y la gran posesividad de uno de los padres -aspecto problemático de ser el favorito (o la favorita), teniendo en cuenta la sed de libertad que ha llevado a algunas personas a independizarse muy pronto-. Con frecuencia, las jóvenes del eneatiipo II que no disfrutaron de libertad para estar con amigas o amigos provenían de familias numerosas y se les decía: "Sabes que tienes hermanos para jugar, no necesitas a nadie más". También es frecuente entre ellas haber estado relativamente confinadas.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Si entendemos el orgullo como resultado de una frustración amorosa temprana que fue igualada en la mente del niño a una carencia de valor (de forma que el impulso de ser valorado y especial lleva a una repetición compulsiva de la maniobra original de compensación por aquella carencia temprana), puede ser un error continuar interpretando el orgullo como una elaboración de la necesidad de amor. Eso vendría a ser como poner el carro delante del caballo, ya que la intensa necesidad de amor de los individuos del eneatiipo II es más una consecuencia del orgullo que un antecedente más hondamente asentado. En línea con el modo de interpretación llevado a cabo hasta ahora, que pretende reemplazar la teoría de la libido sobre la comprensión de los deseos neuróticos por una teoría existencial, podemos considerar el orgullo (como cada una de las pasiones) como una compensación por la percepción de una falta de valor, que va acompañada de un oscurecimiento del sentido del propio ser, el soporte natural, original y verdadero del sentimiento propio del valor personal.

Podemos decir que, a pesar de la alegría, la vitalidad y la vistosidad superficiales, el carácter orgulloso esconde un secreto reconocimiento de vacío, un reconocimiento transformado en dolor de síntomas histéricos, en erotismo y en un aferramiento a las relaciones amorosas. A pesar de la interpretación habitual de este dolor como pena amorosa, puede resultar más exacto considerar que no es distinto del dolor universal por la consciencia perdida, más allá de las características ligadas a cada tipo. En este caso, podremos entender que éste se puede transformar no sólo en libido, sino que, interpretado como un sentimiento de insignificancia personal, sustenta la voluntad de significación, que está en la naturaleza del orgullo.

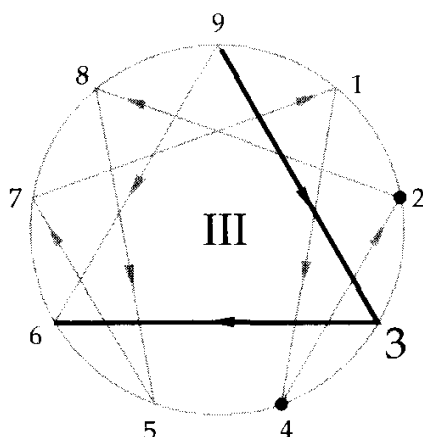
Esta interpretación es útil, porque nos orienta a observar lo que en la vida actual del individuo está perpetuando este «agujero» en el centro de la personalidad. No es difícil entender cómo surge este agujero, porque, como ha señalado Horney, entregarse a la persecución de la gloria equivale a algo así como vender el alma al diablo, pues la energía propia se dedica a la realización de una imagen, más que a la realización de la propia personalidad.

El sentimiento de ser descansa en el todo integrado de la experiencia propia y no es compatible con la represión de las necesidades propias, al igual que no es compatible con la incapacidad de vivir una vida propia auténtica (mientras se está ocupado en representar una imagen ideal para una selecta audiencia de admiradores). La excitación emocional puede captar la atención de uno y sirve como pacificador óptico por momentos, pero sólo en un nivel superficial de conciencia. Lo mismo se puede decir del placer. El individuo no consigue ser como es y en lugar de eso se ve impulsado a buscar el placer y la emoción, mientras se esfuerza por vivir en el éxtasis continuo de ser el centro de atención.

La falsa abundancia, pues, está condenada a ser, después de todo, una mentira emocional que el individuo no se cree completamente, -si no, no continuaría viéndose impulsado a rellenar frenéticamente el agujero profundamente sentido de la carencia de ser. Si es la deficiencia óptica la que mantiene el orgullo e, indirectamente, todo el edificio del carácter centrado en el orgullo, esta deficiencia óptica está, a su vez, originada por cada uno de los rasgos que constituyen su estructura: una alegría que implica (por la represión de la tristeza) una pérdida de realidad; un hedonismo que, en la búsqueda de una gratificación inmediata, sólo proporciona una satisfacción sustitutiva y no lo que requiere el crecimiento; la indisciplina compulsiva que acompaña a este hedonismo, con las características de libertad y frenesí de la «histeria», que también impiden lograr una metas vitales que traerían consigo una satisfacción más profunda.

En conclusión, en el reconocimiento de este círculo vicioso por el que la insuficiencia óptica mantiene el orgullo -cuya manifestación mantiene a su vez la insuficiencia óptica- reside la esperanza terapéutica, porque el propósito de la terapia no debería limitarse a proporcionar la buena relación que estaba ausente en la vida temprana: puede incluir la reeducación del individuo hacia la autorrealización y la elaboración diaria de la profunda satisfacción que produce una existencia auténtica.

CAPÍTULO SIETE ENEATIPO III



VANIDAD, INAUTENTICIDAD Y "ORIENTACIÓN MERCANTILISTA"

1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA



E.J. Gold, *Modelo en el Estudio* sumi-e 9" x 12"

La vanidad es una preocupación apasionada por la propia imagen o una pasión de vivir para los ojos de los demás. Vivir para las apariencias implica que el foco de interés no está en la experiencia propia, sino en la anticipación o fantasía de la experiencia de otro, y de aquí la insustancialidad de la búsqueda del vanidoso. Nada podría ser llamado más apropiadamente la «vanidad de vanidades» de la que habla el predicador del Eclesiastés que el vivir para una imagen efímera e insustancial (en lugar de para uno mismo).

Hablar de la vanidad como de un vivir para una autoimagen no es distinto de hablar de narcisismo y, en realidad, podemos considerar el narcisismo como un aspecto universal de la estructura egoica, representado en la esquina derecha del eneagrama. Pero como la palabra «narcisismo» se ha usado en referencia a más de un síndrome de la personalidad y, sobre todo, desde la publicación del DSM III en referencia a nuestro eneatispo VII, no la he incluido en el encabezamiento de este capítulo.

La vanidad está presente especialmente en la región «histeroide» del eneagrama (que comprende los eneatispos II, III y IV), aunque en el caso del orgullo, como hemos visto, ésta se satisface mediante una combinación de autoensalzamiento imaginativo y el apoyo de individuos escogidos, mientras que en el eneatispo III la persona se moviliza para demostrar objetivamente su valor, mediante una activa puesta en práctica de su autoimagen frente a un otro generalizado. Esto conduce a una enérgica búsqueda del éxito y de los buenos modales según marcan los cánones cuantitativa o generalmente aceptados.

La diferencia entre los eneatis tipos III y IV radica sobre todo en el hecho de que el primero se identifica con la imagen que «vende», mientras que el segundo está más en contacto con su autoimagen denigrada y, por lo tanto, se caracteriza por la experiencia de una vanidad nunca satisfecha. En consecuencia, el eneatis tipo III es alegre; el eneatis tipo IV, depresivo.

Como se mencionó en la introducción, Ichazo habló de "falsedad" más que de vanidad, como pasión del eneatis tipo III, relegando la vanidad a la esfera de las fijaciones. A lo largo de casi toda mi experiencia en esta enseñanza, he preferido, sin embargo, considerar la vanidad como una pasión semejante al orgullo, mientras que he visto en el engaño el núcleo cognitivo o la fijación del carácter del eneatis tipo III. La palabra «falsedad» no es la mejor para evocar la forma particular de engaño que acompaña a la vanidad, diferente de la mentira del eneatis tipo II o del embaucamiento del VIII, por ejemplo. Más que una falta de veracidad en relación a los hechos (el eneatis tipo III puede ser un informador objetivo y fidedigno), hay en la vanidad una falta de veracidad en relación a los sentimientos y una simulación.

En contraste con la vena cómica del eneatis tipo II y la vena trágica del eneatis tipo IV el estado de ánimo característico del eneatis tipo III es el de la neutralidad o el control de los sentimientos, en el que sólo se reconocen y expresan los «sentimientos correctos».

Aunque es el orgullo (*superbia*) y no la vanidad lo que se incluye entre los pecados capitales tradicionales del Cristianismo, parece que ambas ideas suelen yuxtaponerse, como sugiere la frecuente iconografía que representa el orgullo como una mujer contemplándose en un espejo (como en los «Siete pecados mortales» de Jerónimo El Bosco).

Es interesante observar que la disposición caracterológica del eneatis tipo III es la única que no se incluye en el DSM III, lo cual plantea la cuestión de si esto puede estar relacionado con el hecho de que ésta constituya la personalidad modal ¹⁵⁸ de la sociedad americana desde los años veinte.

2. ANTECEDENTES SOBRE EL CARÁCTER EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

Kurt Schneider propone la expresión "hipertímico" para los individuos "predominantemente joviales y activos". Afirma que "los individuos de personalidad hipertímica son alegres, con frecuencia amables, activos, equilibrados y con un optimismo inquebrantable. Como consecuencia inmediata, les falta profundidad...; están demasiados seguros de sí mismos." ¹⁵⁹

Visto el predominio del tipo vanidoso en los Estados Unidos, puede resultar significativo el hecho de que el síndrome correspondiente a esta personalidad le haya pasado desapercibido al comité que produjo el DSM III. Aparte de la relativa dificultad de discriminar los rasgos de carácter prevalentes e implícitamente valorados en el conjunto de la cultura, podemos también entender esta omisión como consecuencia del hecho de que los individuos del eneatis tipo III están característicamente satisfechos con ellos mismos, pues el núcleo de su deformación psicológica es la confusión de la autoimagen que venden (y que otros compran) con lo que son.

Tal vez la descripción del eneatis tipo III más conocida sea la de Fromm ¹⁶⁰, que afirmaba haber descubierto esta orientación de la personalidad, más allá de los tres tipos clásicos distinguidos por el psicoanálisis (el "receptivo", el "oral agresivo" o "explotador", y el "anal" o "de tendencias retentivas"). Creyendo que se trataba de un desarrollo moderno, derivado del surgimiento del mercantilismo de nuestros días, Erich Fromm la denominó "la orientación mercantilista".

"El concepto mercantilista del valor, el énfasis en el valor del intercambio más que en el valor

¹⁵⁸ Término técnico estadístico que designa el valor más frecuente, en contraste con la media.

¹⁵⁹ Término técnico estadístico que designa el valor más frecuente con respecto al término medio.

¹⁶⁰ Fromm, Erich, *Man for Himself: An Inquiry into the Psychology of Ethics* (Nueva York, Holt, Rinehart and Winston, 1964).

del uso, ha conducido a un concepto de valor similar con respecto a la gente y, en particular, a uno mismo."

Una característica básica de la orientación mercantilista es la preocupación por cómo se presenta uno mismo en un "mercado de la personalidad".

"En el mercado de la personalidad, uno tiene que estar de moda, y para ello debe saber qué tipo de personalidad es la que tiene más demanda. Este conocimiento se transmite, de modo general, a lo largo del proceso de educación, desde el parvulario hasta la universidad, y es llevado a cabo por la familia. Sin embargo, el conocimiento adquirido en esta primera etapa no es suficiente: destaca sólo ciertas cualidades generales, como la adaptabilidad, la ambición y la sensibilidad hacia las cambiantes expectativas de los demás. La imagen más específica de los modelos de éxito se obtiene de otra parte. Las revistas, periódicos y noticiarios ilustrados muestran las imágenes y las vidas de quienes tuvieron éxito de muchos modos distintos.

"La publicidad a base de imágenes tiene una función similar. El ejecutivo de éxito mostrado en un anuncio de confección es la imagen de cómo podría uno parecer y ser, si «saca tajada» del mercado contemporáneo de la personalidad.

"El medio más importante para transmitir al hombre común el modelo de personalidad deseable son las películas. La joven procura imitar la expresión facial, el peinado y los gestos de una cotizada estrella, como la forma más probable de tener éxito. El joven intenta parecer y ser como el modelo que ve en la pantalla. Si bien el ciudadano medio apenas tiene contacto con la vida de la gente de éxito, su relación con la estrella de cine es diferente. Es cierto que tampoco tiene contacto real con ésta, pero puede verle en la pantalla una y otra vez, puede escribirle y recibir su retrato con un autógrafo. A diferencia de los tiempos en que el actor era socialmente despreciado pero, a pesar de todo, transmitía a su audiencia obras de grandes poetas, nuestras estrellas de cine no tienen grandes obras de pensamiento que transmitir, sino que su función es la de servir como vínculo de la persona media con el mundo de «lo grande». Aunque no pueda esperar tener éxito como ellos lo tuvieron, puede intentar emularlos; son como sus santos y, dado su éxito, personifican los modelos de vida."

Si Fromm nos ofrece el punto de vista de un "psicoanalista social", Horney nos aporta un informe clínico más explícito ¹⁶¹. Usa para este carácter la denominación de "narcisista" y comenta:

"Utilizo el término narcisismo con cierta dubitación, porque en la bibliografía freudiana clásica esta expresión abarca casi sin discriminación todo tipo de autoengrandecimiento, egocentrismo, preocupación ansiosa por el bienestar propio y distanciamiento de los demás. Lo tomo aquí en su sentido descriptivo original de estar «enamorado de la imagen idealizada de uno mismo»".

"Más exactamente, la persona es su yo idealizado y parece adorarlo. Esta actitud básica le da el optimismo o la fuerza moral que falta por completo en otros grupos. Le otorga una apariencia de rebosar autoconfianza que resulta envidiable para todos aquellos que se debaten con sus dudas sobre sí mismos; él no tiene dudas (conscientes); él es el ungido, el hombre tocado por el destino, el profeta, el gran dador, el benefactor de la humanidad. Todo esto tiene una parte de verdad: con frecuencia, sus capacidades son superiores a la media, obtiene con facilidad reconocimientos a edad precoz y, a veces, era el hijo favorito y admirado. Esta incuestionable creencia en su grandeza y singularidad es la llave para entenderle. Su optimismo y su perenne juventud brotan de esta fuente, así como su encanto, a menudo fascinador. Sin embargo, es claro que, a pesar de sus dotes, se halla en una situación insegura. Es posible que hable incesantemente de sus hazañas o de sus maravillosas cualidades y necesita confirmación de su autoestima en forma de admiración y devoción. Su sentimiento de maestría se basa en la convicción de que no hay nada que no pueda hacer y nadie a quien

¹⁶¹ Horney, Karen, *Neurosis and Human Growth* (Nueva York: W.W. Norton & Co., 1991).

no pueda superar. Realmente, suele ser encantador, sobre todo con personas nuevas que entren en su órbita. Independientemente de la importancia real que tengan para él, debe impresionarles. La apariencia que da, tanto ante él mismo como ante los demás, es que le encanta la gente, que la "ama". Y, como anticipo de la admiración o en retorno de la devoción recibida, puede ser generoso, expresando vivamente sus emociones, siendo adulator o con favores y ayudas. Reviste a sus familia y amigos, así como su trabajo y sus planes, de brillantes cualidades. Puede ser bastante tolerante; no espera que los demás sean perfectos. Incluso, puede aguantar bromas sobre él, siempre y cuando se refieran sólo a una peculiaridad suya de tipo amigable, pero nunca se le debe cuestionar seriamente.

Aunque Fromm y Horney han ejercido una gran influencia sobre nuestra cultura en general, el hecho de que este tipo haya caído en el olvido puede ser un reflejo de lo limitado de su influencia sobre el mundo profesional de hoy día. En la práctica psicoterapéutica actual, se suele diagnosticar al eneatispo III, de acuerdo con la Bioenergética, como el "rígido" de Lowen. En una explicación del carácter rígido realizada por Jonson ¹⁶² se destaca la separación de la respuesta amorosa de la respuesta sexual:

"Cuando la sexualidad se aparta o se separa de la respuesta amorosa, algo del afecto humano natural se pierde. En este sentido, la persona rígida no puede amar verdaderamente".

Más generalmente, observa que el rígido

"es más capaz que ningún otro carácter de atraer, tener éxito y ser autosuficiente. Su ilusión es que puede comprar amor con estos logros, pero, como no deja entrar en ella el verdadero amor, todo lo que en realidad consigue es atención!....] Las relaciones amoroso-sexuales son, con mucho, el aspecto más turbulento de su vida. Por ejemplo, puede sentirse sexualmente atraída hacia un hombre sin amarlo, mientras ama a otro hacia el que no siente ninguna atracción sexual. O bien sentirse sexualmente atraída por hombres inasequibles, por los que pierde el interés cuando estos mismos hombres se vuelven accesibles. Otra posibilidad es que sean muy hábiles en satisfacer y satisfacerse en las etapas seductoras iniciales de las relaciones amorosas, pero que resulten incapaces de mantener esto a medida que la relación se hace más íntima. El compromiso del rígido es, característicamente, el más efectivo, el mejor defendido y el más aprobado culturalmente. Como norma general, la gente más puramente rígida de nuestra cultura acude a la psicoterapia sólo cuando su esposa amenaza con abandonarle, cuando sus hijos comienzan a actuar por su cuenta o cuando un ataque de corazón u otra enfermedad parecida amenaza la viabilidad del compromiso".

El síndrome del eneatispo III es el trasfondo más usual de lo que se diagnostica como personalidad tipo A: cumplidora de sus objetivos, competitiva, siempre acelerada y con tendencia a sufrir enfermedades cardíacas.

Los profesionales del Análisis Transaccional también están familiarizados con este síndrome, al menos con algunas de sus manifestaciones. En la obra de Steiner *Los guiones que vivimos* ¹⁶³, por ejemplo, vemos la imagen de una "beldad trepadora":

"Tiene los atributos propios del «prototipo de mujer bella».[...] Se ve a sí misma engañando a cualquiera que considere que es bella y piensa que son tontos por aceptar el engaño."

Encontramos también una descripción de la "mujer de plástico":

"Con el fin de conseguir caricias, se cubre de plástico: bisutería llamativa, tacones altos, vestidos de color rojo, perfumes seductores y un maquillaje espectacular. Intenta comprar belleza y estar bien, pero no lo consigue. Siempre se siente inferior al «prototipo de mujer bella» que idolatra a través de las revistas y las películas!....] Cuando ya no es posible comprar más belleza superficial o hacer que perdure, acaba deprimiéndose: las caricias que se da a sí misma u obtiene de los demás no tienen ningún valor. Probablemente, tratará de llenar

¹⁶² Johnson, Stephen M., *Characterological Transformation: The Hard Work Miracle* (Nueva York: W.W. Norton & Co., 1985).

¹⁶³ Obra cit.

el vacío con alcohol, tranquilizantes u otros productos químicos. A medida que va envejeciendo, llena su vida con trivialidades y su casa de chucherías".

Reconozco el patrón del eneatispo III en la descripción que hace Kernberg ¹⁶⁴ de la personalidad histérica. Esta cita se refiere a sus manifestaciones en mujeres:

"Una característica predominante en las mujeres de personalidad histérica es su inestabilidad emocional. Se relacionan fácilmente con los demás y son capaces de mantener cálidos compromisos emocionales (con la importante excepción de una respuesta en su sensibilidad sexual). Suelen ser teatrales e incluso histriónicas, pero su manera de mostrar afecto es controlada y tiene aspectos de adaptación social. El modo en que teatralizan sus experiencias emocionales puede dar la impresión de que sus emociones son superficiales, pero una exploración revelará lo contrario: sus experiencias emocionales son auténticas. Estas mujeres son emocionalmente inestables, pero no inconsistentes o impredecibles en sus reacciones emocionales. Pierden el control emocional sólo selectivamente, frente a algunas personas íntimas con las cuales tengan conflictos intensos, sobre todo de tipo sexual y competitivo".

Kernberg añade que "aunque las mujeres histéricas sean propensas a las crisis emocionales, pueden distanciarse de dichas crisis y evaluarlas después con realismo". Dice también que "pueden llorar fácilmente y tender al sentimentalismo y al romanticismo, pero sus capacidades cognitivas están intactas". Esto contradice la observación de Shapiro ¹⁶⁵ de "un estilo cognitivo de los pacientes histéricos caracterizado por su tendencia a la percepción global, la desatención selectiva y las representaciones impresionistas, más que detalladas", lo cual corresponde, creo yo, al histriónico eneatispo II.

Por su lado, los hombres con personalidad histérica pueden diferenciarse también de los de personalidad histriónica por tener un margen de labilidad e impulsividad más restringido ("al tiempo que mantienen la capacidad de comportarse de diferentes modos en circunstancias sociales ordinarias") y por estar caracterizados "por una pseudohipermasculinidad, una acentuación histriónica de los modelos masculinos culturalmente aceptados, generalmente como reafirmación de su independencia y superioridad sobre las mujeres, combinado con un enfurruñamiento infantil cuando estas aspiraciones no pueden ser satisfechas." ¹⁶⁶

No encuentro el modelo caracterológico del eneatispo III entre las descripciones de los tipos psicológicos de Jung, aunque es incuestionable que se trata de un tipo extrovertido con una sensorialidad y un pensamiento bien desarrollados ¹⁶⁷. Examinando la descripción de perfiles de los tests, hallo este modelo en el cuadro de un ESTP ¹⁶⁸ (extrovertido sensorial, con predominio del pensamiento sobre el sentimiento y de la percepción sobre el juicio). Keirsey y Bates ¹⁶⁹ los describen como hombres y mujeres de acción:

"Cuando está presente alguien con esta personalidad, comienzan a suceder cosas: se encienden las luces, suena la música, empieza el juego.!...] Si hubiera que escoger un adjetivo para describir al ESTP, ése sería el de lleno de recursos".

"Su estilo atractivo y amistoso muestra una floritura teatral que hace que hasta el hecho más rutinario y mundano parezca emocionante. Los ESTP suelen conocer los mejores restaurantes y hasta es probable que los jefes de camareros les llamen por su nombre."

"Su conversación es ágil y entretenida, y las carcajadas resuenan a su alrededor cuando

¹⁶⁴ Kernberg, Otto, obra cit.

¹⁶⁵ Shapiro, David, Obra cit.

¹⁶⁶ Discrepo de la opinión de Kernberg de que éste es el modelo que solía denominarse "*fálico-narcisista*", pues la descripción de Reich se aproxima más a la dominación masculina y a la impulsividad más exageradas del eneatispo VIII.

¹⁶⁷ A diferencia del eneatispo VIII, en el que la sensorialidad es prominente y no así, por lo general, el pensamiento.

¹⁶⁸ ESTP: siglas inglesas de *Extroverted, Sensing, Thinking ana Perceptivo* (extrovertido, sensorial, intelectual y perceptivo) (N. del T).

¹⁶⁹ obra cit.

suelen su retahila inacabable de chistes e historias inteligentes".

"El compañero ESTP puede llegar, con el tiempo, a sentirse como un objeto: la mujer, como un mueble; el hombre, como una mercancía negociable. Las relaciones suelen ser condicionales, y la condición es la consideración de lo que el ESTP vaya a ganar con la relación".

"[...] Son maestros en el arte de usar estas observaciones para «vender» al «cliente». La mirada del ESTP está siempre puesta en la mirada del espectador, y todas las acciones están destinadas a su audiencia".

"Los ESTP son pragmáticos despiadados y con frecuencia proponen los fines como justificación de cualquier medio que consideren necesario..."

"Los ESTP sobresalen como promotores de iniciativas que lleven a la gente a juntarse para negociar. Constituyen inapreciables administradores ambulantes que pueden librar a compañías o instituciones en apuros de sus números rojos, haciéndolo con rapidez ¡y con estilo! Logran vender una idea o un proyecto de una forma que ningún otro tipo puede conseguir."

Parece apropiado que el brillante y activo eneatipo III se asocie en la homeopatía con *Phosphorus*¹⁷⁰.

"Cualquiera que haya estado en el océano de noche habrá visto las partículas del centelleante *Phosphorus* revoloteando en la espuma o destellando en el oleaje. Este agitado elemento capta la atención, y de igual modo el individuo *Phosphorus* produce un efecto parecido de atrapar la mirada. Atrae por sus maneras llamativas y relucientes y por su cara inteligente y luminosa".

Catherine R. Coulter describe a los individuos *Phosphorus*, tanto hombres como mujeres, como pulcros, elegantes y refinados, con una piel clara, a veces como de porcelana o translúcida:

"Emocionalmente, el *Phosphorus* es comprensivo, impresionable y sensible a la vibración del otro. Su comportamiento revela su disposición a establecer contacto cálido con su interlocutor e inmediatamente percibe la mejor manera de armonizarse con él. Posee una intuición muy fina en su trato con los demás y los predispone hacia sí mismo con pequeñas atenciones verbales, con cálidos elogios o mostrando una consideración enternecedora y, a veces, una generosidad casi excesiva. Cuando se requiere ayuda, dejará cualquier cosa que esté haciendo y será el primero en acudir..."

"*Phosphorus* es gregario y necesita gente a su alrededor para sentirse entero, bien y feliz.[...] *Phosphorus* es altamente impresionable y susceptible al medio emocional.[...] Los sentimientos desagradables o incómodos pueden causarle enfermedades físicas, produciéndole retortijones de tripas y dolores de cabeza o palpitaciones. Incluso las emociones placenteras le afectan de modo parecido."

Coulter describe ampliamente tanto la vivacidad y la sociabilidad de este tipo como las características de vanidad y narcisismo, presentes en el eneatipo III:

"La viveza del *Phosphorus* no sólo procede de su ávida predisposición hacia los demás y de su amor a la vida, sino también del *amor a sí mismo*. Se considera más sensible y refinado, más intuitivo, más entretenido, más dotado y más espiritual que los otros. Puede estar bastante fascinado consigo mismo y verse como el centro alrededor del cual giran los demás.[...] *Phosphorus* no domina agresivamente, pero al final se las arregla para atraer la atención de los demás sobre sí. No obstante, suele hacerlo tan sutilmente que los otros apenas se dan cuenta de lo que está pasando, y con tanta gracia que tampoco ponen objeciones.[...] Gustar de uno mismo debe considerarse una característica saludable.[...] Pero, llevado al extremo, revela un lado negativo, un narcisismo autolimitador.[...]

"Tiene temperamento de actor. Debajo de su genuina sociabilidad subyace la necesidad de audiencia, sea de una sola o de millares de personas, a las cuales está dispuesto a proporcionar entretenimiento y afecto y a entregárselas por completo, puesto que necesita del aprecio y la

¹⁷⁰ Coulter, Catherine R.: obra cit., vol. 1. Todas las citas sobre *Phosphorus* pertenecen a las páginas 1 a 17 de la versión inglesa y han sido reproducidas con permiso de la autora.

atención de los demás para sacar lo mejor de su propia naturaleza y sentirse vivo".

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Necesidad de atención y vanidad

Si consideramos la sustitución del ser por la apariencia como la fijación del eneatipo III, ¿qué debemos considerar entonces como pasión dominante de este carácter?

Mi impresión es que el estado emocional más característico y, al mismo tiempo, el que subyace en el interés característico por la exhibición, hasta el punto de la autofalsificación, es la necesidad de atención: una necesidad de ser visto que se frustró en el pasado y que busca ser satisfecha mediante el cultivo de la apariencia. Además del sentimiento percibido de querer ser visto, oído, apreciado, hay en el carácter del eneatipo III un sentimiento correspondiente de soledad que surge no sólo de la frustración crónica de la necesidad de ser a los ojos de los demás, sino también del hecho de que cualquier éxito que se alcance tiene que ser atribuido a la falsedad del yo y a la manipulación.

Con ello, persiste la pregunta «¿Sería yo querido por lo que soy, si no fuera por mis logros, mi dinero, mi cara bonita, etc?» La cuestión se perpetúa por el hecho de que al individuo no sólo le mueve un temor al fracaso en su carrera en busca del éxito, sino que también está muerto de miedo a quedar expuesto y a ser rechazado si tuviera que revelarse al mundo sin una máscara. He incluido la expresión «preocupación por las apariencias» en el grupo de los descriptores del eneatipo III, junto con «vanidad», que no sólo hace referencia a una pasión por «figurar», sino que implica una capitulación ante los valores culturales y una sustitución de la dirección interna por una dirección y valoración extrínsecas. También he incluido en el grupo de la vanidad el «perfeccionismo con respecto a la forma», la «imitación» y el «camaleonismo» (en virtud del cual, por ejemplo, la vanidad en la contracultura puede cultivar una autoimagen de evidente descuido de la apariencia personal).

La psicología del eneatipo III no sólo consiste en una pasión por la modulación de la apariencia. La habilidad para lograr los propósitos de la vanidad da pie típicamente a aquella pasión en la psique del individuo. Así, las mujeres hermosas tienen más probabilidades de adoptar la estrategia de la brillantez (con el correspondiente error existencial de confundir su atractivo con su verdadera personalidad). Además de las características que reflejan un deseo general de complacer y atraer, tales como el refinamiento, la consideración o la generosidad, trataremos a continuación algunos rasgos que destacan notoriamente: el impulso por el triunfo, la habilidad social y la preocupación por la apariencia personal.

Orientación al logro

El eneatipo III se esfuerza por el logro y el éxito, lo cual puede implicar una lucha por la riqueza y por el status social. Dado que algunos rasgos pueden entenderse como instrumentos para este objetivo e impulso, los consideraré bajo este encabezamiento general.

a) La capacidad de hacer las cosas precisa y expeditivamente es característica de estos individuos, lo que les convierte tanto en buenos secretarios como en buenos ejecutivos. El pensamiento, al servicio de la eficiencia, tiende a ser preciso, y a menudo hay una inclinación hacia las matemáticas. También es característico un ritmo rápido que probablemente se ha desarrollado al servicio de la eficiencia, así como a partir de un deseo de sobresalir mediante una especial eficacia. También al servicio de ésta, existe un enfoque de la vida al tiempo racional y práctico, orientación que se observa a menudo en el carácter de personas que escogieron como profesión la ingeniería. Aunque existe interés por la ciencia, la peculiar

tendencia del carácter podría describirse mejor como cientificismo, es decir, una tendencia a infravalorar el pensamiento que no sea lógico-deductivo y científico. Junto a esto, suele apreciarse una alta valoración de la tecnología y, en un sentido más amplio del rasgo, del ser sistemático y hábil en la organización de las actividades propias y ajenas.

b) También relacionado con el impulso por los grandes logros, hay en las interacciones humanas una cierta dosis de implacabilidad cuando se trata de escoger entre el éxito y la consideración. Los individuos del eneatipo III son agradables, pero también son descritos con frecuencia como fríos (es decir, un «tipo duro») y calculadores, y utilizan a los demás y a sí mismos para escalar peldaños hacia sus objetivos.

c) Muy relacionados con la persecución del éxito se hallan los rasgos de control sobre sí mismo y sobre los otros y de dominio. Esto puede observarse típicamente en la conducta de los padres hacia sus hijos, a quienes pueden agobiar dando consejos no solicitados e insistiendo en que las cosas se hagan de una cierta manera (incluso en los casos en que sería más apropiado para los niños hacer las cosas a su propio modo).

d) Otro rasgo importante en el síndrome de esta personalidad, que sobresale como un medio para el logro y el éxito, es la competitividad, un rasgo conectado a su vez con la implacabilidad, el cultivo de la eficiencia y el uso del engaño, la fanfarronería, la promoción de sí mismo, la calumnia y otras conductas tratadas más adelante como «manipulación de la imagen».

e) Los rasgos de ansiedad y tensión son un resultado comprensible del esfuerzo exagerado por el éxito y del implícito temor al fracaso. La elevada presión sanguínea como consecuencia del estrés es algo propio de estas personas, que hace de ellas las conocidas «personalidades tipo A».

Sofisticación y habilidad social

Otro conjunto de rasgos que destaca de entre los descriptores del eneatipo III agrupa las características de ser entretenidos. entusiastas, efervescentes, chispeantes, de conversación activa, agradables, ingeniosos y con necesidad de alabanza.

Generalizando, este rasgo podría llamarse «brillantez social» o «actuación social». En estas personas, la preocupación por el status puede considerarse como una motivación complaciente. «Dime con quién te asocias y te diré quién eres».

Cultivo del atractivo sexual

Unos rasgos de naturaleza similar a los mencionados anteriormente son los relacionados con el autoembellecimiento y la conservación del atractivo sexual, rasgos evocados sobre todo por la imagen del espejo en la iconografía tradicional de la vanidad (en términos generales, no hay mujer tan dependiente de los cosméticos como la del eneatipo III).

Del mismo modo que el cultivo del atractivo sexual va acompañado de frigididad, hay, hablando más generalmente, un tipo especial de belleza vanidosa: una belleza de porcelana fría, de muñeca, formalista pero emocionalmente hueca.

Engaño y manipulación de la imagen

En el caso de los tres rasgos generales de atractivo sexual, brillantez social y triunfo, nos

encontramos ante diferentes *apariencias* mediante las cuales el individuo busca satisfacer la sed de ser y que, al mismo tiempo, encubren su vacío existencial. Aunque la pasión por exhibirse puede entenderse como la consecuencia de una temprana necesidad de atención y valoración, también puede entenderse como la consecuencia de una confusión entre el ser y la apariencia, y la correspondiente confusión entre la valoración extrínseca y el valor intrínseco. Como el engaño es lo que podemos llamar la fijación, es decir, el defecto cognitivo del eneatispo III, he agrupado por separado algunos descriptores que tienen que ver con éste más específicamente, tales como: «convertirse en la máscara», «creer en lo que venden», «afectado», «falso», «farsante». Más característicamente, deberíamos incluir aquí la experiencia emocional engañosa. De todas formas, el engaño va más allá de la experiencia emocional propiamente dicha, porque conlleva racionalización y otras maniobras.

Se pueden usar las palabras engaño o simulación como indicadores de una característica central de esta organización de la personalidad, en relación con el autoengaño (creer en la imagen idealizada que se presenta al mundo) y también con la simulación ante una audiencia exterior (como en la fanfarronería o la amabilidad hipócrita). Pero es la identificación de la persona con el papel y con la máscara -la pérdida del sentido de estar simplemente interpretando un papel o usando una máscara- lo que origina que lo que ven los demás llegue a ser percibido como la realidad propia.

El eneatispo III no sólo se preocupa por la apariencia, sino que ha desarrollado una habilidad para la presentación: presentar a otros, presentar cosas e ideas... El don especial para vender y anunciar que caracteriza a estos individuos parecería ser la generalización de una habilidad que se desarrolló originariamente para «venderse» y promocionarse a sí mismos. Por eso, no sólo se interesan por la ropa y la cosmética y por mostrar buenos modales; son también expertos presentadores de productos y de información y destacan en el sector de la publicidad. El rasgo de promocionar a otros, explícita o implícitamente, puede ser semejante a un rasgo complementario: la habilidad para presentar cosas o personas de una manera negativa, para manipular su imagen de una forma adversa, lo que se puede conseguir no sólo mediante la calumnia, sino también gracias a una sofisticada habilidad social, con la cual es posible parecer simpático mientras se apuñala por la espalda a un oponente o competidor.

Orientación hacia los demás

Estrechamente ligado a este grupo de rasgos relacionados con la preocupación por la apariencia y la habilidad para autoocultarse, existe otro que tiene que ver con los valores según los cuales toma forma la personalidad ideal. Estos, característicamente, no son intrínsecos ni originales, sino externos al individuo, que es, de todos los caracteres, el más orientado hacia los demás y que ha desarrollado una habilidad para llevar una subrepticia y continua «prospección de mercado» del entorno, como punto de referencia para su pensamiento, su sentimiento y su acción.

El rasgo de identificación con los valores predominantes se concreta tanto en la orientación hacia los demás como en la cualidad camaleónica del eneatispo III en general, es decir, su disponibilidad para cambiar de actitud o de apariencia según las modas.

En relación con esta característica de orientación hacia los demás, encontramos, a su vez, la disposición progresista pero conservadora del eneatispo III: una disposición que no es indiscutiblemente conservadora, como en el eneatispo IX, sino una combinación de conformismo y de ansia de progreso o excelencia (que origina una orientación hacia lo moderno y vanguardista), sin ser radical. En la práctica, algo que a la vez es moderno y se muestra como moderno, sin cuestionar los valores tradicionales, es el progreso científico, y de ahí, de nuevo, una raíz de la orientación tecnocrática que es tan característica en la psicología del eneatispo III.

Pragmatismo

Típica del eneatispo III (en contraste con sus vecinos del eneagrama, más marcadamente emocionales) es la característica que sugieren los rasgos de racionalidad y orientación sistemática hacia las cosas, también implícita en el hecho de ser descritos como «calculadores». La expresión de estos rasgos no es sólo intelectual, porque el autocontrol que implica hace que pueda manifestarse también siendo organizado y competente, práctico, funcional y dispuesto. Es al servicio de la eficiencia como podemos entender las habilidades más racionales, que, típicamente, dan al eneatispo III una mentalidad de ingeniero o de empresario y se manifiestan también en una orientación a la tecnología y la tecnocracia.

Vigilancia activa

A un nivel de abstracción superior al del rigor o la efectividad cognitiva y de conducta, hay rasgos relacionados con el triunfo todavía más generales, que he llamado hipervigilancia y actividad.

La persona del eneatispo III no es sólo hipervigilante, sino también incapaz de rendirse, de autoabandonarse. Necesita tener todo bajo control y aprendió pronto en su vida a arreglárselas en base a una actitud de autoconfianza, surgida del sentimiento de que los demás no la cuidan adecuadamente. Por ello, no podemos separar el rasgo de hiperactividad, que hace de la persona del eneatispo III un «ego-go»¹⁷¹, ni de la tensión nerviosa ni de una profunda desconfianza en la vida, una desconfianza de que las cosas podrían ir bien sin estar controlándolas.

Lo mismo se puede decir de la hipervigilancia: es parte de un modo tenso de hacer frente a las cosas nacido de una ansiedad por que las cosas marchen bien y una desconfianza de ceder a la «autorregulación orgánica» del propio ser psicamental. La falta de confianza subyacente en el eneatispo III contrasta con su superficial optimismo omnímodo (que considera no sólo que todo está bien, sino que es maravilloso) y constituye uno de los factores por los que el eneatispo III es propenso a la ansiedad.

Superficialidad

El rasgo que los otros pudieran describir como superficialidad es más probable que se manifieste en la conciencia del individuo como una sensación de no tener acceso a sus sentimientos profundos, como un problema de identidad, en el sentido de no saber quién se es (más allá de los roles y de las características tangibles) y de no conocer sus verdaderos deseos (más allá de los de agrandar a los demás y ser efectivo). Aunque puede que la persona no busque conscientemente una profundidad perdida, la presencia de una insatisfacción es evidente en el propio apresuramiento por cumplir objetivos o en los esfuerzos asumidos para ser complaciente y aceptable. En la medida en que la sed de ser es desplazada por una búsqueda exterior, el individuo ni siquiera se permite la oportunidad de reconocerlo, perpetuando así este crónico error.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

La cuestión central en el eneatispo III es la identificación con una autoimagen ideal construida como respuesta a las expectativas de los demás, de modo que podemos suponer que desde muy temprana edad esto implicó una identificación con los deseos, valores y

¹⁷¹ Juego de palabras, resultado de combinar la palabra "ego" con la expresión "go-go" (¡vamos, vamos!) que se usa para meter prisa a alguien. (N. del T.)

comportamientos de los padres.

A diferencia de la introyección, que se refiere a *sentir* como el otro, la identificación es definida como un proceso por el cual la persona *adopta* la característica de otro, transformándose, hasta cierto punto, según un modelo externo. Por más que sea verdad que la adopción de los rasgos de los padres es una característica universal, también es claro que una orientación imitativa que se orienta hacia modelos externos es más característica de los valores del eneatispo III.

A diferencia de la situación de la introyección, en que la persona parece aferrarse excesivamente a una identificación temprana, es más de lo típico de la expresión adulta de la vanidad identificarse no tanto con individuos significativos del pasado como con una imagen actualizada y *fabricada de* lo que se considera socialmente deseable.

Así, en la elaboración de una autoimagen personal, el individuo del tipo III parece dirigir implícitamente una prospección de marketing para conocer la expectativa del otro en general. Es esa imagen «computada» de lo que es valorado y deseado lo que el individuo pretende ser y procura poner en práctica con un esfuerzo característico.

También destaca en la psicología del tipo III (como en el tipo VII) el mecanismo de racionalización, pero es más característico, aparte del de identificación, el de negación: aquél por el cual se declara que *eso no es así* (anticipándose a que alguien se dé cuenta de que sí lo es). Esta maniobra, implícita en *La dama protestó demasiado* de Shakespeare y en el dicho francés "qui s'excuse, s'accuse" (quien se justifica, se delata), está estrechamente relacionada con el mantenimiento de la autoimagen y es, claro está, una expresión directa del engaño.

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS ¹⁷²

Por lo respecta a su constitución, el eneatispo III se encuadra en la somatotonía y en gran medida, por consiguiente, en el mesomorfismo. En conjunto, la población del eneatispo III es quizá la de mayor mesomorfismo, después de la del eneatispo VIII y la del carácter contrafóbico ¹⁷³. No es sorprendente que una constitución atlética contribuya al carácter activo y enérgico del tipo III. Me parece probable que la belleza física y la inteligencia general puedan contarse entre los factores que conduzcan a la implícita elección de la vanidad como forma de supervivencia psicológica.

Aunque es frecuente escuchar que los individuos del eneatispo III se sintieron impulsados durante su período de crecimiento a cumplir con las expectativas e ideales de sus padres, también es muy común encontrarse con que su deseo de atraer la atención hacia su excelencia surgió, de un modo u otro, como reacción a una experiencia anterior de no haber sido suficientemente vistos u oídos; así, parecería que el deseo de ser brillantes fue una reacción al miedo de ser ignorados.

"Yo era el menor de cinco hermanos. No había lugar para mí, así que para lograr atención no tenía otro recurso que el de brillar."

Un factor que he notado frecuente en las mujeres que pasaron por la situación de no ser suficientemente vistas o reconocidas es la presencia de un padre del tipo V.

¹⁷² Según Kernberg, en *Psychiatry* de Cooper y otros, "no existe hasta ahora evidencia de predisposición genética para los trastornos de personalidad, dentro del espectro histérico-histriónico", aunque "la persistente falta de diferenciación de los trastornos de personalidad histérico e histriónico en los estudios empíricos [...] hacen escasas las contribuciones a la genética de estas personalidades actualmente disponibles". La observación de Freud de que la histeria implica un conflicto infantil en el estadio fálico-edípico se corresponde más con nuestro eneatispo III. Lo mismo puede decirse de autores psicoanalíticos posteriores que resaltaron el predominio del complejo de Edipo, de la ansiedad de castración y de la envidia del pene como características dinámicas de la personalidad histérica.

¹⁷³ La variedad sexual del tipo VI.

También es frecuente en las biografías de personas del eneatipo III (sobre todo en el subtipo de conservación) el sentimiento de no haber contado con nadie que haya estimulado la autonomía del niño. La eficiencia, en ese caso, no surge sólo del deseo de atraer el amor de los padres mediante un buen cumplimiento, sino también de la necesidad de cuidar de sí mismo.

"Tenía que procurarme seguridad a mí misma y a mis hermanas. En casa, las peleas eran continuas". "Tenía que cuidar de mí misma. El nivel de conflicto en casa era tal, que mi actitud acabó siendo la de "aquí todo está bien".

No es raro que una persona del tipo III provenga de una familia en la cual había alguna enfermedad o algún tipo de caos, una situación en la cual un gran problema (como, por ejemplo, alcoholismo del padre) interfiriera en la atención que los padres habrían debido prestar al hijo e indujera a éste a cuidar de sí mismo.

A menudo hay también recuerdos de situaciones que daban a entender al niño que no era seguro decir la verdad o mostrar sus sentimientos y deseos.

"Un recuerdo de infancia que tengo y que me acaba de venir a la mente para confirmar y afirmar la falsedad es éste: teníamos manzanos, y siempre que comíamos manzanas verdes nos entraba diarrea. Mi madre nos había prohibido comer las manzanas verdes. Salió para colgar ropa y encontró manzanas con señales de mordiscos. Entonces, nos prometió a todos: «Si decís la verdad, no seréis castigados. ¿Quién comió la manzana verde?» Bueno, yo había dado un mordisco, al igual que mi hermana, así que lo admití. Yo me llevé una zurra y mi hermana un penique del azucarero. Yo estaba muy confundida y pensé para mí: «Bien, ¿para qué decir la verdad? Así aprendes a ser mentirosa».

El característico autocontrol del tipo III puede entenderse no sólo como un modo de supervivencia y de manipulación de la imagen: con frecuencia, hay detrás una historia de severa disciplina. Hablando en nombre de un grupo de tres mujeres del mismo carácter, una de ellas dijo:

"Todas nosotras podríamos identificarnos con la correa. Si no era para nosotras, era para alguien más. Recuerdo que para mí era siempre algo horroroso, claro, y hacías cualquier cosa para evitarlo: comportarte bien y todo eso, y, a veces, ni siquiera sabías para qué, pero allí estaba otra vez la severidad. Las cosas había que hacerlas de una manera determinada. No era perfeccionismo, pero más valía que fuera así. Creo que tenía un toque avergonzante, era como sentirse avergonzada si no lo hacías de la manera en que había que hacerlo".

No es raro entre los individuos del eneatipo III tener un padre o madre de tipo III, en cuyo caso podemos pensar que la preocupación por la apariencia surgió por identificación.

"Mi madre hizo de mí una muñequita: tenía que tomar lecciones de ballet, vestir bien, no levantar la voz, no reír, no sentir... Ella murió cuando yo tenía nueve años y mi padre continuó la tarea".

En ocasiones, la seducción resultaba un incentivo más para la imitación:

"Mi padre era un hombre muy solemne. Estaba retirado, pero siempre llevaba camisa blanca, anillos de oro y un traje azul de lana. Era muy, muy correcto. Y me traspasó a mí esto de representar papeles. Él representaba papeles".

"Mis padres siempre necesitaban quedar bien ante los vecinos, necesitaban quedar bien siempre. Es decir, teníamos que quedar bien como *treses*, y como teníamos un padre *tres*, aquel padre *tres* nos transmitió la idea de que siempre tenían que quedar bien, y, como nosotros éramos producto suyo, teníamos que quedar bien".

El eneatipo más común entre las madres de los individuos del tipo III es la del tipo IV; en estos casos, podemos hablar de una desidentificación rebelde, un deseo de *no* ser una persona quejosa y problemática, sino alguien que actúa independientemente y causando a los demás el menor estorbo posible. Esto puede coincidir con una situación en la que el niño siente que no puede permitirse tener problemas, pues se le ha colocado en el papel de cuidar de la madre.

Puede decirse que, a lo largo del proceso de desarrollo del carácter del tipo III, la búsqueda de amor ha llevado a una motivación de cumplir bien y que, finalmente, al deseo de agradar y ser reconocido, volviéndose autónomo, oscurece el deseo original de amor. Se produce también una notable sexualización del deseo amoroso, de modo que ser amado se equipara a ser atractivo y tener éxito.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Si en el carácter esquizoide la cuestión existencial es muy evidente para el sujeto, que es profundamente consciente de la experiencia de vacío interior, en el carácter del eneatiipo III la cuestión existencial de un vacío interior es más visible para los otros, que típicamente ven a las personas vanidosas como superficiales, vacías o «de plástico». Esta tendencia de la persona vanidosa a ignorar el empobrecimiento de su mundo experiencial la acerca al eneatiipo IX, en el que, como veremos, el oscurecimiento óptico -por su propia posición central- es el más ignorante de sí mismo. Su similitud a este respecto se corresponde con la relación existente entre ellos en el eneagrama, según la cual la identificación vanidosa con la apariencia es la raíz psicodinámica del patológico olvido de sí mismo.

El hecho de que el tipo III no se aparezca en el DSM-III y que el tipo IX sólo parcialmente a uno de los síndromes que descritos en él hace pensar que las patologías reconocidas constituyen una capa de psicopatología más externa o más visible que la de estos dos tipos. Los eneatiipos III y IX pueden llevar vidas muy corrientes y, quizás, incluso tener éxito, sin presentar defectos interpersonales reconocibles, albergando sólo una psicopatología espiritual: la pérdida de la interioridad y de la verdadera experiencia espiritual.

Cuando toma conciencia de que «algo falta dentro», es probable que la persona del eneatiipo III verbalice esta percepción del vacío como no sabiendo quién es, es decir, como un problema de identidad. El amplio reconocimiento de la cuestión de la identidad, junto con su sentido de universalidad, reflejan, en mi opinión, el predominio del eneatiipo III en la cultura americana.

Lo que generalmente significa para el individuo del eneatiipo III el «no sé quién soy» es «todo lo que sé es el papel que represento. ¿Hay algo más?» El individuo ha llegado a darse cuenta de que su vida es una serie de representaciones y que su identidad ha dependido hasta ahora de la identificación con el status profesional y otros roles. Además de darse cuenta de que «éste no soy yo» o de «estos papeles no llegan a hacerme nadie», hay una sensación de no contactar con una personalidad potencial o escondida. Junto con la intuición de un yo o individualidad ignorados, también existe normalmente una sensación de no conocer los auténticos sentimientos y deseos propios, una sensación de la que empiezan a darse cuenta en la medida en que empiezan a reconocer sentimientos fabricados y a tener que admitir que sus elecciones no provienen de su interior, sino que se basan en modelos exteriores.

Mientras que en los individuos más socialmente orientados existe una cualidad de «mariposa» en su impulso de búsqueda de status y es obvio que su autoalienación se ha originado a partir de una preocupación excesiva por la imagen que venden ante la mirada pública, en los más sexualmente orientados tiene lugar un proceso equivalente relacionado con la búsqueda del «éxito sexual», tras el cultivo de lo que llamamos *sex-appeal* (atractivo sexual). También aquí, la pasión por complacer y atraer polariza la atención de la persona hacia la superficie de su ser, a costa de desenfocar la profundidad de la experiencia erótica y emocional, lo que a menudo se complica en la mujer con una tendencia a la frigidez.

Que algo semejante puede sucederle a los hombres es lo que refleja el intuitivo relato que hace Jodorowsky en un breve artículo de revista, relativo a un "superman" sexual con cientos de manos y miles de dedos, en cada uno de los cuales hay un órgano sexual o una lengua que puede alcanzar las máximas cotas de realización sexual, pero cuya concentración en la

efectividad le deja trágicamente sin nada de atención para el disfrute.¹⁷⁴

Dada la importancia de la cuestión existencial en el eneatipo III (que es comprensible a la vista de su posición en el eneagrama) es útil ir más allá de la interpretación de la pasión por el aplauso como un sustituto del amor o como una expresión indirecta del deseo de amor. Por cierto que eso sea y por importante que sea reconocerlo, creo que debemos considerar que la lucha crónica del eneatipo III por obtener «suministros narcisistas» se basa en el empobrecimiento creado por sí mismo, que surge precisamente de la desviación de la energía psíquica hacia el triunfo y hacia el vivir a través de los ojos de los demás.

El reconocimiento del modo en que la frenética agitación del «ego-go» origina la pérdida del ser -la cual, a su vez, alimenta la búsqueda del ser en el campo de las apariencias- merece, a mi juicio, una especial consideración, porque, si es cierto que la verdad puede hacernos libres, un verdadero darse cuenta de este círculo vicioso puede liberar la energía y la atención del individuo para centrarse en su interioridad, comúnmente evitada y potencialmente dolorosa.

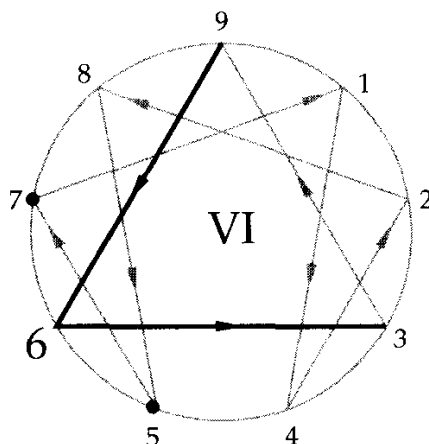
En su frenética agitación en búsqueda del éxito, el status o el aplauso, y en la correspondiente incapacidad para detenerse a mirar hacia el interior, la persona del eneatipo III parece estar repitiéndose a sí mismo el mandato típicamente americano de «no te quedes ahí parado sin más, haz algo». Por tanto, necesita que se le diga «no hagas algo sin más, párate ahí».

También es importante para los psicoterapeutas que entiendan que estas personas "enmascaradas", que normalmente tienen dificultades para estar solas y para conseguir sustraerse al logro hiperactivo, pueden beneficiarse especialmente de la tarea de ponerse frente a sí mismas y soportar la «pérdida de rostro» que implica el hecho de no contemplarse en el espejo social.

Dado que para ellos es tan extraña la interioridad -algo aparentemente inexistente en un mundo donde sólo existen la forma y la cantidad- la meditación, particularmente la que incide en el no hacer, puede parecerles muy poco interesante y sin sentido. Sin embargo, mediante la observación rigurosa de esta falta de sentido del «simplemente sentarse», con la suficiente convicción intelectual o confianza personal para comprometerse en la tarea, es posible que la atención continuada sobre el aburrimiento o la falta de sentido pueda conducir a alguna percepción de la tragedia que supone la incapacidad de alimentarse de un sentido vivo de la existencia.

¹⁷⁴ «La vida sexual del hombre elástico». En Metal, núm.47 (España).

CAPÍTULO OCHO ENEATIPO VI



COBARDÍA, CARÁCTER PARANOIDE Y ACUSACIÓN

1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA

Las palabras de Ichazo para la pasión y la fijación del eneatiipo VI eran, como mencioné en la introducción, «timidez» y «cobardía», respectivamente.

La timidez puede ser entendida como dubitación ansiosa o inhibición de la acción en presencia del miedo, pero, en ese caso, su significado no difiere del de «miedo», que es el que utilizo para designar la pasión dominante de este carácter.



E.J. Gold, *Hombre con bigote*
Carboncillo, 10 1/2' x 15", 1987

Sin embargo, si usamos miedo o cobardía para designar la pasión dominante del eneatiipo VI, es preciso destacar, como en el caso de la ira y otras emociones, que este importante estado emocional no necesariamente se manifiesta en la conducta.

Puede manifestarse, de modo alternativo, en la sobre-compensación de una actitud consciente de esfuerzo heroico. La negación contrafóbica del miedo no es diferente, en esencia, del ocultamiento de la ira mediante una gentileza y control excesivos, del ocultamiento del egoísmo mediante una generosidad excesiva o de otras formas de compensación que se manifiestan en toda la variedad de caracteres, particularmente en algunos de los subeneatipos.

En muchos individuos del eneatiipo VI, más característica que el miedo y la cobardía es la presencia de la ansiedad, ese derivado del miedo que puede caracterizarse como miedo sin la percepción de peligro externo o interno.

Aunque el miedo no se encuentra entre los «pecados mortales», la transcendencia del miedo puede ser una piedra angular del verdadero ideal cristiano, en la medida en que implica una *Imitatio Christi* hasta un punto que es necesariamente heroico. Sin embargo, es

interesante observar que el ideal cristiano cambió desde el de los primeros mártires a otro impregnado de actitudes que Nietzsche criticó con el epíteto de «moralidad esclava» (aunque últimamente, al menos en Sudamérica, la Iglesia se ha convertido de nuevo en heroica, hasta llegar al martirio).

A diferencia de la noción griega de virtud (*arete*) que, como señaló Nietzsche, destacaba el coraje, el ideal de la sociedad cristiana apoya una excesiva obediencia a la autoridad y un desequilibrio a favor del control apolíneo frente a la expansividad dionisiaca.

Del mismo modo que somos testigos de una degradación de la conciencia cristiana en el trayecto específico que va del coraje a la cobardía, podemos hablar también de una degradación de su comprensión de la fe. Si la fe es, en el Protoanálisis, el psicocatalizador que subyace como puerta de liberación potencial de la atadura de la inseguridad, esto es algo completamente distinto de lo que la palabra ha venido a significar en el discurso religioso corriente: una firme adscripción a un conjunto de creencias.

Como formularé en el análisis psicodinámico, creo que el equivalente cognitivo del miedo puede encontrarse en una actitud de autoinvalidación, autooposición y autoinculpación -un convertirse en enemigo de sí mismo- que parece implicar que es mejor oponerse a uno mismo (poniéndose del lado de una anticipada oposición exterior) que encontrarse con un enemigo externo. La definición del DSM III del carácter paranoide es menos amplia que la del eneatispo VI, que comporta tres variedades diferentes de pensamiento paranoide, según la manera de arreglárselas con la ansiedad.

Otra variedad es el carácter fóbico del psicoanálisis, reconocible en la «personalidad evasiva» y también en el trastorno de personalidad "dependiente" del DSM III; por último, existe también otro estilo predominantemente rígido, en general diagnosticado como desorden mixto de la personalidad, entre el paranoide y el obseso.

2. ANTECEDENTES SOBRE EL CARÁCTER EN LA LITERATURA CIENTÍFICA

En la clasificación de personalidades de Kurt Schneider, la que corresponde a nuestro eneatispo VI es la del fanático, aunque no llega a describir toda la variedad del carácter.

Podemos decir que el carácter paranoide o desconfiado es una forma sutil de lo que, en el extremo de la patología mental, conocía ya Kraepelin como esquizofrenia paranoide. Considerando el carácter prepatológico de los esquizofrénicos paranoides, Kraepelin menciona¹⁷⁵, además del sentimiento de ser objeto de hostilidad, etc, la observación de que implica "una combinación de incertidumbre y de una excesiva valoración del yo, lo cual fuerza al paciente a una oposición hostil a las influencias de la lucha por la vida y a procurar apartarse de éstas mediante una exaltación interna".

La concepción del carácter paranoide ampliamente compartida hoy día quedó enriquecida con los estudios y observaciones de Freud sobre la esquizofrenia paranoide. Lo que Freud dijo sobre ésta última, sobre todo en referencia al famoso caso Schreber, se ha extendido al síndrome patológico correspondiente. Si bien no son muchos los que actualmente continúan sosteniendo la interpretación sexual de la paranoia como defensa frente a una rendición homosexual a uno de los padres, de hecho la interpretación de Freud, en un sentido más amplio, ha quedado confirmada en la experiencia general: el odio paranoide es una defensa contra el amor. Opino que este enfoque es correcto, si no entendemos dicha defensa frente al "amor" como algo primario dirigido contra el amor instintivo o erótico, sino como una defensa frente a la tentación de un "amor por rendición" de tipo seductor, que es lo que el miedo inspira en el niño en crecimiento.

Mientras que el individuo "débil" (externamente cobarde) ofrece obediencia amorosa a la

¹⁷⁵ Kraepelin, citado por Schneider, obra cit.

autoridad parental y el subtipo "compulsivo" o regido por el deber cumple con un principio abstracto mediante una obediencia legalista o ideológica, el subtipo de carácter desconfiado "fuerte" y fanático (generalmente llamado paranoide) se defiende a sí mismo de la tentación de rendirse con tanta vehemencia como sea su nivel contrafóbico. Se protege a sí mismo de la duda, la ambigüedad y la indecisión con la certeza absoluta de un "verdadero creyente". Aunque la reacción de lucha/fuga está ampliamente reconocida en el lenguaje de la psicología experimental, la polaridad entre las variedades "fuerte" y "débil" del carácter desconfiado corresponden más bien a la dicotomía lucha/rendición, también presente en la vida animal, en que, según sabemos del comportamiento de los perros y los lobos, éstos ofrecen su cuello al agresor como expresión de subordinación.

Aunque no menciona el carácter paranoide, encontramos descrita en la obra de Kurt Schneider ¹⁷⁶ una disposición similar de la personalidad, bajo la denominación de "fanáticos". Sobre éstos, observa que "su afectividad es limitada y pueden parecer "fríos" a los demás. No tienen un auténtico sentido del humor y suelen ser serios. Pueden enorgullecerse de ser siempre objetivos, racionales y nada emocionales".

Schneider observa también que es típico de todos los agitadores fanáticos el atribuir a sus preocupaciones "una especie de importancia pública" y que "existe una tendencia a que las ideas fanáticas figuren en proyectos y programas. Si la idea sobrevalorada se refiere a una diferencia personal o a una discusión civilizada, se concentrarán todos los esfuerzos en derribar al adversario por completo".

Actualmente, el DSM III reconoce un aspecto de la psicología del eneatis VI bajo el diagnóstico de personalidad para-noide, si bien puede decirse que este síndrome del DSM III representa la forma patológica de sólo una de las posibles variantes del carácter miedoso.

En el DSM III, el Trastorno de Personalidad Paranoide se caracteriza por el rasgo principal de "una desconfianza excesiva e injustificada, así como una suspicacia respecto de la gente. Hay también hipersensibilidad y una restricción de la afectividad no debida a otra enfermedad mental, como esquizofrenia o trastorno paranoide".

Millón ¹⁷⁷ afirma:

"Los individuos con este trastorno son generalmente hipervigilantes y toman precauciones contra cualquier amenaza que perciban. Tienden a evitar la culpa, incluso cuando está justificada. Con frecuencia, son considerados por los otros como precavidos, reservados, tortuosos y maquinadores. Suelen cuestionar la lealtad de los demás, creyendo siempre que les engañan. Por eso, pueden ser patológicamente celosos.[...] Están al acecho de los motivos ocultos y los significados especiales. A menudo tienen ideas transitorias de alusión: por ejemplo, que los otros están fijándose especialmente en él o que están diciendo improperios sobre él.[...] Suelen tener dificultad en relajarse, su aspecto es normalmente tenso y muestran tendencia a contraatacar cuando perciben alguna amenaza."

Shapiro, al escribir sobre el carácter paranoide en su libro *Los estilos neuróticos* ¹⁷⁸, contempla en el carácter desconfiado un abanico más amplio. Al principio del capítulo, observa que "aparte del aspecto de severidad del carácter, existen, hablando descriptiva y bastante generalmente, dos ¹⁷⁹ tipos de personas que se sitúan dentro de esta categoría: los individuos furtivos, constreñidos y aprehensivamente desconfiados, y los rígidos arrogantes y megalomaniacos, más agresivamente desconfiados".

Corresponden éstos a los síndromes del "trastorno de personalidad paranoide" belicoso y frío del DSM III y del buscador de calor evitador y dependiente, en los cuales la desconfianza o dubitación se vuelven sobre todo hacia adentro y toman la forma de inseguridad. La

¹⁷⁶ Obra cit.

¹⁷⁷ Millón, Theodore, obra cit.

¹⁷⁸ Shapiro, David, *Los estilos neuróticos*. Ed. Psique, Buenos Aires.

¹⁷⁹ El énfasis es mío.

personalidad evitadora se distingue de la esquizoide en que el distanciamiento activo del inseguro que no se atreve a acercarse a los demás contrasta con el distanciamiento pasivo del esquizoide, que es un verdadero solitario y cuya distancia no responde a ningún conflicto consciente, sino a su indiferencia.

Mientras que el esquizoide se caracteriza sobre todo por sus déficits, como excitabilidad baja, falta de motivación e insensibilidad, en el caso de la personalidad evitadora se trata de un estado hiperactivado, hipermotivado e hipersensible. Como observa Millón ¹⁸⁰, el rasgo esencial de la personalidad evitadora es la "hipersensibilidad a un posible rechazo, a la humillación o la culpa; una resistencia a entablar relaciones, a menos que se dé una completa garantía de aceptación sin crítica; distanciamiento social, a pesar del deseo de afecto y aceptación; y baja autoestima". A diferencia de la persona esquizoide, que tiene dificultad con el afecto hacia los demás, el tipo evitador o fóbico es sólo cauteloso, pero con un gran potencial para el afecto. Igualmente, hay una mayor emocionalidad, tanto en la capacidad de experimentar dolor como por su calor humano:

"Sienten profundamente su soledad y aislamiento, padecen dolor por su sentimiento de desubicación y tienen un fuerte deseo de ser aceptados, aunque a menudo lo reprimen. A pesar de su anhelo de relación y participación en la vida social, tienen miedo de dejar su bienestar en manos de otros".

La denominación de carácter "fóbico" ha sido utilizada en el psicoanálisis. Así, Fenichel escribe ¹⁸¹: "la designación de personajes fóbicos sería la correcta para aquellas personas cuyo comportamiento reactivo se limita a evitar situaciones originariamente deseadas".

Además de estas dos variedades del estilo paranoide (que podemos caracterizar con los rasgos de fortaleza y debilidad, respectivamente), queda aún otro (correspondiente a un tercer subtipo, de acuerdo con el instinto predominante), que podemos llamar "carácter prusiano", en referencia al estereotipo de la rigidez alemana, cumplidora y autoritaria. Encontramos una descripción del mismo en la obra de Millón que acompaña al DSM III y que con frecuencia he citado en este libro, donde se lo describe como "una personalidad mixta paranoide-compulsiva": ¹⁸²

"A pesar de su creciente hostilidad y de su rechazo a un modo de vida conformista, respetuoso y sumiso, mantienen su rigidez básica y su perfeccionismo. Ahora son aún más severos y graves, tensos, controlados e inflexibles, prejuiciosos, legalistas y moralmente rectos. Estos rasgos de su carácter se fijan e internalizan aún más como sistema fijo de hábitos. Puede que hayan considerado necesario renunciar a su dependencia de los demás como fuente principal de compensaciones, pero no están tan dispuestos a abandonar los restos de un hábito de control excesivo e irreprochabilidad mantenidos durante toda la vida. Así, continúan buscando la claridad de las reglas y normativas, no toleran la indefinición e imponen orden y sistema en sus vidas. Privados ahora de las directrices de aquellos a quienes han despreciado, estos paranoides se apoyan cada vez más en sí mismos y se convierten en sus propios esclavizadores despiadados, en busca del orden y el poder".

Dada la similitud de estos individuos del eneatispo VI (a los que podría muy bien llamarse, en sentido lato, "obsesivos") con la personalidad obsesiva propiamente dicha (es decir, el eneatispo I), Millón intenta comprender la diferencia entre ellos y sugiere que ésta radica en que los paranoide-compulsivos han renunciado a sus aspiraciones de dependencia y han abandonado las esperanzas de conseguir protección gracias a los favores de los demás. Como quiera que sea, es incuestionable que los paranoides son más introvertidos y se rigen más por su interior. Con todo, "continúan buscando la claridad de las reglas y las normativas, no toleran la incertidumbre e imponen el orden y el sistema en sus vidas".

¹⁸⁰ Fue Millón quien acuñó el término "personalidad evitadora" en *Disorders of Personality*.

¹⁸¹ Fenichel, Otto: *Teoría psicoanalítica de la neurosis*, Ed. Paidós. Barcelona, 1984.

¹⁸² Millón, Theodore, obra cit.

De entre los tipos psicológicos de Jung, el que más correspondería a la personalidad eneatispo VI es su tipo intelectual introvertido ¹⁸³, el cual "está influido decisivamente por las ideas y cuyo juicio aparece frío, inflexible, arbitrario y desconsiderado, pues está menos referido al objeto que al sujeto". Jung observa un rasgo de desconfianza y belicosidad encubiertas, al señalar:

"Es posible que en este tipo estén presentes la cortesía, la amabilidad y la afabilidad, pero es perceptible en él, de modo constante, cierta ansiedad que delata que detrás de esas cosas hay una intención, a saber, la intención de desarmar al adversario. Este debe ser calmado o reducido al silencio, pues podría llegar a convertirse en un trastorno".

Jung observa también el aspecto fanático de este eneatispo:

"En la persecución de sus ideas, es casi siempre testarudo, obstinado e imposible de influenciar". ¹⁸⁴

En el terreno de los perfiles de tests, encuentro que la variante contrafóbica del eneatispo VI queda representada en el ENTJ. ¹⁸⁵

En Keirsey y Bates ¹⁸⁶ es el interés por la autoridad lo que predomina en la descripción de esta personalidad:

"Si hay una palabra que capte el estilo del ENTJ, ésa sería comandante. La fuerza motriz y la necesidad del ENTJ es la de liderar".[...] "donde estén, los ENTJ se sienten fuertemente impelidos a dar estructura, a organizar a la gente hacia metas distantes".

"Su pensamiento empírico, objetivo y extrovertido puede llegar a un alto nivel de desarrollo; en tal caso, utilizan con soltura la clasificación, la generalización, la sintetización, la aportación de evidencias y la demostración".

En la homeopatía, no hallo una sola descripción de personalidad que se adecúe al eneatispo VI, sino dos. Aunque encuentro que el retrato que Coulter hace de la personalidad *Lycopodium* en la homeopatía es la mejor aproximación al modelo del carácter del eneatispo VII, no puedo por menos de tener en cuenta el punto de vista unánime de los homeópatas que conozco en Méjico y en España, así como la opinión del Dr. Iain Marrs, en la crítica favorable e incluso entusiasta que hizo de mi libro en un boletín homeopático de los Estados Unidos ¹⁸⁷. Dado que ellos coinciden en que el *Lycopodium* es una medicina para el eneatispo VI, he revisado de nuevo el capítulo de Coulter para ver si no pudiera ser que en su descripción hubiera una yuxtaposición de observaciones de los tipos VI y VII, y encuentro que, más bien, la mayor parte de su descripción hace referencia a un "tipo divergente" que "honra la práctica homeopática contemporánea". Me parece claro, sin embargo, que los homeópatas que conocen el eneagrama piensan en el tipo clásico:

"La imagen clásica del *Lycopodium* descrita en la literatura homeopática es la siguiente: el paciente es delgado, muscularmente débil y falto de calor vital; es prematuramente canoso o calvo; marcan su frente surcos profundos (de tanto pensar y preocuparse); la hundida piel de su cara es cetrina y de color terroso, con arrugas prematuras; la expresión preocupada le hace parecer más viejo de lo que es; el niño parecerá un viejito marchito y el joven se distinguirá por su palidez. Puede ser que se desarrolle la mente a expensas del cuerpo. Pero también encontramos lo contrario: degeneración mental, senilidad prematura, poder cerebral débil, faltos de memoria. Por último, se ha descrito al individuo como melancólico, taciturno, desesperado, provocativo, desconfiado, inclinado a tomárselo todo a mal, excesivamente

¹⁸³ Considero que el hecho de que Jung incluyera a Kant y Nietzsche dentro de este tipo confirma que es el eneatispo VI el que Jung tenía en mente al describir su tipo intelectual introvertido.

¹⁸⁴ Jung, C.G., obra cit.

¹⁸⁵ ENTJ: siglas inglesas que se refieren al individuo extrovertido con predominio de la intuición sobre la percepción sensorial, el pensamiento sobre la emoción y el juicio sobre el interés en percibirse a sí mismo.

¹⁸⁶ obra cit.

¹⁸⁷ Obra cit.

irritable, misántropo, cobarde, etc. Todas estas características se encuentran en este tipo y hay que reconocerlas cuando se presentan".

Otra personalidad descrita por la homeopatía que corresponde al eneatispo VI es la asociada al *Psorinum*, relacionada con un sentimiento de deficiencia, falta o carencia. Una de las deficiencias comúnmente observadas es la de calor vital, manifestada en los síntomas de frialdad, aversión al aire libre e hipersensibilidad a las corrientes de aire. He observado que esto es muy cierto en el caso de los individuos más tímidos del eneatispo VI, que no sólo buscan calor emocional, sino que parecen traducir su sentimiento psicológico de soledad en anhelo de calor y tendencia a proteger su cuerpo con ropa calurosa. La tendencia a la alergia de los individuos *Psorinum* también parece corresponderse con mis observaciones sobre los individuos del eneatispo VI más tímidos y orientados a la conservación. Estas personas son las más propensas al remordimiento, que se considera una tendencia del *Psorinum*. Kent habla de "ansiedad de la conciencia" y Coulter indica una asociación tradicional entre el *Psorinum* y la noción de pecado original. Comenta también síntomas de temor, inseguridad, desánimo y un sentimiento de abandono. Observa también que "la coacción, combinada con una debilidad inherente y la susceptibilidad a numerosos factores ambientales, puede producir «irritabilidad»" (uno de los síntomas indicados por Kent). Cuando ello se expresa con un ataque de rabia, es probable que éste conduzca, a su vez, al remordimiento. Más característica del eneatispo VI autoprotector es la observación de Kent de que existen otros pacientes que "tal vez no se quejen, sino que, más bien, muestran una innecesaria pusilanimidad y falta de confianza en sí mismos, asustándose hasta de su propia sombra. Esta actitud produce "irresolución".

Coulter dice del individuo *Psorinum* que "sólo puede actuar tras haber sopesado cuidadosamente cada paso y cada consecuencia imaginable, sabiendo con mucha precisión dónde está y qué piensa". Cita a una inteligente estudiante licenciada cuyo miedo y timidez habían sido tratados con *Psorinum*: "Tenía miedo de actuar porque pensaba en todas las posibles ramificaciones. Pero últimamente me he dado cuenta de que, aunque no actúes, hay consecuencias. ¡Así que también podía afirmarme más y disfrutarlo!" Lo más característico del eneatispo VI es la observación de que "se preocupa innecesariamente por hechos que tal vez no sucedan nunca y agota su limitada energía anticipando punto por punto vicisitudes improbables".

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Miedo, cobardía y ansiedad

De entre los rasgos descriptivos del eneatispo VI, una característica central es la peculiar emoción que la psicología contemporánea ha descrito como ansiedad. Ésta puede asimilarse a un miedo congelado o una alarma congelada ante un peligro que ha dejado de amenazar (aunque continúa siendo imaginado).

Examinando los descriptores del eneatispo VI, encuentro, aparte de la ansiedad, muchos en los que el miedo es la característica psicológica explícita: miedo al cambio, miedo a cometer errores, miedo a lo desconocido, miedo a soltarse, miedo a la hostilidad y al engaño, miedo a no ser capaz de sobrellevar las situaciones, miedo a no sobrevivir, miedo a la soledad en un mundo amenazante, miedo a la traición y miedo a amar. Los celos paranoides se podrían incluir en el mismo grupo.

Muy en conexión con éstos, están los rasgos relacionados con la expresión de miedo en la conducta: inseguridad, duda, indecisión y titubeo (una consecuencia del temor a cometer errores), paralización, inmovilización por la duda, pérdida de contacto con el impulso, evitación de las decisiones e inclinación a las componendas, exceso de cuidado y precaución,

propensión a la recomprobación compulsiva, nunca estar seguro, falta de confianza en sí mismo, exceso de ensayos y dificultad con las situaciones no estructuradas (es decir, aquellas en las que no hay unas pautas de conducta establecidas).

Si el miedo paraliza o inhibe, la inhibición de los impulsos alimenta la ansiedad, como pensaba Freud; y podemos decir que el miedo es un miedo a los propios impulsos, un miedo a actuar espontáneamente. Este «miedo a ser», para usar la expresión de Tillich, se complica típicamente por un miedo al mundo exterior y un miedo a las consecuencias futuras de las acciones presentes de uno.

Una manera adicional en la que el miedo, mediante la inmovilización, se realimenta es a través del sentimiento de impotencia que invade al individuo que teme dar rienda suelta a sus impulsos agresivos o sexuales. El no ser capaz de confiar en su propio poder, el desconfiar de las propias aptitudes y de la capacidad para afrontar las situaciones -con la consecuente inseguridad y la necesidad de confiar en otros- puede considerarse como no totalmente irracional, sino como el resultado de saberse, en un sentido psicológico, «castrado».

Hiperintencionalidad supervigilante

Muy relacionada con la ansiedad, aunque no idéntica a ella, está la hipervigilancia implicada en una actitud suspicaz y excesivamente cauta. A diferencia del exceso de vigilancia confiada del eneatispo III, que se orienta a tener «todo bajo control», ésta es una hipervigilancia que está al acecho de significados ocultos, de pistas y de lo extraño. Además de constituir un estado de excitación crónica al servicio de interpretar la realidad (potencialmente peligrosa), propende a una excesiva deliberación sobre lo que, para otros, sería una cuestión de elección espontánea. He tomado prestada la expresión de Shapiro «hiperintencionalidad» para designar la tendencia extraordinariamente tensa y rígida de la conducta del carácter suspicaz, así como la necesidad exagerada de confiar en elecciones racionales.

Orientación teórica

El miedo vuelve al cobarde incapaz de estar seguro para actuar, de modo que nunca tiene la suficiente certeza y siempre quiere conocer mejor. No sólo necesita guía, sino que también (desconfiando de la guía tanto como la necesita) es típico que resuelva este conflicto apelando a la guía de algún sistema lógico o a la propia razón. El eneatispo VI no es sólo un eneatispo intelectual, sino el más lógico de los eneatispos, devoto de la razón. A diferencia del eneatispo VII, que usa el intelecto como estrategia, el eneatispo VI tiende a venerar el intelecto con una lealtad fanática a la razón y sólo a la razón, como en el cientificismo.

En su necesidad de respuestas para resolver sus problemas, el eneatispo VI es, más que cualquier otro, un cuestionador y, por lo tanto, un filósofo en potencia. No sólo usa el intelecto para resolver problemas, sino que también acude a él en busca de problemas como un modo de sentirse seguro. En su hipervigilancia, su carácter paranoide está al acecho de problemas; es un «detector de averías» en relación consigo mismo y tiene dificultades para aceptarse sin problemas.

Mientras haya esperanza de verse con problemas -la esperanza de ser capaz de resolverlos- también existirá la trampa de crearlos, lo que se manifiesta, por ejemplo, como una incapacidad de superar el papel de paciente en el proceso terapéutico y una dificultad para simplemente dejarse ser.

La ineficiencia o problema generalizado con respecto al hacer, propia de los individuos más tímidos del eneatispo VI no es sólo consecuencia de la orientación excesiva hacia lo abstracto y lo teórico, sino que el buscar refugio en la actividad intelectual es también consecuencia de la contención temerosa, del ser indirectos, de la vaguedad y del «andarse con rodeos y no ir al

grano».

Amistad congraciadora

Otros grupos de descriptores apuntan a rasgos generales, comprensibles como modos de sobrellevar la ansiedad. Así, podemos entender la calidez de la mayoría de los individuos del eneatipo VI como una debilidad: una forma de congraciarse. Aunque no estemos de acuerdo con la interpretación de Freud de la amistad como un vínculo paranoico frente a un enemigo común, debemos conceder que existe la «amistad» de este tipo. La búsqueda compulsiva de protección del afectuoso cobarde cae dentro de esta categoría.

Junto al descriptor «afecto», incluyo en este grupo «buscar y dar calor», «ser un buen anfitrión y ser hospitalario» y «generoso». También se puede incluir aquí la «piedad patológica» junto a la «fidelidad exagerada» a los individuos y causas. Igualmente, se pueden agrupar con los anteriores los rasgos de «consideración», «amabilidad», «obsequiosidad» y la necesidad de apoyo y validación de los cobardes más inseguros. He notado que los individuos del eneatipo VI en quienes dominan estos rasgos son también propensos a la tristeza, la melancolía y a una sensación de abandono, como en el eneatipo IV.

Relacionada con la obsequiosidad congraciadora y la calidez del eneatipo VI está la necesidad de asociación con un compañero más fuerte que les dé seguridad, pero que típicamente frustra sus inclinaciones competitivas.

Rigidez

Muy relacionada con la expresión afectuosa de la cobardía existe una naturaleza adaptativa. No obstante, he agrupado el rasgo de la obediencia como tal, con un sentido del deber más general, como una obediencia a la ley, una devoción por cumplir con las responsabilidades tal y como son definidas por la autoridad externa, una tendencia a seguir las reglas y a dar valor a documentos e instituciones. Se podría decir que los individuos del eneatipo VI en los que predominan estos rasgos tienen un «carácter prusiano», en referencia a este estereotipo de rigidez y organización. El temor a la autoridad y el miedo a cometer errores hacen que necesiten directrices bien definidas sobre lo que es correcto e incorrecto, por lo que son muy intolerantes con la ambigüedad. Estas directrices nunca son las de opinión popular -como en el eneatipo III, orientado hacia los otros- sino las reglas de autoridades pasadas o presentes, como el conjunto de implícitas reglas interiores de Don Quijote, que sigue, en su imaginación, al caballero andante. Junto a los anteriores, he agrupado los rasgos de «controlado», «correcto», «bien informado», «trabajador duro», «puntual», «preciso» y «responsable».

Belicosidad

Como una alternativa para ambos modos de afrontar la ansiedad -tanto el tierno, obediente y congraciadora como el rígido, basado en principios y gobernado por reglas-, encontramos un grupo de rasgos que pueden entenderse como una intimidación belicosa mediante la cual el individuo (como describió Freud en relación con la lucha edípica) compite con la autoridad paterna y posteriormente, en la vida, utiliza la posición de autoridad para sentirse seguro y para obtener lo que desea. En la medida en que exista una usurpación competitiva, habrá culpa, temor a las represalias y una perpetuación de la inseguridad paranoide. A esta categoría pertenecen, aparte de la denuncia de la autoridad y del deseo competitivo de ocupar su lugar, el «carácter contestatario», la «crítica», el «escepticismo» y el «cinismo».

Junto a éstos, he agrupado los descriptores «creen conocer el camino correcto», «presionan a los demás para que se adapten», «rimbombantes», «fanfarrones», «fuertes», «valientes» y

«grandiosos». El rasgo de «chivo expiatorio» parece estar relacionado con la expresión «fuerte» del eneatipo VI más que con el tipo cálido y débil. Estamos en presencia de la manifestación contrafóbica del eneatipo VI, una estrategia comparable a la del perro que ladra.

Orientación hacia la autoridad y los ideales

Lo que tienen en común las maniobras protectoras de agresividad, de obediencia al deber y de afecto es su referencia a la autoridad. Podemos decir que el miedo del eneatipo VI surgió originariamente por la autoridad paterna y el temor a ser castigado por el progenitor que detentaba el poder, normalmente el padre. Así como su miedo le condujo originalmente a la dulzura, la obediencia o el desafío (y, generalmente, a la ambivalencia) hacia sus padres, ahora continúa comportándose y sintiendo lo mismo hacia aquellos a quienes atribuye la autoridad o hacia los que él (consciente o inconscientemente) representa una autoridad.

Podría mencionarse aquí el modelo de «agresión autoritaria» y «sumisión autoritaria» expuesto por los autores de *La personalidad autoritaria*¹⁸⁸: el eneatipo VI manifiesta agresión hacia quienes están por debajo y sumisión hacia quienes están por encima, en la jerarquía de autoridad. No sólo viven en un mundo jerárquico: odian y aman a la vez, conscientemente, a la autoridad (siendo, a pesar de su ansiedad frente a la ambigüedad, el más explícitamente ambivalente de todos los eneatis).

Además de los rasgos de sumisión, de demanda de obediencia y amor, y de odio y ambivalencia hacia la autoridad, el eneatipo VI muestra, más que ningún otro, una idealización de las figuras de autoridad que se manifiesta bien en el culto al héroe individual, bien en una atracción general por lo grande y lo fuerte, bien en una orientación hacia la grandeza impersonal, que hace que algunos sobremitifiquen la vida para permitirse la pasión por la sublimación arquetípica.

Esta inclinación por lo que es mayor que la vida parece no sólo servir de base a una divinización/demonización de lo ordinario (observada por Jung en el tipo intelectual introvertido) y a la sublimación de los ideales que se aprecia en los fanáticos, sino que es una característica de las personas del eneatipo VI en general, que, en vista de ello, pueden ser descritas como «idealistas».

Acusación de sí mismos y de los demás

La culpa destaca tanto en el carácter del eneatipo VI como en los eneatis IV y V, pero en el eneatipo VI el mecanismo de producción de la culpa va acompañado de un notable mecanismo de exculpación a través de la proyección y la creación de enemigos exteriores. Podemos decir que no es sólo la ansiedad, sino también la culpa, lo que se pretende aliviar mediante el congraciarse, mediante la obediencia apaciguadora de los posibles acusadores, mediante la sumisión a las autoridades personales e intelectuales o mediante una fanfarronería asertiva tras la cual el individuo esconde sus debilidades e imperfecciones. Al usurpar la autoridad paterna y convertirse en autoridad, igual que al apaciguar a la autoridad, el individuo actúa no sólo protegiéndose, sino también en evitación de la culpa.

Podemos decir que la culpa, que se manifiesta en rasgos tales como la actitud defensiva, la autojustificación y la inseguridad, implica un acto de autoacusación, por el cual el individuo se vuelve un padre invalidador de sí mismo. Es en ese acto de auto-oposición, por el que el individuo se convierte en su propio enemigo, donde yo veo la verdadera fijación del eneatipo VI, es decir, el defecto cognitivo que se desarrolló a consecuencia del miedo y que acabó

¹⁸⁸ T.W.Adorno y otros. *La personalidad autoritaria*. Ed.Proyección. Buenos Aires, 1965.

convirtiéndose en su raíz.

La acusación no es sólo una característica del eneatispo VI en relación a sí mismo, sino también en relación a los demás, tal vez por funcionamiento de la proyección, para evitar el tormento que supone una excesiva culpa. El eneatispo VI no sólo se persigue a sí mismo y se siente perseguido, sino que es un perseguidor suspicaz y crítico, y puede afirmar su grandiosidad precisamente por el derecho que ésta le confiere de pronunciar un juicio sobre los demás.

Duda y ambivalencia

Hablar de invalidación de sí mismo es hablar de duda de sí mismo, igual que hablar de suspicacia implica dudar de los demás. Más allá de la actitud de un acusatorio inquisidor de sí mismo y de los demás, la palabra «duda» trae a la mente la incertidumbre del eneatispo VI en relación a sus puntos de vista: tanto se invalida como se refuerza a sí mismo, sintiéndose sutilmente como se sienten los esquizofrénicos paranoides extremos: a la vez perseguidos y grandiosos.

Dicho de otro modo: duda de sí mismo y duda de su duda; recela de los demás, pero teme poder estar equivocado. El resultado de esta doble perspectiva es, por supuesto, una incertidumbre crónica para escoger un curso de acción y la consiguiente ansiedad, necesidad de apoyo y guía, etc. A veces -y como defensa contra la insoportable ambigüedad- puede adoptar ante el mundo la postura de un auténtico convencido que está absolutamente seguro de las cosas. Cuando no es un fanático, en cambio, el eneatispo VI se caracteriza por la ambivalencia, más marcadamente que ningún otro carácter. Y su ambivalencia más notable es la de odiar y amar al mismo tiempo a su progenitor «sustentador de la autoridad».

Parece que la duda intelectual es sólo la expresión de esa duda emocional en virtud de la cual se debate entre sus personalidades seductora y odiadora, entre el deseo de complacer y el deseo de ponerse en contra, de obedecer y de rebelarse, de admirar y de invalidar.

4. MECANISMOS DE DEFENSA

La estrecha relación entre el funcionamiento paranoide y la proyección está tan establecida que Shapiro ¹⁸⁹ observa: «el funcionamiento o mecanismo mental es tan central en nuestra comprensión de la patología y los síntomas paranoides que casi ha llegado a definir lo que se llama paranoide en psiquiatría».

Aunque «proyección» es una palabra que se ha usado con significados muy diversos, el que resulta apropiado en este contexto es el de atribuir a las otras personas motivos, sentimientos o pensamientos no reconocidos en uno mismo. En algunos casos («proyección del superego») es la autoacusación lo que se aparta de uno mismo, con el implícito pretexto de que la maldad castigadora viene de una fuente externa (algo muy destacado en los delirios persecutorios de los psicóticos). La sensación de ser vigilado, juzgado, etc, que forma parte de la desconfianza del tipo VI puede ser interpretada también en términos de externalización: el mecanismo de transferir un hecho intrapersonal a una relación interpersonal. En otros casos («proyección del Ello»), son los impulsos no aceptados por la persona los que se apartan de sí y se atribuyen a los otros, de manera que la autocondena se convierte en acusación del otro.

En ambos casos, la proyección puede entenderse como un funcionamiento mental que pretende la autoexculpación o evitación de la culpa, siendo algo así como una válvula de escape para una culpa excesiva. Puede entenderse el origen de esa culpa -que propongo considerar como núcleo de la psicología del tipo VI- en relación con el mecanismo de defensa

¹⁸⁹ Obra cit.

conocido como «identificación con el agresor».

La psique del cobarde es la que mejor incorpora el significado de «diabolus», el demonio: el adversario, el enemigo.¹⁹⁰

Podemos decir que el individuo del tipo VI procuró en algún momento aplacar a sus enemigos convirtiéndose en enemigo de sí mismo. Es como si pensara para sus adentros que es prudente adoptar una actitud autoacusatoria, ya que así no entrará en problemas con la autoridad. Es típico de la autoacusación ver monstruosidad donde sólo hay naturaleza y, en la medida en que el miedo es parte de la neurosis universal, llevamos dentro de nosotros un Ello freudiano preñado de hostilidad y destrucción. Éste imaginar monstruosidad donde hay espontaneidad potencial y sabiduría organísmica, no sólo conduce a la inhibición, sino que se complica por el hecho de que esta inhibición perpetúa la situación de no conocerse, lo cual a su vez vuelve al individuo más vulnerable a su autodenigración.

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS¹⁹¹

Aunque es posible que dentro de cada tipo de carácter existan algunas diferencias constitucionales entre los subtipos, en ningún otro caso ello es tan notorio como en el tipo VI, en donde los tres subtipos incorporan claramente los tres componentes sheldonianos. Mientras que la variante contrafóbica del eneatis VI (sexual), fuerte y belicosa, es mesomórfica, la variante evitadora o fóbica (conservación) presenta una apariencia global más blanda, más endomórfica; y el subtipo fanático y orientado hacia el deber es típicamente ectomórfico, como Don Quijote. Parecería que, siendo universal la experiencia de ansiedad en el medio primero de la infancia, es el factor constitucional lo que determina si esta ansiedad se afronta mediante un deseo de ser mayor e intimidar a los demás (en los más agresivos y somatotónicos); mediante un deseo de establecer alianzas de protección recíproca (en los viscerotónicos); o mediante el deseo de encontrar una respuesta a los problemas de la vida "cerebrotónicamente", es decir, con la razón, la ideología u otro modelo de autoridad.

Además de la falta de afecto que se percibe en los orígenes del eneatis VI, existe un miedo al castigo, sobre todo al que consiste en reproches emocionales. Sobresalen, ante todo, los problemas de autoridad, generalmente en relación al padre, que suele ser el progenitor que ostenta la autoridad. Sin embargo, también por su relación con la autoridad los tres subtipos están diferenciados, siendo el evitador el más condescendiente y el contrafóbico el más competitivo y rebelde.

Además del miedo al rechazo o al castigo de un padre autoritario (frecuentemente del tipo VI

¹⁹⁰ Esto no significa que la acusación sea más «diabólica» que la falsedad, como sugiere el apelativo del diablo como «padre de las mentiras».

¹⁹¹ Según el tratado de Siever y Kendler sobre la etiología de la personalidad paranoide, "existen bastantes estudios genéticos que indican su mayor grado de ocurrencia en la familia de los esquizofrénicos y que muestran particularmente un vínculo con la psicosis paranoide". Citan a Coiby al sintetizar las cuatro teorías principales formuladas al respecto de la concepción paranoide: "La teoría de la homosexualidad de Freud, la teoría de las hostilidades (según la cual, los fenómenos paranoides provienen de la proyección de un intenso odio inconsciente), la teoría homeostática (la restauración del equilibrio mediante la transformación de la culpa o la inadecuación del individuo en la creencia de que otros le están amenazando) y la teoría de la vergüenza-humillación". También citan la opinión de Coiby de que el modelo de vergüenza-humillación (según el cual, el individuo no se permite experimentar el desagradable efecto de la vergüenza y la humillación y culpa a los demás de ser injustos con él) proporciona la explicación más completa y clínicamente más adecuada. Resumiendo las ideas psicoanalíticas sobre el origen de la personalidad evitadora, Millón (en Cooper y otros, obra cit.) asegura que el rechazo o la indiferencia parental a edad temprana parece lo más indicado para explicar los antecedentes de los evitadores. En mi opinión, sin embargo, parece dudoso que la mayoría de lo dicho hasta ahora corresponda específicamente a la personalidad evitadora (por ejemplo, las observaciones de Horney sobre el distanciamiento de la gente, al menos, parecen aplicables al esquizoide).

o del tipo I), se produjo en la infancia del miedoso un contagio del miedo por internalización de una visión del mundo sobreprotectora por parte de la madre. Bombardeado por frases como "Ten cuidado, que te caerás", "Ten cuidado de no hablar con extraños" o "Ten cuidado con los hombres: nunca confíes en ellos", el niño aprende a desconfiar de sus propios recursos y del mundo que le rodea. A veces, podemos encontrar historias biográficas de tanta invalidación que el niño aprende a dudar de sus percepciones, como en ésta:

"Mi memoria retrocede hasta los siete primeros años de mi vida, cuando él llegaba a casa, se peleaban, yo tenía miedo de que se mataran... Una noche... Cuando yo tenía cuatro años debió de ser un año especialmente malo por su problema de bebida y sus enfrentamientos, porque después ha habido otros incidentes con mis hermanos y hermanas, pero aquella noche en particular... Bueno, mis hermanos tenían una habitación, mis hermanas otra y yo tenía una camita en la habitación de mis padres, porque no había más sitio en la casa. Como era el menor, siempre me iba a la cama el primero, y cuando llegaba mi padre, supongo que cuando cerraban los bares, empezaba la pelea. Yo ya sabía que una vez me hubieran dejado en la cama, me tenía que quedar allí, que no me tenía que mover. Pero aquella noche la pelea fue realmente terrible. Sentía que el miedo me paralizaba. Sin embargo, aquella noche, de repente, me vino una oleada de adrenalina y me deslicé fuera de la cama y escaleras abajo. Y... pensé en aquel momento que mi mayor temor se había hecho realidad, porque mi madre estaba estirada en el suelo y mi padre sentado en una silla; y me eché sobre ella, pero no podía despertarla, y miré a mi padre y le dije:

«¡Está muerta! ¡Tú la has matado!». Y él, estupefacto, se limitó a decirme: «No, está fingiendo y no pasa nada. Vete a la cama». Me acuerdo que quería quedarme allí, pero le tenía tanto miedo que volví a la cama. Y cuando volví a la cama, creo que me quedé llorando hasta que me dormí, pero a la mañana siguiente oí a mi madre llamar a un hermano y a una hermana para desayunar antes de ir al colegio. Entonces, me levanté muy cuidadosamente, porque no quería molestar a mi padre, que estaba durmiendo la mona. Eso era normal por la mañana, tenía que ir con mucho cuidado. Cuando bajé las escaleras, nadie dijo nada sobre la noche anterior. ¡Y eso era tan típico! Y ésa es toda la cuestión del miedo y de la duda de uno mismo: ¿ocurre en tu cabeza o en la realidad?"

En ocasiones, una conducta incoherente por parte de los padres contribuye a la ansiedad del niño. No sabiendo si será castigado o no, por ejemplo, éste tiene motivo para dudar del mundo exterior, antes de dudar de sí mismo. Así como la mayoría de los individuos del eneatispo VI han crecido en una atmósfera de firme autoridad, la mayor parte de ellos ha sido objeto de desconfianza por parte de sus padres, de manera que podemos pensar que la duda de sí mismos es el resultado final de una internalización.

Otra experiencia que frecuentemente comparten es la de haberseles hecho sentir culpables: "Mira cuánto trabaja tu padre. No deberías causarle más problemas". La religión puede ser un importante medio de acusación, comúnmente dirigida hacia la sexualidad. Otra acusación sería la de producir dolor a los padres:

"Me hicieron sentir muy injusto con ellos por el daño que les causé, cuando ellos me amaban tanto e hicieron tanto por mí".

Una madre quejosa que se autovictimiza, del tipo IV, puede contribuir en gran medida a producir tales sentimientos. Se trata de algo que ocurría con frecuencia en las familias de los individuos del eneatispo VI:

"Mi madre era muy autoritaria y hacía amenazas y chantajes cuando se enfadaba (IV); se comía a mi padre (VI). Siempre hablaba en plural y siempre estaba en primer plano. Siempre sentí por su parte una gran falta de respeto por mis intereses e inclinaciones, y me pegaba mucho. Mi padre solía decir que las mujeres son absorbentes".

Una experiencia común, aunque no universal, es la falta de comunicación entre los padres: "En casa, la única conversación era la queja". "Siempre había peleas en casa". "Mis padres

tenían muchas discusiones, siempre querían tener razón". Es fácil ver cómo esos conflictos pueden repetirse en la fuerte ambivalencia del individuo del eneatipo VI, que no es sólo una ambivalencia con respecto a los propios impulsos, sino relacionada con una percepción dual de cada uno de los padres, que es valorado tanto empáticamente como a través de la mirada del otro.

La búsqueda de amor en el tipo VI difiere según los subtipos. El individuo contrafóbico y paranoide agresivo exige obediencia, tal como él entendió que amar a su padre consistía en serle obediente. La persona fóbica evitadora, por otro lado, ha aprendido a igualar amor con protección, y busca una fuente de seguridad que compense su inseguridad, una persona fuerte en la que recostarse. El tipo social regido por el deber es demasiado indeciso o ambivalente para escoger las personas a las que dará autoridad, así que escoge en su lugar la autoridad impersonal de un sistema como sustituto de los padres, una acción interna que puede considerarse una implícita competencia con la autoridad paterna. Es como si dijeran a su padre: "Prefiero seguir a Cristo que seguirte a ti, y comprenderás que es mejor ser un buen cristiano que sólo un hijo obediente". Al desplazar su lealtad o fidelidad del padre a la religión o a la razón, desplaza también su expectativa de amor del mundo de las personas reales a un mundo de autoridades mayores que la vida, que existe básicamente en una realidad ilusoria, como la Dulcinea de Don Quijote.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Un tema destaca particularmente en el caso del eneatipo VI, considerando la relación entre los puntos IX y VI del eneagrama: podemos decir que el miedo a hacer conlleva una pérdida de contacto con uno mismo, que la falta de enraizamiento en el ser se traduce en una fragilidad o debilidad en la expresión de uno mismo.

Mientras que el eneatipo III apenas es consciente de su autoalienación y los eneatis IV y V la remarcan intensamente experimentándola como una sensación de insustancialidad, la experiencia del oscurecimiento óptico en el eneatipo VI se proyecta hacia el futuro y tiene un sentido de anticipación temerosa. R.D. Laing lo describió acertadamente como el terror a mirar hacia adentro y descubrir que no hay nadie. En esta situación, no hay ni un ignorar la cuestión ni un afrontarla abiertamente, sino más bien un no mirar del todo, una evitación parcial.

La fragilidad de la sensación del ser es de una cualidad que queda apropiadamente descrita con la expresión que propuso Laing en relación al oscurecimiento óptico en general: «inseguridad óptica». Podemos decir que en el eneatipo VI la pérdida de ser se manifiesta como experiencia de amenaza y precariedad de su ser. También la expresión de Guntrip "debilidad del ego" parece particularmente apropiada para el matiz paranoide de la pérdida de ser". Es posible pensar que la excesiva preocupación del eneatipo VI por la seguridad no tiene su raíz en un miedo físico o incluso en un miedo emocional, tanto como en un excesivo aferramiento a factores de seguridad física y emocional a partir de una inseguridad que «no es de este mundo». A diferencia de la experiencia de la persona verdaderamente valiente -el héroe que puede arriesgarlo todo, incluso la vida, a partir de un implícito sentimiento de enraizamiento en algo más allá de la existencia contingente- el cobarde proyecta su inseguridad óptica hacia las capas exteriores de la existencia, bien en forma de una incapacidad general para arriesgarse, bien como una preocupación excesiva por la autoridad y el poder que actúen como garantía frente a tal riesgo.

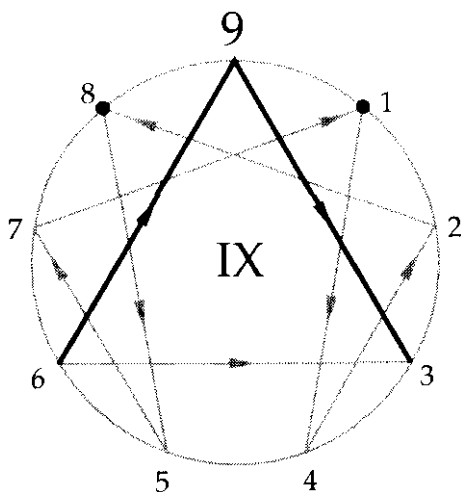
En el caso del carácter paranoide *sensu strictu*, es fácil entender la pérdida del ser como una derivación de la búsqueda del ser, por un proceso de aproximación a «lo grande» y de alimentación de la grandiosidad de uno mismo, como puede ilustrar la situación de Don Quijote, quien, en su identificación con el ideal de un caballero andante, persigue una vida de

aventuras incompatible con la experiencia demasiado ordinaria (no grandiosa) de la realidad cotidiana.

En otros casos, no es la grandiosidad de un ideal o imagen internalizada lo que se convierte en un sustituto del ser, sino la grandiosidad de una autoridad externa del presente o del pasado. En todos esos casos podemos decir que existe una confusión entre ser y autoridad, o el tipo especial de poder implícito en la autoridad.

Del mismo modo que es cierto que, en el nivel psicológico, el individuo del eneatipo VI abandona su *poder* ante la autoridad, también es posible afirmar que es el propio sentido de ser lo que abandona mediante su proyección hacia los individuos, sistemas o ideas dotados de una importancia o sublimidad «mayor que la vida».

CAPÍTULO NUEVE ENEATIPO IX



INERCIA PSICOESPIRITUAL Y ACTITUD SOBREADAPTADA

1. NÚCLEO TEÓRICO, NOMENCLATURA Y LUGAR EN EL ENEAGRAMA

Las palabras «pereza» e «indolencia», con las que Ichazo designó la pasión dominante y la fijación (respectivamente) correspondientes al eneatiipo IX, no logran significar lo que originalmente se pretendía, antes de que se introdujera «apatía» en lugar del anterior término latino *accidia*.



E.J. Gold, *El escultor* Pastel, 9" x 12"
1986

El profesor Giannini, de la Universidad de Chile, escribe:

«Lo que Santo Tomás, San Gregorio Magno, San Isidoro, Casiano (por citar sólo a los autores más representativos) designaron como *decidia* es un fenómeno muy complejo y distante de traducciones como falta de motivación por la acción y otras traducciones contemporáneas»¹⁹².

A su vez adaptación del griego *a-chedia* (sin cuidado), la palabra *accidia* hace referencia a una pereza de la psique y del espíritu, más que a una tendencia a la inacción, y lo mismo significa «indolencia» en el contexto de este libro. Esta pereza espiritual puede ser tratada en términos de olvido de Dios o, en lenguaje no teísta, de sordera para con el espíritu y de pérdida del sentido de ser hasta el punto de ni siquiera conocer la diferencia: un embastecimiento espiritual. Psicológicamente, la *accidia* se manifiesta como una pérdida de interioridad, un rechazo a ver y una resistencia a cambiar.

Dorothy Sayers, en sus comentarios al *Purgatorio* de Dante, escribe que la *accidia* "es insidiosa y toma unas formas tan proteicas que es bastante difícil de definir". No se trata

¹⁹² H. Giannini: "El demonio del Mediodía", en Teoría, Dic. 1975, Santiago de Chile.

simplemente de ociosidad de la mente, sino de "ese total envenenamiento de la voluntad, que, comenzando con indiferencia y con una actitud de *"nada podría importarme menos"*, se extiende hasta un deliberado rechazo de la alegría y culmina con la introspección morbosa y la desesperanza. Una de sus formas que atrae fuertemente a algunas mentes modernas es esa conformidad con el mal y el error que enseguida se disfraza de *tolerancia*; otra, el rechazo a quedar conmovido por la contemplación de lo bueno y lo bello, conocido como *desilusión* y, a veces, como *conocimiento del mundo*".¹⁹³

La combinación de pérdida de interioridad con el carácter resignado y abnegado que la acompaña resulta en un síndrome de «terrenalidad» confortable y bienintencionada, que puede ser exagerada hasta el punto de la literalidad y la estrechez.

El eneatispo IX no sólo es alguien que no ha aprendido a amarse a sí mismo como consecuencia de la falta de amor, sino alguien que olvida su frustración amorosa por medio de una especie de paquidermismo psicológico, una sobresimplificación, una amputación psicológica que hace de éste el menos sensible y el más estoico de los caracteres (el eneatispo IX se encuentra en un lugar opuesto al de los hipersensibles IV y V de la parte inferior del eneagrama).

Aunque todo lo anterior pueda resultar muy preciso, no consigue reflejar hasta qué punto el mundo está impregnado de pereza espiritual y cuántas son sus manifestaciones fuera de las ermitas y monasterios. Porque no es una falta de religiosidad lo que caracteriza al eneatispo IX, sino más bien lo contrario, sólo que ésta tiende a ser una religiosidad en el sentido ideológico y social de la palabra, más que en referencia a su núcleo místico. El eneatispo IX es, como veremos, el tipo de persona contento y generoso, cuya «apatía» no se revela tanto en una aversión hacia los asuntos espirituales como en una pérdida de interioridad, una aversión a la exploración psicológica y una resistencia al cambio que coexiste con una estabilidad excesiva y una inclinación conservadora. Su lema -para él y para los demás- podría ser «no balancees la barca».

Imagino que los casos de *sobreadaptados* más disfuncionales se diagnostican hoy día como *dependientes*, aunque la dependencia es algo que el eneatispo IX comparte con el eneatispo IV y, sobre todo, con la forma evitadora del eneatispo VI. La eclosión de la resignación en depresión psicótica es mucho menor en nuestros días que en la época de Kretschmer.

2. ANTECEDENTES EN LA LITERATURA CIENTÍFICA SOBRE EL CARÁCTER

Aunque Kurt Schneider se centra en la franja de población más profundamente perturbada, podemos reconocer a nuestro eneatispo IX en su "psicopático abúlico", cuya característica principal es "la falta de voluntad y la incapacidad de resistir presiones externas". Estos individuos son "fáciles de seducir por los demás y por las situaciones. De acuerdo con su modo de ser maleable, son permeables también a las buenas influencias.[...] Son personas casi siempre amables, que no dan el menor problema en los establecimientos clínicos y pedagógicos; son razonables, dóciles, laboriosos y modestos". Señala que son "internos modélicos en estos establecimientos y, sin embargo, cuando se dejan arrastrar por las influencias de la vida, todo lo ganado se pierde".

Quizá el síndrome más conocido correspondiente al eneatispo IX sea el que Ernest Kretschmer¹⁹⁴ denominó ciclotimia. En su estudio sobre la personalidad psicótica en pacientes maniaco-depresivos, que aparece en su clásica obra *Psyche and Character* (tras un análisis estadístico de datos), observa que las características más frecuentes de este carácter son las siguientes:

¹⁹³ Dante, *The Divine Comedy*, Book 2 - Purgatory, traducción de Dorothy Sayers, Penguin Books Ltd., Middiesex, England, 1955.

¹⁹⁴ Obra cit.

1. Sociable, bondadoso, amistoso, cordial;
2. Alegre, gracioso, divertido, precipitado;
3. Tranquilo, calmoso, deprimido con facilidad, de buen corazón.

Lo que para Kretschmer era el carácter ciclotímico se convirtió en la obra de Sheldon, su continuador intelectual, en una variable que todo el mundo manifiesta en mayor o menor medida y sólo una minoría presenta en grado máximo.

En su obra *The Varieties of Temperament*, Sheldon ¹⁹⁵ afirma con un brevísimo resumen que "la viscerotonía se manifiesta a través de la relajación, la alegría festiva y la gula de comida, compañía, afecto o apoyo social. Cuando predomina este componente, el motivo primordial de la vida parece ser la asimilación y conservación de la energía".

Relaciono a continuación la lista de los veinte rasgos principales de la viscerotonía, que Sheldon distinguió en el curso de su investigación en los años cincuenta:

1. Relajación en la postura y el movimiento
2. Gusto por el confort físico
3. Reacción lenta
4. Gusto por la comida
5. Gusto por hacer de la comida un acto social
6. Placer con la digestión
7. Gusto por la formalidad cortés
8. Sociofilia
9. Amabilidad indiscriminada
10. Fuerte necesidad de afecto y aprobación
11. Orientación hacia la gente
12. Uniformidad del flujo emocional
13. Tolerancia
14. Complacencia
15. Sueño profundo
16. Atonía del estado de ánimo
17. Comunicación de los sentimientos grata y fácil (ex-troversión de la viscerotonía)
18. Relajación y sociofilia bajo efecto del alcohol
19. Necesidad de gente en caso de conflicto
20. Orientación hacia las relaciones de infancia y de familia.

Sin contradecir la observación de Sheldon de que la viscerotonía puede apreciarse en diversos grados de expresión, no cabe duda de que su expresión máxima es la del tipo apático, pues en él los rasgos viscerotónicos no sólo sobresalen, sino que parecen componer el material básico sobre el que se asienta el resto del carácter. Podríamos decir que la extrema extroversión del eneatispo IX no tiene sólo una raíz constitutiva, sino que dicha constitución sirve como punto de apoyo para una evasión defensiva de la interioridad. Arietti ¹⁹⁶ distinguió dos tipos de depresión, cada uno de ellos basado en un tipo de personalidad:

la "depresión reclamante" (nuestro tipo envidioso) y la de tipo autoculpabilizador, "con especial énfasis en la acusación y la desvalorización de uno mismo". Aunque Arietti trata principalmente los estados de descompensación psicótica, justo lo contrario de la típica jovialidad del indolente, es posible reconocer aquí el modelo del eneatispo IX: nos dice que se

¹⁹⁵ Obra cit.

¹⁹⁶ Arietti, Silvano, "Affective Disorders" (Trastornos afectivos), en *American Handbook of Psychiatry* (Nueva York, Basic Books, 1974).

trata de un tipo cumplidor, esforzado, con intensos sentimientos patrióticos, conforme con su fuerte necesidad de pertenecer y con ideas conservadoras.

He observado que, actualmente, los terapeutas bioenergéticos clasifican a los individuos del eneatispo IX como "masoquistas":

"El cuerpo del masoquista suele ser grueso, con poderosos músculos que parecen contener la aseveración directa y bloquear la poderosa negatividad subyacente. Es característico del masoquista ser excesivamente agradable y sacrificado, al tiempo que demuestra un comportamiento pasivo-agresivo".¹⁹⁷

En el Análisis Transaccional¹⁹⁸ se describe el guión de la "madre desaliñada":

"Se pasa la vida nutriendo y cuidando a todos, menos a sí misma. Siempre da mucho más de lo que recibe y acepta esta desigualdad porque cree que ella es el miembro menos importante de la familia y su valía sólo se mide en función de lo que aporta a los otros".

De entre las categorías del DSM III¹⁹⁹, la más coherente con el eneatispo IX es la "personalidad dependiente", descrita de acuerdo con las siguientes características:

"Es una pauta generalizada de conducta dependiente y sumisa, que se hace patente desde el inicio de la edad adulta y se da en diversos contextos. Esta pauta se manifiesta al menos por cinco de las siguientes características:

1. el sujeto es incapaz de tomar decisiones cotidianas sin una cantidad exagerada de consejos o recomendaciones por parte de los demás;
2. permite que los demás tomen la mayor parte de sus decisiones importantes; por ejemplo, dónde vivir, qué trabajo ocupar, etc;
3. tiende a estar de acuerdo con los demás, incluso cuando piensa que están equivocados, por temor a sentirse rechazado;
4. tiene dificultad para iniciar proyectos o hacer cosas por iniciativa propia;
5. acepta hacer voluntariamente cosas desagradables para él, con el fin de agradar a los demás;
6. se siente incómodo o desvalido cuando se encuentra solo y hace grandes esfuerzos para evitar esa situación
7. se siente derrumbado o desvalido cuando terminan las relaciones íntimas;
8. se preocupa con frecuencia con el temor de ser abandonado;
9. es fácilmente herido por las críticas o la desaprobación.

Millón caracteriza este síndrome por el hecho de que "el centro de gravedad de estas personas son los otros, no ellos mismos. Adaptan su comportamiento para agradar a aquellos de quienes dependen, y su búsqueda de amor les lleva a negarse pensamientos y sentimientos que podrían despertar desagrado en los demás".

Según Millón, "los dependientes son notablemente modestos, obsequiosos, siempre agradables, dóciles y congraciantes. Niegan su individualidad, subordinan sus deseos y ocultan cualquier indicio de que posean una identidad separada de los demás".²⁰⁰

Aunque cualquiera que conozca la ciclotimia la calificaría de extrovertida, en la descripción de los tipos psicológicos de Jung el eneatispo IX se aproxima más al tipo sentimental introvertido, que aprecia predominantemente en mujeres:

"Hacia afuera muestran una discreción armoniosa, una calma agradable, un paralelismo simpático que no quiere provocar ni influir ni impresionar ni transformar al otro.[...] Aunque

¹⁹⁷ Johnson, Stephen M., obra cit.

¹⁹⁸ La cita es de "Los guiones banales de la mujer" de Wickoff, en Claude M. Steiner: *Los guiones que vivimos*. Ed. Kairós. Barcelona, 1992.

¹⁹⁹ Obra cit.

²⁰⁰ Millón, Theodore, obra cit.

siempre hay una disposición al acompañamiento tranquilo y armonioso, no se muestra frente a los extraños ninguna amabilidad, ninguna cálida acogida, sino una actitud que parece indiferente.[...] Frente a algo que sea arrebatador, entusiasta, este tipo observa al principio una benévola aunque crítica neutralidad.[...] Pero una emoción impetuosa puede ser acremente derribada con una frialdad asesina".²⁰¹

Sin embargo, revisando este capítulo justo después de la publicación del libro de Loma Benjamín *Interpersonal Diagnosis and Treatment of Personality Disorders*²⁰², veo que su interpretación del trastorno de la personalidad dependiente corresponde en esencia a la de nuestro fóbico (subtipo de conservación del eneatipto VI). Si esta interpretación suya refleja la del mundo profesional en general, entonces creo que el eneatipto IX se ha vuelto, a ojos del colectivo médico estadounidense, tan invisible como el eneatipto III.

Con todo, si pasamos de la descripción de Jung a la de von Franz²⁰³, compruebo que es su tipo sensorial extrovertido²⁰⁴ el que mejor se ajusta al eneatipto IX y a su típica escasez de experiencias internas:

"El tipo sensorial extrovertido queda representado por alguien cuyo capacidad o función especializada es la de sentir y relacionarse con los objetos externos de forma práctica y concreta.[...] Tiene, como si dijéramos, el mejor aparato fotográfico:

puede relacionarse con los hechos externos rápida y objetivamente. Por eso, este tipo se encuentra entre los buenos montañeros, los ingenieros y los hombres de negocios, todos ellos con una conciencia amplia y precisa de la realidad externa, con todos sus matices.[...] Jung dice que estas personas dan a menudo la impresión de no tener alma. La mayoría de nosotros nos hemos encontrado alguna vez con ese tipo de ingeniero desalmado con el que uno tiene la sensación de que toda la persona está absolutamente dedicada a las máquinas y a sus engranajes y que ve todo desde ese ángulo.[...] También está completamente falto de intuición; para él, eso es sólo el reino de la fantasía loca".

Volviendo a los perfiles de tests, encuentro que podemos reconocer al eneatipto IX en el retrato del ISTJ (con predominio de introversión, sensorialidad, pensamiento y juicio), caracterizado por su "determinación en las cuestiones prácticas" y por ser "los custodios de instituciones tradicionales". Cito a Keirsey y Bates²⁰⁵:

"Si hubiera que escoger un sólo adjetivo para describir a este tipo, el mejor sería fiable.

Tanto en casa como en el trabajo, este tipo es más bien tranquilo y serio.[...] El pensamiento de infringir un contrato horrorizaría a una persona de este tipo.[...] Cumplen con sus deberes sin ostentación ni vistosidad, por lo que el empeño con que se dedican a su trabajo puede pasar desapercibido, inapreciado.

El interés del ISTJ por la minuciosidad, el detalle, la justicia, los procedimientos prácticos y el curso sosegado de lo personal y lo material conducen a este tipo a ocupaciones en que estas preferencias son útiles. Por ejemplo, los ISTJ son excelentes interventores bancarios, auditores, contables o inspectores fiscales. [...] Podrían desempeñar las funciones de un empresario de pompas fúnebres, un secretario de la administración o un investigador legal.

Como marido o esposa, el ISTJ es un pilar de fortaleza. Así como este tipo hace honor a los contratos de negocios, también es fiel al contrato del matrimonio".

También podemos reconocer las características del eneatipto IX, sin embargo, en otro perfil, el

²⁰¹ Jung, C.G., obra cit. Parece haber una cierta sobreposición de los caracteres IX y V en la descripción de Jung, ya que la incidencia en la escasa expresión de la emoción, aunque apropiada, no refleja que la afabilidad es igualmente característica en el ciclotímico.

²⁰² Benjamín, Loma Smith, *Interpersonal Diagnosis and Treatment of Personality Disorders* (Diagnóstico y tratamiento interpersonal de los trastornos de la personalidad). (Guilford Press. Nueva York, 1993).

²⁰³ Von Franz, Marie-Louise, y James Hulmán: *Lectures on Jung's Typology* (Discursos sobre la tipología jungiana). (Spring Publications Inc. Dallas, 1979).

²⁰⁴ La descripción de éste correspondía en Jung a nuestro eneatipto VIII.

²⁰⁵ Obra cit.

del ESFJ (con predominio de extroversión, sensorialidad, sentimiento y juicio), descrito por Keirsey y Bates como el más sociable de todos los tipos:

"La armonía es la base de este tipo.[...] Los ESFJ son los grandes contribuidores a las instituciones establecidas, como el hogar, la escuela, la Iglesia y las agrupaciones cívicas.[...] A los ESFJ les hiere la indiferencia y necesitan ser apreciados tanto por ellos mismos como por la abundancia que ofrecen a los demás, generalmente en forma de servicios!...] Concienzudos y metódicos, los ESFJ pueden inquietarse cuando se quedan aislados de la gente. [...] Probablemente, estarán al corriente de los acontecimientos y problemas de las vidas de sus compañeros y disfrutarán discutiéndolos, pero cuando la conversación gire hacia abstracciones científicas o filosóficas, los ESFJ pueden inquietarse.

Los ESFJ quieren que las decisiones familiares se tomen rápida y eficazmente y esperan que la familia se atenga a una rutina, unos horarios y un cumplimiento correcto. No se rebelan contra las actividades rutinarias, son devotos a los valores tradicionales de la familia y el hogar, respetan los votos del matrimonio y constituyen el tipo más comprensivo".

En la experiencia de los homeópatas, el carácter correspondiente al eneatispo IX ha sido claramente reconocido y sus cualidades de estabilidad y neutralidad se han comparado a las del carbonato calcico, todavía usado para blanquear paredes. El carbonato calcico de esta medicina se toma de la capa intermedia de la concha de ostra, y también el molusco se asocia al tipo humano:

"En primer lugar, está el propio animal: frío, pálido, húmedo, blando e inactivo. En segundo lugar, está la concha: gruesa, impenetrable, fijada a una roca, protegiendo del mundo a la indefensa criatura que contiene. En tercer lugar, en el interior de esta criatura (que, a no ser por ello, pasaría como mediocre) crece una perla de belleza pulida y delicada, nacida gracias al envolvimiento persistente en torno a un irritante grano de arena".²⁰⁶ Continúo citando a Catherine R. Coulter:

"La *indolencia* o "inercia" (Hering) es un rasgo característico fundamental. Recuerda a la inactiva ostra, el miembro más pasivo de la familia de los moluscos, que sólo abre y cierra su concha para tomar comida o reproducirse....]"

En general. *Calcárea* puede conservar, incluso en la vida adulta, una cierta inmadurez o falta de desarrollo. Suele simpatizar fácilmente con los niños y, a veces, se encuentra más cómodo con ellos que con los adultos.[...] De hecho, a menudo quiere permanecer como un niño, prefiriendo una existencia lenta, protegida y tranquila al mundo de lucha y competencia de los adultos.[...] Es fácil apreciar en la inercia de *Calcárea* una "falta de determinación" (Hahnemann) y la ausencia de otras cualidades como ambición, energía e impulso. El individuo se vuelve inactivo al hacerse demasiado indolente, demasiado resignado. Puede considerar el esfuerzo y el trabajo tan innecesarios para los otros como desagradables para él. Así, según los valores ordinarios, puede ser un fracaso [...], pues no empujará ni competirá en un mundo en que se requiere un nivel de empuje y competitividad." El retrato de la pereza mental es explícito:

"Este tipo se desentiende, se distrae fácilmente, dilata las cosas y se emboba con los detalles, incapaz de abordar las cuestiones serias que tiene delante. Se dedica a las minucias y pospone así el emprender tareas mayores.[...]"

Calcárea también puede presentar el extremo opuesto a la imagen tradicional de la indolencia, [en la cual] lo que para *Calcárea* resulta estresante es para otra parte de la rutina normal [...] Así, *Calcárea* es a veces letárgico, apático y flemático, y, otras veces, un trabajador desmesurado que se esfuerza para superar o sobrecompensar su lentitud e inercia de base. Realmente, su diligencia puede en ocasiones alcanzar el grado de la «exageración» o la «laboriosidad insana» (Kent), trabajando sin tregua día y noche".

²⁰⁶ Coulter, Catherine R., obra cit., vol. 1. Todas las citas sobre *Calcárea* corresponden a las págs. 39 a 46 de la versión inglesa y han sido reproducidas con permiso de la autora.

3. ESTRUCTURA DEL RASGO

Inercia psicológica

Cuando procuro poner orden en la lista de descriptores del eneatipo IX, clasificándolos según su similitud psicológica, me encuentro con que uno de los grupos conceptuales implica un rasgo que se podría entender como «escasez de experiencias interiores» -usando la expresión de un artículo de Horney que lleva el mismo título-, una falta de fuego, una flemática falta de pasión. A estos términos podemos añadir «narcotización» (también introducido por Horney) y «de piel gruesa» (una insensibilización que responde a un «prolongado sufrimiento»). Una expresión intelectual de la pérdida de interioridad como defensa es la falta de sutileza y de imaginación; una consecuencia emocional, el amortecimiento de los sentimientos, que puede ser aparente (en una actitud excesivamente flemática o en la falta de comunicación sobre sí mismo) u oculta (bajo una actitud simpática o jovial).

En el ámbito cognitivo, el aspecto más decisivo es el ensordecimiento de la persona hacia sus voces interiores, una pérdida de instinto bien oculta por una aparente animalización (así como la pseudoespontaneidad de la libertad sexual y social coexiste con un amortecimiento interior).

El no querer ver, el no querer estar en contacto con la propia experiencia, es algo semejante a la pereza cognitiva, un eclipse del experienciador o testigo interior de la persona. En línea con este eclipse de la cognición y teniendo en cuenta la actitud predominantemente activa, hay un rasgo que podríamos llamar «concretismo», cuya expresión abarca desde la literalidad hasta una actitud excesivamente terrenal, una preocupación sanchopancesca por la supervivencia y lo práctico, a expensas de lo sutil y lo misterioso, una pérdida de apertura a lo inesperado y al espíritu.

Sobreadaptación

Si la pereza espiritual o *accidia* es la pasión del eneatipo IX, la estrategia vital interpersonal y la correspondiente visión de la vida pueden considerarse dentro de un grupo que tiene que ver con la «sobreadaptación», la «autonegación», el «autoabandono», la «desatención de las necesidades personales» y «una actitud de control excesivo», que incluyo en el mismo grupo porque no es posible la adaptación (por no hablar de la sobreadaptación) sin la capacidad de contenerse e inhibir los propios impulsos. Es contra el fondo de este aspecto controlado y disciplinado del eneatipo IX (un rasgo que comparte con el eneatipo I con algo menos de intensidad) como podemos comprender la propensión de este carácter por el alcohol, así como su pasión por comer. Ambas ilustran una compensatoria indulgencia de los apetitos físicos, que no constituye una intensificación de la sensación de estar vivo.

Otros descriptores que corresponden aquí son los de «conciencioso» y «responsable». El individuo del eneatipo IX es alguien que no sólo acaba siempre «cargándose el muerto», sino que es una persona fiable y generosa, siempre dispuesta a llevar una carga pesada sobre sus hombros. Si en la mayoría de los casos la imposibilidad de llevar a la práctica el ideal de «amar al prójimo como a sí mismo» se debe a un «amarse a sí mismo más que al prójimo», en el eneatipo IX la situación parece ser la opuesta, porque el sobreadaptado pospone su propio bien y la satisfacción de sus necesidades, en una condescendencia excesiva hacia las demandas y necesidades de los demás.

Es fácil entender la conexión entre los dos rasgos descritos anteriormente: la excesiva adaptación al mundo sería demasiado dolorosa de soportar sin el olvido de sí mismo.

Resignación

Tanto la autoalienación como la sobreadaptación abnegada implican resignación, una renuncia a sí mismo, una abdicación de sí mismo y de la vida. Es como si el individuo adoptara una estrategia de jugar a estar muerto para permanecer vivo (convirtiéndose trágicamente en un muerto en vida, en nombre de la vida). Aunque la resignación sirve de base a la sobreadaptación, merece ser considerada por sí misma, en vista de lo destacado de los rasgos que implican pereza ante las propias necesidades, contentamiento y renuncia o falta de defensa de los propios derechos.

Generosidad

Con una orientación predominante hacia la adaptación, además de una general «naturaleza bondadosa», «amabilidad», «solicitud», «indulgencia» y, sobre todo, «abnegación», pueden relacionarse la «cordialidad» del eneatispo IX, la amistosa sociabilidad y la extrovertida jovialidad del «ciclotímico». Parece que tal jovialidad es parte de una actitud de tomarse a sí mismo a la ligera para no suponer un peso para los demás, así como que la simpatía se apoya en la capacidad de existir para el otro más que para uno mismo. El aspecto sociable e hipomaniaco del «viscero-tónico» era bien conocido por Dickens, quien nos proporcionó un maravilloso retrato de éste en el Mr. Micawber de *David Copperfield*. Es característico del individuo sobreadaptado el ser dado a los niños, gustarle los animales, disfrutar con la jardinería... En su relación con los demás, suele ser un buen oyente, dispuesto a ayudar, comprensivo y confortador, quizá compasivo.

Mediocridad

Los individuos del eneatispo IX son frecuentemente descritos como modestos. Es probable que su concepto de sí mismos sea pobre, lo que a menudo implica una resignación en términos de necesidades narcisistas. Su interés por sobresalir y brillar es también bajo y puede que descuiden su aspecto personal. De la renuncia al interés por sobresalir y brillar parece derivarse una característica mediocridad, una sencillez y una simplicidad (el eneatispo IX no quiere brillar -como el eneatispo III- ni ser el mejor -como el eneatispo I). Aunque los individuos con este carácter parecen haber renunciado al deseo de reconocimiento, hay una profunda e inconsciente sed de amor en su resignación abnegada y un implícito deseo de retribución del amor. El sentido de la propia valía, así como el sentido de la existencia del eneatispo IX se satisfacen no mediante el aplauso, sino más bien mediante una participación sustitutiva, un vivir a través de los demás: la identidad perdida se transforma en una identidad por simbiosis con la familia, la nación, el partido, el club, el equipo, etc. Podríamos hablar de interioridad mediante participación, sea en lo sentimental, lo familiar o en grupos mayores.

Propensión a hábitos robóticos

Varios rasgos del grupo de descriptores tienen que ver con ser «robótico». Los sobreadaptados son criaturas de hábitos. Tienden a la costumbre y la regularidad, como observa Sheldon en los viscerotónicos en general. Están excesivamente preocupados por la preservación de su equilibrio. Como resultado, tienden a ser conservadores y tradicionalistas hasta el punto de la rigidez. Puede pensarse que el mismo rasgo de inercia psicológica subyace a un excesivo apego a lo familiar, a las normas del grupo sobre «cómo se hacen las

cosas»²⁰⁷. Por supuesto, se puede considerar la robotización como una consecuencia de la pérdida de interioridad, de la alienación de sí mismos. En conjunto, nos sorprende la paradoja de que esta forma tan esforzada y sufriente de estar en el mundo esté enraizada en una pasión por el confort: un confort psicológico comprado a tan alto precio que, como se ha insinuado antes, los profesionales de la bioenergética etiquetan a los individuos del eneatiipo IX como «masoquistas».

Distracción

De lo dicho hasta ahora, queda claro que el eneatiipo IX aborda la vida con una estrategia de no querer ver, lo cual ocasiona una sobresimplificación del mundo exterior e interior, una disminución de la capacidad de penetración psicológica y también una pereza intelectual: una ramplonería caracterizada por un excesivo concretismo y literalidad. No es sorprendente que la pérdida de la interioridad y de la perspicacia conlleve una consecuencia espiritual: una pérdida de la sutileza de la conciencia que se requiere para mantener el sentido de ser, más allá de las múltiples experiencias en el campo sensomotor.

Que en estos diversos oscurecimientos hay implícita una perturbación de la conciencia parece confirmado por el hecho de que las personas del eneatiipo IX se describen a sí mismas como distraídas, confusas, a veces con mala memoria. Creo que es común en el eneatiipo IX el romper cosas o sufrir accidentes personales y pienso que esta observación puede constituir la base para el hecho estadístico de una correlación entre la muerte por accidente de automóvil y la obesidad.

La naturaleza de su problema de atención parece ser una dificultad de concentración que hace que la conciencia escape desde el centro del campo de la experiencia hacia su periferia. De todas formas, esta distracción de la atención está apoyada por la búsqueda deliberada de distracciones por parte del individuo, como si éste se viera impulsado por el deseo de no experimentar o no ver.

La televisión, los periódicos, la costura, los crucigramas, los puzzles y la actividad en general -además del dormir- sirven al propósito de la narcotización o del «entumecimiento».

4. MECANISMOS DE DEFENSA

Cuando presenté por primera vez mis puntos de vista sobre la correspondencia entre estructura del carácter y mecanismos de defensa predominantes, no encontraba un término apropiado para la característica manera del tipo IX de distraerse de las experiencias internas mediante la atención al mundo externo. El más apropiado que encontré, y que consiguientemente adopté fue la palabra de Karen Horney «narcotización», puesto que el uso que ella hacía denotaba no sólo una pérdida de conciencia, sino, más precisamente, un «quedarse dormido» mediante una inmersión en el trabajo o en estímulos como la televisión o el leer periódicos.

Después me di cuenta de que esta maniobra de autodistracción venía parcialmente descrita por Erving Polster con el término que se introdujo en el vocabulario de la terapia Gestalt como «deflexión».

«La deflexión es un mecanismo neurótico²⁰⁸ utilizado para apartarse del contacto directo con otra persona. Es una manera de enfriar el contacto real, cuyo calor se evita hablando con rodeos, empleando un lenguaje excesivo, riéndose abiertamente de lo que se dice, no mirando

²⁰⁷ También, y quizá como compensación de su sobreadaptación, son característicamente obstinados y testarudos, con un modo de pensar estrecho y prejuicioso que también comparten con el eneatiipo I.

²⁰⁸ Algunos, dentro del movimiento gestáltico hay quien prefiere hablar de alteración de los límites, algo pedante para mi gusto.

a la persona a la que se habla, siendo abstracto más que específico, no centrándose en el punto que se trata, proponiendo malos ejemplos o ninguno en absoluto, siendo educado en lugar de directo, usando un lenguaje estereotipado en vez de un lenguaje original, substituyendo emociones suaves por otras intensas, hablando «sobre» en lugar de hablar «a», y quitando importancia a lo que uno acaba de decir. Todas estas deflexiones convierten la vida en algo aguado. La acción no se centra, es más débil y menos efectiva".

"El contacto puede ser deflectado tanto por la persona que inicia la interacción como por el interlocutor. El que inicia la deflexión siente con frecuencia que no está sacando mucho provecho de lo que hace, que sus esfuerzos no le reportan lo que desea. Además, no sabe cómo explicar la pérdida. El interlocutor que defleciona la acción de la otra persona, casi como si tuviera un escudo invisible, a menudo se siente impasible, aburrido, confundido, en blanco, cínico, desatendido, sin importancia y desubicado. Cuando la energía deflecionada puede volverse a enfocar, el sentimiento de contacto se intensifica mucho»²⁰⁹.

Aunque la descripción de Polster hace referencia al enfriamiento del contacto interpersonal, yo creo, sin embargo, que en el mecanismo de defensa implícito en la psicología del tipo IX tiene lugar un proceso similar en relación al contacto consigo mismo o al contacto en un sentido más amplio de la palabra (así, por ejemplo, me acuerdo de una situación con una persona que podría llamarse un «teleadicto» y que miraba las noticias durante la comida. Yo veía eso principalmente como una distracción de la situación personal de alrededor de la mesa, pero de vez en cuando podía ser que algún fragmento de las noticias internacionales particularmente importante me llamara la atención. Sin embargo, observé que cada vez que aparecía algo verdaderamente relevante era imposible escuchar porque empezaba a hablar o, a veces, cambiaba de canal y ponía el fútbol). El mecanismo de atender a lo periférico más que a lo verdaderamente importante puede entenderse como la base de una «extraversión defensiva» generalizada en el «autointraceptivo» tipo IX. Propongo llamarle simplemente autodistracción.

Otro mecanismo psicológico particularmente destacado en el tipo IX es el que Kaiser planteó como la «raíz de todas las distorsiones emocionales» y que describió como una fantasía de fusión y un mantener irrealísticamente en la vida adulta la simbiótica relación primera con la madre. El concepto se repite en la noción de la terapia gestáltica de «confluencia»/ descrita como una «perturbación de los límites»; pero podría ser también considerado un mecanismo de defensa por cuanto constituye un intento de rechazar en la conciencia el hecho del propio aislamiento, la soledad y la individualidad. Citando a los Polster:²¹⁰

«Las personas que viven en insana confluencia con otras no tienen contacto personal. Esto, desde luego, arruina muchos matrimonios y largas amistades. Las partes de dicha confluencia no pueden concebir ninguna diferencia de opinión o actitud que no sea puramente momentánea. Si aparece una discrepancia en sus puntos de vista, no pueden resolverla para llegar a un punto de entendimiento genuino, sea de acuerdo o en desacuerdo. No: tienen que restaurar la confluencia alterada como sea o bien refugiarse en el aislamiento. Este último puede incrementar actitudes de enfurruñamiento, de apartamiento, de mostrarse ofendidos o alguna otra manera de pasar al otro el esfuerzo de reconciliarse; o, si no hay esperanzas de restaurar la confluencia, podrían tomar la forma de hostilidad, desatención flagrante, olvido u otras formas de apartar al otro como objeto de interés.

Para restablecer la confluencia interrumpida, uno intenta ajustarse al otro o el otro a uno. En el primer caso, uno asiente a todo con tal de reconciliarse, se inquieta por las pequeñas diferencias, necesita pruebas de aceptación total, borra su propia individualidad, intenta siempre aplacar y se vuelve servil. En el otro caso, en que uno no puede soportar la contradicción, persuade, soborna, impone o intimida.

²⁰⁹ *Terapia gestáltica*, por Erving y Miriam Polster. Amorrortu Editores. Buenos Aires, 1980.

²¹⁰ Polster, Erving y Miriam, obra cit.

Cuando las personas están en contacto, no en confluencia, no sólo respetan sus opiniones y las opiniones, gustos y responsabilidades del otro, sino que aceptan abiertamente la animación y el entusiasmo que comportan las desavenencias. La confluencia lleva a la rutina y al estancamiento, el contacto al entusiasmo y al crecimiento.»

5. OBSERVACIONES ETIOLÓGICAS Y OTRAS CONSIDERACIONES PSICODINÁMICAS²¹¹

En ocasiones, los individuos del eneatipo IX son marcadamente endomórficos (es raro hallar las "ballenas" del atlas de Sheldon asociadas a otros caracteres) y puede decirse que, en conjunto, es el grupo más endomórfico del eneagrama. Es también el más ectopénico, lo cual podría tomarse como una predisposición constitucional para la falta de interioridad del carácter tipo IX.

Sheldon observa una ausencia de rasgos distintivos, no sólo en la complexión corporal endomórfica, sino también en la personalidad viscerotónica, aunque es difícil decir si se trata de una constitución originada en el campo del temperamento o de un desarrollo secundario, puesto que, según se afirma, el carácter simbiótico²¹² surge de una dificultad en la fase de individuación durante el desarrollo. Sin embargo, es posible que esta misma característica del desarrollo haya sido influida por la constitución física.

Aunque Millón ha sugerido que la dependencia de los sujetos con personalidad dependiente puede provenir de un cuidado maternal excesivo, no es esto, sin duda, lo que he observado en los individuos del eneatipo IX, que suelen proceder de familias grandes, donde la atención de los padres quedaba dividida entre los muchos hermanos, o de familias muy ocupadas, en las que el duro trabajo absorbía gran parte de las energías de la madre. Estos antecedentes explican la resignación de la llamada personalidad dependiente y el gran esfuerzo por merecer amor, implícito en su conducta autodenigrante y excesivamente generosa. Sólo tras un proceso de psicoterapia entiende el tipo IX la gran carencia de amor de su infancia y hasta qué punto ha evitado "ingenuamente" la desidealización de sus padres, manteniéndose en una ingenuidad infantil sobreconfiada.

Si bien es posible que una constitución viscerotónica contribuya a la actitud de contento del eneatipo IX, con frecuencia queda claro, a través de su infancia, que no había otra salida para el niño más que rendirse a las circunstancias. A veces no es que faltasen los cuidados de la madre, pero las circunstancias le impidieron a ésta estar más disponible, y el niño percibía que quejarse o llamar la atención no serviría de nada. En otros casos, el niño se siente en una posición muy precaria dentro de la familia, lo cual le produce el sentimiento de que quejándose podría perder lo poco que tiene. En el siguiente fragmento de un informe autobiográfico, hallamos dos factores inusuales (modelo cultural exótico y brutalidad extrema), pero paradigmáticos por haber contribuido a la "solución" de sobreadaptación:

"Mi primera infancia estuvo dividida. Cuando tenía seis meses, me entregaron a mi abuela. Eso formaba parte de la antigua cultura de Zamoros. Así que nunca conocí a mis padres, hasta que yo tuve nueve años y estalló la guerra, y mi tía pensó que debía devolverme a mis padres, no fuera que ocurriese algo durante la guerra. Yo ya había sido rechazada y abandonada, y cuando volví con mi familia mis hermanos no me aceptaron, me tomaron como una intrusa.

²¹¹ Escribiendo sobre la etiología de la personalidad dependiente (en Cooper y otros: *Psychiatry*), Esman afirma que "no se puede atribuir a este síndrome ningún fundamento biológico, pero es posible que ciertas variantes temperamentales predispongan a su desarrollo". Cita también a Mahier al sugerir que estos niños no logran resolver la "crisis de acercamiento del segundo año, experimentando una intensa ansiedad por la separación y manteniendo, por tanto, un apego al agarre a la madre que interfiere con la evolución normal de diferenciar el yo de las representaciones objéctales".

²¹² Puede considerarse equivalente al subtipo sexual del sobreadaptado. Ver Johnson: *Characterological Transformation* (Transformación caracterológica).

Entonces... mi madre era tranquila pero bastante dominante. Mi padre era un borracho y cuando llegaba a casa nos enterábamos porque venía cantando desde el trabajo. Nosotros sabíamos bien lo que teníamos que hacer: desaparecer. Siempre me echaban las culpas a mí, porque soy la mayor de trece hermanos, y de cualquier cosa que estuviera mal tenía yo la culpa. Yo me llevaba la azotaina y, cuando mi padre me daba con la correa, yo azotaba a mis hermanos para que les quedara claro que yo mandaba cuando mis padres no estaban y que debían hacerme caso. Mi madre, en su quietud, era muy dominante. Controlaba a mi padre y... bueno, algo que debo decir de mi padre es que nunca le vimos levantar la mano a mi madre, y mi madre esperaba a que le pasara la borrachera y después hablaba con él, pero al día siguiente era lo mismo: él volvía borracho del trabajo. Otra cosa de mi padre es que nunca se gastaba el dinero en la bebida; siempre traía el cheque a casa. Tenía un buen proveedor en un amigo que le daba la bebida. Nunca le alzó la voz a mi madre. Y nunca les vi pelear. Durante la ocupación japonesa, él trabajaba mucho, pero cuando había recogido la cosecha, venían los japoneses y nos la quitaban. Mi madre iba y recogía un poco más de comida. Todos íbamos a ayudarle a recoger patatas y otras cosas, pero unos días después los japoneses volvían. Así que en aquel entonces no teníamos qué comer. Yo tenía nueve años. Unos dos años después, estábamos en el campo japonés. Los japoneses tomaron a todos los hombres mayores de dieciocho años y se los llevaron antes de que llegaran los americanos. Mi padre era uno de ellos, pero escapó. A los demás los mataron por el camino. Mi madre me escondió justo antes de esto, porque los japoneses estaban llevándoselos a todos, los dejaban en una cueva, lanzaban granadas de mano y los mataban, porque temían que hubiera una sublevación. E iban a acabar con todos nosotros, pero entonces llegaron los americanos."

Aunque los acontecimientos de esta historia son poco habituales, resultan paradigmáticos: está claro que esta chica tenía motivos para volverse resignada, es decir, tenía que afrontar situaciones en las que no podía hacer nada. Cuando le dije esto después de escuchar su informe, su comentario inmediato fue: "Por eso siempre digo que estoy bien. Engaño a la gente haciendo broma de todo".

Un elemento que aparece con frecuencia en las historias del eneatipo IX es que se esperaba de ellos que contribuyeran al trabajo que hiciese falta en la casa. Una mujer, por ejemplo, dice: "Siempre había que ordeñar las vacas, por la mañana y por la noche. [...] Otra característica de mis padres era que antes es la obligación que la devoción, que no hay que mostrar las emociones, lo sufres sola, te lo aguantas, no te quejas si estás enferma".

Una variante común es la situación de convertirse en ayudante que cuida de los hermanos menores, como en el siguiente ejemplo:

"Tengo un hermano dos años mayor que yo, y después estoy yo, que fui la menor durante cinco años, hasta que nació mi hermana. Y no sé cómo fue, pero parecía como si al final fuera yo la *responsable de mi hermana*, puesto que ya tenía cinco años, y sólo hace un par de años que me di cuenta de ésto pues sentí algún resentimiento contra ella. Intentaba averiguar por qué y entonces me vino que, en cierto modo, perdí mi infancia en ese punto. Recuerdo un incidente, cuando ella debía tener unos tres o cuatro años y aún no caminaba del todo bien, y estábamos en una calle muy transitada. Mi madre estaba comprando en una tienda y esperábamos a mi padre. Yo, con ocho años, la tenía cogida de la mano. Entonces, de repente, vio venir a mi padre, se soltó y corrió hacia esta calle con tanto tránsito. Me acuerdo de que mi padre también la vio, salió corriendo y paró el tráfico; si no hubiera sido por esto, casi la atrepellan. Y lo primero que pensé es que si la hubieran herido habría sido culpa mía. Bueno, es una impresión muy fuerte. Y no creo que mis padres me echaran la culpa, no recuerdo que lo hicieran. Pero de todas formas... Cuatro años después llegó otra hija, y para entonces yo ya estaba preparada para ser la madre y supongo que así lo asimilé, puesto que tanto mi padre como mi madre provenían de familias grandes en las que se daba por sentado que cada hijo cuidaría de los menores. Creo que, simplemente, caímos en ello. No es que yo tuviera que

hacerlo, porque mi madre no trabajaba fuera de casa y creo que podía arreglárselas sola bastante bien. Pero pienso que de ahí saqué la idea del olvido de uno mismo y renuncié a mí y a sentirme realmente libre para pasarlo bien y hacer lo que quisiera, porque siempre estaba cuidando de las pequeñas, vigilándolas y asegurándome de que estuvieran bien".

Por lo que respecta a la personalidad de los padres, es frecuente hallar tipos IX y I, sobre todo en combinación. La influencia del primero sería, por supuesto, la de actuar como modelo de entrega; el segundo habría aportado las exigencias perfeccionistas: "Mi madre era muy puritana y perfeccionista. La manera de evitar el azote era portarse bien". "Siempre recibí el mensaje de que no estaba permitido y que, además, uno debía estar preparado para un tiempo en que estaría aún menos permitido".

Aunque la sobreadaptación es contraria a la rebeldía, es interesante observar que la rebeldía hacia uno de los padres puede haber constituido un motivo para adoptar este estilo, como sucede, por ejemplo, en el informe de este chico:

"Mi madre (I) siempre ha censurado a mi padre (IX) delante de mí, y creo que ha sido la rebeldía contra ella lo que me hizo así, porque yo siempre tenía que hacer lo que ella quisiera. Era también una expresión de amor hacia él. El no estaba muy presente. Trabajaba fuera de la ciudad y, según mi madre, siempre que aparecía había problemas. Pero yo, como niño, recordaba cosas hermosas en relación con él".

Es fácil entender por qué en las historias del tipo IX aparece con frecuencia una madre IV; como ocurre con un padre o madre perfeccionista, ello ha significado exigencias y la necesidad de anteponer las necesidades de otro. En el siguiente ejemplo, este elemento aparece junto con otra característica común en la infancia del eneatis IX, la de intentar ser un pacificador de los padres:

"Siempre recordaba a mi madre desacreditando a mi padre, diciendo que era un perezoso, que tenía que trabajar, que ella había arreglado las cosas, etc. Pero yo no podía creer que mi padre era una persona tan mala y quería ser como él, pacífico y reposado. Tenía poco, pero se las apañaba con poco. Yo también necesitaba poco, tan sólo cariño. Me convertí en una especie de puente entre ellos. Como mediador, intentaba que las cosas fueran mejor entre ellos".

Mientras que, en otros caracteres, la búsqueda de amor ha sido visiblemente transformada en una búsqueda de un amor sustitutivo o en algo que originariamente se percibió como un medio de conseguir el cuidado de los padres, en el "indolente" parece haberse dado una resignación respecto del amor y la atención. Pero esta resignación sólo se puede mantener mediante una pérdida de interioridad, pues la generosidad compulsiva conlleva una expectativa inconsciente de reciprocidad. Aunque la inconsciencia del deseo de amor impide hablar de seducción o de señuelo, el individuo se siente muy agradecido cuando se le reconoce su entrega, y podemos decir que su sed de amor toma principalmente la forma de deseo de reconocimiento por su entrega y su generosidad desinteresada.

6. PSICODINÁMICA EXISTENCIAL

Así como en la parte inferior del eneagrama (IV y V) el dolor existencial consciente es máximo, en el eneatis IX, en la parte superior, es mínimo; y mientras que el oscurecimiento óptico del eneatis III puede ser más fácilmente percibido por otra persona (que pudiera preguntar «¿A qué viene tanta aceleración?») que por el propio sujeto, en el eneatis IX ni siquiera otra persona podría adivinar la pérdida de interioridad del individuo, porque su contento parece irradiar de tal manera que a los demás les parece estar más en él de lo que él mismo siente.

Precisamente en esto estriba la característica especial del oscurecimiento óptico de la actitud indolente y sobreadaptada: en que se ha vuelto ciega para sí misma.

A lo largo de la explicación de la pérdida de ser de los otros caracteres, hemos señalado cómo

el anhelo de ser, en su impaciencia, parece fijarse en diferentes apariencias donde reside una promesa óptica. Sin embargo, en el caso del eneatispo IX, no es la intensificación de la «libido óptica» lo que está en primer plano, sino, por el contrario, una aparente falta de anhelo que confiere a la persona una aura de satisfacción espiritual.

Pero la aparente iluminación del «campesino saludable» implica una inconsciencia de la inconsciencia, un adormecimiento de su anhelo. No puedo entender la afirmación de Ichazo de que, en la indolencia, la «trampa» está en buscar demasiado. Característicamente, lo cierto es lo opuesto: el eneatispo IX no busca lo suficiente, a pesar del sentimiento subjetivo de que lo hace y a pesar de las manifestaciones de desplazamiento de la búsqueda, como la erudición, los viajes o el coleccionar antigüedades. De hecho, es típica esta transmutación negativa del impulso transformador en impulsos orientados hacia empresas de menos envergadura, lo cual puede manifestarse como un deseo de conocer curiosidades. El Mr. Pickwick de Dickens es un buen ejemplo literario, con su aventurarse más allá de los alrededores de Londres, su aprender idiomas, etc.

Al examinar la psicodinámica existencial de los distintos caracteres mostrados hasta ahora, he expuesto la opinión -revelada por la posición central del eneatispo IX en el eneagrama de caracteres- de que el «olvido de sí» es la raíz de todas las patologías. Mientras que en otros casos esta perturbación transpersonal parece ser el fondo de notables consecuencias interpersonales, en el eneatispo IX ésta constituye el primer plano, y la relativa escasez de consecuencias compensatorias da una impresión de salud interpersonal, una «pseudomadurez». Podemos decir que el eneatispo IX es menos neurótico que otros caracteres, en el sentido corriente de la palabra, que hace referencia a síntomas psicológicos propiamente dichos, y que su perturbación es más puramente espiritual.

Aunque los sustitutos del ser del eneatispo IX no están en un primer plano -como en la frenética y acelerada psicología de la vanidad o en la búsqueda de intensidad de las personalidades sádicas o masoquistas-, esta «búsqueda del ser en el lugar equivocado» se da como en todos los caracteres. Una de sus formas es la que he llamado «supermaterialismo»: una búsqueda del ser en el campo de las comodidades materiales y del sentido práctico relacionado con la supervivencia. Una persona así podría decir: «como, luego existo». Otra forma es la persecución del ser a través del pertenecer. Para el individuo del eneatispo IX, las necesidades de los demás son sus propias necesidades y las alegrías de ellos son sus alegrías. Al vivir simbióticamente, vive de forma vicaria. Podría decir: «yo soy tú, luego existo» -donde el «tú» puede ser una persona querida, una nación, un partido político, un club pickwickiano, incluso un equipo de fútbol...

Aunque la abnegación compulsiva se desarrolla en parte como una respuesta al impulso de pertenencia, también actúa como una función de compensación óptica: «existo porque puedo hacer», «existo porque puedo ser útil». Así como el ser puede encontrar una satisfacción sustitutiva mediante el pertenecer, también puede tener una satisfacción sustitutiva a través de la propiedad, como indica el título de uno de los libros de Erich Fromm: *Tener o ser*.²¹³

En conjunto, lo físico y lo obvio permite a los Sancho Panzas del mundo convertirse en un «pacificador óptico» más satisfactorio y la búsqueda del ser en lo concreto, pareciendo lo de más sentido común, resulta lo más oculto. Esta condición oculta nos recuerda la anécdota del burro de Nasrudín: se cuenta que Nasrudín era visto en un remoto puesto fronterizo, cruzando la frontera una vez y otra sobre su burro. Se sospechaba que traficaba con algo, pero los inspectores de aduanas no lograban encontrar en las alforjas de su burro nada más que heno. Cuando uno de ellos se encontró con Nasrudín mucho más tarde, en una época en que ambos vivían en un país diferente y habían dejado atrás las circunstancias de su pasado, le preguntó al Muía qué era lo que sin duda traficaba tan astutamente que nunca fueron capaces de

²¹³ Erich Fromm, *Tener o ser*. Fondo de Cultura Económica. Madrid, 1979.

pillarlo. La respuesta de Nasrudín fue: burros.

Aunque, en su sentido más alto, se puede entender como una indicación de la condición oculta de Dios («más cerca que nuestra vena yugular»), el contrabando de burros de Nasrudín también puede servir como paradigma de la invisibilidad de la ignorancia y de la singular discreción de la neurosis del eneatis IX.

CAPÍTULO DIEZ

SUGERENCIAS PARA CONTINUAR EL TRABAJO SOBRE UNO MISMO

Oí una vez que alguien le había preguntado a Karen Horney qué hacer con su neurosis y que ésta respondió que leer sus libros con atención ya era hacer algo.

También Freud, en los inicios de su trayectoria terapéutica, creía en el valor de compartir con sus clientes sus puntos de vista sobre la mente en general y su incipiente teoría terapéutica. Y, claro está, las comprensiones del psicoanálisis surgieron, en gran parte, de la experiencia autoanalítica del propio Freud, que compartió con sus allegados el valor del autoanálisis, aparte de apreciar con realismo sus limitaciones. Sin embargo, con el paso del tiempo, el autoanálisis no sólo se descuidó, sino que fue definitivamente inhibido por la opinión de los psicoanalistas profesionales en general.

Una excepción a esta creciente oposición de los profesionales al esfuerzo, por parte de los pacientes, de analizarse a sí mismos fue Horney, que escribió su obra clásica sobre este tema cuando aún era uno de los analistas que enseñaban en el Instituto de Psicoanálisis de Nueva York. Personalmente, este extendido mandato de los terapeutas a sus pacientes de no intentar clarificarse ellos mismos me parece una expresión de autoritarismo implícito, inseguridad y alianza encubierta con un monopolio de expertos, y creo que no podemos permitirnos esto en unos tiempos en que nuestra difícil situación colectiva depende en gran medida de la transformación humana individual y, en que tampoco podemos permitirnos dejar de despertar el potencial y la motivación de los individuos para trabajar consigo mismos en la medida en que sean capaces.

Aunque es cierto que la intelectualización puede competir con el proceso terapéutico, sea en la mente del individuo o en la relación terapéutica, sospecho que el autoanálisis se relegó al olvido principalmente como resultado implícito del autoritarismo psicoterapéutico de la profesión, sobre todo en los años anteriores al humanismo. Asimismo, constituye una expresión de la actitud monopolizadora del psicoanálisis como institución, de acuerdo con la cual cada analista le dice a sus *analizandos*: "no acudas a ninguna otra parte en busca de ayuda" y, lo que es más, "no intentes sanarte por ti mismo: yo lo haré por ti".

Mantengo aquí que el estudio de sí mismo puede ser no sólo un complemento a la psicoterapia en un contexto profesional, individual o grupal, sino que además puede avanzar un largo trecho con ayuda de la información de este libro.

No sólo nos conminaban las antiguas y santas tradiciones a conocernos a nosotros mismos, sino que, podríamos decir, el impulso autoterapéutico (y, mas generalmente, el impulso de optimizar nuestra conciencia) es una respuesta natural, saludable y sabia ante las dificultades de la vida. Tengo gran conciencia del enorme valor de la relación personal en la sanación de los problemas relacionales y de la necesidad de algunas personas de atravesar tanto un período de relación terapéutica como un período de regresión terapéutica en el contexto de estas relaciones, antes de que la sanación pueda acontecer. Pero quiero resaltar que, incluso en una situación interpersonal, es el individuo quien, en definitiva, realiza el trabajo. Podemos decir que la psicoterapia asistida es una situación especializada que ayuda mucho a dirigir el estudio de uno mismo, pero lo que descubrimos sobre nosotros mismos y cómo tomamos lo que descubrimos depende, a fin de cuentas, de nosotros. Por ello, durante muchos años de mi vida he adoptado lo que llamo una disposición de "trabajo con uno mismo"²¹⁴ e incluso he transmitido mi enfoque de que, en nuestro tiempo, la psicoterapia debería considerarse sólo

²¹⁴ Argumentando que habría que educar a la gente a mantener su mente y sus relaciones limpias.

una ayuda complementaria y no un sustituto del autocuidado.

Hace ya algunos años que vengo dando a grupos de gente no sólo información, como la contenida en este libro, sino también herramientas para trabajar unos con otros, con supervisión posterior, y sé que este proceso ha sido extremadamente significativo en la vida de muchas personas que ya habían tenido experiencias psicoterapéuticas anteriores. En esas situaciones, sin embargo, presento ideas como las de este libro como una mera introducción al trabajo sobre uno mismo, en vista de lo cual puede entender el lector hasta qué punto considero este volumen sólo como una introducción al autoestudio.

Pero, como Karen Horney hacía con su propia obra, estimo que el proceso de leerlo es ya una forma de trabajo. En concreto, he imaginado que el lector, al ir pasando de una a otra sala de retratos sacados de la literatura, de la psicología o de mi propia experiencia acumulada y su elaboración, habrá sentido como si estuviera caminando por una sala de espejos que le devuelven diferentes aspectos de su personalidad. He escrito este capítulo para quienes se pregunten, después de leer el libro, "¿Y qué puedo hacer ahora con esto?" y no formen parte de una situación de aprendizaje experimental o una comunidad como las que he descrito.

Ante todo, me gustaría señalar la importancia del aspecto del "trabajo con uno mismo" que consiste en el reconocimiento de la verdad sobre uno y sobre la propia vida, a pesar del malestar o el dolor que ello pueda suponer: en otras palabras, la confesión íntima.

Así como en el lenguaje cristiano se dice que el reconocimiento del pecado puede ser la puerta de entrada a la contrición, la purificación y la salvación final, podemos decir, en términos más contemporáneos, que cualquiera que reconozca plenamente la esclavitud psicológica a que someten las pasiones sentirá un deseo de liberación alentado por la intuición de una libertad espiritual. En otras palabras, rezará o aspirará íntimamente a liberarse del reino de las pasiones para respirar un aire más elevado.

Además de apoyar este deseo de transformación y este volverse desde el mundo hacia lo divino, quiero hacer hincapié en que la estrategia de enseñanza que implica este trabajo no está sólo enfocada a la observación de uno mismo, sino que incluye el desarrollo de una neutralidad frente al estudio de la «máquina»; una neutralidad en la que el deseo de cambio no es «abiertamente puesto en acción» en un intento precipitado y automanipulativo de «perfeccionarse a sí mismo»²¹⁵.

Aunque la modificación de la conducta será el foco de otra etapa de trabajo interior, esta siguiente etapa de procurar activamente el desarrollo de la virtud interpersonal apenas podría ser abordada sin el transfondo de una conciencia profunda de uno mismo. Tantos siglos de buena intencionalidad institucionalizada en todas las grandes civilizaciones demuestran claramente que, sin la comprensión de uno mismo, la virtud intencionada sólo puede llevarse a cabo a expensas de la represión y del empobrecimiento de la conciencia.

Cuando uno practica la búsqueda del autoconocimiento en una actitud de aspiración devota y de reconocimiento objetivo de la propia aberración, y al mismo tiempo intenta hacer espacio en su mente para las imperfecciones presentes -inevitables como consecuencia de la huella de la experiencia pasada y la ineludible duración del proceso de autorrealización- uno llega a descubrir que la autocomprensión es suficiente en sí misma. En realidad, la verdad sobre nosotros mismos puede liberarnos, porque una vez hayamos comprendido verdaderamente algo acerca de nosotros mismos, ello cambiará sin «nuestro» intento de cambiarlo.

Un verdadero percatarse de lo que hacemos y de cómo y por qué lo hacemos transforma nuestras respuestas obsoletas en idioteces que probablemente caigan por el camino o que pierdan poder sobre nuestras intenciones esenciales.

Cualquier cosa que sea válida en relación a la conciencia de nuestras aberraciones en general

²¹⁵ La sutileza de esta orientación es expuesta en detalle, junto con otras cuestiones, en la colección de ensayos de E.J. Gold *The Human Biological Machine as a Transformational Apparatus* (Nevada City, CA; Gateways Books, 1985).

se aplica más marcadamente, por supuesto, a la conciencia de nuestro rasgo principal y nuestra pasión dominante, lo cual implica la percepción de la *Gestalt* de los muchos rasgos propios y de su conexión dinámica con estos focos centrales.

Al escribir los nueve capítulos precedentes, he supuesto implícitamente que el lector, al recorrerlos, se identificará más con algunos caracteres que con otros y que el autorreconocimiento en algunos de ellos a la luz de un particular conjunto de rasgos y de su dinámica puede darse de manera espontánea y efectiva. Realmente, creer que la explicación de ese carácter en el libro puede servir como instrumento de autodiagnóstico y creer también que el conocimiento del propio rasgo principal puede liberar a un individuo de su tiranía (como centro de la psique) me hace sentir muy complacido.

Para aquellos que no han conseguido tal autorreconocimiento mediante la sola lectura del libro, el aspecto más importante en la tarea de llegar a conocerse mejor a sí mismos será el autoestudio orientado a descubrir su «rasgo principal»²¹⁶.

A veces, se resiste el autorreconocimiento como consecuencia de no haber alcanzado todavía la madurez para verse a sí mismo objetivamente. En tales casos, esa comprensión tendrá que esperar a la madurez y es probable que la búsqueda del autorreconocimiento constituya un estímulo para reconocer las realidades psicológicas tal como son.

Aconsejo a aquellos de mis lectores que han llegado a darse cuenta de cuál es su pasión dominante (y la correspondiente fijación) que comiencen un curso de autoestudio adicional, mediante la redacción de una autobiografía que tome en cuenta tales comprensiones.

Esta autobiografía debería incluir recuerdos tempranos, sobre todo los recuerdos de situaciones dolorosas y de experiencias de la vida familiar primera, y debería quedar claro cómo, a través de la historia de la infancia, se formó el carácter; particularmente, cómo se formó *como una manera de arreglárselas* frente a circunstancias dolorosas.

A quienes emprenden esa exploración, les recomiendo que procuren sumergirse en sus recuerdos mientras escriben y asegurarse de que su narración no se pierde en abstracciones, sino que refleja los sonidos, las imágenes, las acciones, actitudes y sentimientos del pasado. No se apresuren, permítanse la oportunidad de estar en contacto con sus recuerdos durante el tiempo que haga falta.

Cuando se sumerja en su experiencia del pasado, intente cultivar la actitud de un observador imparcial. Escriba como si fuera alguien que meramente *informa* sobre los hechos, experiencias interiores, pensamientos, decisiones, acciones o reacciones del pasado. Después de la historia de la infancia, observe tanto su crecimiento como el crecimiento de su ego durante la adolescencia, una época en la que el dolor de la infancia se vuelve consciente de sí mismo, una época en la que el anhelo por lo que se perdió en la infancia da forma a los primeros sueños y proyectos de vida. Después de esto, mientras continúa con la historia de su vida, puede observar cómo vivió después estos primeros sueños o ideales.

Haga de la redacción de esta autobiografía un estudio de los orígenes y desarrollo de su carácter en particular, centrado en su particular pasión y fijación dominante. Cuando acabe de analizar su pasado, de acuerdo con esta estructura básica, estará en mejor disposición de observar su «máquina» en la vida cotidiana y en el aquí y ahora.

Después del estudio de su vida pasada, estará preparado para abordar un análisis progresivo desde el punto de vista de estas ideas, es decir, un progresivo Protoanálisis autoadministrado: el enfoque de la experiencia diaria a la luz de la comprensión psicológica que trata este libro. Esto conllevará una disciplina de autoobservación y también una disciplina de retrospectión, una masticación de la experiencia reciente a la luz de «ideas de trabajo».

Una idea de trabajo relevante, en conexión con esta disciplina, es el reconocimiento de la particular utilidad de prestar atención a las «emociones negativas» y, como éstos son estados

²¹⁶ Para ayudar a ello, proporciono en un apéndice algunas orientaciones para la diferenciación diagnóstica.

dolorosos originados por la frustración de las pasiones, se puede decir que un aspecto inevitable de este trabajo es lo que Gurdjieff llamaba «sufrimiento consciente», una voluntad de permanecer en esas experiencias por su necesidad de ser observadas e investigadas.

El material idóneo a tomar en cuenta al escribir sobre uno mismo es el de los momentos dolorosos e insatisfactorios del día: momentos de frustración, culpa, miedo, dolor, orgullo, soledad, etc. En particular, examine episodios que quizá sienta como «incorrectamente vividos»: ocasiones en las que uno siente que su conducta o sus palabras no fueron lo que podrían haber sido, y donde uno busca una alternativa, deseando «reescribir» ese episodio de su vida. Es a éstos a los que uno debería aplicar la información del libro, investigando el funcionamiento de la pasión -de la propia pasión dominante, en particular-, procurando también identificar los rasgos o actitudes y vinculando este comportamiento a la propia forma general de ser.

Además de la progresiva redacción de episodios interpersonales dolorosos y de su análisis, uno debería procurar ir incluyendo paulatinamente la experiencia del dolor existencial, es decir, el dolor de sentir (quizá cada vez más) el propio mecanicismo, la naturaleza condicionada de la propia personalidad, la propia carencia de realidad última y, especialmente, la carencia de un sentimiento de ser verdadero. Podríamos decir que la condición ordinaria de la mente en relación al sentimiento de ser es la de mitad llena, mitad vacía. Somos sólo medio conscientes de nuestra inconsciencia, sólo medio conscientes de nuestra desconexión con lo que debería ser el núcleo de la experiencia de un ser humano. O, más bien, podríamos decir que hemos oscurecido un antiguo y demasiado doloroso sentimiento de vacío existencial con un falso sentimiento de ser, mantenido por diversas ilusiones peculiares de cada carácter.

La conciencia del oscurecimiento es el aspecto más profundo del sufrimiento consciente; pero arder en este dolor, para cualquiera que se sumerja en él, es la fuente del máspreciado impulso para el trabajo de transformación. Recomendaría a aquellos que se han aplicado así a la autoobservación y a la redacción del diario durante tres o cuatro meses, que releyeran lo que he escrito bajo el título de «psicodinámica existencial» (en los capítulos correspondientes a sus egotipos) y que, recurriendo a sus observaciones, redactaran un escrito de corroboración y ampliación.

Un trabajo de autoobservación como el que he recomendado no es sólo una ocasión para el desarrollo de un yo observador, lo cual es un aspecto de progreso intrínseco en el camino del autoconocimiento: el crecimiento de la capacidad de ser testigo de sí mismo es, a su vez, un factor que contribuye a cosechar percepción psicológica.

De las diversas disciplinas usadas para desarrollar una postura autoconsciente, no rebotica y centrada, recomiendo particularmente, como inicio, la tarea de progresiva conciencia de centramiento en el vientre, según describe Karlfried von Dürkheim en su libro *Hara*.²¹⁷

Esencialmente, la práctica consiste en mantener durante la vida cotidiana una sensación de presencia en un punto situado unos cuatro dedos por debajo del ombligo, junto con una relajación abdominal, relajación de los hombros, alineación del eje del cuerpo con la gravedad y conciencia respiratoria.

Una recomendación adicional para aquellos que comparten un interés en continuar usando este libro más allá de su lectura es la de desarrollar más su capacidad para experimentar el momento sin conceptualización o juicio, lo cual puede hacerse mediante la práctica de la meditación *vipassana*.

La combinación de autoestudio y meditación ha sido una de las características constantes de mi trabajo y la consecuencia natural de la enseñanza recibida tanto del budismo como del «Cuarto Camino». Después de casi veinte años de experimentación, he llegado a la

²¹⁷ Von Dürkheim, Karlfried Graf, Hará: *Centro vital del hombre*. Ed Mensajero. Bilbao, 1989.

convicción de que el transfondo más adecuado para el Protoanálisis propiamente dicho es el del *vipassana*, con particular énfasis en la atención a las sensaciones y emociones, mientras que la práctica del *samatha*, con su énfasis en la tranquilidad, es la más apropiada para la segunda etapa del trabajo, focalizada en la conducta y en el desarrollo de las virtudes.

Existen numerosos libros publicados sobre el *vipassana*, que pueden servir tanto de estímulo como de base para una mayor comprensión del tema, pero terminaré este conjunto de sugerencias con las siguientes instrucciones de *vipassana*, que pueden ponerse en práctica a partir de este mismo día:

- Siéntese en una silla o, preferentemente, en la postura de medio loto o en un banquillo de meditación.
- Cierre los ojos y relájese. Relaje los hombros, asegúrese sobre todo de relajar la lengua -más conectada con los diálogos internos de lo que normalmente se piensa-, deje su cuerpo colgar de la columna y húndase, si le es posible, en su vientre. Relaje también las manos y los pies.
- Ahora, esté atento a su respiración.
- Deje, si es posible, que su animal interno haga 'la respiración -o su cerebro inferior-, en lugar de ordenarse a sí mismo las inspiraciones y espiraciones de un modo militar.
- Añada ahora la conciencia de la elevación y descenso del abdomen superior a la conciencia necesaria para dejar caer las tensiones musculares y estar en contacto con la respiración. Intente sentir la pared abdominal en el epigastrio (es decir, la región triangular bajo el borde del esternón y entre las costillas inferiores descendentes) mientras éste sube y baja con cada ciclo respiratorio. Mantenga contacto con su «plexo solar» mientras su pared abdominal sube y baja con cada ciclo respiratorio.

Aunque lo anterior puede ser práctica suficiente para varias sesiones de meditación, es sólo una base para la práctica del *vipassana* propiamente dicho. Cuando la haya probado y haya desarrollado con ella alguna capacidad, considere su respiración como un recordatorio para preguntarse en cada inspiración «¿Qué experimento ahora?». De esta manera, el ejercicio de meditación se transforma en un ejercicio de conciencia progresiva de los sucesos mentales, sin olvidar la respiración o el foco abdominal.

Por supuesto, no es necesario que la pregunta «¿Qué experimento ahora?» sea puesta en palabras. El propio acto de respirar puede tomarse como el equivalente de una pregunta sin palabras o como un recordatorio mudo para estar en contacto con lo que sea que ocurra en el cuerpo, sentimientos y aspectos más sutiles de la mente.

Mientras que lo anterior se corresponde con intentos contemporáneos de la psicoterapia para estar en contacto con el «aquí y ahora», la característica distintiva de la práctica del *vipassana* es una *actitud peculiar* hacia la experiencia que está teniendo lugar: una actitud centrada comparable a la que hemos tratado en relación con la conciencia de la vida diaria: una actitud *neutral* de dejar espacio para lo que se dé, una actitud de disponibilidad panorámica de la atención. Pero, más profundamente, es una actitud de no retener nada y no rechazar nada: una actitud de apertura y de ecuanimidad desapegada.

Quizá lo más importante que puedo decir a quien me haya seguido hasta aquí, poniendo en práctica mis sugerencias, es que vaya más allá del estudio de sí mismo, de la conciencia de sí mismo y de la propia comprensión de sí mismo, a un grado mayor de confesión de esta comprensión de la personalidad que se ha obtenido. Esto puede haberse dado espontáneamente, puesto que lo que descubrimos de nosotros mismos tiende a aparecer en nuestra comunicación, pero hay algo que puede cultivarse, en la medida en que comprendemos que no sólo la verdad es compatible con una vida plena, sino que también el compartir con veracidad (en ciertas relaciones escogidas) puede ser un camino en sí mismo; y,

contrariamente, la incapacidad o la falta de deseo de ser auténtico, al menos en estas relaciones compartidas, contribuye a la perpetuación de nuestro propio encarcelamiento en el mundo.

Una alternativa para esta resolución de hacer más transparente la comprensión de uno mismo en las relaciones familiares o de amistad puede ser asociarse con personas que tengan la misma forma de pensar y estén interesadas en avanzar más por este camino. Para un grupo así, mi principal recomendación sería la de compartir la escritura de este diario, no sólo de manera general, sino en relación a páginas concretas, con libertad para la censura y reconociendo el tipo de censura que se ejerce. Puedo anticipar, por experiencias grupales anteriores, que el sólo hecho de compartir será un fuerte estímulo para continuar el trabajo, desde el mismo momento de formación del grupo. Otra recomendación es utilizar el tiempo de reunión como una ocasión para practicar juntos la meditación y para realizar un ejercicio psicoterapéutico en parejas, cambiando éstas convenientemente, a lo largo de las sucesivas sesiones. Este ejercicio consiste en alternar lo que yo llamo un "monólogo libre" (más exactamente, un monólogo libre en un contexto meditativo) y un comentario retrospectivo sobre el mismo, atendiendo a los roles interpersonales, los rasgos del carácter y las manifestaciones de resistencia. Si bien el ejercicio anterior se realiza en parejas, es útil llevar a cabo la discusión retrospectiva en grupos de cuatro o seis personas (donde dos hablan en cada turno, en presencia de los otros). Cito la siguiente descripción de un monólogo libre extraído de una reunión con E.J. Gold patrocinada por la Fundación Melia, en Berkeley, California²¹⁸:

"Me gustaría que cerrasen los ojos y se pusieran cómodos y relajados, pero con la espina dorsal recta. Hagan como una columna, que deja pasar la gravedad a través de ella. Dejen que el cuerpo se relaje y permitan que su mente esté como ella desee. Sientan su cuerpo; sientan su respiración. Dentro de un par de minutos, les pediré que abran los ojos de modo que no cambie nada en su estado interno.

(Las parejas permanecen sentadas en silencio durante algunos momentos)

"Cuando llegue el momento de abrir los ojos, no miren a la cara de su compañero, sino a su vientre. Dejen que las impresiones visuales entren en ustedes: vean sin mirar. Obsérvense a sí mismos sin interferir, sean conscientes sin planificación alguna, y si se descubren a sí mismos pensando o con el cuerpo tenso, pueden cerrar sus ojos de nuevo y volver a empezar de cero. Ahora, abran sus ojos y permanezcan a cero".

"Así pues, con los ojos abiertos, ahí están ustedes, sentados en presencia de otro y, a pesar de ello, sin tener que pensar. No tienen que hacer nada por el hecho de estar en presencia de alguien. Permítanse sólo ser o, según lo presentan las enseñanzas taoístas, permítanse ser como un idiota (lo cual es un poco más difícil en presencia de alguien)".

"Ahora, muy lentamente, vayan alzando la mirada hasta el pecho de su compañero, permaneciendo sentados con la mente en silencio y el cuerpo relajado. Continúen ascendiendo, muy lentamente, hasta descansar en la garganta de su compañero. Noten si hay un sabor diferente, una calidad diferente en el estar. Finalmente, su mirada llega a la boca de su compañero. Mientras uno de ustedes continúa atento a la simple presencia del compañero, el otro comenzará a hablar. Ninguno de los dos dará importancia a las palabras; éstas son meros sonidos".

"Las normas del juego no serán las del psicoanálisis, las de dejar que la mente vaya adonde quiera, ni las del continuo de conciencia (es decir, expresar cuál es su experiencia presente). Si es usted el que habla, es completamente libre. No hay reglas sobre lo que debería decir. Simplemente, hable. La única norma es que continúe observándose a sí mismo, que sea consciente de sí. Y le sugiero que, de vez en cuando, introduzca en su discurso algo sobre esta

²¹⁸ Naranjo, C., en *"Transformation and the Human Potential Movement"*, aparecido en la publicación *Talk of the Month*, número 85 (Nevada City, CA: Gateways Books, 1990).

conciencia de sí mismo".

Para un grupo que haya llegado hasta aquí en la puesta en práctica de estas sugerencias, otro paso podría ser la supervisión, para la cual estoy dispuesto a recomendar a una serie de personas que se han preparado para ello bajo mi dirección durante los últimos diez años, más o menos.

Esto, a su vez, podría ser una transición para el segundo nivel de trabajo, que se centra en el cultivo de las emociones superiores o virtudes y la inhibición selectiva de las respuestas condicionadas más destructivas. Pero esta cuestión trasciende el alcance de este libro.

Dado que, tras muchos años de enseñar este material a psicoterapeutas, he visto con claridad lo significativamente que ha afectado a su práctica clínica, no puedo dejar de sentir que la influencia de este libro, al poner estas ideas al alcance de un público profesional más amplio, se hará notar en la cantidad aún mayor de personas que reciban tratamiento psicológico. Ello, naturalmente, contribuye a mi satisfacción al sacar a la luz este volumen, y me hace querer decir algo específico para los lectores que sean psicoterapeutas.

Quiero referirme brevemente a una cuestión que con frecuencia me han preguntado: "¿Cómo habría que aplicar estas ideas a la psicoterapia?" Tan sólo diré que no es ésta la pregunta más provechosa que podría formularse. Aunque en la Segunda Conferencia Internacional de Gestalt celebrada en Madrid en 1987 ²¹⁹ compartí algunas observaciones surgidas a partir de mi propia práctica como gestaltista, y puede ser que algún día escriba cómo usé implícitamente la misma información trabajando con comunidades terapéuticas (en las que una buena parte de los beneficios se derivan del contacto de personalidades diferentes y de las ocasiones que se proporcionan a las personas de ver las cosas desde la perspectiva de otros), ahora, más que intentar elaborar una serie de conceptos sobre cómo aplicar las ideas de este libro a la psicoterapia, quiero decir que, personalmente, nunca puse empeño en aplicarlas intencionadamente, y que, del mismo modo, me gustaría recomendar a los demás que dejen que las ideas "trabajen por sí solas", es decir, que las dejen impregnar su práctica de un modo orgánico y espontáneo.

Mi opinión es que una aguda percepción del carácter es uno de los mejores apoyos para una actuación psicoterapéutica efectiva, cualquiera que sea su modalidad, y dado que también creo que el carácter constituye el esqueleto de la neurosis, estoy convencido de que una terapia centrada en el carácter habrá de dar más en el blanco que una terapia que sólo trate los síntomas y los recuerdos. Por tanto, en la confianza de que este conocimiento traerá luz, orientación e inspiración de maneras creativas a quienes estén ayudando a otros en su proceso de sanación y crecimiento, creo que sólo queda resaltar la distancia que media entre la comprensión intelectual y la vivencial, y sugerir que lo mejor que puede hacer un profesional para aplicar estas ideas es comprobarlas en sí mismo. Lo demás vendrá naturalmente.

²¹⁹ Naranjo, C, "Gestalt and Protoanalysis", en *Gestalt Therapy: The Attitude and Practice of an Atheoretical Experimentalism* (Nevada City, CA: Gateways Books,

APÉNDICE

NOTAS PARA LA DIFERENCIACIÓN DIAGNÓSTICA DE ALGUNOS TIPOS DE PERSONALIDAD

I/III:

Aunque parecidos por su autocontrol y su formalidad, difieren en que el eneatispo I es contenido y serio, mientras que el eneatispo III es expansivo y alegre. Por otro lado, el punto de mira del eneatispo I es la tradición y el del eneatispo III son los otros.

I/V:

Aunque ambos son controlados y perfeccionistas, difieren en que se identifican más con el sub-yo digno o con el culpable, respectivamente, y en que el eneatispo I es asertivo y directo, mientras que el eneatispo V es tímido e inhibido en su expresión.

I/VI:

La variedad del eneatispo VI predominantemente orientada hacia el deber puede resultar difícil de distinguir del eneatispo I. Una diferencia estriba en la mayor asertividad de éste último; otra, en la mayor dificultad del miedoso para tomar decisiones. Por otro lado, el eneatispo I es más activo.

II/III:

Aunque ambos comparten la preocupación por la apariencia personal y la sed de atención, el eneatispo II es comparativamente libre y espontáneo, mientras que el eneatispo III es controlado, con miedo de soltarse. Por otro lado, el eneatispo II tiende a invadir; el eneatispo III es más cuidadoso con los límites.

II/VII:

Aunque ambos son seductores y hedonistas, el eneatispo II es un tipo verdaderamente emocional, mientras que en el eneatispo VII la cálida amabilidad se produce en el contexto de una mayor independencia y con un fondo de desimplicación fría.

II/VIII:

Aunque el orgulloso puede ser impulsivo, arrogante y desdeñoso, el eneatispo II es, sin duda, emocional, mientras que el eneatispo VIII es activo. El eneatispo II es predominantemente seductor, y el eneatispo VIII está más orientado hacia el poder y la dominación explícita.

II/IX:

Si bien he visto en ocasiones confundir los eneatispos IX y II por su actitud generosa, ningún carácter podría considerarse menos histriónico ni menos egocéntrico que el eneatispo IX, mientras que en el eneatispo II la resignación o la tendencia a la rutina son mínimas. El eneatispo IX es conscientemente desinteresado, mientras que el eneatispo II es manipulador y egoísta en su dadivosidad. Por otro lado, el eneatispo IX es paciente y el eneatispo II impaciente. El eneatispo IX es realista; el eneatispo II es romántico.

III/IV:

Como ocurre con la distinción entre el II y el III, la diferencia entre el III y el IV implica el contraste entre el hipercontrol y la expresividad emocional. Si el estereotipo del eneatispo III

es la muñeca Barbie, el del eneatispo IV es una bailarina. Una distinción aún más determinante es el contraste entre el estado exultante del eneatispo III y el mayor contacto con la tristeza del eneatispo IV, lo cual es a su vez un reflejo de los buenos o malos sentimientos sobre sí mismos, respectivamente. Aunque ambos presentan interferencias en su espontaneidad, en el eneatispo III ello se traduce en formalismo y en el eneatispo IV en afectación. Por otro lado, comparativamente hablando, el eneatispo III es más intelectual y el eneatispo IV es más emocional.

III/V:

Es difícil confundir estos dos, pues el eneatispo III es eficiente, mientras que el V, en su desapego de lo mundanal, es ineficaz y poco práctico. Ambos pueden ser considerados narcisistas por cuanto, a veces, el eneatispo V, como el III, busca el ser y el amor mediante la perfecta ejecución; pero su estilo es diferente, ya que el eneatispo III es más social y confrontativo que el esquizoide, mientras que éste último evita la confrontación y el contacto social.

III/VI:

En algunos casos, puede resultar difícil distinguir estos dos, pues el eneatispo VI puede mostrar mucha vanidad y el eneatispo III puede tender a la ansiedad. Sin embargo, el contenido de esta ansiedad suele ser diferente: en el eneatispo III, está más relacionada con el desvelamiento de sí mismo y la separación; en el eneatispo VI, con el cometer errores o no saber qué curso de acción tomar. Aunque el eneatispo III puede tener un alto nivel intelectual, su orientación intelectual consiste en la necesidad de un apoyo racional para la acción práctica, mientras que el eneatispo VI, en general, está más interesado en las cuestiones teóricas y metafísicas, más allá de lo práctico. Quizá más determinante que el contraste entre introversión y extroversión en estos tipos sea que el eneatispo VI se guía por su interior, mientras que el eneatispo III se guía por los demás.

III/VII:

Estos tipos pueden confundirse, por cuanto el eneatispo VII suele considerarse a sí mismo vanidoso y extrovertido. Lo más frecuente es que la motivación de alcanzar logros sea más fuerte en el eneatispo III, pues en el eneatispo VII está mitigada por una autoindulgente aversión al esfuerzo. Por otra parte, aunque el eneatispo III puede verse a sí mismo como alguien que sabe disfrutar, el eneatispo VII es más exactamente un hedonista, pues su deseo de placer se produce en un contexto de auténtica permisividad y poca preocupación por las convenciones sociales. Aún más decisivo es el contraste que se establece en estos tipos entre disciplina frente a control y, con respecto a los demás, permisividad frente a control.

III/VIII:

Estos dos pueden confundirse ocasionalmente, por cuanto el individuo del eneatispo III puede ser consciente de haber desarrollado una competitividad asertiva de tipo vengativo, y ambos pueden ser dominantes y competitivos. La diferencia principal, así como en la distinción entre III y VII, es la impulsividad y rebeldía del eneatispo VIII frente al autocontrol y la conformidad típicos del eneatispo III.

III/IX:

Aunque el contraste entre estos dos sea notable en cuanto a la percepción de su motivación de alcanzar logros, ambos pueden ser adictos al trabajo y vivir en la superficie de su ser. Por otro lado, el eneatispo IX puede ser tan falto de emoción como parece ser el eneatispo III, y el eneatispo III puede ser tan afectuoso como lo es, típicamente, el eneatispo IX. Una diferencia

entre ellos es que el eneatispo IX es el carácter más orientado hacia la tradición, mientras que el eneatispo III es más orientado hacia los demás. Por otra parte, el carácter del eneatispo IX se produce en un contexto de viscerotonía, mientras que el eneatispo III tiene un marco somatotónico. Aunque ambos son prácticos, el primero es relajado y el último enérgico y directo, en su actitud física tanto como en su disposición psicológica.

IV/V:

Los eneatispos IV y V, ambos en la parte inferior del enea-grama, comparten la identificación con el perro de abajo, es decir, sentimientos de inferioridad y culpa, así como una tendencia a la sumisión. Si, ante la frustración, el eneatispo IV se hace dependiente de las relaciones, el eneatispo V, en cambio, las abandona; y mientras que la depresión típica del eneatispo IV es, por su transfondo emocional, de aflicción, llanto y autoacusación, la depresión del eneatispo V es de una sequedad hueca, una desolación en la que la pena parece haber sido enterrada bajo una losa de resignación. En conjunto, podemos decir que el eneatispo IV es intenso, siendo el eneatispo V la menos intensa de las personalidades, después del eneatispo IX.

IV/VI:

Tal vez la diferencia más notable entre estos tipos sea la emocionalidad y la expresividad del eneatispo IV, en contraste con la concentración intelectual y la inhibición del eneatispo VI. No es fácil confundirlos.

IV/VIII:

Aunque estos tipos tienen mucho en común, en el primero hay una mayor intensidad emocional y, en el segundo, una intensidad de la vida activa. Por otro lado, la rabia del primero dura más tiempo, mientras que en el eneatispo VIII se esfuma tras su expresión explosiva. Sin embargo, resulta más importante el contraste entre la impulsividad del VIII, que persigue lo que desea, y la inhibición del eneatispo IV, cuyo fuerte deseo va acompañado de una prohibición a sí mismo y de una condena interna por desear en exceso. En consecuencia, el eneatispo VIII invade y el eneatispo IV se queja o manipula a través del sufrimiento.

IV/IX:

El rasgo común de estos caracteres es que pueden constituir el transfondo de estados depresivos. Pero incluso en esos casos, el eneatispo IV presenta una depresión de tipo "reclamante", mientras que en el eneatispo IX existe una depresión de pura aflicción y pasividad, en la que no sentimos el elemento dramático ni la necesidad de atención del primero. Aunque ambos han sido calificados de "masoquistas", el eneatispo IV es emocional e hipersensible, y el eneatispo IX práctico y resignado. El eneatispo IV es histriónico; el eneatispo IX flemático.

V/VI:

Pueden ser confundidos por los rasgos esquizoides del eneatispo V, así como por los estados de ánimo tristes del subtipo más evitador. Por otro lado, el eneatispo V puede ser, como el eneatispo VI, desconfiado, aunque su desconfianza es más evitadora que incluso la del eneatispo VI evitador o fóbico, que es más dependiente, afectuoso y generoso, tanto por su disponibilidad como por su calidad de buen anfitrión. Comparativamente, el eneatispo VI es más disciplinado y tiene más en cuenta la autoridad externa, ya sea por lo que respecta a la sumisión a lo convencional o a la autoridad real, ya sea por el dominio sobre sus inferiores en la escala jerárquica.

V/IX:

Es posible confundir estos caracteres, porque, a pesar del contraste entre la introversión hipersensible y la extroversión "hiposensible", en ambos podemos hablar de resignación y olvido de sí. La diferencia es la resignación con distanciamiento de la gente (aislamiento) y la resignación con participación (contacto), lo cual implica el contraste entre una forma de ser no generosa y otra abnegada, respectivamente. Lo más característico, sin embargo, es el contraste entre la generosidad del eneatis IX y lo poco que el eneatis V está dispuesto a ofrecer su limitada disponibilidad, cooperación y apoyo.

VI/VII:

Es probable que el eneatis VII sea más encantador y considerablemente más adaptable que el eneatis VI. Por otra parte, la experiencia de rabia destaca más en el eneatis VI. La diferencia más notable es la que existe entre la culpa característica de éste último y su ausencia en el primero. Mientras que el eneatis VI tiene una visión jerárquica de las relaciones, el eneatis VII aborda a la gente como iguales y se siente poco intimidado por la autoridad. Si el eneatis VII es, en un sentido amplio del término, un tipo miedoso, no tiende tanto a la ansiedad como el eneatis VI, y su miedo es sólo un aspecto psicodinámico tras su amabilidad compulsiva.

VI/VIII:

Aquí la distinción es bastante clara, por la falta de asertividad de uno frente a la sobreasertividad del otro y por el miedo manifiesto frente a la ausencia de miedo evidente (salvo en el caso de uno de los subtipos de la cobardía, el carácter contrafóbico, en el que la búsqueda de la fortaleza y la belicosidad pueden hacerle parecer al carácter fálico-narcisista). Una diferencia existente entre ellos es la de una mayor orientación intelectual en el eneatis VI, en contraste con la orientación antiintelectual más frecuente en el eneatis VIII, además de la mayor presencia en el primero de la culpa, la preocupación por la autoridad intelectual y una cierta dosis de introversión, frente a una mayor impulsividad e indisciplina en el segundo.

VI/IX:

Aquí, una diferencia es la de la característica de introvertido o de extrovertido. Otra diferencia relacionada con ésta es el predominio de una orientación intelectual o sensomotora, respectivamente. Mientras que el eneatis VI se orienta hacia la jerarquía, el eneatis IX rechaza una perspectiva jerárquica. Por otro lado, si el eneatis VI, junto con el eneatis V, es el más guiado por su interior, el eneatis IX es la expresión más pura del seguimiento de la tradición.

VII/VIII:

La diferencia entre estos dos caracteres podría expresarse como el contraste entre una mentalidad tierna y una mentalidad ruda. Aunque ambos son impulsivos, el primero es intelectual y el último activo. Por otro lado, el eneatis VII tiende a ser sumiso, mientras que el eneatis VIII es dominante.

VII/IX:

Estos dos pueden confundirse, porque los rasgos de pasividad y pereza, a veces presentes en el eneatis VII, son interpretados como expresión de la pasión dominante del eneatis IX. Una diferencia es que la intensa fantasía del eneatis VII contrasta con la falta de interioridad del eneatis IX. Otra, la astucia sagaz y la sutilidad del eneatis VII, que contrasta con la falta de sutileza y la ingenuidad del síndrome del Sancho Panza. Por otro lado, la autoindulgencia del eneatis VII contrasta marcadamente con la capacidad del eneatis IX de

posponer sus deseos y so-breadaptarse al medio. Finalmente, mientras que la gula conduce a la complejidad psicológica, la pereza psicológica, por el contrario, conduce a la sobresimplificación.

NOTAS BIOGRÁFICAS

Claudio Naranjo estudió medicina, música y algo de filosofía en Chile, donde estuvo también como residente de la Clínica Psiquiátrica de la Universidad de Chile, bajo la supervisión de Matte-Blanco. Enseñó psicología del arte en la Universidad Católica, y psiquiatría social en la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile, y ejerció como director del Centro de Estudios de Antropología Médica.

Después de trasladarse a los Estados Unidos, el Dr. Naranjo formó parte de la plantilla de la primera época del Instituto Esalen, donde llegó a ser uno de los tres sucesores de Fritz Perls. Más tarde, su peregrinaje vital le llevó a entrar en contacto con diversos maestros como Swami Muktananda, Idries Shah, Osear Ichazo, Suleyman Dede, S.S. el decimosexto Karmapa y, más decisivamente, Tarthang Tulku Rinpoché. Asimismo, fue en un tiempo Investigador Adjunto del Instituto de Evaluación e Investigación de la Personalidad de la Universidad de Berkeley y adjunto a Raymond Cattell en el Instituto de Análisis de la Personalidad y la Capacidad. Enseñó religiones comparadas en el Instituto de Estudios Asiáticos de California, psicología humanista en la Universidad de California en Santa Cruz, y meditación en la Instituto Nyingma de Berkeley, California, y fue el fundador del Instituto SAT, una escuela psicoespiritual integradora.

El Dr. Naranjo es presidente honorario de dos Institutos Gestalt, miembro del Instituto de Investigación Cultural de Londres y del Club de Roma en los EE.UU. Se le considera uno de los pioneros del Movimiento para el Potencial Humano y su introducción de las ideas del "Cuarto Camino" en la psicoterapia es un ejemplo de su trabajo de integración en la intersección entre la psicoterapia y las tradiciones espirituales. Actualmente, se dedica principalmente a la educación integradora y transpersonal de psicoterapeutas en diversos países europeos y sudamericanos.

Entre las obras de Claudio Naranjo publicadas se incluyen: *La única búsqueda* (Ed. Sirio, 1989), *Psicología de la meditación* (Ed. Estaciones, 1989), *The Healing Journey* ("El viaje de la sana-ción", Pantheon Books, 1974), *La vieja y novísima Gestalt: actitud y práctica* (Ed. Cuatro Vientos, 1990), *La estructura de los eneatis* (Gateways Books, 1991), *Gestalt Therapy: The Attitude and Practice of an Atheoretical Experientialism* ("La terapia Gestalt: actitud y práctica de una experiencia ateorica", Gateways Books, 1993), *Gestalt sin fronteras* (Era Naciente, 1993), *La agonía del patriarcado* (Ed. Kairós, 1993), *El niño divino y el héroe* (Ed. Sirio, 1994), *Ennea-types in Psychotherapy* ("Los eneatis en psicoterapia", Hohm Press, 1994) y *El eneagrama de la sociedad: males del mundo, males del alma* (Ed. Temas de Hoy, 1995).